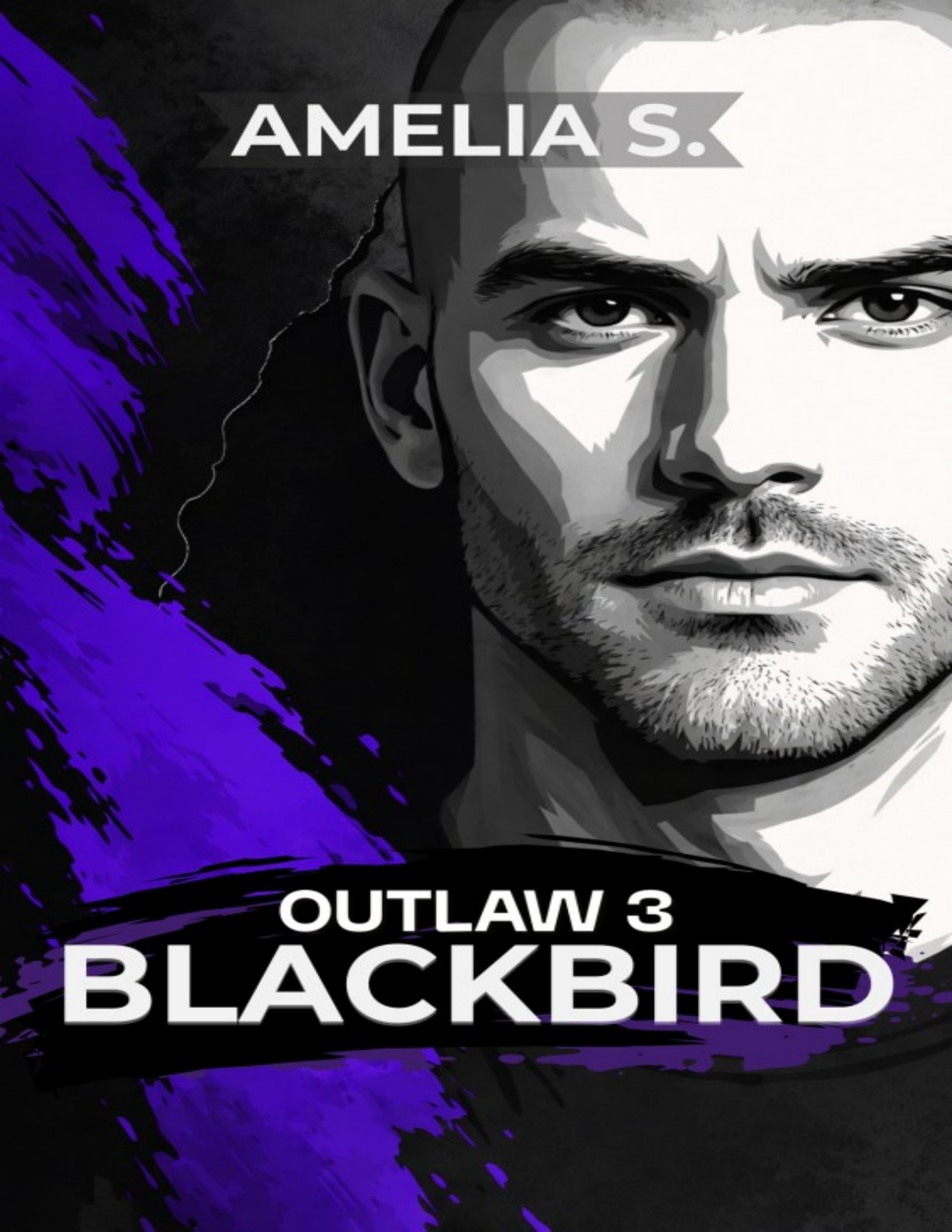

AMELIA S.
OUTLAW 3
BLACKBIRD

BLACKBIRD

Serie Outlaw 3

Amelia S.

Derechos de autor © 2026 Amelia S.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, distribuida, comunicada públicamente, transformada, almacenada o transmitida por ningún sistema o medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o cualquier otro) sin autorización previa y por escrito del titular de los derechos.
Cualquier uso no autorizado será perseguido civil y/o penalmente.

Obra de ficción: los nombres, personajes y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales es mera coincidencia.
Marcas: los nombres comerciales y marcas citados pertenecen a sus respectivos titulares.

Diseño de la portada de: Amelia S.
Corrección y edición: Amelia S.
Editorial: Publicación independiente

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
PRÓLOGO
CAPITULO 1
CAPITULO 2
CAPITULO 3
CAPITULO 4
CAPITULO 5
CAPITULO 6
CAPITULO 7
CAPITULO 8
CAPITULO 9
CAPITULO 10
CAPITULO 11
CAPITULO 12
CAPITULO 13
CAPITULO 14
CAPITULO 15
CAPITULO 16
CAPITULO 17
CAPITULO 18

CAPITULO 19
CAPITULO 20
CAPITULO 21
CAPITULO 22
CAPITULO 23
CAPITULO 24
CAPITULO 25
CAPITULO 26
CAPITULO 27
CAPITULO 28
CAPITULO 29
EPÍLOGO
¡GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ!
Acerca del autor
Serie Outlaw
Libros de este autor

PRÓLOGO

Pax

En mi mundo hay dos tipos de personas: los objetivos y las amenazas.

Desde mi posición en la pasarela superior de *Vinyl*, con la música retumbando en mis costillas y las luces estroboscópicas cortando la oscuridad, la mayoría de la gente de abajo solo era ruido de fondo. Borrachos ricos, mujeres buscando problemas y hombres buscando validación. Ruido.

Pero ella nunca era ruido. Ella era el maldito foco.

Mis ojos, entrenados para escanear perímetros en zonas de guerra y buscar micro expresiones de violencia en mi propia casa durante mi infancia, siempre volvían a ella. Julia Connor. Julie.

Llevaba un año trabajando con nosotros coordinando las salas VIP. Veintitrés años, una sonrisa que podía desarmar a un terrorista y la hija intocable del vicepresidente de Legend MC.

—Deja de mirarla, *Blackbird* —la voz de Max Vaughn sonó a mi lado, baja y divertida.

No me giré. No dejé de mirar.

—El cliente de la mesa cuatro se está pasando con el vodka —dije, ignorando su comentario. Mi tono era plano, profesional. La mentira que me contaba a mí mismo cada noche—. Su lenguaje corporal es agresivo. Se está inclinando demasiado hacia ella.

Max soltó un resoplido, apoyándose en la barandilla.

—Julie puede manejarlo. Sexton la entrenó bien.

—Lo sé.

Lo sabía. La había visto reducir a un tipo el doble de su tamaño usando solo su pulgar y un punto de presión en el cuello. Julie no era una damisela. Era una granada de mano envuelta en seda y perfume dulce. Pero eso no detenía la picazón en mis nudillos. Ese instinto primitivo y oscuro que me gritaba que bajara allí y rompiera algo cada vez que un hombre respiraba su mismo aire.

Abajo, en la zona VIP, el tipo de la mesa cuatro —un traje caro, reloj de oro, probablemente hijo de algún concejal— hizo su movimiento.

Vi el patrón antes de que sucediera. La inclinación de los hombros, la mano extendida. El idiota intentó agarrarla por la cintura mientras ella recogía una botella vacía.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cerebro. Me aparté de la barandilla y me dirigí a las escaleras, bajando los escalones de dos en dos.

Para cuando llegué abajo, Julie ya había reaccionado. No gritó, no retrocedió. Con una frialdad que me puso duro al instante, agarró la muñeca del tipo, giró sobre sus talones y le aplicó una torsión que obligó al imbécil a doblar las rodillas con un aullido que la música ahogó.

Ella le dijo algo al oído. Probablemente una advertencia de que la próxima vez le rompería el brazo.

El tipo, humillado y borracho, se levantó tambaleándose, con la cara roja de ira. Alzó la mano, cerrando el puño.

Error.

Me deslicé entre las sombras y aparecí detrás de él. No hubo pelea. No hubo drama. Simplemente le agarré por la nuca con una mano y le retorcí el brazo libre tras la espalda con la otra, aplicando la presión justa para inmovilizarlo sin romper nada... todavía.

Nuestras miradas se cruzaron. Los ojos de Julie, de un color avellana desafiante, brillaron con irritación.

—Lo tenía controlado, Paxton —me escupió, alzando la barbilla.

—Ahora lo tengo yo —gruñí. Empujé al tipo hacia la salida de emergencia, ignorando sus protestas sobre quién era su padre—. Vuelve al trabajo, Connor.

Saqué la basura al callejón trasero. El aire frío de Chicago me golpeó la cara, pero no enfrió el calor que sentía bajo la piel. El tipo tropezó y cayó sobre unos contenedores.

—No vuelvas —le dije. Mi voz sonó cavernosa, carente de emoción. El tipo me miró a los ojos, vio la oscuridad que vivía allí, y decidió correr.

Volví a entrar. Max me esperaba en el pasillo de servicio.

—¿Está fuera? —preguntó.

—Sí.

—Estaba borracho y agresivo —dijo Max, frotándose la mandíbula —. Y es viernes. El club está lleno. No quiero que vuelva con amigos a esperarla a la salida.

Asentí.

—Llamaré al enlace —dijo Max, sacando su teléfono—. Que Sexton mande a un par de prospectos para escoltarla a casa. No nos arriesgamos con la familia.

—Bien —dije. Era lo correcto. Era el protocolo. Era seguro.

Pero cuando volví a la sala principal diez minutos después, me di cuenta de que había cometido un error.

Julie estaba allí, esperándome al pie de las escaleras. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y el pie golpeaba el suelo con un ritmo frenético. Estaba preciosa y furiosa. Una valquiria moderna con vaqueros negros ajustados.

—¿Lo has hecho? —me exigió, cortándome el paso.

Me detuve, obligándome a mantener las manos relajadas a los costados, aunque cada fibra de mi ser quería tocarla, calmarla, poseerla.

—¿Hacer el qué, Connor?

—No te hagas el tonto conmigo, GI Joe —dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal. Olía a caramelo y a peligro—. Wolf me acaba de enviar un mensaje. Dice que vienen a recogerme. Que hay una "posible amenaza".

Apreté la mandíbula.

—Un cliente agresivo expulsado. Protocolo de seguridad estándar para el personal de alto riesgo.

—¡Soy la jefa de sala, no una maldita princesa a la que hay que rescatar! —su voz subió una octava, llena de frustración—. Lo tenía controlado. ¡Siempre lo tengo controlado! Llevo un año aquí, Pax. Un año demostrando que no necesito que mi padre me vigile. Y tú vas y le llamas a la primera de cambio.

—No era seguro —dije, mi voz sonando demasiado ronca, demasiado controladora.

—¿No era seguro o tú no soportas no tener el control? —me clavó el dedo índice en el pecho, justo sobre mi corazón, que latía con demasiada fuerza—. Eres un chivato, Paxton. Un puñetero chivato amargado que no puede ver a una mujer defenderse sola porque hiere su masculinidad tóxica.

Sus palabras eran injustas. Ella no sabía nada de mi masculinidad, ni de las mujeres que me habían hecho daño, ni de por qué el control era lo único que me mantenía cuerdo. Pero no me defendí.

La miré, observando cómo el rubor de la ira subía por su cuello. Deseé con una intensidad violenta besarla hasta que se callara, borrar esa expresión de traición y reemplazarla por una de placer.

—Piensa lo que quieras, Julie —dije, dando un paso atrás, poniendo un muro de hielo entre su fuego y mi gasolina—. Pero llegarás a casa de una pieza. Esa es mi misión. Que te caiga bien o no es irrelevante.

Me di la vuelta y me marché, sintiendo su mirada quemándome la espalda.

—¡Te odio! —me gritó, su voz perdiéndose entre la música electrónica.

«Mentirosa», pensé, mientras subía las escaleras hacia la oscuridad de mi puesto de vigilancia. «No me odias. Y ese es el problema. Porque si supieras quién soy realmente, si vieras de dónde vengo, entonces sí me odiarías de verdad».

Esa noche marqué la línea. Yo sería el villano de su historia, el perro guardián amargado que le arruinaba la diversión. Porque ser el villano era la única forma de mantenerla a salvo de todo... incluso de mí mismo.

CAPITULO 1

Julie

No hay nada que te quite las ganas de vivir más rápido que una despedida de soltera de diez mujeres de los suburbios borrachas de tequila barato.

Dejé caer la cabeza sobre la mesa de madera maciza de la cocina del club, soltando un gemido que resonó contra mi plato de estofado a medio terminar.

—¿Mala noche? —preguntó mi padre, Sexton, sin levantar la vista de su periódico.

Levanté la cabeza, apartándome el pelo de la cara. El aroma a café recién hecho, cuero y grasa de motor que siempre impregnaba la casa club actuó como un bálsamo instantáneo. Era el olor de mi infancia, mi zona de seguridad.

—Papá, te juro que si vuelvo a ver una diadema con forma de pene, voy a dispararle a alguien.

Sexton Connor, Vicepresidente de Legend MC y el hombre que me había enseñado a desmontar una Glock antes de que aprendiera a dividir, soltó una carcajada ronca. Dejó el periódico a un lado y me miró con esa mezcla de diversión y escrutinio paternal que, a mis veinticinco años, todavía me hacía sentir como si tuviera doce.

—¿Problemas en *Vinyl*?

—Una horda de damas de honor desatadas —expliqué, pinchando un trozo de carne con mi tenedor—. Se dedicaron a acosar a los de seguridad toda la noche. Intentaron meterle billetes

en el pantalón a uno de los nuevos porteros. El pobre chico estaba aterrorizado. Tuve que intervenir antes de que Pax las echara a patadas.

Al pronunciar su nombre, sentí ese familiar pinchazo de irritación y calor en el estómago. Pax había estado insoportable anoche. Eficiente, letal y absolutamente gélido. Como siempre.

—Pax hace su trabajo —dijo mi padre, con ese tono de aprobación que reservaba para muy poca gente—. Es bueno. Me gusta que esté allí cuidando el perímetro.

—Es un robot con chaleco antibalas, papá —repliqué, rodando los ojos—. Pero sí, supongo que es útil cuando las cosas se ponen feas.

Sexton me pasó la cesta de pan, ignorando mi comentario.

—¿Qué planes tienes para hoy? No te toca turno hasta el jueves, ¿verdad?

—Libre hasta el jueves —confirmé, cogiendo un trozo de pan—. He quedado con Raven. Vamos a ir a un almacén de papelería al por mayor. Necesita suministros para su clase en el Sauce Rojo y me ha pedido que la ayude a cargar con todo. Cartulinas, purpurina, pegamento... ya sabes, armamento pesado.

—Dale un beso de mi parte a esa chica —dijo mi padre, sonriendo. Raven siempre había sido como una segunda hija para él —. Y tened cuidado con el coche. Las calles siguen heladas por la mañana.

—Claro, papá. Conduciremos despacio —mentira, y bien gorda. Ni Raven ni yo sabíamos ir despacio aunque nuestra vida dependiera de ello. Y mi padre lo sabía. A fin de cuentas era él quién nos había enseñado a conducir a los trece años.

El sonido de botas pesadas golpeando el suelo del pasillo anunció la llegada de la caballería antes de que cruzaran el umbral. La puerta de la cocina se abrió y Sam Tucker, nuestro presidente, entró seguido de Wolf, el sargento de armas.

La energía en la habitación cambió al instante. Se volvió más densa, más cargada de testosterona, pero no amenazante. Para mí,

eran familia.

—Buenos días, *Prez* —saludé a Sam con respeto. Aunque le había visto en pijama mil veces, Sam Tucker imponía una autoridad natural que te obligaba a enderezarte en la silla.

—Julie —Sam asintió, regalándome una de sus raras y breves sonrisas mientras se dirigía directo a la cafetera—. ¿Cómo está todo en el frente de la vida nocturna?

—Sobreviviendo a la invasión de las novias locas, Sam. Lo habitual.

Sam soltó un bufido divertido y se sirvió café negro. Wolf, por su parte, se dejó caer en la silla libre a mi lado, robándome un trozo de pan de mi plato sin preguntar.

—Tienes cara de haber dormido tres horas, pequeña —comentó Wolf, masticando con descaro.

Le di un manotazo en el brazo, que fue tan efectivo como golpear una pared de ladrillos.

—Y tú tienes cara de necesitar una ducha y un abrazo, Theodore —solté, usando mi arma secreta.

La reacción fue inmediata. Wolf se atragantó con el pan y me lanzó una mirada asesina. Sam ocultó una sonrisa tras su taza y mi padre soltó una risotada abierta.

—Te he dicho un millón de veces que no me llames así —gruñó Wolf, apuntándome con un dedo amenazador—. Mi nombre es Wolf. Lobo. Depredador. Peligro.

—Claro que sí, Teddy —le guiñé un ojo, inclinándome hacia él con una sonrisa inocente—. Lo que tú digas. Pero sigues teniendo migas en la barba de "depredador".

Wolf refunfuñó algo ininteligible y se limpió la barba con brusquedad, aunque vi el brillo divertido en sus ojos. Le encantaba que le picara. Era nuestro juego desde que yo tenía diez años y él me enseñó a lanzar cuchillos a escondidas de mi padre.

—Dejad de flirtear —intervino Sam, apoyándose en la encimera —. Sexton, tenemos que revisar los libros del taller antes de que

llegue el proveedor a las tres. Y Raven me ha dicho que te diga que si llegas tarde, se irá sin ti —añadió mirándome a mí.

—Mierda, la hora —miré el reloj de la cocina y me levanté de un salto, apurando mi vaso de agua—. Gracias por la comida, papá.

Besé la mejilla de mi padre, que me apretó la mano brevemente.

—Conduce con cuidado, Jules.

—Siempre.

Pasé por lado de Sam, quien me dio una palmadita afectuosa en el hombro, y me detuve un segundo frente a Wolf.

—Adiós, Theodore. Pórtate bien.

—Lárgate, mocosa —me respondió, tirándome una servilleta arrugada que esquivé con agilidad experta.

Salí de la cocina riendo, sintiéndome ligera y protegida. En ese momento, rodeada de mis "hermanos" moteros y el olor a café, todo parecía sencillo.

◆ ◆ ◆

—Necesitamos más purpurina. Y cartulinas de color crema, no blancas. El blanco es el enemigo.

Raven Tucker era un torbellino en el pasillo cuatro de Office Depot. Llevaba un abrigo rosa chicle que la hacía parecer un flamenco en el ártico, y su energía habitual vibraba tan alto que casi podía oírla zumbar.

—Raven, cariño —dije, sosteniendo una caja de bolígrafos ergonómicos como si fuera una ofrenda de paz—, ya tenemos suficiente purpurina para que el Centro Comunitario Sauce Rojo parezca la escena de un crimen cometido por un unicornio.

Ella se giró, con los ojos azules brillando con esa intensidad que la caracterizaba.

—Nunca es suficiente purpurina, Jules. Es para la clase de arte sensorial. Los niños necesitan textura. —Me quitó los bolígrafos de la

mano y los tiró al carro, que ya rebosaba de material—. Además, a Elan le encanta encontrar purpurina en lugares... inesperados. Dice que es mi marca de territorio.

Solté una carcajada mientras empujaba el carro detrás de ella.

—Por favor, no me des detalles de dónde encuentra el doctor Blackwater tu purpurina. Quiero poder mirarle a la cara la próxima vez que vaya a hacerme un chequeo.

—Oh, vamos. Si es adorable —Raven suspiró, una sonrisa boba curvando sus labios—. El otro día estaba intentando ser todo serio y médico, leyendo un informe con el ceño fruncido, y me di cuenta de que tenía una pegatina de estrella dorada pegada en el cuello de la camisa.

—¿Y se la quitaste?

—Claro que no. Dejé que pasara consulta así todo el día —Raven se encogió de hombros, traviesa—. Le da carácter.

Sonreí, sintiendo una punzada de calidez en el pecho. Ver a Raven así de feliz, después de todo lo que había luchado con su dislexia, sus inseguridades y el atropello que sufrió dos meses atrás, era el mejor regalo del mundo. Hacía tres meses, cuando empezó con Elan, yo tenía mis dudas. Él parecía demasiado rígido, demasiado intenso para mi amiga, que es puro sol. Pero resultaba que el sol necesitaba un poco de gravedad para orbitar, y Elan la adoraba con una devoción que daba miedo.

—Me alegro por ti, Ray —dije sinceramente, pasando el brazo por sus hombros mientras caminábamos hacia la sección de papel—. De verdad. Hacéis buen equipo. El gruñón y el arcoíris.

—Los polos opuestos se atraen, ya sabes lo que dicen —Raven se detuvo frente a los paquetes de folios y empezó a buscar el tono amarillo suave que usaba para facilitar la lectura a sus alumnos disléxicos—. Hablando de polos opuestos y hombres gruñones... ¿qué tal va todo con el Comandante en Vinyl?

Me tensé imperceptiblemente. Sabía qué venía. Raven tenía un radar para el drama romántico que rivalizaba con el sonar de un

submarino.

—Si te refieres a Pax —dije, adoptando mi mejor tono de indiferencia mientras examinaba un paquete de post-its—, va igual que siempre. Es eficaz, silencioso y probablemente duerme en posición de firmes.

—Ajá —Raven no me miró, demasiado ocupada comparando el gramaje de dos paquetes de papel, pero noté la sonrisa en su voz—. ¿Sigue mirándote como si fueras un problema matemático que no sabe resolver pero que se muere por entender?

—Me mira como si fuera una amenaza a la seguridad nacional, Raven. Anoche llamó a los refuerzos del club porque un borracho intentó ligar conmigo. Otra vez. Es un exagerado.

—Es un protector, Jules. Como Sam. Como Wolf. Es lo que hacen.

—No, Sam y Wolf son familia. Pax es... —Busqué la palabra adecuada, gesticulando con una mano—. Pax es un empleado contratado que se toma su trabajo demasiado en serio. Es el jefe de seguridad, no mi niñera personal. Además, es tan divertido como un dolor de muelas.

Raven soltó una risita y finalmente se giró hacia mí, apoyándose en la estantería. Me escaneó con esa mirada de rayos X que tenían todos los Tucker.

—Sabes que mientes fatal, ¿verdad?

—No estoy mintiendo.

—Julie, te he visto. He visto cómo se te eriza la piel cuando él entra en la habitación. Y he visto cómo él se tensa cada vez que tú te ríes con algún cliente —Raven dio un paso hacia mí, bajando la voz a un susurro conspirador—. Hay tanta tensión sexual entre vosotros dos que podría cargar la batería de mi coche.

—¡Qué asco! No hay tensión sexual —protesté, sintiendo que mis mejillas se calentaban traidoramente. Odiaba que me conociera tan bien—. Solo hay tensión laboral. Él es un maniático del control y yo soy un espíritu libre que odia que le digan qué hacer. Eso es todo. Chocamos.

—Chocáis porque os morís de ganas de chocar físicamente —insistió ella, dándome un empujoncito con la cadera—. Admítelo. Te pone. Te gustan los tipos duros, grandes y callados. Es tu tipo. Totalmente. Ya va siendo hora de que lo admitas y te olvides de los pringados de tus ex.

—Mis ex eran idiotas —repliqué rápidamente. Demasiado rápido —. Y el último, Archie, resultó ser un psicópata controlador disfrazado de niño pijo. He terminado con los hombres, Ray.

La mención de Archie borró la sonrisa de Raven por un segundo. Ella sabía lo mal que había terminado aquello.

—Pax no es como Archie, Jules —dijo suavemente—. Pax es... bueno, da un poco de miedo, lo admito. Esa mirada de "puedo matarte con un clip" es intensa. Pero es leal. Max confía en él ciegamente. Y mi hermano Sam dice que es legal.

—No digo que no sea legal. Digo que no me interesa —mentí. Mentí como una bellaca.

Porque la verdad era que Pax me interesaba demasiado. Me interesaba la forma en que sus músculos se movían bajo esas camisetas negras ajustadas. Me interesaba la cicatriz pequeña que tenía sobre la ceja izquierda. Me interesaba por qué nunca sonreía y por qué, a pesar de ser tan frío con todo el mundo, siempre se aseguraba de que llegara segura hasta mi coche cuando salía del club en las noches de invierno.

Pero eso era peligroso. Pax era un muro, y yo estaba cansada de estrellarme.

—Vale, vale, fingiremos que te creo —dijo Raven, volviendo a llenar el carro con una cantidad absurda de pegamento en barra—. Pero cuando finalmente estalle la bomba y os terminéis besando en la barra de *Vinyl*, quiero que conste en acta que yo lo dije primero.

—Sigue soñando, Campanilla —resoplé, empujando el carro hacia la caja—. Lo único que Pax y yo vamos a compartir es el aire acondicionado y, con suerte, el silencio.

Raven tarareó una canción, claramente satisfecha consigo misma. Sabía que había plantado la semilla, y la muy bruja sabía que tenía razón.

—Por cierto —dijo mientras hacíamos cola—, ¿vas a ir a la cena del domingo en casa de mamá? Dice que va a hacer lasaña. Y Wolf ha amenazado con comerse toda la bandeja si no llegas pronto.

—Allí estaré. Necesito ver a Wolf para vengarme. Me ha robado el desayuno esta mañana.

—Bien —Raven se puso seria un momento—. Te echo de menos, Jules. Con el trabajo en el centro y Elan... siento que no te veo tanto.

Le apreté la mano sobre el manillar del carro.

—Estoy aquí, Ray. Siempre. Además, ahora que vas a llenar mi coche de purpurina, no creo que pueda librarme de ti.

Ella sonrió, brillante y luminosa, y por un momento me olvidé de Pax, de *Vinyl* y de todo lo demás. Solo éramos nosotras, las chicas del club, enfrentándonos al mundo con una tarjeta de crédito y demasiadas manualidades.

◆ ◆ ◆

El jueves por la tarde, *Vinyl* tiene un olor muy específico. Huele a limpiador de limón industrial, a hielo seco y a esa electricidad estática que precede a una tormenta. Es mi momento favorito de la semana.

Crucé la calle desde *Velvet*, el restaurante que gestionaba Asher Vaughn justo enfrente. Había pasado la última hora revisando los turnos de la cena con él y asegurándome de que la transición de los clientes que cenaban allí y luego cruzaban a *Vinyl* para las copas fuera fluida. Asher, con su pasado en operaciones especiales al igual que Sam, llevaba el restaurante con precisión militar, pero *Vinyl* era la bestia que Max y Dominic domaban cada noche.

Entré por la puerta de personal, saludando con la cabeza al portero de día, y me dirigí a la barra principal.

—¡La jefa ha llegado! —gritó Eder desde detrás de la barra, lanzando una coctelera al aire y atrapándola con un movimiento fluido.

—Espero que eso sea agua, Eder —dije, dejando mi bolso bajo el mostrador—. Si empiezas a beberte el inventario antes de las ocho, Max te colgará de los tobillos en el almacén.

—Es solo hielo y estilo, Jules. Puro estilo —respondió él con una sonrisa descarada.

Josh, que estaba reponiendo las neveras de cerveza, asomó la cabeza.

—Oye, Jules, ¿sabes si las damas de honor del infierno vuelven hoy? Porque si es así, me pido la baja por estrés postraumático.

Solté una carcajada, apoyándome en la barra.

—Tranquilo, Josh. El calendario dice que hoy estamos libres de despedidas de soltera. Solo tenemos dos cumpleaños VIP y una reserva corporativa de esos abogados de la calle State que beben whisky como si fuera agua.

—Abogados borrachos. Mis favoritos —murmuró Josh, volviendo a sus cervezas—. Al menos dejan buenas propinas.

El ambiente era ligero, familiar. Éramos una tribu. Muchos de nosotros no teníamos familias convencionales, o si las teníamos, eran complicadas. Aquí, bajo las luces de neón y el bajo de los subwoofers, nos cuidábamos las espaldas.

—¡Reunión en cinco minutos en la pista central! —La voz de Max Vaughn resonó desde la cabina del DJ, cortando las conversaciones.

Me dirigí al centro de la pista, donde el equipo se estaba congregando. Max estaba de pie junto a Landon Vance, su hermano y nuestro mago tecnológico residente. Y, un paso por detrás, como una sombra letal y silenciosa, estaba Pax.

Llevaba su habitual uniforme táctico negro: pantalones cargo, botas militares y una camiseta técnica que se adhería a su pecho

como una segunda piel, marcando cada músculo. Tenía los brazos cruzados y los ojos escaneando la sala vacía, buscando amenazas invisibles.

—Bien, escuchad todos —empezó Max, con esa autoridad relajada que lo hacía tan buen líder—. Esta noche esperamos aforo completo a partir de la una. Tenemos a los chicos del bufete *Sterling & Cooper* en la zona VIP 1 y 2. Gastan mucho, pero se ponen pesados con las camareras.

—Eder, Josh —intervine yo, dando un paso adelante—, quiero que estéis atentos a la zona VIP. Si alguno de los trajes se pasa de la raya con las chicas, quiero saberlo antes de que escalen la situación. Nada de héroes, me avisáis a mí o a seguridad.

—Oído —dijo Eder, poniéndose serio.

—Landon —dijo Max, cediendo la palabra a su hermano.

Landon, que tecleaba algo en una tablet, levantó la vista. Tenía ese aire de genio despistado que engañaba a todo el mundo; en realidad, era uno de los hackers más peligrosos de la ciudad y el arquitecto de nuestra ciberseguridad.

—He actualizado el software de reconocimiento de ID en la entrada —dijo Landon—. Sienna y yo hemos parcheado una vulnerabilidad que detectamos la semana pasada. El sistema ahora cruzará las identificaciones con la base de datos de ofensores locales más rápido. Si salta una luz roja en el escáner, no entran. Sin excepciones.

—Gracias, hermano —asintió Max. Luego, su mirada se endureció ligeramente—. Pax. Tu turno.

Pax dio un paso al frente. El cambio en la atmósfera fue palpable. Las risas y los susurros cesaron. Cuando Pax hablaba, todos escuchaban.

—Protocolo estándar para jueves —su voz era grave, rasposa, como grava triturada—. Tenemos cuatro porteros en el exterior, dos flotantes en pista y yo estaré en la pasarela superior y en monitores —Sus ojos oscuros barrieron al grupo, deteniéndose un milisegundo

en mí antes de continuar—. Se han reportado un par de robos de carteras en los clubes de la zona norte esta semana. Banda organizada. Buscad comportamientos de "roce y pase". Si veis a alguien moviéndose demasiado rápido entre la gente sin bebida en la mano, avisad por el pinganillo.

Hizo una pausa, su postura rígida, imponente.

—Y recordad: la seguridad de los empleados es prioritaria. Si os sentís amenazados, os retiráis y nos dejáis actuar. No quiero valientes, quiero profesionales vivos. ¿Entendido?

—¡Entendido! —respondió el coro de camareros y seguridad al unísono.

—Bien. A trabajar —concluyó Max, dando una palmada.

El grupo se dispersó rápidamente hacia sus estaciones. La música de ambiente subió de volumen. Me quedé un momento revisando mi lista de reservas en el móvil, sintiendo la presencia de Pax acercándose antes de verlo.

—Julie —dijo, parándose a mi lado. Olía a jabón limpio y a cuero.

Levanté la vista, guardando el móvil en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

—Pax. Buen discurso motivacional. Casi me han entrado ganas de placar a alguien.

Él no sonrió. Nunca lo hacía cuando estaba en "modo trabajo".

—Mantén los ojos abiertos en la zona VIP. Esos abogados suelen creer que su dinero compra inmunidad. Si alguno te toca, o a otra camarera…

—Si alguno me toca, le romperé el dedo meñique, Pax —le corté, manteniendo mi tono ligero pero firme—. Lo sé. Llevo aquí casi tanto tiempo como tú.

Él me miró, y por un segundo, la máscara de frialdad se agrietó. Vi la preocupación, el deseo de envolverme en burbujas y encerrarme en una torre. Era exasperante y, maldita sea, increíblemente sexy.

—Solo... ten cuidado, Jules —dijo, usando el apodo por el que me llamaban los más cercanos, lo que hizo que mi corazón diera un vuelco estúpido.

Me acerqué un paso más, invadiendo su espacio personal deliberadamente, obligándole a mirarme hacia abajo. Bajé la voz para que solo él pudiera oírme por encima de la música.

—Relájate, Blackbird —usé el apodo que había oído de Max una vez, sabiendo que le molestaría—. Deja de apretar tanto la mandíbula o te vas a romper los dientes antes de que empiece la fiesta. —Le guiñé un ojo y bajé la vista hacia su pecho, recorriendo su chaleco táctico con descaro—. Aunque tengo que admitir que el rollo de "mírame y te mato" te sienta de miedo.

Antes de que pudiera reaccionar o regañarme, me di la vuelta, haciendo que mi coleta oscilara, y me marché hacia la zona VIP, sintiendo su mirada clavada en mi espalda.

CAPITULO 2

Pax

Mi apartamento era como mi mente: funcional, despejado y con las salidas de emergencia claramente identificadas. Pequeñas, y no tan pequeñas, consecuencias de crecer donde crecí.

Me terminé el café de un trago, de pie junto a la isla de granito inmaculada de la cocina. No había fotos en la nevera. No había cojines decorativos en el sofá de cuero gris. No había rastro de que alguien viviera allí, salvo por la pequeña foto con Martin, las pesas en la esquina y la pila de libros sobre estrategia militar y mecánica de motocicletas en la mesa de centro.

El silencio era absoluto. Normalmente, me gustaba. El silencio significaba que no había amenazas. Que nadie iba a entrar sin avisar en mi habitación, que no me esperaban en el pasillo con la lengua afilada y la mano levantada.

Dejé la taza en el fregadero, la lavé, la sequé y la guardé en su sitio. Todo en orden.

El problema era que, por muy ordenado que tuviera el apartamento, mi cabeza era un desastre desde anoche.

«Relájate, Blackbird».

La voz de Julie resonaba en mi cerebro en bucle. La forma en que sus labios habían envuelto el apodo, la chispa de desafío en sus ojos avellana, el descaro con el que había recorrido mi chaleco con la mirada...

Maldita sea.

Me pasé una mano por la cara, frustrado. Julie Connor era territorio prohibido. Era la hija del VP de un club de moteros que podía enterrarme en el desierto antes del desayuno. Era una compañera de trabajo. Y, lo más importante, era luz. Yo era el tipo que se quedaba en las sombras vigilando la puerta.

Pero anoche, cuando invadió mi espacio personal, por un segundo... solo un segundo, quise agarrarla de esa coleta perfecta y demostrarle que no soy ningún "GI Joe" de juguete.

—Céntrate, Paxton —me ordené a mí mismo en voz alta. Mi voz sonó demasiado ronca en el apartamento vacío.

Me vestí con ropa civil pero práctica: vaqueros oscuros, botas y una camiseta térmica gris de manga larga que ocultaba los tatuajes de mis brazos. Cogí las llaves de la camioneta y salí, dejando atrás la soledad estéril de mi casa.

◆ ◆ ◆

El olor a desinfectante caro y flores frescas me golpeó nada más entrar en la habitación 304 de la Residencia The Oaks en el barrio de Gold Coast. Era una suite de lujo, pagada con el dinero que el viejo había amasado durante cincuenta años de tiburoneo corporativo, pero no dejaba de ser una jaula dorada.

Martin Paxton estaba sentado en su sillón reclinable junto a la ventana, con una manta de lana sobre las piernas y una tablet en las manos. A sus ochenta y dos años, su cuerpo se estaba marchitando, pero sus ojos —del mismo tono oscuro que los míos— seguían teniendo el brillo de una navaja recién afilada.

—Llegas tres minutos tarde, chico —gruñó sin levantar la vista de la pantalla—. Espero que sea porque estabas comprando acciones de esa tecnológica que te dije, y no porque el tráfico de esta maldita ciudad sea una mierda.

Cerré la puerta tras de mí y me acerqué.

—El tráfico siempre es una mierda, abuelo. Y ya compré las acciones ayer.

Martin soltó una carcajada seca y dejó la tablet sobre la mesa auxiliar, junto a una taza de té que probablemente costaba más que mi primera moto.

—Bien. Siéntate. Deja que te vea.

Me senté en la silla de visitas, la única pieza de mobiliario que parecía hecha para alguien de mi tamaño. Martin me escaneó de arriba abajo, asintiendo con aprobación.

—Te mantienes en forma. Eso es bueno. No como el inútil de tu padre. La última vez que vino a verme, parecía un cerdo sudoroso embutido en un traje de Armani.

—¿Ha venido Daniel? —pregunté, tensándome.

—Vino a lloriquear —Martin hizo un gesto despectivo con la mano, como si espantara una mosca—. Quiere acceso al fideicomiso principal. Dice que tiene una "oportunidad de inversión inmejorable" —el viejo soltó un bufido—. Inversión mis cojones. Lo que tiene son deudas de juego y una esposa, esa arpía de Victoria, que gasta dinero como si lo imprimiera en el sótano.

—No les des nada —dije, mi voz bajando una octava. El recuerdo de Victoria paseándose desnuda por mi habitación cuando yo tenía dieciséis años fue como un fogonazo en mi mente y me revolvió el estómago.

—Por supuesto que no. No soy idiota, Pax. Sé quiénes son los buitres y sé quién es mi sangre. —Me señaló con un dedo huesudo —. Tú eres el único Paxton que vale la pena. El único que tuvo los huevos de irse, hacerse un hombre en el ejército y no pedirme ni un centavo. Por eso todo esto... —gesticuló a su alrededor, abarcando su imperio invisible— será tuyo. Y del pequeño imbécil de Archie no hablemos. Ese niño es tan blando que si lo aprietas un poco, le sale leche.

Archie. Mi hermanastro. No lo veía desde que me fui de casa.

—¿Cómo estás, abuelo? —pregunté, cambiando de tema. No quería hablar de mi padre ni de su familia.

—Muriéndome, chico. Es lo que hacemos los viejos. Pero mientras siga respirando, esos parásitos no verán ni un dólar —se inclinó hacia delante, cambiando su tono de empresario cabreado a algo más suave, más curioso—. Pero basta de hablar de cadáveres y sanguijuelas. Háblame de ti. ¿Sigues trabajando en ese club de luces y ruido?

—*Vinyl* —corregí—. Sí. Max me necesita allí. El negocio va bien.

—Max es un buen chico. Tiene cabeza. —Martin me miró fijamente, con esa astucia que solía aterrorizar a sus competidores —. ¿Y qué hay de las mujeres? ¿Sigues follando con el aire o has encontrado a alguien real?

Resoplé, mirando por la ventana.

—Estoy ocupado, abuelo. Trabajo seis noches a la semana.

—Gilipolleces. Un hombre siempre tiene tiempo para una mujer. Especialmente un hombre con tus... capacidades —sonrió con picardía, mostrando unos dientes demasiado blancos—. Veo algo en tu cara, Pax. Tienes esa mirada. La misma que tenía yo cuando conocí a tu abuela y casi estrello mi moto por mirarle el culo.

—No hay nadie —mentí. Pero la imagen de Julie guiñándome un ojo apareció en mi mente sin permiso.

—Mientes fatal, igual que cuando tenías diez años y rompiste el jarrón chino de tu abuela —se rio Martin, tosiendo un poco al final—. Hay una chica. Lo huelo. ¿Es una de esas bailarinas? ¿O una camarera?

—Es... complicada —admití, cediendo. Con Martin era inútil mantener las barreras altas—. Trabaja conmigo. Es la hija de un pez gordo de la zona.

—¿Pez gordo? ¿Mafia? —Sus ojos brillaron de emoción—. Joder, eso me gusta. Peligro. Adrenalina. Eso es lo que te mantiene vivo, chico. No dejes que se te escape. Si te hace sentir algo más que ganas de disparar a alguien, agárrala y no la sueltes.

—No es tan sencillo, abuelo.

—Todo es sencillo si tienes las pelotas para hacerlo —sentenció, recostándose de nuevo—. Tráela un día. Quiero ver si tiene agallas para aguantarte. Eres un maldito dolor de culo, igual que yo.

Sonreí de medio lado. Era la primera vez que sonreía en todo el día.

—Ya veremos, viejo. Ya veremos.

◆ ◆ ◆

Entrar en el despacho de Max Vaughn siempre me recordaba a nuestros días en la base, justo antes de un despliegue. Había un orden meticuloso en medio del caos de dirigir el club nocturno más exitoso de Chicago. Pantallas de seguridad, informes de inventario y, sobre el escritorio de caoba, un biberón vacío.

Max estaba desplomado en su silla de cuero, mirando la pantalla del ordenador con la intensidad de quien intenta descifrar códigos nucleares, aunque probablemente solo estaba revisando la lista de proveedores de vodka. Tenía ojeras oscuras bajo los ojos, del tipo que ni siquiera el café cargado podía borrar.

Cerré la puerta tras de mí, amortiguando el sonido de las pruebas de sonido que empezaban abajo en la pista.

—Tienes peor cara que cuando nos quedamos atrapados tres días en aquel agujero en el desierto sin dormir —dije a modo de saludo, dejándome caer en la silla frente a él.

Max levantó la vista y soltó una risa cansada, pasándose una mano por el pelo corto.

—En Kandahar al menos nadie me vomitaba leche cortada en la camisa a las tres de la mañana, *Blackbird*.

—¿Emma está dando guerra?

—Emma es un amor —bromeó Max, aunque la ternura en su voz al decir el nombre de su hija recién nacida era evidente—. Tiene la

terquedad de su madre y mi temperamento. Tess dice que es un cólico, yo digo que está planeando un motín.

Sonreí de lado. Ver a Max, mi antiguo comandante, el hombre que me había sacado de las peores situaciones de combate, convertido en un padre agotado y babeante era algo que nunca dejaba de sorprenderme. Y de alegrarme. Él se lo merecía. Después de años protegiendo a sus hermanos —Dominic, Landon y Asher—, de haber sido padre soltero con Parker, y después de encontrar a Tess, por fin tenía su propia manada completa.

—¿Cómo están Tess y Parker? —pregunté.

—Tess cansada. Ser cirujana pediátrica y madre primeriza es una combinación letal. Anoche operó de urgencia y luego estuvo despierta con la niña hasta las seis. Es una maldita heroína —Max se enderezó en la silla, crujiendo el cuello—. Parker está fascinado con su hermanita, pero lo de que lo despierte un bebé berreante de madrugada, no le entusiasma. Me preguntó si los bebés tenían silenciador, como las pistolas.

La idea de un pequeño de 6 años, con carita de ángel y ojos enormes, le hiciera semejante pregunta a Max hizo que soltara una pequeña carcajada.

Max me señaló con un bolígrafo.

—Ríete, Paxton. Ríete. Ya te llegará tu turno. Un día bajarás la guardia, una mujer te mirará mal y, antes de que te des cuenta, estarás comprando pañales y cantando canciones de cuna desafinadas.

La imagen de Julie cruzó mi mente. Rápida. Dolorosa. La descarté con la disciplina de años de entrenamiento mental.

—No en esta vida, jefe. Yo soy el tío genial que regala motos ruidosas cuando cumplen dieciséis y luego se larga.

—Ya. Sigue diciéndote eso —Max cambió de marcha, su expresión volviéndose profesional en un parpadeo. El padre cansado desapareció y el comandante emergió—. Vamos al lío. ¿Cómo ha ido con tu abuelo?

—Bien. Sigue lúcido. Sigue siendo un cabrón encantador —me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. Pero mi padre y Victoria están rondándolo. Quieren el dinero. El viejo dice que no les soltará nada, pero sabes cómo son ese tipo de gente. Si huelen sangre, atacarán.

Max asintió, su rostro endureciéndose. Conocía mi historia. Conocía cada cicatriz, física y mental, que esa "familia" me había dejado.

—Si necesitas que Dominic o Asher hagan una visita disuasoria... ya sabes. O Landon. Puede congelarles las cuentas antes de que sepan qué ha pasado.

—Lo tengo controlado —aseguré, aunque agradecí la oferta. Los Vaughn y Vance eran mi verdadera familia—. Por ahora es solo ruido. Si escalan, yo escalaré más fuerte.

—Bien. —Max abrió una carpeta sobre su mesa—. Hablemos de esta noche. Tenemos aforo completo. El equipo de seguridad está posicionado. Quiero que revises personalmente la entrada trasera antes de abrir. Me ha llegado el rumor de que un par de camellos de poca monta están intentando mover mercancía en la zona. No los quiero cerca de mi club, ni de mis clientes.

—Recibido. Haré un barrido perimetral ahora mismo. Si veo a alguien sospechoso, lo pondré en órbita.

Me levanté, listo para la acción. El trabajo era sencillo. Las amenazas eran tangibles. Era la vida fuera de *Vinyl*, la vida con sentimientos y mujeres de ojos avellana, la que me tenía jodido.

—Oye, Pax —me llamó Max cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta.

Me giré.

—Dile a Julie que suba cuando tenga un momento. Necesito revisar los cambios en la lista VIP con ella.

Sentí un tensamiento involuntario en la mandíbula al oír su apellido.

—Se lo diré.

—Y Pax... —Max me miró, con esa intuición de francotirador que no fallaba—. Sé amable. Es nuestra mejor jefa de sala. No quiero que renuncie porque mi jefe de seguridad tiene la profundidad emocional de una piedra.

—Soy un encanto, Max. Pregúntale a tu hija.

Salí del despacho antes de que pudiera replicar, con la misión de barrer el perímetro y, desgraciadamente, con la misión de encontrar a Julie.

◆ ◆ ◆

El silencio después del caos siempre tiene un peso específico. Es un zumbido sordo en los oídos, el fantasma de los bajos que han estado golpeando tu pecho durante ocho horas.

Cerré la pesada puerta de acero de la salida de servicio de *Vinyl* y eché el cerrojo. El *clac* metálico resonó en el callejón vacío como un disparo seco. Max ya se había ido a casa con Tess y sus hijos. El personal de limpieza había terminado. Los camareros se habían dispersado en coches o taxis compartidos.

Solo quedábamos nosotros. O, mejor dicho, quedaba ella, y quedaba yo observándola desde la oscuridad.

Me apoyé en la pared de ladrillo, oculto en el ángulo muerto donde la luz de la única farola parpadeante no llegaba. Era mi ritual. Mi penitencia y mi vicio.

Un minuto después, la puerta se abrió de nuevo y Julie salió.

El viento helado de marzo, que barría la ciudad desde el lago Michigan arrastrando aguanieve sucia, la golpeó de lleno. La vi encogerse dentro de su abrigo negro, enterrando la barbilla en una bufanda de lana gruesa. Parecía agotada. La chispa desafiante que había mantenido durante el turno se había apagado, dejando ver el cansancio en la curva de sus hombros.

Caminó hacia su coche, un sedán práctico aparcado bajo el cono de luz. Llevaba las llaves en la mano, con las puntas de metal

sobresaliendo entre los dedos, tal y como Sexton le había enseñado. Lista para defenderse.

«Buena chica», pensé. «Siempre alerta».

Se detuvo junto a la puerta del conductor y, por un instante, levantó la cabeza y miró hacia el callejón oscuro, justo hacia donde yo estaba.

Me quedé inmóvil. Dejé de respirar. Mi corazón golpeó contra mis costillas con una violencia estúpida. A veces, en el club, tenía la sensación de que había un hilo invisible atado entre su plexo solar y el mío, vibrando cada vez que estábamos cerca.

Pero ella solo se estremeció por el frío, abrió el coche y se subió.

Esperé. Esperé hasta que las luces traseras se encendieron. Esperé hasta que el motor arrancó y vi el humo blanco del escape. Esperé hasta que salió del aparcamiento y giró la esquina, dirigiéndose segura hacia el norte, hacia la protección del complejo de Legend MC.

Solo entonces me permití respirar.

Me separé de la pared y caminé hacia mi propia bestia. Mi Harley-Davidson Panhead del 58. Era una restauración completa que me había llevado tres años, una belleza de cromo y pintura negra que mi abuelo me había ayudado a conseguir antes de que su salud se fuera al infierno. Era ruidosa, temperamental y exigía atención constante. Era la única relación estable que tenía.

Me monté en el asiento de cuero desgastado y di una patada al arranque. El motor cobró vida con un rugido profundo, grave, que vibró en mi entrepierna y subió por mi columna vertebral.

Salí a las calles desiertas de Chicago.

El aire frío me cortaba la cara, colándose por el cuello de mi chaqueta, pero no me importaba. Necesitaba el frío. Necesitaba que algo entumeciera el calor frustrante que sentía cada vez que pensaba en ella.

Durante el turno, me había ignorado. Había pasado por mi lado en la barra, rozándome el brazo accidentalmente, y cuando me giré

para mirarla, ya estaba riéndose con Josh o dando órdenes a Eder, como si yo fuera parte del mobiliario. Como si fuera una columna de carga: necesaria para que el techo no se caiga, pero invisible.

Aceleré, inclinándome en una curva, dejando que la adrenalina limpiara mi sangre.

La deseaba. Dios, la deseaba con una urgencia que me hacía sentir sucio. Yo venía de una casa donde el amor era sinónimo de manipulación y el deseo era un arma. Ella venía de una hermandad de lealtad y honor. Ella era la princesa de un reino al que yo no pertenecía, por mucho que Max, Sam o Sexton me abrieran las puertas.

Ellos veían al ex-Ranger condecorado. Al jefe de seguridad competente.

No veían al niño roto que había aprendido a cerrar con llave su habitación por dentro para que su madrastra no entrara. No veían la mancha.

Julie se merecía a alguien que pudiera reírse con ella sin analizar las salidas de emergencia. Alguien que no llevara la guerra bajo la piel.

Llegué a mi edificio y apagué el motor. El silencio volvió a caer sobre mí, más pesado que antes. Subí a mi apartamento vacío, sabiendo que mañana volvería a hacer lo mismo. Vigilarla. Protegerla. Y mantener la maldita distancia.

Porque ser su guardián era lo único a lo que podía aspirar. Ser algo más era un riesgo que destruiría lo único puro que quedaba en mi vida.

CAPITULO 3

Julie

Si el infierno tuviera una banda sonora, sería un remix de bajo profundo a todo volumen, y si tuviera una sala de espera, sería la zona VIP de *Vinyl* un sábado a la una de la madrugada.

—Necesito tres botellas más de *Grey Goose*, dos de *Dom Pérignon* con las bengalas y... —Eder se detuvo, mirando la comanda en la pantalla táctil con una mueca de dolor—, ¿en serio? ¿Quieren una ronda de chupitos de tequila clase azul? Eso es un sacrilegio.

—Son los defensas de los *Chicago Bears*, Eder —grité por encima de la música, sirviendo dos whiskies con hielo a una velocidad vertiginosa—. Tienen más dinero que neuronas funcionales esta noche. Dales el tequila y cobra el servicio al veinte por ciento.

Eder asintió, moviéndose por la barra con la agilidad de un bailarín, esquivando mi codo mientras yo alcanzaba la cubitera.

El aire estaba cargado de perfumes caros, sudor y esa euforia artificial que da el alcohol de alta gama. Desde mi posición detrás de la barra de mármol negro de la zona VIP, tenía una vista panorámica de los pecados de la élite de Chicago. En el reservado uno, los jugadores de fútbol americano celebraban una victoria (o una derrota, daba igual) rodeados de modelos que parecían aburridas. En el dos, un grupo de inversores cuarentones intentaba demostrar que todavía eran jóvenes pidiendo botellas que costaban más que mi coche.

Era mi mundo. El caos. El ruido. Y me encantaba. Me permitía apagar el cerebro y funcionar por instinto.

Excepto por una cosa. O mejor dicho, por un hombre.

Mis ojos, traicioneros como siempre, hicieron su barrido habitual por toda la pista central. Lo buscaban a él.

Y allí estaba.

Daniel "Pax" Paxton se movía entre la multitud en la planta baja como un tiburón nadando en un banco de peces tropicales. La gente se apartaba instintivamente a su paso. Él nunca empujaba, ni gritaba. Simplemente proyectaba un aura de "no me jodas" tan potente que creaba un campo de fuerza a su alrededor.

Llevaba una camiseta negra que se ajustaba a sus bíceps de una forma que debería ser ilegal en el estado de Illinois. Desde mi posición elevada, podía ver el brillo del auricular en su oreja y la tensión en sus hombros.

—Estás babeando, jefa —susurró Eder a mi lado, deslizándome una bandeja con las botellas preparadas.

—No estoy babeando. Estoy supervisando los activos de seguridad —repliqué, dándole un empujón con la cadera—. Lleva eso a la mesa cuatro antes de que empiecen a gritar.

Volví a mirar. No pude evitarlo.

Una mujer, una rubia despampanante con un vestido rojo que era poco más que una sugerencia de tela, interceptó a Pax cerca de la escalera. Vi cómo ella le ponía la mano en el brazo, inclinándose hacia él, riendo, invadiendo su espacio con una confianza que me hizo apretar los dientes.

Sentí un pinchazo ácido en el estómago. Celos. Puros, duros y estúpidos.

Observé la reacción de Pax. No sonrió. No coqueteó. Con una suavidad profesional pero firme, retiró la mano de la mujer de su brazo, dijo algo breve —probablemente su habitual "apártese, señora"— y siguió su camino sin mirar atrás. La mujer se quedó allí, con cara de haber sido rechazada por una estatua de hielo.

Solté el aire que no sabía que estaba reteniendo.

«Es un témpano», me recordé. «Un robot».

Y entonces, como si hubiera sentido mi mirada quemándole la nuca a través de la distancia y el humo, Pax levantó la vista.

Sus ojos oscuros cruzaron el espacio, ignoraron a los cientos de personas bailando, ignoraron las luces estroboscópicas y se clavaron directamente en los míos.

El mundo se detuvo un milisegundo. El ruido de la música pareció bajar de volumen.

Había una intensidad en su mirada que me dejaba sin aliento. No era la mirada de un compañero de trabajo. No era la mirada de un amigo. Era una mirada de hambre, de advertencia. «*Te veo»,* parecía decir. «*Sé dónde estás».*

Me sostuvo la mirada, desafiante, posesivo en la distancia, hasta que su mano fue a su auricular, asintió a algo que alguien le dijo por la radio y rompió el contacto visual para dirigirse hacia la entrada principal.

—Jules —la voz de Eder me trajo de vuelta a la realidad—. La mesa de los trajes quiere hablar con la encargada. Dicen que hay un problema con la reserva.

Parpadeé, sacudiéndome la electricidad que Pax había dejado en mi piel.

—Voy —dije, alisándome la camiseta y poniendo mi mejor sonrisa.

Me dirigí hacia el grupo de hombres de negocios. Esperando que la noche acabara lo antes posible.

◆ ◆ ◆

La noche iba rodada. La caja registradora no paraba de sonar, las propinas eran generosas y, por suerte, los jugadores de fútbol americano se habían calmado tras la tercera ronda de tequila. Estaba limpiando la barra con un trapo húmedo, tarareando la canción que retumbaba en los altavoces, cuando una mano de perfecta manicura golpeó la superficie de mármol con insistencia.

—Un whisky *sour*. Y tenemos que hablar.

Mi columna se tensó. Conocía esa voz. Esa voz nasal, arrastrada y cargada de un derecho de nacimiento que no se había ganado.

Levanté la vista despacio, dejando de limpiar.

Ahí estaba. Archie.

Llevaba un traje azul marino que costaba más que el alquiler de un apartamento de tres meses, el pelo rubio oscuro peinado hacia atrás con demasiada gomina y esa expresión de niño mimado que al principio me había parecido una inseguridad tierna y que, tres semanas después, descubrí que era puro narcisismo tóxico.

—Hola, Archie —dije, mi tono cayendo en picado hacia el cero absoluto—. La barra está cerrada para ti. Y nosotros ya hablamos. Hace cuatro días. Cuando te mandé a la mierda por mensaje de texto.

Archie frunció el ceño, como si no pudiera procesar que una camarera le hablara así.

—No puedes romper conmigo por mensaje, Julie. Es de mala educación —se inclinó sobre la barra, invadiendo mi espacio de trabajo—. Además, no lo decías en serio. Estabas enfadada porque te sugerí que cambiaras tu forma de vestir. Solo intentaba ayudarte a tener más... clase.

Solté una risa seca, incrédula.

—¿Clase? Archie, cariño, intentaste tirarme a la basura mis botas militares porque decías que eran de "lesbiana camionera" —tiré el trapo sobre el fregadero con fuerza—. Escucha bien, porque tengo trabajo y tu presencia está bajando la media de coeficiente intelectual en la zona VIP: No quiero hablar contigo. No quiero tu whisky. Y definitivamente no quiero tu "clase". Lárgate.

Los ojos de Archie se oscurecieron. No estaba acostumbrado al rechazo. En su mundo de clubs de campo y cenas benéficas, las chicas sonreían y asentían.

—No me hables así —siseó, su máscara de niño bueno empezando a resquebrajarse—. He pagado la entrada VIP. Tengo

derecho a estar aquí. Y tengo derecho a que me escuches.

—Tú no tienes derecho a nada que yo no te dé —repliqué, apoyando las manos en la barra e inclinándome hacia él, desafiante —. Esto no es el club de golf de papi, Archie. Esto es *Vinyl*. Aquí, el dinero compra alcohol, no mi tiempo ni mi paciencia.

Él golpeó la barra con el puño, haciendo tintinear las copas vacías. Un par de clientes cercanos se giraron.

—¡Deja de hacerte la difícil! —alzó la voz, con el rostro enrojecido —. Sé que te gusto. Solo estás jugando a hacerte la dura porque te asusta estar con un hombre de verdad que puede darte una vida mejor que... esto. —Hizo un gesto de asco hacia el club, hacia mi gente—. Puedo sacarte de este agujero, Julie.

Eso fue la gota que colmó el vaso.

Salí de detrás de la barra. No necesitaba seguridad. No necesitaba a Pax. Este gusano era mío.

Me planté frente a él. Aunque él era un poco más alto, mi postura —hombros atrás, barbilla alta, la misma que usaba mi padre cuando negociaba con bandas rivales— lo hizo retroceder medio paso instintivamente.

—¿Un hombre de verdad? —pregunté, mi voz peligrosamente suave pero cortante como un bisturí—. Archie, tienes veinticuatro años y todavía usas la tarjeta de crédito vinculada a la cuenta de tu padre para invitarme a cenar. Te pones crema hidratante más cara que la mía y te da miedo conducir si llueve un poco fuerte.

Vi cómo su mandíbula se desencajaba.

—No eres un hombre —continué, disfrutando de ver cómo se encogía—. Eres un niño pijo con un ego de cristal que no soporta que una mujer tenga más agallas que él. ¿Quieres sacarme de aquí? Yo soy la reina de este "agujero", imbécil. Tú solo eres un turista.

—Tú... zorra desagradecida —masculló, levantando una mano como si fuera a señalarme o agarrarme.

Antes de que pudiera completar el movimiento, di un paso adelante, invadiendo su zona de seguridad, obligándole a chocar con

un taburete alto.

—Intenta terminar esa frase o esa acción —le reté, bajando la voz a un susurro letal—. Y te juro por lo más sagrado que saldrás de aquí llorando y con los dedos rotos. No tienes ni idea de quién soy, ni de dónde vengo. Ahora, da media vuelta, sal por esa puerta y no vuelvas a pisar mi club.

Archie miró a su alrededor. Vio a Eder, que había dejado de servir y sostenía una botella de vodka por el cuello como si fuera un bate. Vio a Josh acercarse desde el otro lado. Y vio mis ojos, que no prometían nada más que dolor.

Su arrogancia se desplomó. Se arregló la chaqueta con manos temblorosas, intentando recuperar algo de dignidad.

—Estás loca —dijo, con la voz temblorosa—. Te vas a arrepentir de esto. Nadie rechaza a un... —Se calló, tragando saliva, quizás dándose cuenta de que su apellido aquí no valía nada—. Estás loca.

—Fuera —ordené, señalando la salida con un dedo imperativo.

Archie me lanzó una última mirada de odio impotente y se dio la vuelta, caminando rápido hacia las escaleras, casi tropezando en su prisa por huir.

Resoplé, sacudiéndome la adrenalina, y me giré hacia la barra.

—¿Todo bien, jefa? —preguntó Eder, relajando su postura.

—Todo bien —aseguré, recuperando mi trapo—. Solo he sacado la basura un poco antes de tiempo. Ponme un chupito de tequila, Eder. Del de los jugadores de fútbol. Invita la casa.

Me bebí el chupito de tequila de un trago. El líquido ámbar bajó quemando mi garganta, un fuego necesario para contrarrestar el frío repentino que sentía en las manos.

Eder me miró con preocupación mientras retiraba el vaso vacío.

—¿Seguro que estás bien, Jules? Ese tipo tenía una mirada... rara. De los que vuelven con un bate.

—Era solo un niño rico con una rabieta porque le han quitado su juguete, Eder —dije, forzando una sonrisa que noté tirante en mis propias mejillas—. Nada que no haya manejado antes.

Pero mentía. Había habido algo en los ojos de Archie, un brillo vidrioso y fanático, que me había erizado el vello de la nuca. No era la ira caliente de una pelea de bar; era una furia fría, calculada, la de alguien que cree que el mundo le debe sumisión y no soporta que se rompa el guion.

Intenté volver al trabajo, cogiendo una botella de ginebra para preparar un *Tom Collins*, pero noté una presencia a mi lado. No era un cliente. Ni ninguno de los camareros. Era una pared de calor corporal y tensión que reconocería con los ojos cerrados.

Pax.

No me giré de inmediato. Terminé de servir el cóctel, puse la rodaja de limón y cobré al cliente. Solo entonces, me permití mirar a mi derecha.

Pax estaba apoyado en la barra, ignorando el caos de la fiesta a su espalda, con las manos abiertas sobre el mármol. Su rostro era una máscara de piedra, pero sus ojos escaneaban mi cara como si buscara moratones invisibles.

—Me han dicho que has tenido que sacar la basura —dijo. Su voz era grave, apenas audible por encima de la música, pero vibró en mis huesos.

—Josh es un cotilla —murmuré, secando la barra innecesariamente—. No ha sido nada. Un exnovio pesado que no entendía el concepto de "se acabó".

Pax no se relajó. De hecho, pareció tensarse más, sus nudillos blanqueándose donde agarraba el borde de mármol de la barra.

—¿Te ha tocado?

—No.

—¿Te ha amenazado?

Suspiré, dejando el trapo y enfrentándome a él.

—Pax, mírame. Estoy bien. —Alcé las manos para demostrárselo, pero cometí el error de no controlar el ligero temblor de mis dedos.

La mirada de Pax cayó sobre mis manos como un halcón. Sus ojos se oscurecieron, pasando del color café al negro absoluto.

—Estás temblando.

—Es la adrenalina —mentí, escondiendo las manos bajo la barra —. Y el frío del aire acondicionado.

Pax se inclinó hacia delante, invadiendo mi espacio, creando esa burbuja privada en medio de cientos de personas. Sentí un escalofrío real esta vez. Antes de que él dijera nada, me adelanté.

—Ya se ha ido, Pax. Los de seguridad de la puerta tienen su cara. No volverá a entrar.

—No me preocupa que entre aquí. Aquí estás en mi terreno —dijo, y la posesividad en su voz hizo que mis rodillas flaquearan—. Me preocupa lo que pase cuando salgas. El parking está oscuro. Las calles hasta el complejo del MC están solitarias a estas horas.

—Sé cuidarme sola. Tengo mi spray, tengo mi entrenamiento y tengo el coche cerrado.

—No me importa lo que tengas —me cortó, tajante—. Esta noche no vas a conducir sola mirando por el retrovisor cada diez segundos.

Me crucé de brazos, levantando la barbilla.

—¿Y qué sugieres? ¿Llamar a mi papá para que venga a buscarme como si tuviera doce años? Ni hablar.

—No —Pax negó con la cabeza—. Yo salgo a la misma hora que tú. Te esperaré en la salida trasera. Iré detrás de tu coche con la moto hasta que cruces las puertas de Legend.

Abrí la boca para protestar, para soltarle algún comentario mordaz sobre su complejo de salvador o su necesidad de control, pero las palabras se murieron en mi garganta.

Miré su cara. No había arrogancia allí. Solo una preocupación genuina, cruda y honesta. Estaba ofreciendo su tiempo, su protección, sin pedir nada a cambio, solo por asegurarse de que yo llegara a casa de una pieza.

Y, maldita sea, estaba asustada. La imagen de la cara de Archie distorsionada por la ira seguía fresca en mi mente. La idea de conducir sola por las calles heladas de Chicago, preguntándome si esos faros que me seguían eran él, me revolvía el estómago.

Mi orgullo luchó contra mi sentido común durante tres segundos. El sentido común, y quizás el deseo de tener a Pax cerca, ganó.

—Vivo en el complejo, Pax. Está a cuarenta minutos en dirección contraria a tu apartamento —dije, bajando la guardia por primera vez en toda la noche.

—Me da igual si vives en Alaska —respondió él, sin pestañear—. Te sigo hasta la puerta. ¿Trato?

Le sostuve la mirada. Había algo reconfortante en su solidez, en la certeza absoluta de que, si Pax decía que iba a protegerme, nada en este mundo podría tocarme.

—Trato —acepté en un susurro.

Pax asintió una vez, seco y profesional, pero vi cómo la tensión abandonaba ligeramente sus hombros.

—Te veo en el callejón trasero al cierre. No salgas antes.

Se dio la vuelta y desapareció entre la multitud, volviendo a las sombras de donde había venido. Me quedé allí, con el corazón latiendo un poco más rápido, preguntándome en qué momento exacto el jefe de seguridad se había convertido en mi guardaespaldas personal... y por qué la idea no me molestaba tanto como debería.

◆ ◆ ◆

El viento de Chicago a las cuatro de la mañana no perdona. Al abrir la puerta trasera de *Vinyl*, el aire gélido me abofeteó la cara, congelando el sudor que me bajaba por la espalda después de diez horas de servicio.

Me subí el cuello del abrigo, preparándome para correr hacia mi coche, pero me detuve en seco al bajar el último escalón de metal.

No tenía que correr. No estaba sola.

Pax estaba allí.

Estaba montado sobre su Harley, una bestia negra y cromada que parecía tan antigua y peligrosa como él. El motor estaba al ralentí, emitiendo un ronroneo grave y rítmico que vibraba en el asfalto del callejón. Llevaba una chaqueta de cuero desgastada sobre el chaleco táctico y el casco negro mate bajo el brazo.

Al verme, no sonrió. Simplemente se puso el casco, ocultando sus ojos oscuros tras la visera, y asintió una vez hacia mi coche con un movimiento de barbilla.

«Sube», decía el gesto. «Estoy aquí».

Caminé hacia mi sedán, sintiendo su presencia a mi espalda como un escudo físico. No dijo una palabra, pero mantuvo la moto revolucionada suavemente, una advertencia acústica para cualquier sombra que pensara en moverse.

Entré en la seguridad de mi coche, bloqueé los seguros y arranqué. El motor cobró vida y la calefacción empezó a bufar.

Miré por el retrovisor.

El único faro de la moto de Pax brilló en la oscuridad, centrado perfectamente detrás de mi parachoques trasero.

Salí del callejón y me incorporé a la avenida principal. El tráfico era escaso a esa hora, solo taxis solitarios y camiones de reparto.

Durante los cuarenta minutos que duró el trayecto hacia las afueras, hacia el territorio del Legend MC, no escuché la radio. No llamé a nadie. Toda mi atención estaba en el espejo retrovisor.

Él seguía allí.

En cada semáforo en rojo, él se detenía a dos metros de mi maletero, con las botas plantadas firmemente en el suelo, escaneando los coches adyacentes.

En cada cambio de carril, él se movía conmigo, fluido, sincrónico, bloqueando a cualquiera que intentara acercarse demasiado.

Era una danza.

Sentí un calor extraño subiendo por mis muslos, algo que no tenía nada que ver con la calefacción del asiento. Mi lado racional, la Julie que sabía *Krav Maga* y desmontar armas, me gritaba que era

una tontería, que podía haberme defendido de Archie si hubiera aparecido. Pero mi lado instintivo, la mujer que llevaba tres años observando a Pax desde lejos, estaba vibrando.

Había algo increíblemente primitivo y excitante en saber que ese hombre, esa máquina de violencia controlada, estaba ahí atrás pasando frío y perdiendo horas de sueño solo para asegurarse de que nadie me tocara.

Archie me había querido controlar. Pax me estaba custodiando. La diferencia era abismal, y mi cuerpo lo sabía.

Llegamos a la carretera secundaria que llevaba a la entrada del club. Los árboles desnudos pasaban como fantasmas a los lados.

Frené al llegar a la imponente puerta de hierro forjado con el logo de Legend MC: la calavera alada. Marqué el código en el panel de acceso desde mi ventanilla.

La valla comenzó a deslizarse lentamente, abriendo la boca hacia mi hogar, hacia mi santuario.

Avancé con el coche, cruzando el umbral. Esperaba que Pax diera la vuelta en ese mismo instante, misión cumplida.

Pero cuando miré por el retrovisor una última vez, frené en seco.

Pax no se había ido.

Había detenido la moto justo en la línea divisoria, fuera de la propiedad del club, pero encarado hacia mí. La valla metálica comenzó a cerrarse de nuevo, lenta y chirriante, interponiéndose entre nosotros.

Bajé la ventanilla, ignorando el frío, y me giré para mirar hacia atrás.

Él estaba allí, al otro lado de los barrotes que se cerraban. Un centinela oscuro bajo la luz anaranjada de la farola de la entrada. Con el motor al ralentí, sus botas en el suelo, observándome a través de la visera oscura hasta que el mecanismo de cierre hizo *clac* y la luz roja de seguridad se encendió.

La barrera estaba echada. Yo estaba dentro. Él estaba fuera.

Se quedó un segundo más, el suficiente para que mi corazón latiera dolorosamente contra mis costillas. «Bájate de la moto», pensé, con una urgencia que me asustó. «Salta la valla. Ven aquí y bésame hasta que se me olvide mi propio nombre».

Pero Pax era disciplina pura.

Levantó una mano enguantada en un saludo breve, casi militar. Luego, dio gas a fondo. El rugido de su Panhead rompió el silencio de la madrugada y vi cómo daba la vuelta y desaparecía en la oscuridad de la carretera, de vuelta a su apartamento vacío y silencioso.

Subí la ventanilla, temblando.

Me toqué los labios con la punta de los dedos. No me había besado. Ni siquiera me había tocado. Y, sin embargo, mientras conducía hacia mi apartamento dentro del complejo, me sentía más marcada por él que si hubiéramos pasado la noche entera en la cama.

Maldito seas, *Blackbird*. Y gracias.

CAPITULO 4

Pax

El domingo amaneció con ese tipo de cielo gris plomo que presiona contra los edificios de Chicago como una tapa de alcantarilla.

Salí de la residencia de ancianos ajustándome el cuello de la chaqueta. La visita con el abuelo había sido corta. Martin estaba cansado, su respiración era más laboriosa que hace dos días y la enfermera me había sugerido que le dejara descansar pronto. Ver al viejo león perder sus fuerzas me dejaba un sabor amargo en la boca, una mezcla de impotencia y rabia que no tenía dónde descargar.

Caminé hacia mi moto, aparcada en la zona de visitas, con la cabeza todavía puesta en la noche anterior. En el retrovisor de Julie. En la forma en que sus ojos me habían buscado en la oscuridad. No había dormido apenas tres horas, pero la adrenalina de saber que ella estaba a salvo y la inquietud por lo que sentía seguían manteniéndome alerta.

—¿Danny?

La voz me detuvo en seco, justo cuando sacaba las llaves del bolsillo.

No era una voz que hubiera oído en años, pero mi cuerpo reaccionó con un rechazo visceral instantáneo. Los músculos de mi espalda se tensaron. Mi estómago se cerró.

Me giré despacio, esperando estar equivocado.

No lo estaba.

Apoyado en un Mercedes negro que brillaba demasiado para ser un modelo de este año, probablemente alquilado o comprado a plazos que no podía pagar, estaba mi padre.

Daniel Percival Paxton.

Había envejecido. Su pelo, antes impecable, clareaba en la coronilla, y su traje de marca parecía quedarle un poco grande, como si hubiera perdido peso o el traje perteneciera a un hombre que él fingía ser. Él era la razón por la que odiaba mi propio nombre. Él era la razón por la que me había convertido en simplemente Pax.

—Hola, hijo —dijo, dando un paso hacia mí con los brazos medio abiertos, como si esperara un abrazo.

Me quedé inmóvil, dejando que mi silencio y mi altura hicieran el trabajo. No iba a abrazar al hombre que había convertido mi infancia en un campo de minas.

—Pax —corregí, mi voz sonando tan fría como el viento del lago.

Él bajó los brazos, incómodo, y se arregló la corbata.

—Claro. Pax. Tu abuelo me dijo que te llamabas así ahora. —Soltó una risita nerviosa—. Suena duro. Militar. Te pega.

—¿Qué quieres, Daniel?

La brusquedad de mi pregunta pareció golpearle. Parpadeó, buscando recomponer su máscara de padre afable.

—¿No puedo simplemente querer ver a mi primogénito? Ha pasado mucho tiempo. Desde que volviste de... allá donde estuvieras desplegado. Ni siquiera nos llamaste.

—No tenía nada que deciros.

—Somos tu familia, Danny... Pax —insistió, dando otro paso. Olía a colonia cara y a tabaco rancio—. Victoria te echa de menos. A menudo pregunta por ti.

El nombre de su mujer fue como un fósforo encendido en un tanque de gasolina.

«Victoria te echa de menos».

Una risa oscura y violenta burbujeó en mi garganta, pero la contuve.

—¿Ah, sí? —pregunté, dando un paso hacia él esta vez. Vi cómo su instinto de supervivencia se activaba y retrocedía ligeramente—. ¿Me echa de menos? ¿Echa de menos entrar en mi habitación sin llamar?

Mi padre me miró con confusión genuina.

—Ella solo intentaba ser una madre para ti, hijo. Sé que eras un adolescente difícil, pero ella se preocupaba. Siempre iba a ver si estabas bien por las noches.

Apreté los puños hasta que los guantes de cuero crujieron.

Él no lo sabía. Nunca lo supo. Era tan débil, tan ciego en su propia mediocridad, que no vio a su esposa deslizándose en mi cama cuando él estaba de viaje de negocios o desmayado por el alcohol en el sofá. No vio la manipulación, el acoso, la forma en que ella usaba su cuerpo desnudo como un arma para aterrorizar a un chico de dieciséis años que tuvo que aprender a dormir con una silla atrancada bajo el pomo de la puerta.

Odiaba a Victoria por lo que hizo. Pero odiaba a mi padre aún más por no protegerme. Por ser el hombre de la casa y no ver que el monstruo dormía en su almohada.

—No hables de ella —gruñí. Mi voz era baja, peligrosa. La voz que usaba antes de romperle un hueso a alguien—. Y no me vengas con el cuento de la familia feliz. Nunca hemos sido una familia. Solo gente que compartía una casa y un apellido.

Daniel Senior suspiró, adoptando una postura de víctima que conocía bien.

—Mira, sé que cometí errores. No fui el mejor padre. Los negocios iban mal, tenía mucha presión... Pero estoy intentando arreglarlo. Archie está grande, ¿sabes? Deberías conocerlo. Es un buen chico. Te admiraría.

—Archie es problema tuyo.

—Hijo, por favor. Tu abuelo... —Bajó la voz, mirando hacia el edificio de la residencia—. Sabemos que no le queda mucho. Y cuando falte... vamos a necesitarnos. La familia tiene que permanecer unida ante el patrimonio. Hay muchos buitres ahí fuera.

Ahí estaba. Esa era la razón de toda aquella pantomima.

El dinero.

La única razón por la que Daniel Paxton se levantaba de la cama un domingo por la mañana para esperar a un hijo al que había ignorado durante una década.

—No te preocupes por el patrimonio —le dije, subiéndome la cremallera de la chaqueta hasta arriba—. El abuelo lo tiene todo atado. Y créeme, padre, no te va a gustar el nudo.

—¿Qué quieres decir? —Su tono amable desapareció, reemplazado por la ansiedad codiciosa—. ¿Has hablado con él? ¿Te ha dicho algo sobre el testamento? Daniel, escúchame, ese dinero pertenece a la familia. Victoria y yo tenemos deudas. Archie necesita un futuro. No puedes dejar que el viejo se lo gaste en.... en beneficencia o se lo deje a extraños.

Me puse el casco, ocultando mi expresión de asco. Arranqué la moto, disfrutando de cómo el estruendo del motor ahogaba sus súplicas patéticas.

—Aléjate de mí, Daniel —le grité por encima del ruido—. Y aléjate del abuelo. Si me entero de que has venido a estresarle con tus problemas de dinero, te buscaré. Y no será para hablar.

Solté el embrague y salí del aparcamiento, dejándolo allí plantado, pequeño y miserable junto a su coche alquilado.

En el retrovisor, vi cómo pateaba una piedra con frustración y sacaba el móvil para llamar a alguien. Probablemente a Victoria. Probablemente para decirle que la "oveja negra" seguía siendo un descarriado.

No sabían cuánto.

Aceleré, buscando el consuelo de la velocidad, intentando borrar la imagen de mi padre y reemplazarla con algo más limpio. Como

unos ojos color avellana y una sonrisa desafiante en un bar lleno de humo.

◆ ◆ ◆

Llegar a *Vinyl* un domingo es como entrar en una iglesia después de una batalla campal. El aire todavía huele levemente a la locura del sábado, pero el ritmo es más lento, casi perezoso. Música house suave, luces tenues y una clientela que busca ahogar la resaca o cerrar el fin de semana sin sobresaltos.

Entré por la puerta trasera, sacudiéndome la ira que mi padre me había dejado pegada a la piel. Necesitaba el trabajo. Necesitaba la rutina. Necesitaba dejar de pensar en herencias, traiciones y familias rotas.

—Buenas noches, jefe —me saludó Josh, que estaba cargando cajas de refrescos. Parecía un zombi.

—Josh —asentí, caminando hacia el vestuario.

Me crucé con Max en el pasillo. Llevaba a la pequeña Emma en un portabebés contra su pecho mientras revisaba unos papeles. La niña dormía profundamente, ajena al bajo de la música.

—¿Todo bien con el viejo? —preguntó Max en voz baja, protegiendo la cabecita de su hija con una mano.

—Mi padre estaba allí —dije, sin detenerme—. Quería dinero. Lo de siempre.

Max hizo una mueca de disgusto.

—Si necesitas que le rompamos las piernas...

—Ya te avisaré.

Seguí avanzando, buscando el refugio de mi taquilla para dejar la chaqueta de la moto y ponerme el equipo de radio. Pero antes de llegar a la zona de seguridad, la vi.

Julie estaba al final del pasillo, revisando el inventario de cristalería con un iPad en la mano. Llevaba unos vaqueros negros

ajustados y un jersey de punto negro que le quedaba grande, cayéndole por un hombro de forma "accidentalmente" perfecta. Tenía el pelo recogido en un moño desordenado, con mechones sueltos enmarcando su cara.

Parecía suave. Acogedora. Todo lo contrario a mi vida.

Intenté pasar de largo con un simple asentimiento, el plan cobarde habitual.

—¡Pax! —Su voz me detuvo como un cable trampa.

Me giré. Julie dejó el iPad sobre una caja y caminó hacia mí. No había burla en su cara hoy. No había esa chulería defensiva que usaba habitualmente conmigo. Sus ojos avellana estaban limpios, brillantes.

—Julie —dije, manteniendo las manos ocupadas ajustándome el auricular. Una barrera física.

—Quería darte las gracias —dijo, parándose justo frente a mí. Demasiado cerca para mi cordura, pero respetando mi espacio vital —. Por lo de anoche. Por seguirme.

Sentí que el cuello de la camisa me apretaba.

—Era lo lógico. Había una amenaza potencial. Es mi trabajo. Fin de la historia.

Julie sonrió, y fue una de esas sonrisas lentas que hacen que te olvides de cómo se respira.

—No te hagas el duro conmigo ahora, *Blackbird*. Podrías haberte ido a casa. Podrías haber mandado a un novato. Pero te quedaste allí, congelándote el culo en la moto, hasta que se cerró la valla — Dio un paso más, reduciendo la distancia—. Me sentí... segura. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan segura volviendo a casa sola.

Mis manos ansiaban tocarla. Dios, mis dedos hormigueaban con la necesidad de apartar ese mechón de pelo de su cara, de agarrarla por la cintura y atraerla contra el chaleco táctico hasta que no hubiera aire entre nosotros. Pero mi cerebro, entrenado a golpes y traiciones, gritaba: «¡NO! Estás roto. La vas a manchar».

—Me alegro —dije, con la voz ronca, rígida como una tabla—. Como dije, es mi trabajo.

No sabía qué más decir.

—No, Pax. Eso no fue trabajo. Eso fuiste tú.

Y entonces, hizo lo impensable.

Sin previo aviso, Julie se lanzó hacia delante y me rodeó la cintura con los brazos. Apoyó la mejilla contra mi pecho, justo sobre mi corazón, y me apretó en un abrazo firme y cálido.

Me paralicé.

Literalmente. Mis brazos se quedaron colgando a los costados, inútiles, pesados como plomo. Mi respiración se cortó en seco. Todo mi sistema nervioso entró en alerta roja.

Pero ella no era Victoria. Aquello no era una manipulación. Y no había manos recorriendo mi cuerpo sin consentimiento.

Era solo... calor. Olía a caramelo y a champú de frutas. Sentí la suavidad de su cuerpo contra mi rigidez, la curva de sus pechos aplastada contra mi chaleco, la fuerza de sus brazos intentando transmitirme gratitud.

Quise abrazarla. Quise bajar mis manos y rodearla, hundir la nariz en su pelo. Pero no sabía cómo. Me sentía un fraude, una estatua de piedra incapaz de corresponder a un gesto humano básico. El pánico a malinterpretarlo, a cruzar una línea, a ser como mi madrastra o mi padre, me bloqueó.

Julie debió notar mi rigidez, mi falta de respuesta, porque se separó rápidamente, retrocediendo con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—Oh. Lo siento —dijo, alisándose el jersey, nerviosa—. Yo... soy muy de abrazar. A veces se me olvida que tú tienes tu... espacio.

Me miró, esperando que dijera algo. Que hiciera una broma. Que la tranquilizara.

Pero yo seguía en cortocircuito, con la piel ardiendo donde ella me había tocado.

—Tengo que revisar el perímetro —solté. Fue brusco. Fue grosero. Fue una huida en toda regla.

Me di la vuelta y caminé hacia la salida de emergencia a paso militar, huyendo de la única cosa que me hacía sentir vivo y aterrorizado al mismo tiempo.

—Claro —la escuché murmurar a mi espalda, con un tono de decepción que se me clavó como un cuchillo—. Nos vemos luego, Pax.

Salí al callejón y aspiré el aire frío, intentando calmar el latido frenético de mi corazón.

«Imbécil», me dije a mí mismo, golpeando la pared de ladrillo con el puño. «Eres un maldito cobarde».

◆ ◆ ◆

El zumbido en mi bolsillo derecho no fue una notificación de seguridad. Conocía la diferencia. El *walkie* vibraba en mi cadera; el teléfono personal, silenciado y guardado en el bolsillo interior del chaleco táctico, vibraba contra mis costillas.

Nadie me llamaba al móvil personal durante un servicio. Solo había un número configurado para saltarse el modo No Molestar.

Me helé.

Estaba en la pasarela superior, observando la pista semivacía de un domingo tranquilo, intentando no buscar la cabeza castaña de Julie entre las mesas. Todavía sentía el fantasma de su abrazo, la presión de sus pechos contra mi pecho, el calor que me había dejado inútil y estúpido hacía una hora.

Saqué el teléfono con una mano, sin dejar de escanear la sala con la otra por puro instinto muscular.

La pantalla brillaba con tres palabras que hicieron que se me parara el corazón:

RESIDENCIA THE OAKS

Contesté al primer tono.

—Paxton —dije. Mi voz sonó metálica, extraña.

—¿Señor Daniel Paxton? Soy la enfermera de guardia, Sarah. —Su voz temblaba ligeramente. Mal. Muy mal—. Le llamo por su abuelo, Martin.

—¿Qué ha pasado? —No pregunté cómo estaba. Sabía que estaba mal. Las enfermeras de noche no llaman para darte las buenas noches.

—Ha sufrido un infarto agudo de miocardio hace veinte minutos. Los paramédicos acaban de estabilizarlo, pero está muy grave. Lo están trasladando ahora mismo al Chicago Mercy.

El mundo se inclinó sobre su eje. Las luces de neón de *Vinyl* se desenfocaron. El bajo de la música se convirtió en un pitido sordo.

—¿Está consciente?

—Inconsciente, señor. Su presión arterial es crítica. Usted es el único contacto de emergencia en su ficha que ha respondido. Su padre... el número de su padre no estaba operativo.

Por supuesto que no. Daniel probablemente estaba escondiéndose de algún acreedor o demasiado borracho para encontrar el teléfono.

—Voy para allá. —Colgué sin despedirme.

Guardé el teléfono y me moví. Bajé las escaleras de metal de dos en dos, ignorando los protocolos de seguridad que yo mismo había escrito.

Max estaba en la barra principal, hablando con Eder sobre el cierre. Al verme acercarme, con la cara pálida y los ojos desorbitados, dejó de hablar a mitad de frase.

—Pax, ¿qué pasa? —preguntó Max, enderezándose.

Llegué a su altura, respirando con dificultad, no por el esfuerzo físico, sino por el nudo que me estrangulaba la garganta.

—Es el abuelo. Infarto. Se lo llevan al Chicago Mercy.

No tuve que explicar nada más. No tuve que pedir permiso. Max Vaughn era mi hermano antes que mi jefe.

—Vete —ordenó Max, poniéndome una mano en el hombro y empujándome hacia la salida—. Corre. Yo cubro tu puesto. Llámame si necesitas algo. Lo que sea. Voy a llamar a Tess, está en el ala de pediatría hoy, puede agilizar las cosas.

Asentí una vez, incapaz de articular palabra, y salí disparado hacia la puerta trasera.

Empujé la barra antipánico con tanta fuerza que la puerta de metal rebotó contra la pared de ladrillo del callejón con un estruendo violento. El aire frío me golpeó, pero ya no lo sentía. Solo sentía el terror puro, líquido, corriendo por mis venas.

El abuelo era lo único que tenía. Era el único que me había mirado a los ojos cuando volví de la guerra y no había visto a un monstruo, sino a un nieto al que amar. Era el único que me había dado un hogar cuando mi propia casa era una cámara de tortura psicológica. Si él moría... si él se iba... yo me quedaba solo en la oscuridad.

Me monté en la Panhead y arranqué el motor con una patada salvaje. Apenas me abroché el casco, solo quería llegar cuanto antes al hospital.

Salí del callejón quemando rueda, el neumático trasero chillando contra el asfalto húmedo.

Giré en la avenida principal y abrí gas a fondo. La moto rugió, respondiendo a mi desesperación. Pasé todos los semáforos en ámbar. Esquivé un taxi con una maniobra que habría hecho que me retiraran el carnet al instante, inclinando la moto hasta que la estribera sacó chispas contra el suelo.

El viento me arrancaba las lágrimas de los ojos, o quizás estaba llorando, no lo sabía.

«Aguanta, viejo», le rogué mentalmente, apretando los dientes mientras el velocímetro subía a cifras ilegales. «No te atrevas a

dejarme solo con ellos. No te atrevas a morirte ahora».

El hospital Chicago Mercy estaba a quince minutos en condiciones normales.

Yo llegaría en ocho.

CAPITULO 5

Julie

Vinyl sin Pax era como una boca a la que le faltan dientes: seguía funcionando, pero se sentía extraña, vulnerable.

El cierre del domingo solía ser rápido y silencioso, pero esta noche el aire estaba enrarecido. Eder limpiaba la barra con movimientos mecánicos, sin sus habituales bromas. Josh recogía las cajas vacías con el ceño fruncido. Todos habíamos visto a Pax salir corriendo hace horas, con la cara desencajada y los ojos llenos de un terror que nunca le habíamos visto.

Pax, el hombre de hielo. Pax, la máquina. Pax, el que nunca perdía la compostura.

Verlo así nos había dejado a todos con un nudo en el estómago.

Max salió de su despacho, bajando las escaleras con una expresión que presagiaba malas noticias. De las peores.

—Reunión rápida —dijo, su voz resonando en el local vacío.

Nos acercamos a la pista central. Me abracé a mí misma, sintiendo un frío que no tenía nada que ver con la temperatura. Llevaba horas mirando mi móvil, esperando un mensaje, una señal, algo. Pero nada. ¿Por qué iba Pax a avisarme a mí de nada? No teníamos ese tipo de confianza.

—Pax no estará los próximos días —anunció Max, sin rodeos—. Ha tenido una emergencia familiar grave. Su abuelo ha sufrido un infarto y está en estado crítico.

Un murmullo de preocupación recorrió al pequeño grupo.

—Mierda —susurró Eder—. El tipo duro tiene corazón después de todo.

—Eder, cállate —le espeté, más brusca de lo necesario. Me giré hacia Max—. ¿Cómo de grave?

Max me miró. Sus ojos azul cielo, normalmente astutos y divertidos, estaban oscuros de preocupación.

—Grave, Jules. Muy grave.

—¿Quién va a cubrir sus turnos? —preguntó Josh, siempre práctico, aunque vi la preocupación en su cara.

—Yo me encargo de la seguridad perimetral —dijo Max—. Llamaré a un par de chicos de confianza de Dominic para el interior y la sala de control. Vosotros centraos en el servicio. Quiero que esto funcione como un reloj para que Pax no tenga que preocuparse por el club. Él tiene la cabeza donde debe tenerla ahora mismo.

—Hecho, jefe —asintió Eder.

—Podéis iros. Buen trabajo esta semana.

El grupo se dispersó hacia los vestuarios, pero yo me quedé clavada en el sitio. Mis pies parecían haber echado raíces en el suelo pegajoso de la pista de baile.

No podía irme a casa. La idea de volver a mi apartamento en el complejo, meterme en la cama y mirar el techo preguntándome si Pax estaba bien, me resultaba insoportable. Todavía sentía la rigidez de su cuerpo cuando lo abracé hace unas horas. Su soledad.

Me acerqué a Max cuando los demás se alejaron.

—Max.

Él se detuvo y se giró, suspirando.

—Lo sé, Jules. Estás preocupada.

—¿Dónde está? —pregunté. No era una pregunta curiosa. Era una exigencia.

Max me estudió un momento, como si evaluara si darme esa información era una buena idea o un error garrafal. Sabía de

nuestros piques. Pero debió ver algo en mis ojos que le hizo decantarse por decírmelo todo.

—Chicago Mercy. Unidad de Cuidados Intensivos.

—¿Está alguien con él? —insistí—. ¿Sus padres? ¿Hermanos? Sé que tiene familia, mencionó a un hermano una vez...

Max soltó una risa amarga, corta y carente de humor.

—¿Familia? Sí, tiene parientes biológicos. Su padre y su madrastra —la mueca de asco de Max fue visceral—. Pero créeme, Jules, esa gente no es familia. Son buitres. Si están allí, es para ver si pueden sacar algo de la herencia antes de que el cuerpo se enfríe.

Sentí un escalofrío. Sabía que Pax vivía solo, que al volver de la guerra no había una familia amorosa esperándolo. Pero no tenía ni idea de que además su familia fueran una panda de avariciosos.

—Entonces... ¿está solo?

Max se pasó la mano por el pelo, mirando hacia la puerta por donde Pax había huido.

—Martin, su abuelo, es lo único que tiene. Es el único que lo quiso cuando volvió del ejército hecho un desastre y el único que le demostró amor al crecer. Si el viejo muere... —Max negó con la cabeza, y su voz bajó a un susurro ronco—. Si el viejo muere, Pax se queda completamente solo en el mundo. Excepto por nosotros, claro. Pero ya sabes cómo es él. No nos dejará acercarnos. Se encerrará en su cueva hasta que se consuma.

Solo.

La palabra me golpeó en el pecho como un puñetazo.

Recordé su silueta en la moto, al otro lado de la valla del club, vigilándome hasta que estuve a salvo. Él me había cuidado a mí. Él se había asegurado de que yo no estuviera sola frente a mis miedos.

Y ahora él estaba en una sala de espera de hospital, probablemente rodeado de máquinas y silencio, enfrentándose a su peor pesadilla sin nadie que le guardara las espaldas.

—Gracias, Max —dije, dándome la vuelta y corriendo hacia el vestuario para coger mi bolso y las llaves del coche.

—Jules —me llamó Max a mi espalda.

Me detuve y miré por encima del hombro.

—No le gustan las visitas —advirtió—. Probablemente te gruña. Probablemente te diga que te vayas. Aguanta.

Sonreí, una sonrisa pequeña y decidida.

—Soy una Connor, Max. Estoy acostumbrada a lidiar con hombres gruñones y testarudos. Mi padre inventó el género.

—Ten cuidado —dijo él, pero vi un brillo de aprobación en sus ojos—. Y si necesita algo, llámame.

—Lo haré.

Salí de *Vinyl* a la carrera. No iba a volver a la seguridad del MC esta noche. Iba directa a la boca del lobo, al Chicago Mercy. Porque si algo tenía claro, era que nadie, ni siquiera un lobo solitario como Pax, debería tener que ver morir a la única persona que ama estando solo.

◆ ◆ ◆

Los hospitales de noche tienen una frecuencia vibratoria distinta. Huelen a café malo, a limpiador antiséptico y a miedo.

Crucé las puertas de urgencias del Chicago Mercy con el corazón en la garganta y los pies palpitándome dentro de las botas después de diez horas de turno. Me había quitado la camiseta de *Vinyl* en el coche y me había puesto una sudadera gris que llevaba en el asiento trasero, intentando parecer menos una camarera de club nocturno y más una visita respetable.

Me dirigí al mostrador de información central. La enfermera de turno, una mujer mayor con gafas de montura roja, tecleaba lentamente sin levantar la vista.

—Busco a un paciente. Ingresado hace unas horas por urgencias cardíacas. Martin Paxton.

La mujer suspiró, como si mi presencia fuera una ofensa personal a su paz nocturna.

—¿Es usted familia?

—Soy su... nieta política —mentí sin pestañear. Mi padre siempre decía que una mentira dicha con seguridad es una verdad en trámite —. Mi marido, Daniel, acaba de subir. Se le olvidó el móvil y estoy intentando localizarle.

La enfermera me miró por encima de las gafas, evaluándome. Vio mi cansancio, mis ojos rojos y, probablemente, la desesperación genuina que emanaba. Tecleó el nombre.

Sus cejas se alzaron ligeramente al ver el resultado en la pantalla.

—El señor Paxton no está en la UCI general —dijo, y su tono cambió sutilmente, volviéndose más deferente—. Ha sido trasladado al Ala Pavilion. Planta 12. Suite 1204.

—¿Pavilion? —repetí, confundida. Conocía el Mercy. Mi padre había estado aquí un par de veces por... accidentes laborales del club. La UCI estaba en la tercera planta.

—Los ascensores privados al final del pasillo a la derecha —indicó ella, volviendo a su teclado—. Necesitará un pase de visitante, pero a estas horas el control de seguridad del ala privada es... flexible si hace poco ruido.

—Gracias.

Caminé hacia donde me había indicado, y a medida que avanzaba, el entorno cambiaba. El linóleo desgastado dio paso a moqueta gruesa que amortiguaba mis pasos. Las luces fluorescentes parpadeantes fueron reemplazadas por apliques de pared de luz cálida. Había cuadros de paisajes en lugar de carteles sobre la gripe.

Entré en el ascensor dorado y pulsé el 12.

Cuando las puertas se abrieron, tuve que parpadear. Esto no parecía un hospital; parecía el vestíbulo de un hotel de cinco estrellas. Había una sala de espera con sofás de cuero, una máquina de café expreso real y silencio. Un silencio caro.

Martin Paxton.

El apellido rebotó en mi cabeza. Paxton. ¿Industrias Paxton? ¿Inmobiliaria Paxton? Había visto ese nombre en edificios del centro, en placas de fundaciones benéficas. Nunca, ni en un millón de años, lo había asociado con Pax.

Pax, que conducía una moto vieja que él mismo reparaba. Pax, que vivía en un apartamento estudio en un barrio corriente. Pax, que trabajaba de jefe de seguridad en un club nocturno y comía sándwiches de la máquina expendedora.

Avancé por el pasillo, sintiéndome una intrusa con mis vaqueros desgastados y mi sudadera vieja.

Y entonces lo vi.

Al final del pasillo, fuera de la puerta 1204, estaba él.

No estaba sentado. Estaba de pie, apoyado contra la pared con los brazos cruzados y la cabeza gacha, mirando al suelo. Llevaba la misma ropa de trabajo de *Vinyl*, el chaleco táctico todavía puesto, como si fuera una armadura que no se atrevía a quitarse. Parecía fuera de lugar en ese entorno de lujo aséptico, como un lobo salvaje atrapado en un museo de cristal.

—Pax —susurré.

Su cabeza se levantó de golpe. Sus ojos estaban inyectados en sangre, hundidos, rodeados de sombras oscuras. Al verme, la sorpresa rompió su máscara de estoicismo por un segundo, dejándome ver al hombre asustado que había debajo.

—¿Julie? —Su voz era un graznido ronco—. ¿Qué haces aquí?

Me acerqué a él, ignorando el impulso de correr.

—Max me lo dijo. Me dijo que estabas solo.

Pax se pasó una mano por la cara, frotándose los ojos con fuerza.

—Deberías estar en casa. Estás agotada. Tienes turno mañana... bueno, hoy.

—Cállate, Pax —dije suavemente, parándome frente a él—. No me voy a ir. ¿Cómo está?

Él soltó el aire en un suspiro tembloroso y señaló la puerta cerrada de la habitación con la cabeza.

—Mal. El infarto fue masivo. Los médicos dicen que su corazón está muy dañado. Está inconsciente, con respiración asistida. Las próximas veinticuatro horas son... definitivas.

Miré a mi alrededor, a las paredes paneladas de madera, a las enfermeras privadas que se movían silenciosas al fondo del pasillo.

—Pax... esto es... —Hice un gesto vago con la mano—. No sabía que tu familia tenía... dinero.

Pax soltó una risa seca, carente de humor, y miró las paredes de lujo con desprecio.

—Dinero viejo. Dinero sucio de inversiones y especulación. Sí —me miró a los ojos, desafiante, como si esperara que yo le juzgara—. Por eso nunca hablo de ello. Por eso me fui. Todo esto —se señaló a sí mismo, su ropa negra, sus manos callosas— es lo único que es mío de verdad. Lo único que no me compraron.

Sentí una oleada de respeto tan fuerte que casi me dobló las rodillas.

Podría haber sido un niño rico malcriado como Archie. Podría haber vivido de las rentas, conduciendo coches deportivos y tratando a la gente como basura. Pero había elegido el ejército. Había elegido trabajar en la noche. Había elegido mancharse las manos y ganarse el respeto de hombres como mi padre o Max, no con cheques, sino con lealtad y sangre.

—Eres un idiota —dije, y mis ojos se llenaron de lágrimas estúpidas.

Pax parpadeó, confundido.

—¿Qué?

—Podrías estar en un yate ahora mismo, pero estás aquí, vigilando la puerta de un club y cuidando de que yo no me rompa una uña —di un paso adelante y, esta vez, no pedí permiso. Le agarré la mano. Su piel estaba fría; la mía ardía—. Te respeto mucho, Daniel Paxton. Más que antes, si es que eso es posible.

Él miró nuestras manos unidas. Sus dedos grandes y ásperos contra los míos. No se apartó. Al contrario, sus dedos se cerraron alrededor de mi mano con un apretón desesperado, como si yo fuera la única cuerda que le impedía caer al vacío.

—No sé si se va a despertar, Julie —susurró, y su voz se rompió —. Creo que he venido para verle morir.

—Entonces no estarás solo cuando pase —aseguré, entrelazando mis dedos con los suyos y apoyándome en la pared a su lado, hombro con hombro—. Me quedo. Aunque me gruñas.

Pax apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos, pero no soltó mi mano.

—Gracias —exhaló.

Y en ese pasillo de lujo silencioso, bajo la luz dorada y con el olor a muerte y dinero en el aire, nos quedamos allí, dos intrusos aferrándose el uno al otro mientras el mundo se desmoronaba.

◆ ◆ ◆

El silencio de la habitación se rompió no con un grito, sino con un susurro rasposo que sonó como papel de lija frotando contra piedra.

—Deja de mirarme... como si ya me estuvieras midiendo... para el ataúd, chico.

Pax, que había estado inclinado sobre la cama con la frente apoyada en el colchón, levantó la cabeza de golpe. Yo, sentada en el sillón de cuero al otro lado, me puse en pie de un salto.

Martin Paxton había abierto los ojos. Eran oscuros, idénticos a los de su nieto, pero donde los de Pax solían ser fríos, los de Martin brillaban con una picardía desafiante a pesar de la máscara de oxígeno que cubría su boca.

—Abuelo —la voz de Pax se rompió. Apretó la mano del anciano entre las suyas—. Estás despierto. Voy a llamar a la enfermera.

—¡Quieto! —ordenó Martin, con una fuerza sorprendente para un hombre cuyo monitor cardíaco marcaba un ritmo errático y débil—. Nada de enfermeras. Nada de agujas. Solo quiero... verte.

Martin giró la cabeza lentamente, y sus ojos se posaron en mí. Me quedé helada, sintiéndome una intrusa en su despedida. Pero entonces, para mi sorpresa, los ojos del anciano se arrugaron en las esquinas.

—Vaya —murmuró, su voz amortiguada por el plástico—. O ya estoy en el cielo, o mi nieto por fin ha traído a alguien que vale la pena mirar.

Solté una risita nerviosa, entre lágrimas.

—Aún está en Chicago, señor Paxton —dije, acercándome un paso—. Soy Julie. Trabajo con Pax.

—Julie —saboreó el nombre, asintiendo levemente—. Tiene agallas. Debes tenerlas para aguantar a este... —señaló a Pax con un dedo tembloroso—... bloque de granito. ¿Te ha sonreído alguna vez? ¿O sigue creyendo que si sonríe se le caerá la cara?

Me reí de verdad esta vez, y vi cómo los hombros de Pax bajaban un centímetro.

—Lo estamos trabajando, señor. De momento hemos conseguido un gruñido amable.

Martin soltó una carcajada que terminó en una tos seca. Pax se tensó, acercándole un vaso de agua con pajita, con una delicadeza infinita.

—Déjala en paz, viejo —dijo Pax, aunque vi el amor puro en su mirada—. Julie es una buena amiga.

—Ya veo —Martin me miró con intensidad renovada—. Veo cómo la miras, Pax. Como si fuera la última botella de agua en el desierto.

Pax se ruborizó, desviando la mirada, y yo sentí el calor subirme al cuello.

—Me han dicho... —Martin recuperó el aliento— que te gustan las motos.

—Me encantan —admití—. Crecí rodeada de ellas.

—Bien. Porque a este cabezota se las enseñé yo —Martin apretó la mano de su nieto—. Su padre quería que jugara al golf. ¡Al golf! Yo le di una llave inglesa y una Indian Scout oxidada cuando tenía doce años. Le dije: "Si consigues que arranque, es tuya". Tardó seis meses, pero la hizo rugir.

—Es un buen mecánico entonces —dije sinceramente.

—¿De dónde eres, chica? —preguntó Martin, sus ojos empezando a velarse un poco por el cansancio.

—Del Legend MC, señor —dije con orgullo—. Mi padre es Sexton Connor.

Los ojos de Martin se abrieron de par en par. Hizo un gesto de reconocimiento.

—Legend... la calavera alada—sonrió, una sonrisa de respeto genuino—. Gente seria. Gente de honor —miró a Pax—. Joder, chico. Apuntas alto. La realeza del asfalto. Estoy... orgulloso.

El monitor cardíaco empezó a pitar un poco más rápido. La respiración de Martin se volvió más superficial.

—Voy a buscar al médico —dijo Pax, con el pánico asomando en su voz.

—Ve... trae al matasanos —concedió Martin, aunque creo que lo hizo solo para sacarlo de la habitación un segundo.

Pax me miró, desesperado, y yo asentí.

—Ve, Pax. Yo me quedo con él.

En cuanto Pax salió de la suite, la energía de Martin cambió. La sonrisa pícara desapareció, reemplazada por una urgencia lúcida y solemne. Me hizo un gesto para que me acercara.

Tomé su mano libre. Estaba fría, la piel como papel de arroz.

—Escucha... —susurró, quitándose la máscara de oxígeno con manos torpes. Intenté detenerle, pero me frenó con la mirada—. No queda tiempo. Escucha.

—Dígame, señor.

—Él cree que es fuerte —Martin miró hacia la puerta por donde había salido su nieto—. Pero por dentro... está un poco roto. Su padre... esa bruja de Victoria... lo rompieron mucho antes de la guerra. Yo intenté pegarlo, pero... —Tomó aire, un sonido agónico—. Se va a quedar solo, Julie. Yo era su ancla. Si me voy... se va a soltar. Se va a hundir en la oscuridad.

Me apretó la mano con una fuerza desesperada.

—No le dejes solo. Júramelo. Sé que eres una Connor. Sé lo que vale vuestra palabra. Conozco a tu padre. Júrame que no dejarás que se ahogue. Júrame que te quedarás hasta que aprenda a nadar sin mí.

Mis lágrimas cayeron sobre su mano. Sentí el peso de la promesa, la magnitud de lo que me pedía. No me pedía que fuera su amiga. Me pedía que fuera su salvavidas.

—Lo juro —dije, con la voz firme—. Se lo juro por mi club y por mi familia. No le dejaré solo. Nunca.

Martin suspiró, y fue el sonido de un hombre que por fin suelta una carga pesada.

—Bien. Bien.

La puerta se abrió y Pax entró corriendo, seguido de un médico y dos enfermeras. Pero Martin levantó la mano, deteniéndolos.

—Fuera... —graznó—. Solo... Pax.

El médico miró el monitor, miró a Martin, y luego a Pax. Con una sacudida de cabeza profesional y triste, hizo un gesto a las enfermeras para que se retiraran al fondo de la habitación. No había nada que hacer. Era el final.

Pax se precipitó hacia el lado de la cama, cayendo de rodillas.

—Estoy aquí, abuelo. Estoy aquí.

Martin buscó la mano de Pax. La agarró con fuerza. Luego, con la otra mano, buscó la mía.

—Pax... —La voz de Martin era un hilo de aire—. Cuídala. Ella es... fuerte. Como la Indian. —Miró a su nieto con un amor que llenó

la habitación—. Eres... mi mejor obra, Daniel. Mi orgullo. No dejes... que ganen los bastardos.

—No lo haré —sollozó Pax, apoyando la frente en la mano de su abuelo—. Te quiero, viejo. Te voy a echar de menos.

—Ya estoy... en la autopista, hijo —Martin nos miró a los dos, conectados a través de él—. Cuidaos el uno al otro. Recuerda lo que te enseñé, siempre estaré contigo.

Martin Paxton exhaló un suspiro largo, tembloroso. Su pecho bajó y no volvió a subir.

El monitor pitó una vez, un sonido largo y continuo. La línea verde se volvió plana.

La mano de Martin se relajó, perdiendo la fuerza, pero Pax no la soltó. Y yo, cumpliendo mi juramento en el primer segundo de su nueva soledad, cerré mi mano con fuerza sobre la de Pax, anclándolo a la tierra, anclándolo a mí, mientras el silencio de la muerte llenaba la habitación.

CAPITULO 6

Pax

Enterrar a un hombre debería ser un acto silencioso. Pero enterrar a Martin Paxton en silencio hubiera sido un insulto.

Estaba de pie frente al agujero en la tierra, con el viento helado cortándome la cara, sintiendo cómo el cuello de mi traje negro me asfixiaba. A mi izquierda, a unos diez metros de distancia, estaban los buitres: mi padre, fingiendo sollozar en un pañuelo de seda; Victoria, mi madrastra, oculta tras unas gafas de sol enormes y un abrigo de piel que costaba más que mi moto; y Archie, con cara de aburrimiento y mirando el reloj cada dos minutos.

Eran buitres esperando a que el cadáver se enfriara para empezar a picotear.

Pero a mi derecha... A mi derecha había un ejército.

No me lo esperaba. Cuando llegué con el coche fúnebre, pensé que estaría solo. Pero Julie había hecho una llamada.

El estruendo de cincuenta motores V-Twin había sacudido las lápidas antiguas de Graceland. Toda la maldita plantilla del Legend MC, con sus chalecos de cuero y sus parches al viento, había escoltado el féretro de mi abuelo desde la entrada hasta la tumba. Sexton, Sam, Wolf... todos estaban allí, formando un muro de respeto y cuero negro a mi espalda.

Y junto a ellos, los hermanos Vaughn y Vance. Max, Dominic, Asher, Landon... todos con trajes oscuros, flanqueados por sus mujeres, de pie como centinelas de mi verdadera familia.

Miré a Julie. Estaba a mi lado, hombro con hombro, vestida con un abrigo negro entallado y guantes de piel. No se había separado de mí ni un segundo desde que el abuelo murió en el hospital.

—Gracias —murmuré, inclinándome hacia ella para que solo ella pudiera oírme—. Al viejo le habría encantado esto. Le habría encantado ver a los bárbaros invadiendo el césped sagrado de la élite.

Julie me miró, y sus ojos avellana estaban llenos de una ternura feroz.

—Él respetaba el club, Pax. El club respeta a los suyos. Y tú eres uno de los nuestros ahora, tengas parche o no.

Sentí un nudo en la garganta y asentí, incapaz de hablar.

El sacerdote terminó su discurso genérico y la gente empezó a dispersarse. Los miembros del MC se acercaron uno a uno para darme la mano o una palmada en el hombro.

—Sentimos tu pérdida, hijo —dijo Sexton, apretándome el brazo con fuerza—. Si necesitas algo, ya sabes dónde está la casa club.

—Gracias, Sexton.

Cuando el último motor arrancó y el grupo de moteros empezó a alejarse hacia la salida, el silencio volvió a caer. Y con el silencio, llegaron los buitres.

Vi cómo mi padre, Victoria y Archie se separaban del grupo de amigos de la alta sociedad y caminaban directamente hacia nosotros.

Me tensé. Noté que Julie también se ponía rígida a mi lado.

—Danny —dijo mi padre al llegar a nuestra altura, ignorando deliberadamente a Julie—. Ha sido... una ceremonia digna. Aunque esa exhibición de motociclistas ha sido un poco... excesiva. ¿No crees?

—A Martin le gustaban las motos, Daniel. Le gustaban más de lo que le gustabas tú —repliqué, sin molestarme en ser educado.

Victoria soltó un bufido despectivo, mirándome de arriba abajo.

—Siempre tan encantador, Pax. Veo que el ejército no te quitó lo salvaje —su mirada se deslizó hacia Julie con un desdén evidente—. Y veo que has traído a.… compañía. ¿Es una de tus camareras?

Iba a contestarle, iba a decirle que se lavara la boca antes de hablar de Julie, pero Archie se adelantó. Se quitó las gafas de sol de marca y, por primera vez, miró a la mujer que estaba a mi lado.

Sus ojos se abrieron de par en par. La sorpresa se transformó rápidamente en una mueca de disgusto y arrogancia.

—¿Julie? —soltó Archie, con una risa incrédula—. ¿Qué coño haces tú aquí?

Me quedé helado. Mi cerebro hizo clic. El exnovio "niño pijo" del que Julie me había hablado. El idiota que la había acosado en *Vinyl* y al que ella había echado. El imbécil por el que yo la había seguido en mi moto para protegerla.

Archibald Paxton. Mi hermano.

Mierda.

Julie levantó la barbilla, adoptando esa postura de combate que yo conocía bien.

—Estoy acompañando a un amigo, Archie. Algo que tú no entenderías, porque no tienes amigos. Solo aduladores.

Archie se puso rojo de ira y vergüenza. Dio un paso hacia ella, ignorando mi presencia.

—Vaya, vaya. Así que esto es lo que haces ahora —hizo un gesto vago entre ella y yo—. Me dejas a mí, ¿y te vas con él? ¿Con la oveja negra de la familia? —Se rio, cruel—. Sabía que eras poca cosa, Julie, una camarera de barrio con ínfulas, pero no sabía que te gustaba rebuscar en la basura genética de los Paxton.

Victoria soltó una risita maliciosa.

El mundo se volvió rojo.

No pensé. Actué.

Di un paso lateral, interponiéndome entre Archie y Julie, tapándole la visión a mi hermano. Me alcé en toda mi estatura,

aprovechando cada centímetro de ancho de mis hombros, proyectando la sombra sobre él.

—Cuidado —dije.

No grité. No hizo falta. Usé la voz que usaba en los interrogatorios, la voz que hacía que los hombres duros se orinaran encima.

Archie parpadeó, retrocediendo instintivamente ante la amenaza física que yo representaba.

—¿Qué? —balbuceó, intentando mantener la compostura—. ¿Me vas a pegar, Rambo? Estamos en un funeral.

—No te voy a pegar, Archie. Eso sería demasiado rápido —me incliné hacia él, invadiendo su espacio vital hasta que pudo oler mi aliento—. Pero si vuelves a hablarle a Julie con ese tono, o si vuelves a mirarla como si fuera menos que tú... te prometo que desearás que el abuelo te hubiera llevado con él.

—¡Daniel! —chilló Victoria, escandalizada—. ¡No amenaces a tu hermano!

—No es mi hermano —gruñí, sin apartar la vista de los ojos aterrorizados de Archie—. Es un error biológico. Y tú... —Miré a mi padre, que estaba pálido—. Lleváoslo. Ahora. Antes de que olvide que estamos en tierra consagrada.

Mi padre tragó saliva, agarró a Victoria y a Archie del brazo y tiró de ellos hacia atrás.

—Vámonos —murmuró Daniel—. Esto es... inaceptable. Hablaremos con los abogados.

Archie me lanzó una última mirada de odio puro, mezclada con miedo, y luego miró a Julie con una expresión vengativa.

—Te has lucido, Julie —escupió Archie—. Disfruta de la herencia, si es que queda algo.

Se dieron la vuelta y se marcharon apresuradamente hacia su coche, huyendo como las ratas que eran.

Me quedé allí, respirando pesadamente, intentando calmar el instinto asesino que me quemaba las manos.

Sentí una mano suave en mi brazo. Julie.

—Pax... —susurró —. No tenía ni idea de que Archie... Si lo hubiera sabido…

Me giré hacia ella. La vergüenza me golpeó. Vergüenza de que viera de dónde venía. Vergüenza de que mi propia sangre fuera la que la había insultado.

—Lo siento —dije, con la voz ronca—. No sabía que era él. No sabía que mi hermano era el imbécil que no aceptó un No.

Julie me miró, y no había juicio en sus ojos. Solo una comprensión triste y profunda.

—No elijes donde naces, pero sí puedes elegir a tu familia, Pax. —apretó mi brazo—. Y tú acabas de hacerlo. Gracias por defenderme.

Suspiré, mirando la tumba abierta de mi abuelo.

—Se acabó la paz, Julie. Ahora que el abuelo no está, van a venir a por mí.

—Que vengan —dijo ella, con esa valentía de hija de motero que me volvía loco—. Tenemos un ejército, ¿recuerdas?

No respondí, no hacía falta. Pero me gustaba la forma en que ella usaba el plural. Al parecer éramos un equipo. Tenerla a mi lado hacía que el vacío por la pérdida de Martin fuera un poco más soportable.

Nos quedamos allí un rato más. Uno junto al otro, en silencio. Simplemente estando.

◆ ◆ ◆

Vaciar la habitación de una persona muerta es como desmantelar una vida entera y meterla en cajas de cartón marrones. Es un proceso frío, mecánico y dolorosamente definitivo.

Dejé caer otra camisa de franela en la caja marcada como "Donaciones". El armario del abuelo olía a él: a tabaco de pipa rancio, a loción de afeitar antigua y a menta. Cada prenda que

tocaba me traía un recuerdo. La chaqueta de pesca que usamos cuando me enseñó a poner el cebo en el lago Michigan. El traje gris que llevó el día de mi graduación de los Rangers, el único día que le vi llorar de orgullo.

Sentí una presión en el pecho, como si el chaleco táctico me estuviera apretando demasiado, aunque hoy solo llevaba una camisa negra.

—¿Quieres que guarde estos libros también? —preguntó Julie desde la estantería.

Me giré. Julie estaba de rodillas en la moqueta, apilando cuidadosamente las novelas de espionaje y los manuales de mecánica que el abuelo devoraba. Se había quitado el abrigo del funeral y se había remangado la camisa negra. Tenía una mancha de polvo en la mejilla y el pelo se le escapaba del recogido.

Nunca la había visto tan hermosa.

—No —dije, aclarándome la garganta—. Los llevaremos a la sala común de la residencia. Al viejo le gustaba intercambiar libros con los otros residentes. Decía que las novelas de Tom Clancy eran lo único que mantenía sus cerebros funcionando.

Julie sonrió con tristeza y pasó la mano por la portada de un libro desgastado.

—Era un personaje, Pax. En el poco tiempo que estuve con él... se notaba que tenía fuego dentro.

—Tenía demasiado fuego para un cuerpo tan viejo —admití, sentándome en el borde de la cama, ahora desnuda sin las sábanas —. Siempre decía que la vejez era una estafa. Que su cabeza seguía teniendo treinta años y ganas de pelear, pero que sus rodillas le habían traicionado.

Julie se levantó, sacudiéndose el polvo de las rodillas, y se sentó a mi lado. No me tocó, pero su cercanía irradiaba calor.

—Me alegro de haberle conocido. De verdad. Entiendo muchas cosas de ti ahora.

La miré de reojo.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—Como tu obsesión por las motos clásicas —señaló una foto enmarcada en la mesita de noche. Éramos el abuelo y yo, hace quince años, llenos de grasa, posando junto a la Panhead recién restaurada—. Y tu lealtad. Él hablaba de ti con una devoción absoluta. No eras solo su nieto, Pax. Eras su compañero de equipo.

Cogí la foto. Recordé ese día. Fue el día que conseguimos que el motor arrancara por primera vez. El abuelo había abierto dos cervezas, aunque yo era menor, y habíamos brindado por el ruido y el aceite. También era el día después de que Victoria hiciera la primera visita a mi habitación de madrugada. Alejé el pensamiento y me centré en la foto.

—Él fue el único que me vio —confesé, pasando el pulgar por el cristal—. Cuando mi madre murió y mi padre se casó con Victoria... me volví invisible en esa casa. O peor, me volví un estorbo. Pero cuando iba a casa del abuelo los fines de semana... allí yo existía. Allí yo importaba. Me enseñó a usar las herramientas, a pelear, a no dejarme pisar por nadie.

Dejé la foto en la caja de "Conservar".

—Siento que te haya tocado esa familia, Pax —dijo Julie suavemente. Su voz tenía un filo de rabia contenida, la misma que había mostrado contra Archie—. Lo que dijo tu hermano en el cementerio... fue despreciable.

—Es lo que son —Me encogí de hombros, intentando quitarle importancia, aunque la humillación seguía escociendo—. Gente vacía con cuentas bancarias llenas. Por eso me fui al ejército. Buscaba algo real. Algo que no se pudiera comprar.

—Y lo encontraste —dijo ella, firme—. Encontraste a Max. A Dominic. Y al club, aunque te empeñes en mantenerte en el borde.

Me giré hacia ella completamente. Sus ojos avellana me sostenían, anclándome al presente, impidiendo que me hundiera en el pozo de mis recuerdos.

—Y te encontré a ti —solté, sin pensar.

Las palabras quedaron flotando en el aire quieto de la habitación. Julie contuvo el aliento, sus labios entreabriéndose ligeramente.

Me di cuenta de lo que había dicho. De la implicación.

—Quiero decir... —intenté corregir, sintiéndome torpe—que agradezco que estés aquí. Hoy. En el hospital. No tenías por qué hacerlo. Tienes tu vida, tu trabajo, tu gente. Esto... limpiar la basura de un viejo muerto... no es tu problema.

Julie negó con la cabeza y, esta vez sí, me tocó. Puso su mano sobre la mía, que descansaba en mi rodilla.

—Tú eres mi gente, Pax. —Su tono no admitía discusión—. Y no estás solo en esto.

Miré nuestra unión. Su mano pequeña y suave sobre mis nudillos marcados y ásperos. El contraste era brutal, pero encajaba perfectamente.

Sentí una oleada de emoción tan fuerte que tuve que cerrar los ojos un momento. Dolor por el abuelo. Ira hacia mi padre. Y un deseo abrumador y aterrador por la mujer que tenía al lado.

—Gracias, Jules —susurré, usando el diminutivo que solo me permitía en mi cabeza.

Ella apretó mi mano una vez y luego se levantó, rompiendo el momento antes de que se volviera demasiado intenso para manejarlo.

—Venga, soldado. Terminemos con esto. —Cogió una caja vacía con energía renovada—. Cuanto antes acabemos, antes podré invitarte a esa hamburguesa grasienta que te prometí. Necesitas comer algo que no sea café de máquina expendedora.

—Sí, señora —dije, levantándome también.

Mientras terminábamos de empaquetar la vida de Martin Paxton, me di cuenta de algo. El agujero que el abuelo había dejado seguía ahí, negro y profundo. Pero con Julie moviéndose por la habitación, llenando el silencio con su presencia, el borde del abismo parecía un poco menos resbaladizo.

◆ ◆ ◆

El motor de mi camioneta ronroneaba al ralentí frente a la puerta de hierro del complejo Legend. El olor a grasa de hamburguesa barata y patatas fritas todavía flotaba en la cabina, mezclándose con el perfume de Julie.

Habíamos comido en silencio en un *diner* de carretera. Un silencio cómodo, de esos que solo compartes con alguien que ha visto tus grietas y no ha salido corriendo. Pero ahora que el coche estaba detenido, el silencio había cambiado. Se había vuelto denso. Áspero.

Julie se desabrochó el cinturón de seguridad. El sonido del clic metálico fue como un disparo en el espacio reducido.

—Gracias por la cena, Pax —dijo, girándose hacia mí con una sonrisa cansada pero genuina—. Y por dejarme ayudarte con las cajas.

—Gracias a ti —respondí, apretando el volante con ambas manos.

Ella puso la mano en la manilla de la puerta. Iba a irse. Iba a cruzar esa valla y volver a su mundo seguro, lejos de mí.

Y yo me iba a quedar solo con la pregunta que me estaba quemando el esófago desde que vi la cara de imbécil de Archie en el cementerio.

—Espera —solté.

Julie se detuvo y me miró, extrañada por la urgencia en mi voz.

—¿Qué pasa? ¿Te has dejado algo?

Tragué saliva. Mi garganta parecía llena de cristales rotos. Sabía que no tenía derecho. Sabía que era patético. Sabía que, como amigo, esto era cruzar una línea roja fosforescente. Pero la imagen de Archie tocándola, de sus manos de niño rico sobre la piel de Julie... me estaba asfixiando.

—Archie —dije. El nombre salió como un escupitajo.

Julie frunció el ceño, su expresión oscureciéndose.

—¿Qué pasa con él? Ya te he dicho que es historia antigua.

—¿Fue importante? —pregunté, girándome para mirarla a los ojos. Intenté mantener la voz neutra, pero fallé. Sonó demandante. Posesiva.

Julie parpadeó, desconcertada.

—¿Qué?

—Necesito saberlo —insistí, sintiendo el calor subirme por el cuello—. Estuvisteis juntos. ¿Fue... serio? ¿Tú...? —No pude terminar la frase. «¿Te acostaste con él? ¿Dejaste que ese parásito te hiciera suya?»

La comprensión amaneció en la cara de Julie, seguida inmediatamente por una oleada de indignación. Sus ojos avellana lanzaron chispas.

—¿Me estás preguntando si me acosté con él? —Su voz subió de tono, incrédula—. ¿En serio, Pax? ¿Acabamos de enterrar a tu abuelo y tú estás aquí, haciéndome un interrogatorio sobre mi vida sexual?

—No es un interrogatorio —gruñí, defensivo—. Es que... es mi hermano, Julie. Es esa familia. Necesito saber cuánto... cuánto se metió en tu vida.

—¡Eso no es asunto tuyo! —Julie se soltó el cinturón del todo, girándose completamente hacia mí, furiosa—. Soy una mujer adulta. Soy libre de hacer lo que quiera, con quien quiera. No tengo que darte explicaciones a ti, ni a mi padre, ni a nadie. ¿Quién te crees que eres? ¿Mi novio? No. Eres mi compañero de trabajo. Mi amigo.

La palabra *amigo* me golpeó como un ladrillo.

—Lo sé —dije, bajando la vista al salpicadero—. Sé que no tengo derecho. Lo sé, joder. Pero no puedo respirar pensando que él te tocó. No puedo. Ese tipo es veneno, Julie. Y pensar que estuvo cerca de ti...

Mi voz se rompió al final. La vulnerabilidad se filtró a través de la ira.

Hubo un silencio tenso. Escuché la respiración agitada de Julie.

—Tres semanas —dijo ella de repente. Su voz era dura, pero había bajado el volumen—. Salimos tres semanas. Fuimos a cenar

cuatro veces. Al cine una.

Levanté la vista. Ella me miraba fijamente, desafiante.

—No me acosté con él, Pax —pronunció cada palabra con claridad—. Ni siquiera nos besamos de verdad. Intentó meterme mano en el coche una noche y casi le rompo la muñeca. Por eso le dejé. Porque era un pulpo y un controlador.

El aire volvió a mis pulmones. La presión en mi pecho se liberó tan rápido que casi me mareé.

No le había tocado.

Cerré los ojos un segundo, soltando un suspiro tembloroso.

—Gracias —susurré.

—No me des las gracias —me cortó Julie, todavía molesta—. Y no vuelvas a hacerme una pregunta así. Me ofende que pienses que dejaría que un tipo como Archie llegara tan lejos. Tengo mejor gusto, aunque tú no lo creas.

—Lo creo —dije, mirándola de nuevo. La deseaba tanto en ese momento que me dolían los dientes—. Tienes razón. Soy un imbécil. Han sido... días de mierda. No estoy pensando con claridad.

Julie me sostuvo la mirada unos segundos más, evaluándome. Poco a poco, la ira en su rostro se suavizó, reemplazada por esa compasión que no me merecía.

—Estás de duelo, Pax. Y odias a tu familia. Lo entiendo. Por eso te perdono esta estupidez de macho alfa celoso. Pero solo esta vez.

Asentí, aceptando la reprimenda.

—Solo somos amigos —dije, repitiendo la mentira que necesitaba creer para mantenerla a salvo de mí—. Amigos que se cuidan la espalda.

—Exacto —Julie suspiró y abrió la puerta de la camioneta. El aire frío entró en la cabina—. Descansa, Pax. Intenta dormir. Mañana será otro día.

—Julie.

Ella se detuvo con un pie fuera.

—Gracias —dije, y esta vez puse todo mi corazón en la palabra—. Por el hospital. Por el funeral. Por las cajas. Por... no dejarme solo, aunque sea un capullo. Nadie había hecho eso por mí antes.

Julie sonrió. Fue una sonrisa pequeña, triste y dulce.

—Para eso están los amigos, *Blackbird*.

Se bajó del coche y cerró la puerta.

La vi caminar hacia la garita de seguridad, saludar al prospecto que estaba de guardia y desaparecer tras el muro de hormigón.

Esperé un minuto, solo para asegurarme. Luego, metí primera y me alejé, con la certeza de que Julie Connor era lo mejor que me había pasado en la vida, y el miedo absoluto de que, si no tenía cuidado, terminaría arrastrándola a mi oscuridad.

CAPITULO 7

Julie

La calma en *Vinyl* es siempre engañosa. Es como la superficie de un lago helado: parece sólida hasta que oyes el primer crujido.

El crujido llegó a través de mi pinganillo a las dos de la mañana.

—Jules, tenemos un 10-90 en la entrada principal —la voz de Josh sonó tensa—. Un VIP rechazado que no acepta un no por respuesta. Dice que te conoce. Y está gritando cosas sobre... abogados y herencias.

Suspiré, cerrando la carpeta de facturación en la barra. Sabía quién era antes incluso de que Josh lo describiera. La plaga bíblica de los Paxton había llegado a mi puerta.

—Voy para allá, Josh. No le toquéis. No quiero que nos demande por brutalidad antes de que yo haya tenido el placer de echarlo personalmente.

Crucé la pista de baile, esquivando cuerpos sudorosos, y salí al aire gélido de la calle.

Allí estaba. Archibald Paxton.

Esta vez no llevaba traje. Iba vestido con lo que él consideraba ropa de chico malo: una chaqueta de cuero de diseño que probablemente costaba más que mi sueldo anual y unos vaqueros demasiado ajustados. Estaba discutiendo con el portero, un tipo del tamaño de una nevera llamado Tiny, señalándole el pecho con un dedo manicurado.

—¡Te digo que soy accionista de este puto edificio! —gritaba Archie, arrastrando las palabras. Iba borracho. Ese tipo de borrachera agresiva y llorona de los niños ricos—. ¡Quiero hablar con la encargada! ¡Quiero a Julie!

—La encargada está aquí, Archie —dije, bajando los escalones de entrada con calma deliberada—. Y la encargada dice que te largues.

Archie se giró al oír mi voz. Sus ojos azules estaban vidriosos y llenos de rencor. Al verme, soltó una risa desagradable.

—¡Ahí está! La viuda negra. O debería decir... ¿la consorte del bastardo?

Hice una señal a Tiny para que retrocediera un paso. El portero obedeció, pero se quedó lo suficientemente cerca para partirle el cuello a Archie si parpadeaba mal.

—Estás borracho, Archie. Y estás haciendo el ridículo. Vete a casa antes de que llame a la policía. O peor, antes de que llame a mi padre.

—¿A tu papá el motero? —se burló, acercándose tambaleante—. ¡Qué miedo! ¿Sabes lo que da miedo de verdad, Julie? La pobreza. Y eso es lo que vas a tener si sigues con mi hermano.

El veneno en su voz era palpable. Archie no estaba allí por mí, o al menos no solo por mí. Estaba allí porque Pax le había humillado en el cementerio y su ego no podía soportarlo.

—No hables de él —advertí, cruzándome de brazos.

—¿Por qué no? ¿Es tu nuevo proyecto de caridad? —Archie escupió en el suelo, cerca de mis botas—. Daniel es un animal. Un salvaje. Mi padre dice que debería estar en la cárcel o en un psiquiátrico después de lo que hizo en la guerra. Y ahora tú... la chica que iba de digna... te revuelcas con él. ¿Te pone eso? ¿Que esté roto? ¿Que sea peligroso?

Sentí una llamarada de ira subirme por la garganta, pero la controlé. Archie quería un espectáculo. No se lo iba a dar.

—Lo que me pone, Archie —dije, bajando la voz para que tuviera que inclinarse para oírme—, es un hombre que se ha hecho a sí

mismo. Un hombre que no necesita el dinero de papá para sentirse alguien. Un hombre que sabe lo que es el honor, la lealtad y el respeto. Tres cosas que tú no podrías comprar ni con todo el fideicomiso de Martin Paxton.

La mención del abuelo le hizo reaccionar. Su cara se contrajo.

—Ese dinero es nuestro —siseó—. ¡Es mío! Y ese maldito bastardo seguro que ha manipulado al viejo. Y tú lo has ayudado, ¿verdad? Eres una cazafortunas, Julie. Siempre lo fuiste.

Di un paso adelante, invadiendo su espacio personal tal y como Pax solía hacer. Archie, cobarde por naturaleza, retrocedió.

—Escúchame bien, niñato —dije, clavándole el dedo índice en el pecho—. Pax no quiere vuestro dinero. Pax no quiere nada que venga de vosotros, porque todo lo que tocáis se pudre. Pero si intentáis hacerle daño... si intentáis ir a por él legalmente o de cualquier otra forma... me vas a tener enfrente a mí. Y detrás de mí, a todo el Legend MC. Y créeme, Archie, nosotros no demandamos. Nosotros resolvemos los problemas de forma definitiva.

Archie miró a Tiny, que se crujió los nudillos sonoramente. Miró la cola de gente que esperaba para entrar, que observaba la escena con diversión. Se dio cuenta de que no tenía público a su favor.

—Esto no ha terminado —masculló, intentando recuperar algo de dignidad alisándose la chaqueta—. Mi madre no va a permitir que ese monstruo se quede con todo. Y tú... te vas a arrepentir de haber elegido al hermano equivocado.

—No hubo elección, Archie —le corté con una sonrisa fría—. Tú nunca fuiste una opción. Solo fuiste un error de cálculo.

Archie me lanzó una mirada de odio puro, dio media vuelta y se alejó por la acera, chocando con un par de clientes en su huida hacia donde fuera que hubiera aparcado su coche deportivo.

Respiré hondo, dejando que el aire frío limpiara el olor a su colonia cara y rancia.

—¿Todo bien, jefa? —preguntó Tiny.

—Todo bien —dije, aunque el corazón me latía con fuerza.

Archie era patético, sí. Pero un hombre débil y humillado con dinero para abogados y mucho rencor acumulado podía ser peligroso. Y acababa de declararnos la guerra.

Saqué el móvil y escribí un mensaje rápido a Pax.

«Tu hermano ha estado aquí. Lo he echado. Tenemos que hablar».

◆ ◆ ◆

El frío de Chicago a las cuatro de la mañana tiene la mala costumbre de encontrar cualquier hueco en tu ropa para morderte la piel. Me subí la cremallera del abrigo hasta la barbilla mientras salía por la puerta de servicio de *Vinyl*.

Esperaba encontrar el silencio habitual, el ronroneo del motor de la Harley y la silueta inmensa de Pax esperándome para su escolta nocturna.

Pax estaba allí, sí. Pero no estaba solo.

Y el silencio se había roto en mil pedazos.

—¡Dile a tu perro guardián que firme los papeles de renuncia! —la voz de Archie resonó en el callejón vacío, chillona y desesperada.

Me detuve en seco en el último escalón. Archie Paxton salió de entre las sombras de un contenedor, interceptando mi camino hacia el coche.

—Archie —dije, más cansada que asustada—. ¿Qué haces aquí? Ya te dije que si volvías...

—¡Cállate! —Me cortó, dando un paso agresivo hacia mí. Olía a alcohol y a pánico—. Esto es culpa tuya. Tú le has convencido, ¿verdad? Tú le has dicho que se quede con todo. ¡Ese dinero es de mi padre! ¡Es mío!

Antes de que pudiera contestar, una sombra negra se desprendió de la pared de ladrillo detrás de Archie.

Pax no corrió. No hizo ningún movimiento brusco. Simplemente se materializó detrás de su hermano. Agarró a Archie por el hombro y lo giró con un movimiento seco, colocándose entre él y yo.

—Aléjate de ella —gruñó Pax. Su voz era hielo puro.

Archie trastabilló, pero el alcohol y la rabia le daban una valentía estúpida. Se encaró con Pax, aunque tuvo que levantar mucho la cabeza para mirarle a los ojos.

—¡No me toques, bastardo! —gritó Archie, empujando inútilmente el pecho blindado de Pax—. ¿Te crees muy duro con tu chaleco y tus botas? Solo eres un matón.

—Vete a casa, Archie —dijo Pax, ignorando los insultos, manteniendo su posición de barrera. Sus manos estaban abiertas a los costados, listas, pero contenidas—. No voy a discutir la herencia en un callejón a las cuatro de la mañana. Vas a tener que esperar a la lectura del testamento para saber qué te dejó el abuelo.

—¡No hay nada que discutir! —Archie soltó una risa histérica—. Todo el mundo lo sabe. Mamá lo sabe. Eres defectuoso, Daniel. Por eso te fuiste al ejército, ¿no? Para matar gente legalmente. Porque eso es lo que eres. Un asesino roto.

Vi cómo la espalda de Pax se tensaba. Fue un movimiento microscópico, pero yo lo vi. Archie había dado en el blanco. Había tocado la herida más profunda, la que Martin me había hecho jurar que curaría.

Algo se rompió dentro de mí.

No fue miedo. Fue una furia roja, caliente y violenta.

—¡Cierra la puta boca! —El grito salió de mi garganta antes de que mi cerebro procesara la orden.

Pasé por el lado de Pax como una exhalación. No vi a mi exnovio. Vi a un gusano miserable intentando destruir al hombre más noble que había conocido.

Me abalancé sobre Archie.

—¡Julie, no! —escuché la voz de Pax.

Pero ya era tarde. Agarré a Archie por las solapas de su chaqueta de cuero pija y lo empujé contra el lateral de mi coche con una fuerza que me sorprendió hasta a mí.

—¡No te atrevas! —le grité en la cara, sacudiéndolo—. ¡No te atrevas a llamarle así! ¡Él vale mil veces más que tú y toda tu asquerosa familia juntos!

Archie, sorprendido por mi ataque, levantó las manos para apartarme.

—¡Estás loca! ¡Suéltame, zorra!

Levanté la mano, cerrando el puño, dispuesta a romperle la nariz perfecta que tanto se cuidaba. Quería hacerle sangrar. Quería que le doliera tanto como le dolían a Pax sus palabras.

—¡Voy a matarte! —rugí.

Justo cuando mi puño iba a conectar con su cara, unos brazos de acero me aprisionaron desde atrás, uno de los brazos me rodeó la cintura mientras el otro cruzaba mi pecho hasta el hombro.

Pax me levantó del suelo como si fuera una pluma, arrastrándome hacia atrás, lejos de Archie.

—¡Suéltame, Pax! —pataleé, ciega de ira—. ¡Déjame darle! ¡Voy a arrancarle la cabeza! ¡Voy a destrozarle esa nariz respingona de plástico para que no pueda respirar correctamente jamás!

—¡Jules! ¡Jules, para! —La voz de Pax sonó en mi oído, grave y urgente—. Ya basta. No vale la pena. Mira lo patético que es. Respira hondo, lentamente.

Me mantuve tiesa en sus brazos, respirando agitadamente, pero dejé de luchar. Pax me mantuvo pegada a su pecho, apretándome con fuerza, usándose a sí mismo como contención para mi furia.

Archie se arregló la chaqueta, pálido, mirándome con auténtico terror esta vez. Había esperado que Pax fuera el violento, no yo.

Pax miró a su hermano por encima de mi cabeza. Su expresión ya no era estoica. Era letal.

—Desaparece —dijo Pax. No fue una advertencia. Fue una orden clara que no admitía réplica—. Si vuelves a acercarte a ella, si

vuelves a decirle una sola palabra... olvidaré que compartimos sangre. Y créeme, Archie, no quieres ver al "asesino" suelto.

Archie tragó saliva, retrocedió dos pasos y corrió hacia su coche sin mirar atrás.

Pax no me soltó hasta que las luces traseras de Archie desaparecieron en la avenida. Entonces, me giró entre sus brazos para mirarme. Sus ojos oscuros escaneaban mi cara, buscando daños.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Ese hijo de puta... —jadeé, todavía temblando de adrenalina—. ¿Cómo se atreve a decirte esas cosas?

Pax me miró con una mezcla de asombro y algo que se parecía mucho a la devoción.

—Ibas a pegarle —murmuró, como si no pudiera creerlo—. Te lanzaste a por él. Por mí.

—Le habría arrancado los ojos —aseguré, alisándome la ropa con manos temblorosas—. Nadie te habla así delante de mí, Pax. Nadie.

Pax soltó un suspiro largo, y una media sonrisa, triste pero real, curvó sus labios. Me pasó el pulgar por la mejilla, un gesto tan íntimo que me robó el aliento.

—Estás completamente loca, Connor.

—Es un requisito para trabajar aquí —repliqué, intentando calmar mi corazón.

—Vamos adentro —dijo, rodeándome los hombros con su brazo, atrayéndome hacia su calor—. Hace frío. Y creo que necesito invitarte a un trago.

Me dejé llevar hacia el interior de *Vinyl*, sintiendo que, por primera vez, no era yo quien necesitaba protección. Éramos dos soldados cubriéndonos las espaldas en una guerra que acababa de empezar.

◆ ◆ ◆

El vaso de bourbon golpeó la barra con un sonido sordo.

—Bébetelo —ordenó Pax.

Obedecí. El líquido ámbar quemó al bajar, pero no tanto como el fuego que yo sentía en el pecho. Me limpié la boca con el dorso de la mano y seguí caminando de un lado a otro detrás de la barra, incapaz de quedarme quieta.

—Es que no me entra en la cabeza —escupí, gesticulando con la mano libre—. "Asesino roto". ¿Quién se cree que es? ¿Quién le ha dado derecho a juzgarte? Tú has salvado vidas, Pax. Tú has estado en lugares que él se cagaría de miedo solo de ver en Google Maps. Y tiene la audacia, la maldita audacia, de decir que eres defectuoso.

Pax estaba apoyado en el otro lado de la barra, observándome con una calma inquietante. Se había quitado el chaleco táctico, quedándose solo con la camiseta negra. Sus brazos cruzados marcaban los músculos tensos, pero su cara estaba relajada.

—Ya pasó, Jules. Son palabras. Archie siempre ha tenido la lengua larga.

—¡No son solo palabras! —Me detuve frente a él, golpeando la madera con la palma de la mano—. Es veneno. Intenta hacerte pequeño para sentirse grande él. Y lo odio. Lo odio con una intensidad que me asusta. Si no me hubieras parado...

—Le habrías roto la nariz —completó Pax. Una sonrisa lenta, casi imperceptible, curvó sus labios—. Lo sé. Vi tu puño. Tienes una buena técnica, Connor. Tu padre estaría orgulloso.

—No te rías —le advertí señalándolo con un dedo, aunque mi ira empezaba a desinflarse ante su mirada—. Estoy indignada en tu nombre porque tú pareces ser demasiado noble para estarlo.

Pax dejó de sonreír. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos y la atmósfera en el club vacío cambió. El aire se volvió denso, cargado de electricidad estática.

Rodeó la barra despacio, como un depredador acercándose a su presa, hasta que quedó frente a mí. Estábamos tan cerca que podía oler el jabón limpio de su piel y sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

—No soy noble, Julie —dijo en voz baja, ronca—. Y definitivamente no soy bueno. He hecho cosas... cosas necesarias, pero feas. Archie no miente del todo cuando dice que tengo las manos manchadas.

—Archie es un idiota que no sabe la diferencia entre violencia y protección —repliqué, alzando la vista para sostenerle la mirada. Mi respiración se agitó—. Tú eres bueno, Pax. Eres leal. Eres valiente. Y eres la persona más amable que conozco, aunque te esfuerces tanto en parecer un bloque de hielo.

Pax levantó una mano. Dudó un segundo, como si estuviera peleando contra su propio instinto, y finalmente me acunó la mejilla. Sus dedos eran ásperos, callosos, pero su toque fue tan suave que me estremecí.

—Nadie me había defendido nunca así —murmuró. Su pulgar rozó mi pómulo—. Nadie se había interpuesto entre mi familia y yo. Siempre he sido yo el escudo.

Mi corazón latía desbocado contra mis costillas. Incliné la cabeza hacia su mano, cerrando los ojos un instante.

—Ahora tienes quien te cubra la espalda, *Blackbird*.

Abrí los ojos. Pax me miraba con un hambre desnuda. Su mirada bajó a mis labios y se quedó allí. La tensión sexual era tan palpable que casi podía saborearla. Todo mi cuerpo gritaba que me lanzara a por sus labios.

Me puse de puntillas, acortando la distancia milimétrica que nos separaba. Vi cómo las pupilas de Pax se dilataban. Vi cómo bajaba la cabeza, rindiéndose...

Y entonces, se detuvo.

Se tensó, cerró los ojos con fuerza y soltó un suspiro tembloroso que noté sobre mi rostro. Retiró la mano de mi cara como si le

quemara y dio un paso atrás, se puso de espaldas a mí y con las manos en la cintura miró al techo. Todo su lenguaje no verbal gritaba que necesitaba poner distancia física entre nosotros.

Me quedé allí, fría de repente, con los labios entreabiertos y la confusión golpeándome.

—Pax... —susurré.

—No puedo —dijo él. Su voz sonaba torturada—. Joder, Julie, quiero hacerlo. Quiero besarte hasta que se nos olvide dónde estamos. Pero no puedo.

—¿Por qué? —pregunté, dolida—. ¿Por Archie? Porque te juro que no hubo nada con él.

—No es por él. Es por ti. Y por mí. —Pax se pasó la mano por el pelo corto, frustrado—. Acabo de enterrar a mi abuelo. Mi familia me ha declarado la guerra. Mi cabeza es un campo de minas ahora mismo. Si cruzo esta línea contigo... si nos convertimos en algo más y lo estropeo... te perderé.

Se giró para mirarme, y la vulnerabilidad en sus ojos me rompió el corazón.

—No puedo permitirme perderte, Jules. Eres lo único sólido que me queda. Eres mi única amiga de verdad. Si nos liamos y sale mal... me quedo sin nada. Y no creo que pudiera sobrevivir a eso ahora mismo.

Lo entendí.

En ese momento, vi la verdad. Pax no me estaba rechazando. Se estaba protegiendo. Estaba tan roto por la pérdida de Martin y el rechazo de su familia que la idea de arriesgar nuestra conexión le aterrorizaba. Necesitaba un ancla, no una amante. Necesitaba saber que yo estaría ahí mañana, pase lo que pase, sin el drama o las complicaciones del sexo y el romance.

Tragué mi decepción y mi deseo. Los guardé en una caja al fondo de mi mente. Porque él tenía razón. Él me necesitaba, pero me necesitaba entera, como su pilar.

—Está bien —dije, forzando una sonrisa suave—. Lo entiendo, Pax.

—¿Estás... enfadada?

—No —negué con la cabeza, acercándome a él, pero esta vez manteniendo una distancia segura. Le puse una mano en el brazo, un gesto de camaradería, no de seducción—. Tienes razón. Han sido semanas de locura. Necesitas tierra firme.

Pax soltó el aire, aliviado.

—¿Amigos? —preguntó, aunque la palabra parecía quedársele pequeña en la boca.

—Mejores amigos —corregí, apretándole el bíceps—. Compañeros de batalla. Tú me proteges de los borrachos y yo te protejo de los niños pijos. Trato hecho.

Pax me miró con una gratitud que valía más que cualquier beso.

—Eres increíble, Julie Connor.

—Lo sé —bromeé, guiñándole un ojo para aligerar el ambiente, aunque por dentro me moría de ganas de arrastrarlo al sofá de la oficina—. Ahora, llévame a casa, soldado. Mañana tenemos que lidiar con la resaca emocional.

—A la orden.

Salimos de *Vinyl* juntos, hombro con hombro. No hubo besos. No hubo promesas de amor eterno. Pero mientras él me abría la puerta del coche, supe que lo que teníamos era mucho más fuerte que una simple amistad. Estábamos construyendo los cimientos de algo indestructible, aunque tuviéramos que esperar para ponerle el techo.

Y yo sabía esperar. Especialmente por alguien como él.

CAPITULO 8

Pax

La sala de juntas olía a cuero viejo y a codicia.

Estaba sentado en el extremo de una mesa de caoba tan larga que parecía una pista de aterrizaje. En el otro extremo, como un tribunal de la Inquisición vestido de Armani, estaba mi "familia".

Daniel, mi padre, tamborileaba los dedos sobre la superficie pulida, sudando a pesar del aire acondicionado. Victoria, a su lado, se ajustaba un collar de perlas, mirándome con esa expresión que había perfeccionado durante mi infancia: como si yo fuera una mancha de grasa en su alfombra persa. Y Archie simplemente me miraba con odio, frotándose el hombro donde yo le había agarrado hacía una semana.

—Si estamos todos presentes, podemos proceder —dijo el señor Sterling, un abogado anciano con gafas de montura de carey que había gestionado los asuntos del abuelo desde antes de que yo naciera.

—Acabemos con esto —dijo mi padre, con voz impaciente—. Tenemos compromisos.

Sterling carraspeó, abrió la carpeta de cuero frente a él y sacó el documento sellado.

—"Yo, Martin Percival Paxton, estando en pleno uso de mis facultades mentales..."

La lectura fue tediosa y llena de jerga legal, pero el aire en la sala se iba volviendo más denso con cada párrafo. Mi padre se inclinaba

hacia delante, casi salivando, esperando escuchar las palabras mágicas: acciones, propiedades, cuentas en las Islas Caimán.

Finalmente, Sterling llegó al núcleo.

—"... revoco cualquier testamento anterior y dispongo lo siguiente: A mi hijo, Daniel Percival Paxton, le lego la colección de relojes antiguos que siempre codició, con la esperanza de que aprenda que el tiempo es lo único que no se puede comprar".

Hubo un silencio atónito. Mi padre se puso rojo escarlata.

—¿Qué? —balbuceó—. ¿Los relojes? ¿Solo los malditos relojes?

—"A mi nieto, Archibald Paxton" —continuó Sterling, imperturbable—, "le lego la suma de diez mil dólares, con la condición de que sean utilizados para completar un curso de ética empresarial o cualquier formación laboral real".

Archie golpeó la mesa con el puño.

—¡Esto es una broma! ¡Ese viejo senil no podía hablar en serio!

Sterling levantó la vista por encima de sus gafas, severo.

—El señor Paxton estaba muy lúcido cuando redactó esto hace seis meses, joven.

—Continúe —dije. Mi voz sonó tranquila, grave, cortando los gritos de mi familia. Yo sabía lo que venía. El abuelo me lo había insinuado, aunque nunca quise creer la magnitud.

Sterling me miró y asintió levemente.

—"El resto de mi patrimonio, incluyendo la participación mayoritaria en Industrias Paxton, las propiedades inmobiliarias, las inversiones bursátiles y los activos líquidos, se lo lego en su totalidad, sin restricciones ni fideicomisos, a mi nieto Daniel 'Pax' Paxton".

El estallido fue inmediato.

—¡Imposible! —gritó mi padre, levantándose de la silla—. ¡Voy a impugnarlo! ¡Coaccionó a mi padre! ¡Ese salvaje manipuló a un anciano enfermo!

Victoria se levantó también, sus ojos clavados en mí. Pero no gritó. Caminó lentamente por el largo de la mesa hasta detenerse cerca de mi silla. El perfume que usaba, una mezcla empalagosa de rosas y almizcle, me golpeó la nariz. Era el mismo olor que llenaba mi habitación cuando yo tenía dieciséis años y fingía dormir mientras ella se sentaba en el borde de mi cama.

—Daniel... —dijo, usando ese tono de voz suave y arrastrado que me revolvía el estómago—. Cariño, sé razonable. Tú no eres un hombre de negocios. Eres un soldado. Un... aventurero —Se humedeció los labios, y sus ojos recorrieron mi pecho, bajando hacia mi entrepierna de una forma tan descarada que tuve que apretar los puños bajo la mesa para no vomitar—. No sabes qué hacer con tanto poder. Déjanos ayudarte. Podemos llegar a un... acuerdo privado. Tú nos das el control, y nosotros te aseguramos una vida muy cómoda. Muy... placentera.

Sentí la bilis en la garganta. El desprecio en sus palabras era evidente, pero la insinuación sexual, esa perversión que ella consideraba su mejor arma, estaba ahí, brillante y sucia.

Me levanté despacio. La silla chirrió contra el suelo. Era una cabeza más alto que ella, más ancho, más letal.

—No —dije.

Victoria parpadeó, su sonrisa vacilando.

—¿Cómo?

—He dicho que no —miré a mi padre, que seguía gritando al abogado, y luego a Archie—. No quiero vuestra ayuda. No quiero vuestros acuerdos. Y, sobre todo, no quiero que ninguno de vosotros vuelva a acercarse a mí o a lo que es mío.

—¡No puedes llevar una empresa! —bramó mi padre—. ¡La hundirás en una semana!

—No voy a llevar la empresa, padre —dije con calma, disfrutando de ver cómo se le desencajaba la cara—. Voy a liquidar las posiciones mayoritarias.

Un grito ahogado escapó de la garganta de Victoria.

—¡Vas a vender! —exclamó Archie, horrorizado—. ¡Es el legado de la familia!

—Es el dinero de Martin —corregí—. Y voy a usarlo para limpiar el apellido Paxton.

Me giré hacia el señor Sterling, ignorando los insultos que mi familia empezaba a lanzarme de nuevo.

—Señor Sterling, quiero que prepare la creación de una fundación benéfica. Hoy mismo.

—Por supuesto, señor Paxton —dijo el abogado, ignorando a mi padre—. ¿Cuáles serán los fines de la fundación?

Miré a mi familia a los ojos mientras enumeraba el destino de su amada herencia.

—Primero: una donación inmediata y sustancial al Centro Comunitario Sauce Rojo. Quiero financiar el programa de educación especial y crear becas universitarias para jóvenes de la Reserva.

Archie soltó una risa histérica.

—¿Vas a dárselo a los indios? ¿A la escuela donde trabaja la amiga de tu zorra?

Lo ignoré.

—Segundo: Inversión en capital riesgo para mujeres emprendedoras que sean supervivientes de violencia doméstica. Quiero que tengan independencia económica para que nunca tengan que depender de hombres abusivos. —Miré fijamente a mi padre. Él apartó la mirada—. O de padres que no las protegen.

—Y tercero... —Mi voz se quebró por primera vez. Era el punto más importante. El secreto que el abuelo y yo compartíamos—. El grueso del capital se destinará a la investigación psiquiátrica. Específicamente, al desarrollo de nuevas terapias y medicación accesible para la depresión severa y el trastorno bipolar.

Victoria soltó un resoplido de burla.

—¿Locos? ¿Vas a gastar millones en locos?

—Mi madre no estaba loca, Victoria —dije, y el silencio cayó sobre la sala como una losa de plomo—. Estaba enferma. Y se quitó la vida porque en esta familia... —miré a mi padre con asco infinito— la apariencia importaba más que la salud. La escondisteis. La dejasteis consumirse en la oscuridad porque os avergonzaba.

Mi padre se derrumbó en su silla, pálido como un fantasma.

—Nadie tiene que saber eso... —susurró Daniel.

—Ahora lo sabrán —sentencié—. La Fundación Eleanor Paxton llevará su nombre. Y cada dólar que el abuelo hizo servirá para salvar a gente como ella, en lugar de financiar vuestros vicios.

Cogí la pluma que Sterling me ofrecía y firmé el acta de aceptación de la herencia con un trazo firme y agresivo.

—Se acabó —dije, dejando la pluma sobre la mesa—. Hablad con mis abogados para cualquier cosa. Si os veo cerca de mí, de mi casa o de mi gente... os denunciaré por acoso y usaré cada centavo de esta fortuna para enterraros en litigios hasta que seáis viejos.

Salí de la sala de juntas sin mirar atrás, dejando atrás los gritos de Archie y el llanto fingido de Victoria.

Al cruzar la puerta del edificio, el aire de la calle olía a tubo de escape y a libertad. Solo quería hablar con una persona. Solo quería decirle a Julie que ya estaba hecho.

Salí del edificio de oficinas con los hombros más ligeros que en años. Había soltado la bomba. Había visto el horror en los ojos de mi padre y la furia en los de Victoria. Había honrado a mi madre y a mi abuelo en una sola jugada maestra.

Estaba sacando el móvil para llamar a Julie, tal y como había planeado, cuando levanté la vista y me detuve en mitad de la acera.

No hacía falta llamar.

Ella estaba allí.

Julie estaba apoyada contra la pared de granito del edificio, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo negro y una bufanda de lana roja que le daba un aire de Caperucita feroz en medio de la

ciudad gris. Al verme salir, se separó de la pared y su cara se iluminó con esa sonrisa que tenía el poder de resetear mi sistema nervioso.

—Te dije que no vinieras —le reproché mientras me acercaba, aunque mi pecho se llenó de un calor traicionero.

—Y yo te dije que los amigos no dejan que sus amigos se enfrenten a una manada de hienas solos —replicó ella, encogiéndose de hombros—. ¿Cómo ha ido? ¿Sobreviviste?

—Mejor. Los aniquilé.

Iba a contarle los detalles, iba a decirle que la Fundación Eleanor Paxton iba a cambiar vidas, cuando la puerta giratoria del edificio escupió a Archie.

Salió como un tornado de frustración, con la cara roja y la corbata torcida. Nos vio al instante.

Se detuvo. Sus ojos, llenos de odio impotente, pasaron de mí a Julie. Y algo en su cerebro podrido hizo clic.

—¡Tú! —gritó Archie, señalando a Julie con un dedo tembloroso —. ¡Tú lo sabías!

La gente que pasaba por la acera se giró, pero Archie estaba demasiado lejos de la cordura para importarle. Caminó hacia nosotros con pasos rápidos y agresivos.

Me moví instintivamente para bloquearlo, pero Archie no se dirigía a mí. Su veneno estaba enfocado en ella.

—¡Lo planeaste todo, zorra! —escupió Archie, plantándose a dos metros de nosotros—. Le comiste la cabeza. Le convenciste para que donara el dinero para... ¿para qué? ¿Para quedar bien? ¿Para jugar a ser los salvadores?

—Archie, lárgate —advertí. Mi voz bajó a ese tono subsónico que precedía a la violencia.

Pero él no escuchaba. Estaba cegado.

—Eres una cazafortunas de mierda —le gritó a Julie, ignorándome—. Una puta barata de moteros que vio la oportunidad de joder a una familia decente y la aprovechó. ¿Cuánto te paga, eh? ¿O le cobras en especie por destruir mi vida?

El mundo se detuvo.

El sonido del tráfico desapareció. El viento dejó de soplar.

Solo quedó la cara distorsionada de mi hermano y la palabra "puta" flotando en el aire entre nosotros.

No sentí ira. La ira es caliente, desordenada. Lo que sentí fue una claridad absoluta, gélida y quirúrgica.

—Julie, da un paso atrás —ordené.

Ella, inteligente y perceptiva, obedeció al instante.

Archie abrió la boca para seguir insultando, para soltar más inmundicia sobre la única mujer que me había mirado con respeto.

No le dejé terminar.

Avancé. Un paso. Rápido. Fluido.

Mi puño derecho salió disparado. No fue un golpe de bar. Fue un directo técnico, calculado para causar el máximo daño con el mínimo esfuerzo, conectando con precisión geométrica en su mandíbula.

Se oyó un *crack* seco y satisfactorio.

Archie no se tambaleó. Simplemente se desplomó. Sus piernas se convirtieron en gelatina y cayó al suelo de cemento como un saco de patatas, con los ojos vidriosos y un hilo de sangre brotando de su labio partido.

La gente alrededor soltó exclamaciones de sorpresa. Alguien gritó.

No me importó.

Me agaché sobre él con calma, apoyando una rodilla en su pecho para inmovilizarlo, aunque no creo que fuera capaz de levantarse. Le agarré por las solapas de su abrigo de diseño y tiré de él hacia arriba hasta que su cara quedó a centímetros de la mía.

Archie parpadeó, aturdido, el miedo reemplazando a la arrogancia en una fracción de segundo.

—Escúchame —dije. No grité. Susurré. Y mi susurro fue más aterrador que cualquier grito—. Te lo advertí. Te dije que si volvías a insultarla, olvidaría que compartimos sangre.

—Me... me has roto el diente... —gimoteó, escupiendo sangre.

Le sacudí una vez, fuerte, haciendo que su cabeza rebotara.

—Agradece que no te haya roto el cuello —mis ojos se clavaron en los suyos, negros y vacíos de cualquier piedad fraternal—. Esta es la última vez que respiras el mismo aire que ella. La última vez que pronuncias su nombre. Si vuelves a mirarla, si vuelves a pensar en ella... iré a buscarte. Y no será en la calle a plena luz del día. Será de noche. Y no me detendré con un puñetazo.

Lo solté con desprecio, dejándole caer de nuevo contra el suelo sucio.

—Eres patético, Archie. Igual que tu padre.

Me levanté, sacudiéndome las manos como si acabara de tocar algo infecto. Me ajusté la chaqueta, recuperando mi compostura militar en un parpadeo.

La gente nos miraba, algunos sacando sus móviles.

Me giré hacia Julie. Ella estaba pálida, pero no asustada de mí. Sus ojos brillaban con esa mezcla de adrenalina y orgullo feroz que la hacía tan peligrosa y perfecta para mí.

—Vámonos —dije, ofreciéndole mi brazo.

—Vámonos —asintió ella, entrelazando su brazo con el mío sin dudar.

Pasamos por encima de Archie, que gemía en el suelo intentando tocarse la mandíbula, y caminamos hacia la esquina, dejando atrás a los Paxton y su miseria para siempre.

—Buena derecha, *Blackbird* —murmuró Julie cuando nos alejamos lo suficiente.

—Lección de anatomía básica —respondí, aunque por dentro, mi corazón latía con la satisfacción salvaje de haber defendido lo que era mío.

◆ ◆ ◆

Me puse hielo en los nudillos. La camarera nos había traído una bolsa de guisantes congelados envuelta en un trapo junto con los cafés, mirándome con una mezcla de miedo y curiosidad.

Julie soplaba su café humeante, sentada frente a mí en el reservado de madera desgastada. La adrenalina del enfrentamiento con Archie empezaba a bajar, dejando paso a una calma extraña y acogedora.

—Entonces... —dijo Julie, dejando la taza sobre la mesa y mirándome con el ceño fruncido—. ¿De verdad lo has donado todo? ¿Todo, todo?

—Todo lo que venía de Martin y de Industrias Paxton —confirmé, moviendo los dedos de mi mano derecha para comprobar que no había nada roto. Solo contusionado—. Hasta el último centavo.

Julie se recostó en el asiento, negando con la cabeza, incrédula.

—Eres increíble, Pax. De verdad. Es el gesto más noble que he visto en mi vida, pero... —Dudó un segundo, mordiéndose el labio—. ¿No has pensado en ti? ¿En tu futuro? No sé, quizás algún día quieras dejar *Vinyl*, o... —Se sonrojó ligeramente—. O tener una familia. Hijos. Esa cantidad de dinero asegura la vida de tres generaciones.

Sonreí de medio lado, conmovido por su preocupación pragmática. Le importaba que yo no me hubiera quedado en la calle por orgullo.

—No voy a vivir debajo de un puente, Jules.

—Lo sé, tienes tu sueldo en el club, pero...

—No es solo el sueldo —la interrumpí suavemente. Me incliné hacia delante, bajando la voz—. Mi madre, Eleanor... ella no venía de la nada. Su familia tenía dinero. Mucho. No tanto como los Paxton, pero suficiente.

Julie abrió los ojos, sorprendida.

—¿Tu madre?

—Cuando ella murió, dejó un fideicomiso blindado a mi nombre. Mi padre intentó acceder a él durante años, pero los abogados de mi

madre eran tiburones. No pudo tocar ni un dólar —tomé un sorbo de mi café negro—. Accedí a él cuando cumplí veinticinco, mientras estaba en el ejército. No lo he tocado apenas, salvo para comprar la moto y el apartamento. Está todo ahí, invirtiéndose y creciendo solo.

La expresión de Julie pasó de la preocupación al alivio, y luego a una especie de asombro divertido.

—O sea, que eres rico. Rico de verdad. Y vives en un piso que parece una celda monacal y comes sándwiches rancios.

—No necesito más —me encogí de hombros—. El dinero de mi madre es limpio. Es mío. El de mi padre... ese estaba maldito. No quería que mis futuros hijos, si los tengo, crecieran con esa carga tóxica.

Julie sonrió, relajándose por completo.

—Vale. Retiro lo dicho. No eres solo noble, eres inteligente. Y un poco misterioso, señor Grey.

—¿Quién?

—Olvídalo. Referencia literaria dudosa. —Julie se rio y luego su mirada se volvió pensativa—. Sabes, tu situación con tu padre y tu madrastra... me recuerda un montón a Harry Potter.

La miré sin comprender.

—¿A quién?

Julie se detuvo con la taza a medio camino de su boca. Parpadeó dos veces, lentamente.

—Harry Potter —repitió, como si fuera obvio—. El niño que vivió. Hogwarts. ¿Voldemort?

Negué con la cabeza.

—Me suenan los nombres, claro. Es cultura popular. Pero nunca he visto las películas ni leído los libros.

Julie dejó la taza sobre la mesa con un golpe dramático. Su boca se abrió formando una "O" perfecta de escándalo cómico.

—¡¿Qué?! —exclamó, atrayendo la mirada de un par de clientes —. Pax, por favor, dime que estás bromeando. ¿Nunca has visto

Harry Potter? ¿Es eso legal?

—Estuve desplegado seis años, Julie. Y antes de eso... bueno, en mi casa no se veían películas de fantasía. Mi padre decía que eran estupideces para gente débil.

—¡Tu padre es un *muggle* de manual! ¡Es el tío Vernon en persona! —Julie se llevó las manos a la cabeza, horrorizada—. Dios mío, tienes el trauma del héroe huérfano que vive debajo de la escalera y ni siquiera conoces tu propia historia.

Me reí. Una risa genuina, que me sacudió el pecho. Me encantaba verla así, apasionada por cosas que para mí eran irrelevantes, pero que ella hacía parecer vitales.

—Supongo que me he perdido algunas cosas.

—¿Algunas? —Julie empezó a contar con los dedos, frenética—. Déjame adivinar. ¿El Señor de los Anillos?

—No.

—¿Star Wars?

—Vi una cuando era niño... creo. La de los osos pequeños.

Julie gimió, tapándose la cara con las manos.

—Los Ewoks. Has visto la peor parte. Esto es una tragedia cultural, Daniel Paxton. Una emergencia nacional. —Me señaló con un dedo acusador, pero sus ojos bailaban divertidos—. Tenemos una misión. Olvida la seguridad del club. Mi nuevo trabajo es educarte. Vamos a hacer maratones. Harry Potter, la Tierra Media, la Galaxia muy, muy lejana... Te voy a convertir en un friki, te guste o no.

La miré, observando cómo la luz de la ventana le daba en el pelo, cómo gesticulaba con entusiasmo, cómo había transformado un día de muerte y conflicto en una promesa de tardes de sofá y películas.

Sentí un calor en el pecho que no tenía nada que ver con el café. Era aceptación. Era la sensación de que, por extraño y roto que yo fuera, ella no solo me aceptaba, sino que quería compartir su mundo conmigo. Quería enseñarme. Quería pasar tiempo conmigo.

—Acepto —dije, mirándola con una intensidad que hizo que ella dejara de reírse poco a poco—. Enséñame todo eso, Julie. Guíame.

Ella me sostuvo la mirada, y el sonrojo volvió a sus mejillas.

—Trato hecho, soldado. Empezamos con "La Piedra Filosofal". Y prepárate, porque vas a llorar.

—Los Rangers no lloran.

—Ya veremos —me desafió ella con una sonrisa dulce—. Ya veremos.

Bebí mi café, pensando que podría ver mil horas de películas de magos y elfos si eso significaba tenerla a ella sentada a mi lado, explicándome la trama y comiendo palomitas. No quería perder esto. Bajo ninguna circunstancia. Si ser su mejor amigo era el precio para tener estos momentos, pagaría lo que fuera.

CAPITULO 9

Julie

Los lunes y los martes eran nuestros días sagrados. En el mundo de la hostelería nocturna, el fin de semana es para trabajar y el principio de semana es para vivir. Y desde la muerte de Martin, había decidido que vivir significaba asegurarme de que Daniel Paxton no se convirtiera en un ermitaño en su propia cueva.

Toqué el timbre con el codo, ya que mis manos estaban ocupadas con dos bolsas de papel marrones llenas de comida y una mochila colgada al hombro.

La puerta se abrió casi al instante.

Pax apareció en el umbral y mi cerebro tuvo un pequeño cortocircuito.

Estaba acostumbrada a verle con su uniforme de trabajo: botas, pantalones cargo, camiseta negra y chaleco táctico. Pero el Pax de estar por casa era... Dios mío. Llevaba unos pantalones de chándal grises que colgaban peligrosamente bajos en sus caderas y una camiseta blanca de algodón tan desgastada y fina que se transparentaba lo suficiente para adivinar la tinta de sus tatuajes en el pecho.

Iba descalzo. Ese detalle, tan íntimo, me hizo tragar saliva.

Madre santísima. Obligué a mi autocontrol a ponerse a funcionar.

—¿Te vas a mudar? —preguntó, mirando las bolsas con una ceja arqueada, aunque se apartó para dejarme pasar.

—Casi —bromeé, entrando en su apartamento.

Todo estaba limpio, ordenado y tan impersonal como una habitación de hotel. Sin fotos ni objetos personales que delatara a la persona que vivía ahí.

—He traído la cena. Vamos a hacer tacos. Y he traído la educación cultural obligatoria. —Solté las bolsas en la inmaculada isla de granito de la cocina—. Harry Potter y la Piedra Filosofal. Edición extendida. No tienes escapatoria.

Pax cerró la puerta y se acercó. Olía a jabón y a suavizante para ropa, un olor limpio y masculino que inundó mis sentidos.

—¿Tacos? —Miró los ingredientes que yo empezaba a sacar: carne picada, tortillas, salsa, queso, aguacates—. No tengo... muchas cosas para cocinar.

—Lo sé. Por eso he traído hasta mi propia sartén. Sé que tu cocina es básicamente decorativa.

Pax soltó una risa baja, ronca, y se apoyó en la encimera, cruzando los brazos sobre ese pecho amplio que mi camiseta quería tocar desesperadamente.

—Gracias, Jules.

—Para eso están los amigos —dije, repitiendo nuestro mantra, aunque la palabra "amigo" me supo a ceniza cuando mis ojos se desviaron involuntariamente a sus bíceps, que se tensaban al cruzar los brazos.

Cocinamos juntos. Bueno, yo cocinaba y él obedecía órdenes como el soldado perfecto que era. "Corta esto", "lava aquello", "ralla el queso". Se movía por la cocina con una eficiencia letal, manejando el cuchillo con una precisión que daba un poco de miedo y mucha excitación.

Cenamos en la mesa de centro, sentados en el suelo sobre la alfombra porque él no tenía sillas cómodas, y luego nos trasladamos al sofá de cuero gris para la película.

—Ponte cómodo —le ordené, dándole a reproducir con el mando a distancia—. Y presta atención. Si te pierdes, no rebobino.

Pax se estiró en el sofá. Yo me senté en el otro extremo, dejando un espacio de seguridad de medio metro entre nosotros.

La película empezó. La música de John Williams llenó el apartamento silencioso.

Al principio, intenté concentrarme en la pantalla. Pero era imposible.

Mi atención periférica estaba totalmente secuestrada por el hombre a mi lado.

Pax miraba la televisión con una intensidad analítica, como si estuviera estudiando imágenes de vigilancia de un objetivo. Su perfil era duro, cincelado en piedra, con esa mandíbula cuadrada que tenía una sombra de barba de un día.

Se veía tan... relajado. Sus piernas largas estaban estiradas, y uno de sus brazos descansaba en el respaldo del sofá, sus dedos rozando casi imperceptiblemente mi hombro.

—Ese niño vive en un armario —comentó Pax, frunciendo el ceño cuando apareció Harry—. Los servicios sociales deberían intervenir.

—Es un cuento, Pax. Suspende la incredulidad —me reí, girándome un poco para mirarle mejor.

—Es negligencia infantil —insistió, pero luego sonrió de medio lado al ver a Hagrid—. Me gusta el gigante. Tiene una moto.

—Sabía que te gustaría Hagrid.

A medida que avanzaba la película, la atmósfera en el salón cambió. Se volvió más cálida. Más íntima.

En un momento dado, Pax se movió para coger su vaso de agua y, al volver a acomodarse, lo hizo un poco más cerca. La distancia de seguridad se redujo a diez centímetros. Podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo, un horno humano que me llamaba como una sirena.

Me mordí el labio, observando cómo su nuez subía y bajaba al tragar. Observando cómo la camiseta blanca se estiraba sobre sus abdominales cuando cambiaba de postura. Era una obra de arte de

músculos y cicatrices, una máquina de combate descansando en mi presencia.

Y yo me moría, literalmente me moría, por acortar esos diez centímetros, trepar sobre su regazo y descubrir si sabía besar con la misma intensidad con la que miraba una película de magos.

«Solo amigos, Julie. Solo amigos».

Pax giró la cabeza de repente, sintiendo mi mirada.

—¿Tengo algo en la cara? —susurró. Estábamos cerca. Demasiado cerca para ser solo amigos.

—No —negué, sintiendo que me ardían las mejillas—. Solo me alegra que te esté gustando.

—Me gusta —dijo él, y sus ojos bajaron a mi boca por una fracción de segundo antes de volver a mis ojos—. Me gusta estar aquí. Los lunes son mi nuevo día favorito.

Tragué saliva, luchando contra el impulso magnético de inclinarme hacia él.

—El mío también —admití en un susurro.

Volvimos a mirar la pantalla, pero yo ya no veía a Harry Potter volar en escoba. Solo sentía el brazo de Pax pegado al mío, un contacto eléctrico y constante que me recordaba que, aunque habíamos acordado ser amigos, mi cuerpo tenía planes muy diferentes.

◆ ◆ ◆

El coche olía a él. Era ridículo, porque habíamos estado viendo una película sobre magos en un sofá, no revolcándonos en las sábanas, pero el aroma a jabón limpio y hombre de Pax se había pegado a mi ropa como una segunda piel.

Apreté el volante con fuerza, sintiendo una frustración física que me hacía vibrar los dientes. Mis ovarios estaban organizando un

piquete de huelga. Mi piel hormigueaba donde su brazo había rozado el mío durante dos horas.

Necesitaba hablar con alguien antes de volverme loca.

Marqué el número en el manos libres. Dio tono una vez.

—Dime que le has arrancado esa ropa táctica y que me estás llamando para pedirme una coartada porque vas a llegar tarde mañana —la voz de Raven Tucker sonó clara y directa a través de los altavoces.

Solté un gemido lastimero y golpeé el volante con la frente sin dejar de mirar la carretera.

—Peor, Raven. Mucho peor. Pantalones de chándal.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Grises? —preguntó Raven con tono solemne.

—Grises. De algodón desgastado. Y sin ropa interior, o al menos eso es lo que mi imaginación calenturienta ha decidido creer.

Raven soltó un silbido bajo.

—Eso es juego sucio, Jules. Eso viola la Convención de Ginebra. ¿Y qué ha pasado?

—Nada —casi grité la palabra—. Absolutamente nada. Vimos Harry Potter. Comimos tacos. Me miró como si yo fuera la última Coca-Cola del desierto un par de veces, y luego me acompañó a la puerta y me dio un beso en la mejilla. En la maldita mejilla, Raven. Como si fuera su prima del pueblo.

—Bueno, acordasteis ser mejores amigos —me recordó ella con su lógica aplastante—. El chico está cumpliendo con lo que te pidió. Es un militar, recuerda. Cumplirá órdenes o morirá en el intento.

—Lo sé —suspiré, cambiando de carril—. Y lo odio. Odio ser noble. Odio que él necesite una amiga y no una amante. Porque te juro que cuando se estiró en el sofá y se le subió la camiseta... casi le muerdo.

—Espera, espera —Raven se rio—. ¿Daniel "Pax" Paxton, el heredero millonario que acaba de donar una fortuna a mi centro

comunitario para que los niños de la Reserva tengan libros nuevos, estaba tirado en el sofá viendo magia?

—Sí. Y le gustó Hagrid.

—Por supuesto que le gustó Hagrid —oí el sonido de Raven tecleando algo de fondo, probablemente trabajando hasta tarde en algún proyecto para Sauce Rojo—. Escucha, Jules. El tipo te desea. Lo vi en el funeral. Lo veo cuando te mira en el trabajo. Como si quisiera devorarte.

—Ese es el problema —confesé, bajando la voz—. Tiene tanto control... Siempre está contenido. Siempre vigilando. Tengo miedo de que su control sea más fuerte que sus ganas. Tengo miedo de que nunca cruce la línea porque piensa que si sale mal perderá a la única amiga de verdad que tiene.

—Pax no es de los que rompen las reglas, Jules —dijo Raven con suavidad—. Es de los que las reescriben. Pero necesita tiempo. Ha pasado de estar solo en el mundo a tenerte en su salón un lunes por la noche. Eso es un salto cuántico para un lobo solitario.

—¿Entonces qué hago? ¿Sigo con la tortura de los lunes de película?

—Sigues con la tortura —confirmó Raven—. Construye la confianza. Que sienta que pase lo que pase no va a perderte ni lo dejarás tirado. Y un día, cuando menos se lo espere, cuando se sienta seguro, ese control se va a romper. Y cuando un hombre tan controlado pierde los papeles, amiga mía, vas a necesitar un extintor.

Sonreí en la oscuridad del coche. Raven siempre sabía qué decir.

—Eres muy sabia para ser tan joven, Tucker.

—No es sabiduría, es observación. Y que Elan me tiene muy contenta últimamente, así que veo el mundo de color de rosa —bromeó ella—. Oye, en serio. Lo que ha hecho con la herencia... Jules, es increíble. Nos ha salvado el presupuesto de cinco años. Es un buen hombre.

—El mejor —dije, sintiendo ese orgullo cálido en el pecho otra vez—. Gracias, Ray.

—De nada. Ahora vete a casa y date una ducha fría. O usa pilas. Lo que prefieras.

—¡Adiós, Raven! —me reí y colgué.

El complejo de Legend apareció frente a mí, con la calavera alada brillando en la entrada. Me sentía más tranquila. Frustrada, sí, pero con un plan. Raven tenía razón. Pax valía la pena la espera. Y si tenía que ver las ocho películas de Harry Potter sin tocarle un pelo para que él confiara en mí, lo haría. Aunque me costara la cordura.

◆ ◆ ◆

El silencio en Vinyl era antinatural. No había música, solo el zumbido eléctrico de las neveras y el eco de mi propia respiración agitada. Las luces de trabajo estaban encendidas, arrojando sombras largas y duras sobre la pista de baile vacía.

Yo estaba de pie detrás de la barra principal, pero no estaba trabajando. Estaba esperando.

El sonido de unas botas pesadas sobre el hormigón rompió el silencio. No necesité girarme. Mi cuerpo reconoció la vibración del suelo, el cambio en la presión del aire.

Pax emergió de las sombras.

No era el Pax de los lunes, el de la camiseta suave y la sonrisa reacia. Era el Pax de la noche, el depredador. Llevaba el chaleco antibalas completo, los guantes negros de cuero y esa mirada oscura que prometía un trato duro. Pero esta vez, el trato duro no era para los clientes problemáticos. Era para mí.

—Has estado jugando con fuego, Julie —su voz era un gruñido bajo, cavernoso, que me hizo temblar las rodillas.

No me dio tiempo a responder. Ni siquiera lo intenté.

Pax llegó a la barra en dos zancadas. Sin una palabra, sus manos enguantadas me agarraron por la cintura con una fuerza que rozaba el dolor. Me levantó del suelo como si no pesara nada y me sentó de golpe sobre la superficie fría y dura del mármol negro.

Jadeé por el contacto frío en mis muslos desnudos, mi falda corta se subió hasta que se insinuaba que no llevaba ropa interior y el frío desapareció al instante cuando Pax se metió entre mis piernas abiertas, separándolas con sus muslos anchos y duros.

—Has estado probando mi control —murmuró, inclinándose hasta que su nariz rozó mi cuello. Olía a deseo masculino puro—. Veamos qué pasa cuando se rompe.

Sus manos subieron por mis costillas, ásperas y demandantes, hasta agarrar mis pechos por encima de la fina camiseta del uniforme. Apretó, pellizcó los pezones a través de la tela hasta que solté un gemido agudo.

—Por favor, Pax... —supliqué, sin saber si pedía que parara o que me destrozara.

—Silencio.

Me besó. No fue un beso romántico. Fue una invasión. Su lengua entró en mi boca, dominante, saboreándome con una urgencia hambrienta, mientras una de sus manos bajaba por mi vientre plano hasta el borde de mi falda.

No hubo preliminares suaves. Sentí el cuero de sus guantes contra mi piel más sensible, un contraste abrasador.

—Estás empapada por mí, Connor —gruñó contra mi boca, triunfante, cuando sus dedos encontraron mi humedad.

Se separó bruscamente y cayó de rodillas frente a mí.

Antes de que pudiera procesar lo que pasaba, hundió la cara en mi entrepierna.

Grité. Mi espalda se arqueó sobre la barra, mis manos buscaron su cabeza, mis uñas raspando su pelo corto casi rapado.

Su lengua era experta, implacable. No era suave; era rudo, lamiendo y succionando mi clítoris con una intensidad que me hacía

ver estrellas. Sentí la barba incipiente de su mandíbula raspando la piel sensible de mis muslos internos, una fricción exquisita que me llevaba al límite.

Me estaba devorando. Bebía de mí como si se estuviera muriendo de sed, sus manos grandes sujetando mis caderas contra su boca para que no pudiera escapar de la tortura placentera.

—Pax, Pax, voy a... —lloriqueé, al borde del abismo.

Se detuvo. Justo en el segundo antes del clímax.

El vacío repentino me hizo sollozar de frustración.

Pax se puso de pie, inmenso sobre mí. Sus ojos negros brillaban con una lujuria salvaje.

—Todavía no —dijo, con la voz ronca.

Sus manos fueron a la hebilla de su cinturón táctico. El sonido metálico al desabrocharlo fue ensordecedor. Bajó la cremallera de sus pantalones cargo y se liberó.

Mi aliento se cortó al verlo. Era grande, grueso y estaba listo para la guerra.

Me agarró de los tobillos y me arrastró hasta el mismo borde de la barra, abriendo mis piernas al máximo, dejándome completamente expuesta a él.

—Mírame, Julie —ordenó, agarrándome la barbilla con fuerza para que mis ojos se clavaran en los suyos.

Y entonces, entró en mí.

De una sola embestida. Brutal. Profunda.

Grité su nombre, mi cabeza cayendo hacia atrás, mi espalda chocando con el mármol. Me llenó por completo, estirándome hasta un punto casi doloroso, ocupando cada centímetro de mi cuerpo.

—Mía —gruñó él, empezando a moverse.

Sus embestidas eran castigadoras. Rápidas, duras, sin piedad. El sonido de su pelvis chocando con mis nalgas resonaba en el bar vacío, un ritmo primitivo.

Yo no podía hacer nada más que aferrarme a sus hombros anchos, clavando las uñas en el chaleco táctico, gimiendo y llorando mientras él me follaba con una desesperación que llevaba meses, incluso años, contenida. Sentía cada centímetro de él, la fricción quemante, la presión increíble.

—Dime de quién eres —me exigió, acelerando el ritmo, sus manos dejando marcas rojas en mis caderas.

—Tuya, Pax. Soy tuya.

Eso rompió su última barrera. Soltó un rugido gutural y se enterró en mí hasta el fondo, una, dos, tres veces más, con una violencia que me hizo explotar en un orgasmo tan intenso que mi cuerpo se convulsionó sobre la barra. Sentí su propia liberación, espasmódica y caliente, dentro de mí.

El mundo se volvió blanco.

Me desperté de golpe, con un grito ahogado en la garganta.

Me senté en la cama, desorientada. Mi pecho subía y bajaba en jadeos cortos y rápidos, mi corazón martilleaba contra mis costillas como si hubiera corrido una maratón.

Estaba empapada en sudor. Las sábanas estaban enredadas alrededor de mis piernas, y mi pijama se pegaba a mi piel.

Miré a mi alrededor en la oscuridad de mi habitación. Estaba sola. No había barra de mármol. No había un Pax dominante con chaleco táctico.

Me llevé una mano temblorosa a la frente y luego bajé hacia mi vientre. Pude sentir el calor residual y la humedad entre mis piernas, la prueba física de dónde había estado mi mente.

Cerré los ojos, gimiendo de frustración pura y dolorosa.

El sueño había sido tan real que todavía podía sentir el peso de su cuerpo, el raspado de su barba y la presión de su posesión.

—Mierda —susurré a la oscuridad.

Lo de ser solo amigos se estaba convirtiendo en una tortura y solo llevábamos en ese plan pocas semanas. Lo deseaba. Lo

deseaba con una urgencia visceral que me quemaba por dentro. Y saber que él estaba solo a unos kilómetros de distancia, durmiendo en su cama monacal, probablemente soñando con tácticas militares, hacía que la noche fuera mucho más fría.

CAPITULO 10

Pax

La sala de conferencias B era más pequeña que la de la lectura del testamento, pero la densidad de hipocresía por metro cuadrado era mucho mayor.

Me senté sin quitarme la chaqueta de cuero, cruzando los brazos sobre el pecho y con las piernas abiertas, desafiante. Frente a mí, mi padre y Victoria me ofrecían sonrisas que no llegaban a los ojos. Daniel parecía haber envejecido diez años en una semana; las bolsas bajo sus ojos eran violáceas. Victoria, en cambio, estaba impecable, enfundada en un vestido color crema que marcaba sus curvas, esas que conseguía a golpe de bisturí, de forma agresiva.

No estaba Archie. Probablemente seguía en casa poniéndose hielo en la mandíbula y maldiciendo mi nombre.

—Gracias por venir, Daniel... quiero decir, Pax —empezó mi padre, con voz untuosa.

—Tenéis cinco minutos —dije, mirando mi reloj táctico—. Tengo una reunión con los administradores de la Fundación a las once.

Daniel se estremeció ante la mención de la Fundación.

—Hijo, por favor. De eso queríamos hablarte. Esta conciliación es para hacerte ver la razón. No puedes desmantelar Industrias Paxton. No es solo dinero. Es el legado de tu abuelo. Es el apellido que llevas.

—El abuelo odiaba en lo que se había convertido la empresa bajo tu supervisión, padre —repliqué fríamente—. Deudas, inversiones de

alto riesgo fallidas, despilfarro, sueldos bajos y condiciones abusivas a los trabajadores. Estoy salvando el nombre, no destruyéndolo. Lo estoy limpiando.

—¡Nos estás arruinando! —estalló Daniel, perdiendo la máscara de amabilidad—. ¡Si liquidas las acciones, el mercado perderá la confianza! ¡Mis socios me comerán vivo!

—Ese es tu problema, no el mío. Deberías haber pensado en eso antes de gastarte el dinero que no tenías en... —miré a Victoria— caprichos inútiles.

Victoria intervino entonces. Puso una mano sobre el brazo de mi padre para callarlo.

—Daniel, cariño, sal un momento. Déjame hablar con él.

—¿Qué? No, Victoria, tenemos que...

—Sal —ordenó ella, con esa voz de acero envuelta en seda.

Mi padre, débil como siempre, bufó, cogió su maletín y salió de la sala, dejándonos solos.

El aire en la habitación cambió al instante. Se volvió pesado, pegajoso.

Victoria se levantó y rodeó la mesa. Yo no me moví, pero cada músculo de mi cuerpo entró en tensión defensiva. El olor de su perfume, rosas y almizcle, invadió mi espacio personal, activando una náusea antigua en el fondo de mi estómago.

—Siempre has sido tan intenso, Pax —murmuró, apoyando la cadera en el borde de la mesa, justo a mi lado—. Igual que tu abuelo. Pero eres un hombre ahora. Un hombre muy atractivo.

—No te acerques —advertí, sin mirarla.

Ella soltó una risita suave.

—Vamos, no seas así. Sé que me odias. Pero el odio y la pasión están muy cerca, ¿no crees? —Se inclinó hacia mí—. Tu padre es un inútil. Lo sabes. Yo lo sé. No sabe manejarte. Pero yo sí.

—Victoria, te juro que si no te apartas...

—Podemos llegar a un acuerdo, Pax —susurró, y sentí su mano posarse sobre mi hombro, sus dedos acariciando el cuello de mi chaqueta—. Tú tienes el poder ahora. El dinero. Eso me excita. Siempre me gustaron los hombres poderosos. Podríamos... disfrutar de esa herencia juntos. Olvídate de esa camarera vulgar. Ella no sabe lo que necesita un hombre como tú. Un hombre con tus... apetitos oscuros.

La bilis me subió a la garganta. Era la misma táctica. La misma depredación que usaba cuando yo tenía quince años y ella entraba en mi baño "por error". Solo que ahora no tenía miedo. Tenía asco.

Me levanté de golpe, tirando la silla hacia atrás con violencia. El movimiento brusco la hizo retroceder un paso.

Me giré hacia ella, mirándola desde mi altura, dejando que viera el desprecio absoluto en mis ojos.

—Me das ganas de vomitar —dije. Mi voz no tembló.

La sonrisa de Victoria vaciló, pero no desapareció.

—Oh, Pax. No seas puritano. Sé que te acuerdas de cuando eras joven. De cómo me mirabas.

—Me acuerdo de ti acosando a un niño —le corté, dando un paso hacia ella, arrinconándola contra la mesa—. Me acuerdo de tener que poner el pestillo. Me acuerdo del miedo. Pero ya no soy ese niño, Victoria. Y ya no tienes poder aquí.

—¿Qué vas a hacer? —me desafió, cruzándose de brazos—. ¿Pegarme como a tu hermano?

Me incliné sobre ella.

—No. Voy a destruirte.

Ella arqueó una ceja, escéptica.

—Si vuelves a insinuarte, si vuelves a tocarme, o si vuelves a intentar manipularme... haré pública cada vez que entraste en mi habitación —vi cómo sus ojos se abrían ligeramente—. Tengo diarios, Victoria. Tengo fechas. Y ahora tengo el dinero y los abogados para que todo Chicago sepa que la respetable señora Paxton es una depredadora de menores que abusaba de su hijastro.

Su cara palideció bajo el maquillaje perfecto. Por primera vez, vio la amenaza real. No era un farol.

—Tú no te atreverías —siseó—. Arruinaría tu reputación también.

—A mí me importa una mierda mi reputación —sonreí, una sonrisa lobuna y peligrosa—. A ti es lo único que te importa. ¿Qué dirán tus amigas del club de campo? ¿Qué dirán las revistas de sociedad cuando sepan que eres una pederasta frustrada?

Victoria tragó saliva. Dio un paso atrás, alejándose de mí como si yo estuviera ardiendo.

—Eres un monstruo —masculló.

—Soy lo que tú creaste —repliqué, abrochándome la chaqueta—. La reunión ha terminado. Dile a Daniel que no habrá más conciliaciones. La próxima vez que nos veamos, será en los tribunales o en el infierno.

Me di la vuelta y salí de la sala, dejándola allí, pálida y temblando de rabia contenida.

Al llegar al pasillo, tuve que apoyarme un segundo en la pared para respirar hondo. Me sentía sucio, contaminado por su cercanía. Necesitaba aire. Necesitaba una ducha.

Y, sobre todo, necesitaba ver a Julie para recordar que existían mujeres que no usaban el sexo como un arma envenenada.

◆ ◆ ◆

La lápida de mi madre era sencilla. Granito gris, letras limpias, sin ángeles llorosos ni adornos innecesarios. Justo como ella hubiera querido, o al menos, como imaginaba que ella hubiera querido.

Eleanor Rose Paxton

1965 - 1998

"La paz sea contigo"

Me agaché y quité unas hojas secas que habían caído sobre la base. Hacía frío, pero era un frío limpio, diferente al que había sentido en el despacho con Victoria.

—Hola, mamá —dije. Mi voz sonó extraña en el silencio del cementerio—. Lo he hecho. He firmado los papeles de la Fundación. Tu dinero... y el del abuelo... van a servir para algo bueno. Ya no financiarán las mentiras de papá.

Me quedé callado un momento, escuchando el viento entre los árboles desnudos. Mis recuerdos de ella eran borrosos. Un olor a vainilla. Una risa suave. Una canción de cuna tarareada en la oscuridad. Y luego, el silencio repentino y la puerta cerrada.

—Ojalá recordara más —admití, pasando los dedos por su nombre—. Ojalá hubiera sabido que estabas enferma y no triste. Quizás... quizás podría haber hecho algo.

Suspiré, metiendo las manos en los bolsillos de mi chaqueta.

—Hay alguien. Una chica. —Me sentí estúpido hablándole a una piedra, pero necesitaba decirlo—. Se llama Julie. Es ruidosa. Es cabezota. Habla mucho. Le gusta discutir y me obliga a ver películas de magos.

Sonreí levemente, mirando al suelo.

—Te caería bien. Tiene fuego. No se deja pisar. Y por alguna razón que no entiendo, se preocupa por mí. —Levanté la vista hacia la lápida—. Tengo miedo, mamá. Tengo miedo de estropearlo. Tengo miedo de ser como ellos, como los Paxton, y terminar haciéndole daño. Pero cuando estoy con ella, el ruido de mi cabeza se calla. Me hace sentir que no estoy roto del todo.

El viento sopló más fuerte, moviendo las ramas sobre mí. Lo tomé como una señal.

—Voy a intentarlo —prometí—. Voy a intentar ser el hombre que tú habrías querido que fuera.

◆ ◆ ◆

Llegué a *Vinyl* media hora antes de la apertura. Aparqué la Harley en mi sitio reservado y entré por la puerta trasera.

El local estaba en esa fase de preguerra: luces de trabajo encendidas, camareros corriendo con cajas de hielo y el equipo de sonido haciendo pruebas de graves que hacían vibrar los dientes.

Julie estaba en la estación de camareros, revisando la lista de reservas con un bolígrafo mordisqueado entre los dientes. Al verme entrar, sus ojos se iluminaron. Dejó el bolígrafo y vino directa hacia mí, ignorando a Eder que le preguntaba algo sobre las limas.

—Llegas tarde —dijo, plantándose frente a mí y escaneándome la cara como si buscara heridas de guerra—. ¿Cómo ha ido? ¿Tengo que llamar a un abogado para que te saque de la cárcel por agresión o a una ambulancia?

—Ninguna de las dos —respondí, colgando mi chaqueta en la percha y poniéndome el auricular—. Fue... tenso. Pero definitivo.

Julie cruzó los brazos, impaciente.

—¿Eso es todo? ¿"Tenso pero definitivo"? Pax, por Dios, dame algo más. ¿Qué dijeron? ¿Gritaron? ¿Lloraron? ¿Intentó tu madrastra echarte algún mal de ojo?

—Lo intentaron todo —dije, ajustándome el chaleco táctico sobre la camiseta. Fui breve, directo. No me gustaba revivir la basura—. Daniel suplicó por la reputación de la empresa. Victoria intentó... negociar.

—¿Negociar? —Julie soltó un bufido, sus ojos avellana lanzando chispas—. ¿Qué se cree esa mujer? ¿Que puede comprarte? ¡Es increíble! Son como sanguijuelas con trajes de diseño. Me hierve la sangre solo de pensarlo. Seguro que te dijeron que eras un desagradecido y que estabas traicionando el legado familiar y bla, bla, bla. ¡Qué gente tan tóxica! Si yo hubiera estado allí, les habría dicho cuatro cosas sobre lo que significa realmente un legado.

La dejé desahogarse. Me gustaba verla así, indignada en mi nombre, gesticulando con las manos, llenando con palabras y pasión el silencio que yo solía habitar.

Cuando paró para tomar aire, la miré a los ojos.

—Se acabó, Jules. Victoria no volverá a molestar.

Ella se detuvo, captando el tono final en mi voz. Me estudió un segundo, inteligente como era, y entendió que había pasado algo más oscuro de lo que yo decía, pero respetó mi límite.

—¿Estás seguro?

—Seguro. Le dejé claro las consecuencias si volvía a acercarse. —Me permití un momento de suavidad, rozando su codo con mi mano —. Gracias por enfadarte por mí.

Julie suspiró, relajando los hombros.

—Alguien tiene que hacerlo. Tú eres demasiado estoico. Si por ti fuera, comunicarías tus emociones en código morse.

—Mucha energía gastada —repliqué con media sonrisa—. Las acciones hablan más alto.

—Ya, ya, señor Acciones —me dio una palmada en el pecho, justo sobre la placa de seguridad—. Venga, a trabajar. Hoy esperamos lleno total. Y Pax... —Su voz se suavizó—. Me alegro de que hayas cerrado esa puerta. Te mereces paz.

—La tengo —dije, mirándola fijamente—. Ahora la tengo.

Ella sostuvo mi mirada un segundo más del necesario, un momento de reconocimiento mutuo en medio del caos del club, antes de darse la vuelta y gritarle a Eder que se diera prisa con el hielo.

◆ ◆ ◆

Desde la pasarela metálica que cruzaba el techo de *Vinyl*, el club parecía un organismo vivo. Cuerpos moviéndose al unísono, luces cortando la oscuridad y el bajo haciendo vibrar las suelas de mis botas.

Pero mi trabajo no era admirar la fiesta. Era buscar la infección.

—Sector tres, cerca de la columna norte —dije por el micro—. El tipo de la gorra roja. Acaba de pasarle algo al de la chaqueta vaquera. Interceptadlos antes de que lleguen a los baños.

—Recibido —confirmó Tiny desde abajo.

Sentí pasos a mi espalda. No me giré. Reconocí el ritmo pesado de Max y el andar más pausado y silencioso de Dominic.

—¿Más cucarachas? —preguntó Max, apoyándose en la barandilla a mi lado.

—Camellos de poca monta —informé, sin dejar de vigilar—. Tercera vez esta semana. Alguien está intentando tantear nuestras defensas. Creen que porque somos un club de moda hemos relajado la política de "zona limpia".

Dominic Vance se colocó al otro lado. A diferencia de Max y de mí, que vestíamos ropa táctica o funcional, Dominic llevaba un traje gris oscuro impecable, sin corbata, pero con ese aire de autoridad tranquila de quien está acostumbrado a que el mundo obedezca. Él había criado a Max, a Landon y a Asher. Era el pilar, el estratega, la calma en medio de la tormenta de los hermanos.

—Esto no es bueno para el negocio —dijo Dominic, su voz serena apenas elevándose sobre la música, pero perfectamente audible—. Hemos trabajado duro para que *Vinyl* sea terreno neutral. Si empieza a circular nieve por la pista, perdemos la licencia y, lo que es peor, perdemos el respeto. No quiero drogas, y definitivamente no quiero prostitución en mis libros contables.

—Los estamos echando tan rápido como entran, Dom —aseguré.

—No es suficiente —cortó Max, con el ceño fruncido—. Si siguen viniendo es porque alguien les ha dado luz verde o porque piensan que somos blandos. Necesitamos cortar la cabeza de la serpiente, no solo pisar la cola.

—¿Sugerencias? —preguntó Dominic, mirando a su hermano.

—Llamaré a Volkov —decidió Max.

Dominic asintió lentamente, aprobando la decisión.

—Maksim. Buena idea. Si alguien sabe quién está moviendo mercancía barata en nuestro territorio, es el *Pakhan*.

—Además, nos debe un favor por lo del puerto del mes pasado —añadió Max—. Hablaré con él mañana. Que corra la voz: *Vinyl* es intocable. Si quieren vender mierda, que se vayan a los callejones del sur. Aquí no.

Con el asunto de seguridad resuelto, Dominic le dio una palmada en el hombro a Max.

—Bien. Me vuelvo a la oficina. Tengo que revisar los contratos de los proveedores de bebidas. Mantened el fuerte seguro, chicos.

Dominic se alejó con esa elegancia depredadora que lo caracterizaba, desapareciendo hacia las oficinas insonorizadas.

Max y yo nos quedamos en la pasarela. El silencio entre nosotros era cómodo, forjado en años de servicio compartido en los Rangers y ahora en la vida civil.

Sin embargo, mis ojos, traicioneros como siempre, se desviaron del sector tres al sector uno. A la barra VIP.

Allí estaba Julie.

Llevaba el pelo suelto hoy, una cascada castaña sobre los hombros. Se reía de algo que le decía una clienta mientras agitaba una coctelera con energía. La luz estroboscópica la iluminaba en ráfagas: sonrisa, oscuridad, cuello blanco, oscuridad, ojos brillantes.

Era magnética.

—¿Te duele el cuello? —preguntó Max de repente.

—¿Qué? —Me giré, frunciendo el ceño.

—De tanto mirar hacia abajo. Llevas diez minutos clavado en esa barra. —Max se cruzó de brazos, mirándome con esa franqueza brutal que a veces odiaba—. Pax, en serio. ¿Cuándo vais a dejar esta farsa?

—No sé de qué hablas.

—Hablo de ti y de Connor. "Mejores amigos". —Max hizo el gesto de comillas con los dedos, sarcástico—. Por favor. He visto

interrogatorios de la CIA con menos tensión que la que hay entre vosotros dos cuando estáis en la misma habitación. Todo el personal lo sabe. Hasta Dominic, que vive con la mente puesta en Brynn y Winona, se ha dado cuenta.

Suspiré, volviendo a mirar a Julie.

—Es complicado, Max.

—No, no lo es. Te gusta. Le gustas. Ella te defendió de tu hermano. Tú le partiste la cara a tu hermano por ella. Eso es el prólogo de una novela romántica, no una amistad platónica.

—No quiero joderlo —confesé, bajando la voz. La verdad salió a la luz, áspera—. Max, mírame. Mira mi historial. Mi familia. Mi cabeza.

—Tu cabeza está bien, Pax.

—Ahora está bien. Porque ella está ahí. —Señalé a Julie—. Ella es el ancla. Si cruzamos la línea... si empezamos una relación y sale mal... si mis demonios son demasiado para ella o si simplemente no funcionamos... la pierdo.

Max guardó silencio, escuchando.

—Si somos novios y cortamos, se acabó —continué, sintiendo el miedo frío en el estómago—. Ella se irá. Yo me quedaré aquí, viéndola cada noche, sabiendo que la he perdido. Pero si somos amigos... amigos de verdad... eso dura. Eso no se rompe por una mala racha o por una discusión. No puedo permitirme perder su amistad, Max. Prefiero tenerla a medias para siempre que tenerla entera un mes y perderla el resto de mi vida.

Max me miró con una mezcla de exasperación y comprensión fraternal. Negó con la cabeza.

—Eres el tipo más valiente que conozco cuando hay balas volando, Pax. Pero eres un cobarde emocional de primera categoría.

—Llámalo como quieras. Es supervivencia.

—Te diré una cosa —dijo Max, separándose de la barandilla—. El problema de las líneas que no se cruzan es que, tarde o temprano,

alguien te empuja. O te caes. Y Julie no parece del tipo de mujer que se conforma con mirar desde la orilla eternamente.

Max me dio una palmada en la espalda y se dirigió a las escaleras.

—Ten cuidado, hermano. A veces, por intentar no perder algo, te quedas sin nada.

Me quedé solo en la pasarela, mirando a Julie desde las alturas, deseando con todas mis fuerzas que Max se equivocara, y temiendo, en el fondo, que tuviera toda la razón.

CAPITULO 11

Julie

Si mi vida fuera una de esas comedias románticas que ponen en la tele los domingos por la tarde, ahora mismo habría un montaje musical con una canción pop pegadiza mientras pasaban imágenes de nuestras últimas tres semanas.

Pero como mi vida es un híbrido extraño entre un thriller de acción y una novela rosa a fuego muy, muy lento, el montaje era un poco... peculiar.

Nuestra rutina de Mejores Amigos, una etiqueta que empezaba a sonarme a chiste cósmico, se había convertido en la estructura que sostenía mi cordura:

Lunes de Cine: Yo lloraba a moco tendido con El Señor de los Anillos. Pax, sentado rígidamente en el otro extremo del sofá, analizaba las defensas del Abismo de Helm con el ceño fruncido. «Jules, la muralla tiene un punto ciego estructural en el desagüe. Un ingeniero militar de primer año habría visto que eso era una entrada para explosivos. Gandalf necesita un mejor asesor táctico».

Martes de Tailandés: Descubrí que el estómago de Daniel Paxton está hecho de kevlar. Pide el curry verde nivel "muerte súbita" y se lo come sin que le brille la frente. Yo, en un alarde de valentía, probé una cucharada y casi vi a mis ancestros. Pax, sin decir una palabra y con esa cara de póker suya, deslizó su vaso de leche hacia mí y me dejó todo el Pad Thai (que habíamos pedido a medias) para que yo no pasara hambre.

Jueves de Compras: Le arrastré al centro comercial porque necesitaba vaqueros. Pax no miraba la ropa; Pax escoltaba el perímetro. Se quedaba fuera del probador de pie, con las manos a la espalda y escaneando a la gente como si en la sección de lencería hubiera insurgentes escondidos. Fue ridículo. Y adorable. Y muy, muy sexy.

Éramos la pareja perfecta que se negaba a ser pareja.

Pero hoy... hoy era territorio inexplorado.

Estaba de pie junto a las parrillas humeantes, frotándome los brazos envueltos en un abrigo de plumas negro para combatir el viento helado de marzo que todavía azotaba Chicago. El aire olía a carbón, a salsa barbacoa y al humo de leña que mi padre, Sexton Connor, insistía en usar.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Raven, apareciendo a mi lado como un ninja rubio envuelto en una bufanda de colores chillones.

—No —mentí.

—Jules, estás mirando la puerta como si esperaras el apocalipsis o a la caballería.

—Es solo que... nunca ha traído la moto aquí dentro. Es territorio del club. Y ya sabes cómo se pone Sam con los civiles entrando en el patio sagrado.

—Sam está demasiado ocupado siendo feliz con Bianca y su embarazo como para gruñir hoy —dijo Raven, robando una patata frita de una bandeja—. Además, Pax no es un civil cualquiera. Es el tipo que nos salvó el presupuesto del centro comunitario. Sexton le respeta.

Entonces lo oímos.

No era el rugido agudo y revolucionado de las motos deportivas, ni el estruendo grave y moderno de las *Twin Cam* de los miembros del club. Era un sonido rítmico, profundo, mecánico. Un latido de hierro antiguo.

Las conversaciones en el patio bajaron de volumen. Varias cabezas se giraron, incluyendo la de Wolf, que dejó de limpiar su

cuchillo para mirar hacia la entrada.

La puerta de hierro se deslizó y Daniel "Pax" Paxton entró en el dominio de los Legend.

Sentí que el aire se me escapaba de los pulmones y se condensaba en una nubecita blanca frente a mi boca.

Iba sobre su Harley Panhead del 58 restaurada, una máquina negra y cromada que parecía una joya clásica entre tanta moto moderna. Pero lo que me dejó clavada en el sitio fue él.

Fiel a su código y respetuoso con las reglas que conocía demasiado bien, Pax no llevaba cuero. Sabía que entrar en un club MC con un chaleco sin parches o una chaqueta de motero de fin de semana era una falta de respeto, una provocación.

Iba vestido como lo que era: un exoperador. Llevaba unos pantalones cargo tácticos oscuros con multitud de bolsillos, botas militares de suela gruesa y una chaqueta técnica de color gris plomo, cerrada hasta la barbilla para protegerse del frío, bajo la cual asomaba el cuello de una térmica negra. Llevaba guantes de mecánico y gafas de sol oscuras.

Parecía un mercenario. Un Ronin. Un guerrero sin bandera que cruzaba tierras peligrosas con una calma insultante.

Aparcó la moto en la zona designada para visitas, lejos de la formación jerárquica de las motos del club. Apagó el motor y el silencio momentáneo del patio se hizo pesado.

Se quitó las gafas, guardándolas en un bolsillo del pantalón con movimientos precisos, y desmontó de forma fluida. El viento frío le azotó el rostro. Escaneó el patio: vio a los prospectos en la barra exterior, a Sam Tucker hablando con Bianca cerca del porche, y finalmente, me vio a mí.

Su expresión seria se suavizó mínimamente. Solo un grado. Pero para mí fue como si hubiera salido el sol en mitad del invierno.

—Madre mía —murmuró Raven a mi oído, dándome un codazo—. Vale, lo pillo. Lo de solo amigos es la mayor mentira que te has contado en tu vida, Julie Connor. El hombre es un espectáculo.

La ignoré y caminé hacia él. Mis botines crujieron en la grava.

—Llegas justo a tiempo —dije al acercarme, intentando sonar casual y no como una adolescente fascinada—. Mi padre acaba de sacar las costillas del ahumador.

Pax me miró. Sus ojos oscuros recorrieron mi cara, mi gorro de lana, y se detuvieron en mis labios un segundo antes de subir de nuevo a mis ojos.

—Huele bien —dijo. Su voz era grave, un poco rasposa por el frío del trayecto en moto—. Y veo que la seguridad perimetral es... relajada hoy.

—Es una barbacoa familiar, Pax. No una zona de guerra.

—Con tu padre y Sam Tucker cerca, la diferencia es mínima —bromeó, aunque su tono seguía siendo bajo y controlado.

En ese momento, Sexton Connor, mi padre y el VP del Legend MC, se separó del grupo de la parrilla. Llevaba su chaleco de cuero desgastado sobre una sudadera gruesa, y un cuchillo de trinchar en la mano.

Me tensé un poco, esperando el interrogatorio, pero Pax no se movió. Se mantuvo firme, con las manos visibles y relajadas a los costados, en posición de respeto pero sin sumisión.

—Paxton —saludó mi padre, con esa voz que sonaba a grava.

—Señor Connor —respondió Pax, asintiendo con la cabeza.

—Bonita máquina —dijo mi padre, señalando la Panhead con el cuchillo—. Suena a vieja escuela. Bienvenido a Legend. Coge una cerveza y algo de carne antes de que Wolf se lo coma todo. Y gracias... —Mi padre se puso un poco más serio, bajando la voz y mirándole a los ojos—. Por lo de la donación a la escuela de la Reserva. Raven me lo contó. Es un gesto de hombre.

—Era lo correcto, señor. El dinero tiene que servir para construir, no para destruir.

—Bien dicho. Vamos, Julie, dale de comer al chico. Tiene cara de necesitar calorías para aguantarte toda la tarde.

Mi padre se alejó y yo solté el aire que no sabía que estaba conteniendo. Miré a Pax, sonriendo de oreja a oreja.

—Le gustas.

Pax me miró, y por un momento, vi un destello de vulnerabilidad en sus ojos, el deseo de pertenecer a algo así, a una familia encontrada que no te juzga por tu cuenta bancaria sino por tu lealtad.

—Solo he venido por las costillas, Jules —dijo, intentando mantener su fachada de tipo duro.

—Ya, claro. Y yo solo te he invitado por tu moto.

—Mentirosa.

—Mentiroso tú.

Nos quedamos mirándonos un segundo, con el frío de Chicago mordiéndonos la piel y una tensión eléctrica calentándonos por dentro, antes de que yo le agarrara del brazo, notando el músculo duro como una piedra sobre la chaqueta técnica, y tirara de él hacia el calor del fuego.

◆ ◆ ◆

Pax atacaba las costillas de mi padre con una eficiencia militar. Comía limpio, rápido y en silencio, como si temiera que en cualquier momento sonara una alarma y tuviera que salir corriendo.

Yo estaba a punto de decirle que se relajara, que nadie iba a robarle la comida, aunque Wolf rondaba cerca, cuando un torbellino rubio envuelto en una bufanda de colores aterrizó a nuestro lado.

—¡Ahí está! —exclamó Raven Tucker, con los ojos azules brillando más que los cromados de las motos—. ¡El misterioso filántropo que se viste como si fuera a invadir un país pequeño!

A su lado, Elan Blackwater sonreía con esa calma tranquila que siempre le acompañaba. Llevaba una chaqueta de abrigo gruesa y

sujetaba a Raven por la cintura como si fuera un globo de helio a punto de salir volando.

Pax se limpió las manos con una servilleta y se puso de pie inmediatamente. Respeto. Siempre respeto.

—Raven —saludó Pax con un asentimiento—. Doctor Blackwater.

—Por favor, llámame Elan —dijo el médico, extendiendo la mano. Pax la estrechó con firmeza—. Y gracias, Pax. De verdad. La donación ha llegado esta mañana. Los nuevos equipos de diagnóstico para la clínica... van a cambiar muchas vidas en la Reserva.

—El dinero estaba cogiendo polvo en una cuenta —respondió Pax, quitándole importancia con un encogimiento de hombros—. Vosotros hacéis el trabajo real. Yo solo firmo cheques.

—No seas modesto —intervino Raven, dándole un golpecito en el brazo blindado por la chaqueta térmica—. Has pagado los libros de texto de mis niños para los próximos tres años. Así que, oficialmente, eres mi persona favorita de la semana. Lo siento, Julie. Te han destronado.

Me reí, bebiendo un sorbo de mi cerveza.

—Lo superaré, Ray.

En ese momento, Olivia Tucker se acercó al grupo. La hermana mediana de los Tucker y contable del club caminaba con autoridad natural. Llevaba un abrigo de plumas elegante y miraba a Pax con ojos calculadores.

—Así que tú eres el famoso Pax —dijo Olivia, parándose frente a él.

Pax sostuvo su mirada. Reconocía a un igual. Otro estratega.

—Olivia Tucker. He oído hablar de tu habilidad con los números.

—Y yo de tu habilidad para la seguridad... y para las inversiones inteligentes —Olivia sonrió, y fue una sonrisa de aprobación—. Le has ahorrado al club muchos dolores de cabeza con esa donación a Sauce Rojo. Políticamente, nos ha venido muy bien para fortalecer lazos con el Consejo Tribal. Buen movimiento.

—No fue política. Fue justicia —corrigió Pax, serio.

La sonrisa de Olivia se ensanchó. Se giró hacia mí y me susurró al oído, lo suficientemente alto para que solo yo la oyera:

—Tiene principios, dinero y unos hombros donde podrías aterrizar un avión. Es un buen fichaje, Jules. No lo dejes escapar.

Me atraganté con la cerveza. Olivia me guiñó un ojo y se alejó hacia donde estaba Sam, dejándome con la cara ardiendo.

Pero Raven no había terminado. Mientras Elan y Pax empezaban a hablar sobre motos —al parecer, a Elan le gustaba la ingeniería de la Panhead —, Raven me agarró del brazo y me arrastró un paso más cerca de Pax, metiéndose en su campo de visión.

—Vale, soldado —dijo Raven, adoptando su tono de interrogatorio letal—. Vamos a lo importante.

Pax la miró, cauteloso.

—¿Raven?

—La pregunta es: ¿Cuáles son tus intenciones con mi mejor amiga? —Raven señaló entre él y yo con un dedo enguantado—. Porque os veo. Veo los Lunes de Cine. Veo los Martes de Curry. Y veo cómo la miras. Como si fuera la última botella de agua en el desierto.

Pax se tensó. Su mirada viajó hacia mí, indescifrable, y luego volvió a Raven.

—Julie es mi mejor amiga —dijo, con esa voz grave y formal que usaba cuando estaba a la defensiva—. Mis intenciones son asegurar su bienestar y protegerla.

Raven soltó una carcajada cristalina.

—Protegerla. Dios mío, eres adorablemente denso —Raven miró a Elan—. ¿Oíste eso, cariño?

Elan se rio suavemente, dándole una palmada compasiva en la espalda a Pax.

—Dale tiempo, *Chaŋté Skuya*. No todos somos tan rápidos procesando como tú. Pax, un consejo de alguien que también llegó

de fuera a esta familia de locos: no luches contra la corriente. Te ahogarás.

—Lo tendré en cuenta —dijo Pax, aunque vi cómo sus hombros se relajaban un poco.

Elan y él siguieron hablando, esta vez sobre las dificultades de mantener la zona neutral en *Vinyl* sin usar violencia excesiva. Vi a Pax asentir, interesado en la perspectiva calmada y pacifista de Elan. Se entendían. Elan odiaba la violencia innecesaria y Pax la usaba solo como último recurso. Eran dos caras de la protección: la que cura y la que defiende.

Me quedé un momento observando la escena. A la que se había unido Wolf.

Ahí estaba él. Daniel Paxton. El heredero que renunció a su fortuna, el soldado que se creía roto, el hombre que pensaba que su oscuridad mancharía mi luz.

Y sin embargo, allí estaba, de pie en el patio del Legend MC, rodeado de exconvictos, médicos nativos y contables peligrosas, bebiendo una cerveza barata y hablando de carburadores.

No parecía un extraño. No parecía un intruso.

Con su ropa táctica, su mirada atenta y esa lealtad feroz que le salía por los poros, encajaba en este mundo de forajidos y familia encontrada mucho mejor que en los salones de mármol de su familia biológica.

—Encaja, ¿verdad? —susurró Raven a mi lado, leyendo mi mente como siempre—. Es uno de los nuestros, Jules. Solo que él todavía no se ha dado cuenta.

—Lo es —admití, sintiendo un orgullo absurdo en el pecho—. Definitivamente lo es.

—Míralo —dijo Raven, suspirando teatralmente mientras se apoyaba en mi hombro—. Está ahí, hablando con Wolf sobre cuchillos o tácticas de asalto, y ni siquiera parece que quiera salir corriendo. Es un milagro de la integración social.

Se estaban moviendo hacia la moto de Pax. Wolf, que normalmente miraba a los forasteros como si fueran objetivos de práctica de tiro, estaba asintiendo con respeto mientras Pax le señalaba algo en la estructura de la Panhead.

—No están hablando de cuchillos —corregí, bebiendo mi cerveza —. Están hablando de motores. Es el lenguaje universal de los hombres gruñones.

—¿Interrumpo el análisis de la carne fresca?

Una voz suave pero con autoridad nos hizo girar.

Bianca Tucker se acercó a nosotras. Llevaba un abrigo de lana color camel abierto que dejaba ver un vestido de punto ajustado, marcando orgullosamente su barriga de seis meses. Caminaba con esa mezcla de elegancia mafiosa y dureza motera que solo ella había conseguido perfeccionar.

—¡B! —Raven se separó de mí para abrazar a su cuñada, con cuidado de no espachurrar al futuro heredero—. ¿Cómo está el pequeño Vándalo?

—Dando patadas como si estuviera intentando arrancar una moto ahí dentro —Bianca se rio, acariciándose el vientre—. Sam dice que va a ser futbolista. Yo digo que va a ser experto en demoliciones.

Bianca me miró entonces, y sus ojos oscuros, inteligentes y perspicaces, brillaron con diversión.

—Hola, Jules. He visto a tu amigo —hizo las comillas con los dedos en la palabra amigo—. Sam me ha dicho que ha donado una fortuna a la escuela de Raven. Y que tiene una Panhead del 58. Básicamente, mi marido está enamorado de él. Si Pax supiera cocinar lasaña, creo que Sam me pediría el divorcio para casarse con él.

Solté una carcajada, casi atragantándome.

—Sabe hacer tacos —admití—. Pero solo si yo le doy las instrucciones.

Bianca se colocó a mi otro lado, de forma que Raven y ella me flanquearon. Las tres miramos hacia Pax. En ese momento, Sam se

unió a la conversación entre Pax y Wolf. Vi cómo Sam le daba una palmada en el hombro a Pax, y cómo Pax, en lugar de tensarse, se relajaba. Incluso sonrió.

—En serio, Julie —dijo Bianca, bajando el tono a algo más íntimo —. Encaja. Y eso es raro. Mi padre... bueno, ya sabéis de dónde vengo. He visto a muchos hombres intentar entrar en círculos de poder, intentando impresionar, intentando parecer duros. Pax no hace nada de eso. Él *es* duro. Y a Sam le gusta. Lo respeta.

—Lo sé —susurré, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Y tú? —preguntó Raven, dándome un codazo suave—. ¿Cómo lo llevas? ¿Sigue la "zona desmilitarizada"?

—Sigue —suspiré—. Es frustrante. Pero necesario. Él cree que está roto, chicas. Cree que su familia, su pasado... le han dejado defectuoso. Necesita saber que esto —señalé el patio, las risas, el humo, la hermandad— es seguro antes de atreverse a querer algo más.

Bianca asintió, sabia. Ella sabía un par de cosas sobre traumas y sobre sentirse atrapada en una jaula dorada.

—La familia no es la sangre, Jules. Dios sabe que yo aprendí eso a las malas —dijo Bianca, mirando a Sam con amor puro—. La familia es quien te cubre la espalda cuando todo se va a la mierda. Pax ha estado solo mucho tiempo. Dale un poco de este caos —señaló a los niños corriendo y a los moteros bebiendo—. Dale un lugar donde pertenecer. Y cuando se dé cuenta de que no se va a romper por apoyarse en alguien... caerá.

—Y cuando caiga —añadió Raven con una sonrisa pícara—, asegúrate de que caiga en tu cama. Porque, sinceramente, desperdiciar esos pantalones tácticos es un crimen contra la humanidad.

—¡Raven! —me escandalicé, aunque me reí.

—Solo digo lo que todas pensamos. ¿Verdad, B?

—Yo soy una mujer casada y respetable —dijo Bianca con fingida inocencia, antes de guiñarme un ojo—. Pero sí. El chico tiene buena

percha.

Me quedé mirando a Pax un momento más.

Verle allí, rodeado de los hombres de Legend, siendo aceptado, siendo validado no por su dinero sino por quién era, me hizo sentir algo más grande que la atracción física.

Sentí esperanza.

Durante años, Pax había sido el Guardián de la Fortaleza, vigilando desde fuera, protegiendo a otros, pero nunca permitiéndose entrar al calor del hogar. Siempre solo. Siempre alerta.

Pero aquí, bajo el cielo gris de Chicago, con una cerveza en la mano y escuchando a Sam Tucker, no parecía un guardián solitario. Parecía un hombre que acababa de encontrar a su tribu.

Y si yo podía darle eso... si yo podía ser el puente entre su soledad y esta familia ruidosa, leal y maravillosa... entonces valía la pena cada segundo de frustración sexual, cada película de Harry Potter y cada "solo amigos".

Porque darle una familia era el mejor regalo que podía hacerle al hombre que ya me había robado el corazón.

—Gracias, chicas —dije, abrazándolas a las dos por la cintura—. Me alegro de que estéis en mi equipo.

—Siempre—dijo Raven.

—Para eso estamos —confirmó Bianca—. Ahora, vamos a comer antes de que mi hijo decida que quiere comerse mis propios órganos internos. Necesito costillas. Muchas.

Nos dirigimos hacia las mesas, riendo, mientras yo lanzaba una última mirada a Pax, prometiéndome a mí misma que haría todo lo posible para que él se quedara en esta foto para siempre.

CAPITULO 12

Pax

Me sentía inútil. Y a un hombre entrenado para estar siempre activo, la inutilidad le provoca picor en la piel.

Había terminado mi cerveza. Había hablado de motores con Wolf y de medicina táctica con Elan. Julie estaba al otro lado del patio, riéndose con Raven y Bianca, rodeada de una barrera de estrógenos en la que no me atrevía a penetrar todavía.

Así que hice lo único que sé hacer cuando no tengo una misión: buscar trabajo.

Caminé hacia las parrillas. El calor del fuego era un alivio contra el viento cortante de marzo que se colaba por el cuello de mi chaqueta técnica. Sexton Connor estaba allí, solo, vigilando una cantidad industrial de costillas con la seriedad de un general supervisando el frente.

—Señor Connor —dije, parándome a una distancia respetuosa.

Sexton levantó la vista del humo. Sus ojos, del mismo color avellana que los de su hija pero mucho más duros, me evaluaron.

—Paxton. ¿Te has quedado con hambre?

—No, señor. Solo pensaba que podría necesitar un relevo. O un par de manos extra. Lleva ahí dos horas.

Sexton miró las pinzas largas de metal que tenía en la mano, luego miró la montaña de carne que quedaba por asar, y finalmente me miró a mí.

—¿Sabes asar, chico? ¿O eres de los que queman la suela y dejan el centro crudo?

—Sé seguir instrucciones y mantener la temperatura constante —respondí con neutralidad—. En el ejército, si quemabas la comida, te la comías igual. Aprendes rápido.

Sexton soltó un gruñido que sonó sospechosamente a una risa y me tendió las pinzas.

—Toda tuya. Dales la vuelta cada cinco minutos. Si se secan, te mato.

Asentí, aceptando el mando de la parrilla como si me hubiera entregado un rifle. Sexton no se fue. Se quedó a mi lado, abriendo una cerveza y apoyándose en el poste de madera del cobertizo, observando cómo trabajaba.

Estuvimos en silencio unos diez minutos. Solo el sonido de la grasa goteando sobre las brasas y el viento moviendo los árboles desnudos alrededor del complejo. Fue un silencio cómodo. De los que no exigen ser llenados.

—Esa Panhead —dijo Sexton de repente, rompiendo la calma—. Suena redonda. Mejor que hace diez años.

Giré la cabeza, sorprendido, sin dejar de vigilar la carne.

—Hace diez años estaba desmontada en cajas en el garaje de mi abuelo.

—Lo sé —Sexton bebió un trago—. Martin me trajo el carburador aquí, al taller del club. Estaba desesperado. Decía que ninguna tienda oficial de Chicago quería tocar una pieza tan vieja sin cobrarle un riñón.

Me quedé helado, con las pinzas en el aire.

—¿Usted... conocía a mi abuelo? ¿Martin venía aquí?

Sexton asintió, mirando hacia el humo con una media sonrisa nostálgica.

—Vino un par de veces. Era un tipo curioso. Llegaba en su coche de lujo, vestido con esos trajes caros, pero se metía en el taller con

nosotros y se manchaba de grasa hasta los codos. Le encantaba la mecánica. Tenía respeto por las máquinas.

—Nunca me lo dijo —murmuró, procesando la información. Mi abuelo, el hombre de negocios respetable, codeándose con el Legend MC—. Pensé que yo era el único al que le gustaba este mundo.

—Él sabía que eras militar. Y sabía que eras bueno. Me habló de ti —Sexton me miró de reojo—. Me dijo que su nieto tenía manos de cirujano y cabeza de ingeniero. Estaba orgulloso de que tú fueras el que iba a heredar esa moto. Me alegra ver que tenía razón.

Sentí un nudo en la garganta. La aprobación de Martin me llegaba incluso desde la tumba, a través de la voz rasposa del padre de Julie.

—Gracias, señor.

—Deja el "señor". Me haces sentir como un oficial de la condicional. Llámame Sexton.

Dio otro trago a su cerveza y miró hacia el patio, donde Julie seguía charlando animadamente. Su mirada se suavizó un instante antes de volver a endurecerse al mirarme a mí.

—No suelo dejar que gente de fuera se acerque tanto a la barbacoa, Pax. Y definitivamente no suelo dejar que nadie que no lleve un parche toque mi parrilla.

Entendí el subtexto. No hablaba de la carne. Hablaba de su familia. De su hija.

—Lo entiendo. Y lo respeto —dije, sosteniendo su mirada, asegurándome de que viera que no había engaño en mí.

—Bien. Porque me gusta verte por aquí. —Sexton se separó del poste—. Eres un buen chico. Tienes la cabeza bien amueblada y sabes cuándo callar y cuándo actuar. Martin estaría contento de ver que no solo has arreglado su moto, sino que has encontrado el camino a un lugar donde se valora eso.

Me dio una palmada firme en el hombro, un golpe seco y pesado que sentí a través de la chaqueta.

—No quemes las costillas.

Se alejó hacia las mesas, dejándome solo frente al fuego. Pero por primera vez en mucho tiempo, el frío de Chicago no me calaba los huesos. Saber que mi abuelo había estado aquí, que había pedido ayuda a estos hombres y que ellos lo respetaban, cerraba un círculo que yo ni siquiera sabía que estaba abierto.

Miré hacia donde estaba Julie. Ella levantó la vista en ese momento y me sonrió.

Sexton tenía razón. Había encontrado el camino.

◆ ◆ ◆

Desde mi posición estratégica junto al poste del cobertizo, tenía una línea de visión clara hacia la mesa donde estaban las mujeres.

Julie se reía. Echó la cabeza hacia atrás, agarrándose el gorro de lana para que no se le cayera, y su risa llegó hasta mí atravesando el ruido de cincuenta moteros y música rock. Estaba radiante. Brillaba contra el cielo gris de Chicago como una bengala de señalización.

Me dolía el pecho de tanto quererla. Y me dolía el cerebro de tanto recordarme que no podía tenerla.

—Si la miras más fuerte, vas a hacerle un agujero en ese abrigo tan bonito.

Me tensé, girando la cabeza.

A mi lado se había materializado un gigante con barba recortada y una cicatriz en la ceja. Wolf, el Sargento de Armas de Legend. Llevaba el chaleco de cuero del club sobre una sudadera con capucha, y masticaba una costilla con la despreocupación de quien sabe que podría matar a todo el mundo en un radio de diez metros con el hueso que le sobrara.

—Solo estoy vigilando el perímetro —dije, usando mi excusa estándar.

Wolf soltó una carcajada ronca y tiró el hueso limpio a un cubo de basura con una puntería perfecta.

—Vigilando el perímetro. Claro. —Se limpió las manos en una servilleta de papel que también lanzó al cubo de basura—. Relaja la cara, Rambo. Pareces estreñido. O como si estuvieras esperando un ataque aéreo. Estamos en una barbacoa, no en Siria.

Me obligué a bajar los hombros un centímetro. Wolf tenía una energía extraña: era claramente peligroso, letal según los informes que Max tenía sobre él, pero tenía un brillo burlón en los ojos que desarmaba.

—La costumbre —murmuré.

—Ya. Oye, una pregunta técnica —Wolf se apoyó en el poste, invadiendo mi espacio personal con total confianza—. ¿Eres mudo con todo el mundo o solo te guardas las palabras para cuando estás a solas con la pequeña Jules?

Le miré de reojo, frunciendo el ceño.

—No soy mudo. Soy eficiente.

—Eres un gruñón —corrigió Wolf, sonriendo—. Pero me caes bien. Tienes esa aura de "tócame y te mato" que respeto mucho. Además, has conseguido arrancar esa Panhead sin que explote, y eso te da puntos extra.

—Gracias.

Wolf miró hacia la mesa donde Julie seguía charlando con Raven y Bianca. Su expresión se volvió un poco más seria, aunque el tono seguía siendo ligero.

—Te diré una cosa, Paxton. Eres una mejora considerable respecto al desfile de payasos que Julie solía traer por aquí.

—¿Payasos? —pregunté, sintiendo un pinchazo de curiosidad y celos retrospectivos.

—Uf. Ni te imaginas —Wolf empezó a contar con los dedos—. Tuvimos al tipo que se hizo un tatuaje falso para parecer duro. Tuvimos a los "escaladores", esos idiotas que solo salían con ella

para intentar entrar en el club y hacerse amigos de Sam o de Sexton. Y luego estaban mis favoritos: los cobardes.

Wolf se rio, negando con la cabeza.

—Esos eran divertidos. Tipos normales que se creían muy machos hasta que se enteraban de quién era su padre. En cuanto veían a Sexton limpiar un arma, salían corriendo, dejando una estela de polvo y orina. Julie siempre terminaba sola y cabreada.

Sentí una oleada de rabia protectora. La idea de Julie siendo utilizada o abandonada por miedo me revolvía el estómago.

—Ella no se merece eso —gruñí.

—No. No se lo merece —concordó Wolf, mirándome fijamente—. Por eso me alegro de que estés tú. Eres el primer novio que trae al que no tengo ganas inmediatas de romperle las piernas. Y créeme, eso es mucho decir. Tengo un bate de béisbol con el nombre de sus ex grabado.

—No somos novios —corregí automáticamente.

Wolf se detuvo. Me miró como si me hubiera salido una segunda cabeza. Luego soltó una carcajada tan fuerte que un par de prospectos se giraron asustados.

—¿Qué? —preguntó, secándose una lágrima de risa—. ¿Me estás tomando el pelo?

—Somos amigos. Mejores amigos —insistí, aunque la frase sonó ridícula incluso en mis oídos.

Wolf me dio una palmada en la espalda que casi me saca el aire.

—Ah, claro. Amigos. De esos amigos que pasan todos sus días libres juntos, que se miran como si quisieran devorarse y que vienen a las barbacoas familiares a conocer al suegro —Wolf me miró con una ceja arqueada, burlón—. Escucha, Paxton. Yo no soy un experto en romance, eso déjaselo a Sam que ahora va de blando, pero... os comportáis como un matrimonio de cincuenta años. Hacéis todo lo que hacen las parejas.

Bajó la voz, inclinándose hacia mí con complicidad.

—Supongo que la única diferencia es que no estáis follando. Lo cual explicaría por qué tienes esa cara de querer asesinar a alguien y por qué Julie parece que va a explotar si la tocas.

Me quedé callado. No podía rebatirle. Tenía razón. Era humillante, pero tenía razón.

—Es complicado —dije, mi defensa habitual desmoronándose.

—No, amigo. Es estúpido —Wolf se separó del poste—. Pero bueno, seguid jugando a las casitas si queréis. Solo te aviso: en este club, cuando queremos algo, lo cogemos. Y Julie es una Connor. Tiene poca paciencia. Si sigues esperando a que los planetas se alineen, igual se cansa de esperar.

Wolf me guiñó un ojo.

—Bienvenido a la familia, amigo. Coge otra cerveza, pareces seco.

Wolf se alejó con ese andar depredador suyo, dejándome allí plantado, con sus palabras resonando en mi cabeza y la imagen de Julie riéndose al fondo, tan cerca y a la vez tan lejos por culpa de mi propia estupidez.

◆ ◆ ◆

Me senté en el banco de madera desgastada, apretujado entre Julie y el borde de la mesa. El espacio era reducido, pero por primera vez, la falta de espacio personal no activó mis alarmas de combate.

Al contrario. Sentir el muslo de Julie presionado firmemente contra el mío bajo la mesa, dándome calor a través de mi pantalón táctico, era lo único que me mantenía anclado a la tierra.

—Pásame la salsa, Ranger —pidió Wolf desde el otro lado, con la boca llena.

Le pasé el bote de salsa barbacoa casera. Wolf asintió, un gesto de agradecimiento entre depredadores, y siguió devorando costillas como si no hubiera un mañana.

Miré a mi alrededor. La mesa era un caos ruidoso y perfecto.

A mi derecha, Raven Tucker estaba dibujando algo en una servilleta para explicarle una anécdota a Elan, mientras él la miraba con una adoración tranquila que me recordaba dolorosamente a lo que yo sentía por Julie. A mi izquierda, Olivia Tucker discutía con su hermano Sam sobre algo relacionado con los libros de contabilidad del club, pero lo hacían con sonrisas y burlas fraternales, no con gritos ni abogados de por medio.

—¿Te gusta la carne? —preguntó Sexton Connor desde la cabecera de la mesa, limpiando su cuchillo con un trapo.

—Es la mejor que he probado, Sexton —admití, y no era un cumplido vacío. Era la verdad.

Sam Tucker, el presidente, dejó de hablar con su hermana y me miró. Sus ojos eran calculadores, propios de alguien que había estado en Operaciones Especiales. Reconocía esa mirada. Era la misma que yo veía en el espejo.

—Sexton dice que estuviste en el 75º Regimiento —dijo Sam, con voz tranquila.

—Tercer Batallón. Fort Benning —respondí, usando el código corto.

Sam asintió, un movimiento lento de reconocimiento.

—Buen grupo. Tuve un par de operaciones conjuntas con vuestra gente. Son disciplinados. Hacen el trabajo y vuelven a casa.

—Ese es el objetivo —dije.

No hizo falta decir más. En ese breve intercambio, Sam había validado mi presencia. Ya no era un extraño civil; era un hermano de armas. La tensión en mis hombros, esa que llevaba cargando desde que entré por la puerta blindada del complejo, se disolvió un poco más.

Bebí un trago de mi cerveza, observando la dinámica.

En la mansión de mi padre, las cenas eran campos de minas. El silencio era un arma. Cada palabra se medía para no detonar la ira de Victoria o la decepción de Daniel. Había que usar los cubiertos

correctos, sentarse recto y fingir que éramos perfectos mientras nos odiábamos en secreto.

Aquí la gente gritaba, se reía, se manchaba las manos con salsa y se insultaba con cariño.

—¿Estás bien? —susurró Julie a mi lado.

Me giré hacia ella. Tenía una mancha pequeña de salsa en la comisura del labio y las mejillas rojas por el frío y la cerveza.

—Estoy bien —dije. Y me di cuenta de que era la primera vez en años que lo decía en serio—. Es ruidoso.

—Es una familia —corrigió ella, encogiéndose de hombros—. Somos intensos. A veces demasiado. Si necesitas un respiro, podemos irnos.

—No —negué rápido, quizás demasiado rápido. Puse mi mano sobre su rodilla, bajo la mesa, en un gesto posesivo que no pude controlar—. Me gusta. Me gusta estar aquí.

Julie sonrió, y sus ojos se suavizaron. Puso su mano sobre la mía y entrelazó nuestros dedos.

—Encajas, Pax. Te lo dije.

Miré al frente. Wolf me guiñó un ojo al ver mi mano desaparecida bajo la mesa. Sexton me pasó otra cerveza sin preguntar. Sam volvió a incluirme en la conversación preguntándome sobre la restauración de la Panhead.

Me di cuenta de algo aterrador y maravilloso a la vez.

Durante toda mi vida, había sido el guardián solitario. El niño que vigilaba la puerta. El soldado que vigilaba el perímetro. El jefe de seguridad que vigilaba el club. Siempre fuera. Siempre observando el calor de los demás a través de una ventana.

Pero hoy, sentado en este banco duro, con el viento de Chicago azotándonos y el calor de Julie a mi lado, estaba dentro.

Por primera vez, no estaba vigilando la fortaleza. Estaba dentro de ella.

Y supe, con una certeza absoluta, que haría cualquier cosa, mataría a quien fuera necesario, para no perder este lugar. Para no perderla a ella.

CAPITULO 13

Julie

Dicen que el amor te golpea como un rayo. Que es un evento cataclísmico, ruidoso y repentino.

Pero mientras aparcaba mi coche junto a la Harley Panhead negra de Pax, me di cuenta de que, en mi caso, no había sido un rayo. Había sido una marea. Lenta, constante, imparable, subiendo centímetro a centímetro hasta que, de repente, me di cuenta de que estaba ahogada hasta el cuello.

Apagué el motor, pero no bajé del coche. Me quedé mirando su moto.

Esa máquina vieja y restaurada, con su pintura negra brillante y sus cromados perfectos, era igual que él: una reliquia dura por fuera, pero cuidada con una devoción absoluta por dentro.

Mi mente voló al día anterior. A la barbacoa.

Recordé la sensación de sus brazos rodeándome cuando me ayudó a bajar de la moto al llegar al club para el turno de ayer. Recordé cómo se despidió de mi padre con un apretón de manos firme, sin miedo. Recordé el viaje de vuelta a Legend de madrugada, con el frío cortante de Chicago azotándonos, y yo pegada a su espalda ancha, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta táctica, sintiendo el calor de su cuerpo y el latido rítmico de su corazón contra mi pecho.

En ese viaje, a las cuatro de la mañana, no hablamos. No hizo falta. Había una comunicación silenciosa en la forma en que él

inclinaba la moto y yo me movía con él, una sincronización perfecta que no había tenido con nadie. Ni en la pista de baile, ni en la cama.

—Mierda —susurré, dejando caer la cabeza contra el volante.

Solo amigos. Esa era la promesa. La zona segura. La mentira piadosa que nos contábamos para que él no saliera corriendo y yo no saliera herida.

Pero ya era tarde para la seguridad.

Bajé del coche, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. El viento frío me golpeó la cara, pero yo ardía por dentro.

Caminé hacia la entrada de servicio de *Vinyl*. Al cruzar el umbral y entrar en el pasillo de hormigón que llevaba a los vestuarios, el sonido de las pruebas de sonido retumbaba en las paredes.

Y allí estaba él.

Pax estaba al final del pasillo, hablando con Max Vaughn. Llevaba su uniforme de trabajo habitual: camiseta negra, pantalones cargo, botas. Estaba serio, asintiendo a algo que decía su jefe, con esa postura que solía intimidarme y que ahora simplemente me hacía querer correr hacia él y refugiarme en su pecho.

Al verme entrar, Pax interrumpió a Max. Sus ojos oscuros se clavaron en mí, y la transformación fue instantánea. La dureza de su mandíbula se relajó. Sus hombros bajaron. Esa micro sonrisa que solo me regalaba a mí apareció en la comisura de sus labios.

—Julie —dijo, a modo de saludo.

Y en ese segundo, con el olor a humedad del pasillo y el ruido de fondo, la verdad me golpeó con la fuerza de un tren de mercancías.

Estoy enamorada de él.

No era atracción. No era un capricho. No era esa sensación de me gusta el chico malo.

Lo amaba. Amaba su lealtad feroz. Amaba cómo comía curry picante sin pretensiones. Amaba cómo trataba a mi padre con respeto. Amaba que hubiera donado su fortuna para ayudar a niños que no conocía. Amaba sus cicatrices, su silencio y su maldito miedo a romperme.

Y lo más aterrador: no habíamos tenido sexo. Ni siquiera nos habíamos besado de verdad. Y, sin embargo, lo quería todo.

Quería las citas aburridas de los domingos. Quería las cenas con mi padre donde Sexton limpiara su escopeta solo para molestarle. Quería discutir por el mando a distancia. Quería verlo envejecer. Quería construir una familia con él, una familia propia, ruidosa y leal, que borrara para siempre el recuerdo de la jaula fría de los Paxton.

—¿Estás bien? —preguntó Pax, separándose de Max y acercándose a mí. Su radar de peligro se había activado al ver mi cara pálida. Incluso eso amaba de él. La facilidad con la que detectaba que algo me sucedía sin necesidad de pronunciar ni una palabra.

Me detuve frente a él. Tenía ganas de agarrarle de las solapas y gritarle que dejara de ser tan noble y me besara de una vez. Pero sabía que eso le asustaría. Pax necesitaba tiempo. Pax necesitaba seguridad.

—Estoy bien —dije, y mi voz salió temblorosa pero firme—. Solo pensando en ayer.

—Fue un buen día —admitió él, suavemente.

—Fue el mejor día, Pax.

Le sostuve la mirada, intentando transmitirle todo lo que sentía sin palabras, intentando decirle «Estoy aquí. No me voy a ir. Y voy a pelear por esto hasta que te des cuenta de que tú también lo quieres».

Pax parpadeó, confundido por la intensidad de mi mirada, pero no se apartó.

—Tengo que cambiarme —dije, rompiendo el momento antes de hacer una locura, como colgarme de él a lo mono araña y comérmelo a besos—. Nos vemos en la sala, Jefe.

Pasé por su lado, rozando deliberadamente mi brazo con el suyo, y sentí la electricidad estática chispear entre nosotros.

Sí. Iba a ser difícil. Iba a tener que derribar sus muros ladrillo a ladrillo. Pero Julie Connor nunca había rechazado un desafío. Y este

hombre valía cada gramo de esfuerzo.

◆ ◆ ◆

La música en la zona VIP era un poco más baja que en la pista principal, pero la densidad de ego por metro cuadrado era mucho mayor.

Estaba supervisando el servicio en la mesa 4. Un grupo de ejecutivos financieros que celebraban algún bonus millonario y que llevaban bebiendo vodka *Grey Goose* desde las nueve de la noche.

Vi cómo uno de ellos, un tipo rubio con la corbata deshecha y la cara roja, agarraba la muñeca de Chloe, una de mis camareras más jóvenes.

—Ven aquí, encanto, no te he dicho qué hielo quiero —babeó el tipo, tirando de ella hacia su regazo.

Chloe intentó sonreír, pero vi el pánico en sus ojos.

Mi poder blando se acabó en ese instante. Entré en modo operativo.

Caminé hacia la mesa con paso firme, interceptando la situación antes de que Chloe tuviera que forcejear.

—Caballeros —dije, mi voz cortando el aire con una autoridad fría —. La señorita tiene otras mesas que atender. Si necesitáis hielo, yo me encargo. Chloe, vete a la barra.

Chloe se soltó y huyó agradecida.

El tipo rubio me miró. Sus ojos recorrieron mi cuerpo con una lascivia que me hizo sentir sucia.

—Vaya. La jefa —se rio, codeando a su amigo—. Tú estás mucho mejor. Tienes más... carácter. ¿Cuánto cuesta que te quedes tú aquí?

—Yo no estoy en el menú —respondí, manteniendo la calma—. Y si volvéis a tocar a mi personal, la fiesta se acaba.

Me di la vuelta para irme. Fue un error. Nunca des la espalda a una amenaza potencial. Lección número uno de Sexton Connor.

Sentí una mano grande y sudorosa agarrarme el brazo izquierdo y tirar de mí con fuerza.

—No me des la espalda, zorra. Estoy hablando contigo.

El tirón me desequilibró, pero mis reflejos de Krav Maga se activaron automáticamente.

No pensé. Actué.

Giré mi muñeca para liberar el agarre, aproveché su propia inercia y le apliqué una llave de torsión en la articulación. El tipo gritó cuando le doblé el brazo hacia la espalda, obligándole a inclinarse sobre la mesa, tirando varias copas en el proceso.

—¡Suéltame! —aulló.

—¡Te he dicho que no se toca! —siseé cerca de su oreja.

Pero no conté con los amigos.

Dos de ellos se levantaron de golpe. Eran grandes, estaban borrachos y la humillación de su compañero les había puesto violentos.

—¡Suéltalo, loca! —gritó uno, abalanzándose sobre mí.

Tuve que soltar al rubio para esquivar un empujón del segundo. Retrocedí, pero choqué con el respaldo de un sofá de terciopelo. Estaba acorralada. Eran tres contra una. Me puse en guardia i posición de combate, pero hasta yo sabía que no podía con tres tipos enormes y borrachos.

El rubio se recuperó, frotándose la muñeca, con los ojos inyectados en sangre y odio puro.

—Te vas a enterar, puta.

Avanzaron.

Me llevé la mano al auricular. No grité. Pax me había enseñado que gritar es perder energía.

—Código Negro. VIP 1. —Mi voz fue clara y urgente.

Código Negro: Amenaza física inminente contra el personal.

El rubio levantó la mano para abofetearme. Me preparé para bloquear el golpe, levantando los brazos.

El golpe nunca llegó.

Las puertas dobles de la sala VIP se abrieron con un estruendo que superó a la música.

No entró un guardia de seguridad. Entró una fuerza de la naturaleza.

Pax era un borrón negro.

Llegó al rubio antes de que su mano bajara. No hubo negociación. No hubo advertencia. Pax le agarró el brazo en el aire, giró su cuerpo y le estrelló la cara contra la mesa de cristal con un sonido seco y brutal que hizo que toda la sala se quedara en silencio.

El cristal crujió. El tipo cayó al suelo como un muñeco roto.

Los otros dos se quedaron paralizados un segundo. El segundo suficiente.

Pax, con el rostro convertido en una máscara de furia glacial, le dio una patada en la rodilla al segundo tipo, haciéndole caer, y al tercero lo agarró por la garganta, levantándolo del suelo y empotrándolo contra la pared con tal fuerza que cayeron los cuadros.

—¡Quietos! —rugió Pax. Su voz no era humana. Era el gruñido de una bestia defendiendo su territorio.

Los dos tipos conscientes levantaron las manos, aterrorizados, viendo la promesa de muerte en los ojos negros de Pax.

Pax no los miraba a ellos. Me miraba a mí. Me escaneaba en busca de sangre, de moratones.

—¿Te han tocado? —preguntó. Su voz temblaba de rabia contenida.

—Estoy bien —dije, aunque el corazón me iba a mil—. Solo un agarrón. Estoy bien, Pax.

Él no se relajó. Soltó al tipo de la pared dejándolo caer como basura y se giró hacia mí. Me rodeó con un brazo, pegándome a su pecho blindado, creando una barrera de acero entre el mundo y yo.

—Sacad esta mierda de mi club —ordenó Pax a los otros guardias que acababan de llegar, señalando a los tres hombres—. Y aseguraos de que no vuelvan a caminar bien en una semana.

—Pax, espera... —intenté decir.

—Tú vienes conmigo.

No me dejó discutir. Me sacó de la sala VIP casi en volandas, protegiéndome con su cuerpo, alejándome del peligro con una urgencia desesperada, como si temiera que si me soltaba, yo fuera a desaparecer.

◆ ◆ ◆

Mis manos no paraban de temblar.

Estaba sentada en uno de los bancos del vestuario, mirando mis propias palmas como si no me pertenecieran. La adrenalina del enfrentamiento estaba bajando, dejando paso a ese frío repentino y traicionero que te recorre la espalda cuando te das cuenta de lo que podría haber pasado.

—Parecían inofensivos —murmuré, más para mí que para él—. Eran clientes corporativos. Trajes caros. Relojes de oro. No los había visto antes, pero... no parecían peligrosos hasta que lo fueron.

Pax no se sentó. Estaba caminando de un lado a otro de la pequeña habitación como un animal enjaulado. Se había quitado el auricular y lo había lanzado sobre una mesa. Sus puños se abrían y cerraban rítmicamente.

—Debería haberlo previsto —gruñó, con la voz cargada de culpa —. Vi que estaban bebiendo rápido. Debería haber puesto un guardia fijo en esa puerta.

—Pax, no puedes estar en todas partes. Llegaste a tiempo.

Se detuvo en seco frente a mí. Su respiración era agitada, sus ojos negros brillaban con una mezcla volátil de furia homicida y miedo. Miedo por mí.

—Te tocaron —dijo, como si la palabra fuera veneno—. Ese hijo de puta te puso las manos encima. Si hubiera llegado un segundo tarde...

—Pero no lo hiciste —me levanté, mis piernas todavía un poco inestables, y di un paso hacia él—. Estás aquí. Me sacaste. Estoy bien.

Pax me miró, escaneando mi cara, buscando mentiras o daños ocultos. Y entonces, su control, ese control legendario del Ranger, del Guardián de la Fortaleza, se rompió.

Se abalanzó sobre mí.

No fue un movimiento calculado. Fue un choque desesperado. Sus brazos me rodearon con una fuerza que me sacó el aire, aplastándome contra su pecho duro y blindado. Enterró su cara en mi cuello, respirando hondo, inhalando mi olor como si necesitara comprobar que seguía viva.

Yo me aferré a él. Pasé mis brazos por su espalda ancha, hundiendo los dedos en la tela resistente de su camiseta, y solté un sollozo que había estado conteniendo.

—Te tengo —susurró contra mi piel, su voz ronca—. Te tengo, Jules.

El abrazo cambió.

El alivio se convirtió en fuego en cuestión de un latido.

Pax levantó la cabeza. Nuestros ojos se encontraron a milímetros de distancia. Y ya no vi al amigo. Vi al hombre que llevaba tanto tiempo deseándome desde las sombras.

No sé quién se movió primero. Solo sé que sus labios se estrellaron contra los míos con una urgencia hambrienta, devoradora.

Gemí contra su boca, abriéndome a él, y él aprovechó la invitación, su lengua invadiendo mi boca con una posesividad que me hizo vibrar los dedos de los pies. Me agarró por la cintura y me levantó del suelo como si fuera una pluma, empujándome hasta que mi espalda chocó con las taquillas metálicas.

Instintivamente, salté, rodeando su cintura con mis piernas.

Pax gruñó, un sonido gutural de aprobación, y sus manos grandes bajaron hasta mis muslos, apretando la carne con fuerza, subiendo y bajando sin miramientos.

—Jules... —jadeó contra mi boca, pero no paró.

Me besaba como si quisiera consumirme, mordiendo mi labio inferior, succionando mi lengua. Sentí la hebilla de su cinturón táctico y la dureza innegable de su erección presionando contra mi centro, a través de la tela de nuestros pantalones.

Arqueé la espalda, pegándome más a él, buscando fricción, buscando alivio. Pax respondió empujando sus caderas hacia arriba, un golpe seco y obsceno que me arrancó un grito ahogado en su boca. Sus manos amasaron mi trasero, posesivas, desesperadas, borrando cualquier rastro de la palabra "amistad" de mi vocabulario.

Estábamos al borde. Si hubiera habido una cama, o incluso una mesa libre, no sé qué habría pasado.

Pero entonces, Pax se congeló.

Su respiración era un fuelle contra mi mejilla. Sus manos seguían apretando mis muslos, manteniéndome en el aire, pero sus labios se detuvieron.

Lentamente, con un esfuerzo visible que le tensó cada músculo del cuello, me bajó al suelo.

Me soltó, aunque sus manos se quedaron flotando cerca de mi cintura un segundo más, como si le doliera físicamente dejar de tocarme.

Nos quedamos allí, jadeando, con los labios hinchados y los ojos muy abiertos. El silencio en el vestuario era ensordecedor. La energía estática entre nosotros podría haber encendido todas las luces del club.

Solo amigos. La frase colgaba en el aire entre nosotros, muerta y enterrada.

La puerta del vestuario se abrió de golpe.

Max Vaughn entró, con el rostro serio y el teléfono en la mano. Se detuvo al vernos. Sus ojos pasaron de la cara roja y agitada de Pax a mi postura defensiva y mi ropa un poco desordenada.

Max no era tonto. Entendió todo en un segundo. Pero, como buen jefe y mejor amigo, decidió ignorarlo por ahora.

—Los de seguridad se han llevado a los tres tipos por la puerta trasera. La policía está avisada —informó Max, con tono profesional pero mirando fijamente a Pax—. ¿Estáis bien?

Pax asintió, rígido, girándose para dar la espalda y fingir que revisaba su equipo.

—Julie —dijo Max, mirándome con suavidad—. Tómate la noche libre. Eder cubrirá el cierre. Vete a casa. Descansa.

—Gracias, Max —susurré, mi voz todavía ronca por el beso.

—Pax —ordenó Max—. Acompáñala al coche. Asegúrate de que sale del recinto sin problemas.

—Sí —dijo Pax. Una sola sílaba, cortante.

Max salió, cerrando la puerta.

Pax se giró hacia mí. Ya no me miraba con deseo salvaje, sino con una intensidad oscura y tormentosa. Había cruzado la línea. Había roto su regla de oro. Y yo sabía que su cerebro estaba ahora mismo en pánico, evaluando los daños.

Pero no dijo nada. Y yo tampoco.

—Vamos —dijo finalmente, abriendo la puerta para mí.

Caminamos hasta el aparcamiento en silencio. No fue un silencio cómodo como el de la barbacoa. Fue un silencio denso, cargado de cosas que no se podían decir y de besos que no se podían deshacer.

Llegamos a mi coche. Pax esperó a que yo entrara y arrancara el motor. Se quedó de pie junto a mi ventanilla, iluminado por la luz naranja de las farolas, con las manos metidas en los bolsillos, mirándome con esa expresión indescifrable.

Quise decirle que le quería. Quise decirle que no se asustara.

Pero arranqué el coche y me fui, dejándole allí plantado, sabiendo que mañana, cuando saliera el sol, tendríamos que enfrentarnos a las cenizas de nuestra amistad y ver si podíamos construir algo nuevo sobre ellas.

CAPITULO 14

Pax

Llevaba diecisiete horas mirando el teléfono móvil como si fuera un artefacto explosivo improvisado.

Estaba sentado en el borde de mi sofá gris, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, en la misma posición en la que había estado la mayor parte del día. La televisión estaba apagada. El apartamento estaba en un silencio sepulcral, solo roto por el zumbido de la nevera y el rugido de mi propia ansiedad.

Lo había jodido.

No había otra forma de analizarlo. Había una regla de oro: Mantener la distancia para mantener la posición. Y yo, en un momento de debilidad imperdonable, había saltado la trinchera, cruzado la tierra de nadie y detonado la única relación que me importaba en este maldito mundo.

Recordaba el sabor de su boca con una claridad alucinante, algo parecido al caramelo más sabroso. Recordaba la presión de sus piernas alrededor de mi cintura, el gemido que soltó, la forma en que sus dedos se clavaron en mis hombros.

Pero luego recordaba el silencio cuando se subió al coche.

No la había llamado. ¿Qué iba a decirle? «Lo siento, perdí el control y te besé como un animal porque llevo años obsesionado contigo» no parecía una disculpa aceptable para recuperar una amistad.

Seguramente ella me odiaba ahora. Seguramente se sentía violentada, o incómoda, o simplemente decepcionada porque su mejor amigo resultó ser igual que todos los demás hombres que solo querían meterse bajo su falda.

El timbre de la puerta sonó.

Me puse tenso. No esperaba a nadie. Max sabía que hoy necesitaba espacio.

Me levanté, caminando hacia la puerta con cautela. Miré por la mirilla.

Mi corazón se detuvo y luego empezó a latir con una fuerza dolorosa contra mis costillas.

Era Julie.

Llevaba un abrigo largo negro, el pelo suelto y una expresión en la cara que habría hecho retroceder a un pelotón de fusilamiento. Estaba furiosa.

Tragué saliva.

«Afronta las consecuencias, soldado».

Abrí la puerta.

Julie no esperó a que la invitara a pasar. Entró como un huracán, empujándome el pecho con la mano para apartarme del camino. Cerró la puerta de una patada y se giró hacia mí, con los ojos echando chispas.

—Eres un cobarde, Daniel Paxton —escupió.

Retrocedí un paso, levantando las manos en señal de rendición. Eso ya lo sabía.

—Julie, escúchame...

—¡No! —me cortó, señalándome con un dedo acusador—. ¡Tú escúchame a mí! Llevo todo el día esperando. Todo el maldito día mirando el teléfono, esperando un mensaje, una llamada, una señal de humo. ¡Algo! Pero nada. Silencio de radio. ¿En serio? ¿Después de lo de anoche?

—Lo siento —dije, mi voz sonando ronca y miserable—. Tienes razón. Lo siento. No te llamé porque... no sabía cómo arreglarlo.

Julie parpadeó, confundida por un segundo, pero su enfado no bajó.

—¿Arreglarlo?

—Sé que crucé la línea —continué, me crucé de brazos mirando al suelo porque no podía soportar ver el rechazo en sus ojos—. Sé que rompí el acuerdo. Me aproveché del momento, de la adrenalina... Fui poco profesional y te falté al respeto como amigo.

Levanté la vista, desesperado.

—Julie, te juro que no volverá a pasar. Si quieres... si necesitas espacio, lo entenderé. Si no quieres volver a verme fuera del trabajo, lo aceptaré. Pero por favor, no... no me quites tu amistad. No puedo perder eso. Eres lo único bueno que tengo.

Me callé, esperando la sentencia. Esperando que ella aceptara mis disculpas y pusiera distancia.

Pero Julie no dijo nada. Se quedó mirándome con la boca ligeramente abierta, como si yo acabara de hablar en arameo antiguo.

Luego, soltó una risa. Una risa corta, seca y totalmente incrédula.

—¿Eres idiota? —preguntó.

Parpadeé.

—¿Qué?

—¿Crees que he venido aquí enfadada porque me besaste? —Dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio vital—. ¿Crees que estoy furiosa porque rompiste las reglas?

—Yo... supuse que...

—¡Estoy enfadada porque te has callado! —gritó, lanzando los brazos al aire—. ¡Estoy enfadada porque piensas que quiero que te disculpes! ¡Pax, por el amor de Dios! Te besé yo también. ¿No te diste cuenta? ¡Te rodeé con las piernas! ¡Casi te hago un hijo contra las taquillas!

Me quedé paralizado, procesando la información.

—¿Entonces... no estás enfadada por el beso?

—¡No! —Julie se llevó las manos a la cabeza, exasperada—. ¡Al contrario! ¡Llevo meses esperando ese beso! ¡Y cuando por fin pasa, te comportas como si fuera un crimen de guerra!

Se acercó más, agarrando dos puñados de mi camiseta con ambas manos y sacudiéndome ligeramente. Sus ojos avellana ardían, pero ya no era ira. Era determinación pura.

—Escúchame bien, porque voy a ser muy clara para que tu cerebro táctico lo entienda: No quiero ser tu amiga. Ya no. Esa fase se acabó anoche en el vestuario.

Sentí un frío helado en el estómago.

—Julie...

—Cállate y déjame terminar —tiró de mí hacia ella, obligándome a bajar la cabeza—. No quiero ser tu amiga porque lo que quiero es arrastrarte a esa cama —señaló hacia mi dormitorio con la cabeza— y no dejarte salir de ella en tres días. Quiero quitarte esos pantalones tácticos. Quiero que me toques como anoche. Quiero todo el paquete, Pax. Y estoy harta de fingir que me conformo con ver películas en el sofá sin tocarte.

Me quedé mudo. Totalmente bloqueado.

La franqueza brutal de sus palabras, la imagen mental que acababa de pintar, provocó un cortocircuito en mi sistema. Mi cuerpo reaccionó instantáneamente, una oleada de calor y deseo que borró cualquier rastro de miedo.

—¿Tú... tú quieres eso? —pregunté, mi voz bajando una octava.

—Sí, idiota. Lo quiero. Te quiero a ti —Julie me soltó y me puso las manos en el pecho, sobre el corazón que latía desbocado—. Así que deja de pedir perdón y empieza a hacer algo al respecto.

La miré. Vi la honestidad en su cara. Vi el deseo. Vi que no había miedo, ni duda.

—No puedo —dije, mi voz sonando ronca, extraña—. No puedo simplemente... follarte porque estás enfadada y yo estoy

desesperado. No si eso significa que mañana te voy a perder.

Julie suspiró, dejando caer los hombros. La ira había desaparecido, reemplazada por una calma triste pero firme.

—No me vas a perder por acostarte conmigo, Pax. Me vas a perder si sigues negando lo que somos.

—Míranos —dijo, señalando el espacio entre nosotros—. Pasamos cada minuto libre juntos. Conocemos nuestros gustos, nuestros miedos, nuestras familias. Te preocupas por mí más que nadie en mi vida. Y yo mataría por ti. Hacemos la compra juntos. Vemos películas. Cenamos.

Me miró a los ojos, implacable.

—Somos una pareja, Pax. Lo hacemos todo como una pareja. Nos cuidamos como una pareja. La única diferencia entre nosotros y Sam y Bianca, o Raven y Elan, es que ellos terminan el día en la misma cama y nosotros nos vamos a casas separadas a sentirnos miserables. Tenemos toda la intimidad emocional, pero ninguno de los beneficios físicos. Es una tortura. Y es estúpido.

Sus palabras resonaron en mi cabeza con un eco familiar.

El recuerdo de la barbacoa me golpeó. El gigante barbudo riéndose de mí, apoyado en el poste: «Os comportáis como un matrimonio de cincuenta años. Supongo que la única diferencia es que no estáis follando».

Wolf tenía razón. Julie tenía razón.

Me senté pesadamente en el brazo de mi sofá, derrotado por la lógica aplastante de la situación.

—Lo sé —admití, mirando mis pies—. Sé que tienes razón. Lo supe en la barbacoa cuando Wolf se burló de mí por lo mismo.

Julie dio un paso adelante, esperanzada.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? ¿Miedo?

Levanté la vista. La miré con toda la intensidad de la que era capaz, dejándole ver por primera vez la profundidad de mi abismo.

—Pánico, Julie. Es pánico absoluto.

—¿A qué? ¿A que salga mal?

—A lo que pasa después —dije, y las palabras salieron como cristales rotos—. Tú dices que si no doy el paso, perderé a mi mejor amiga. Y es verdad. Pero es peor que eso.

Me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—He estado solo toda mi vida. Incluso rodeado de gente, estaba solo. Hasta que llegaste tú. Tú eres la primera persona que me hace sentir que... encajo. Que no soy un mueble roto. Si cruzamos esta línea, si nos convertimos en amantes y luego, por lo que sea, no funciona...

Tragué saliva, sintiendo el nudo en la garganta.

—No solo voy a quedarme solo otra vez. Es que voy a saber lo que he perdido. Y sé, con una certeza absoluta, que no voy a querer a nadie más. Tú eres el estándar, Julie. Si te pierdo a ti, me quedo solo para siempre. No habrá otra. No podré soportar estar con otra que no seas tú.

El silencio llenó la habitación. Julie me miraba con los ojos brillantes, una mezcla de dolor y amor en su expresión.

—Ese es el razonamiento más romántico e idiota que he oído nunca —dijo suavemente.

—Es la verdad.

—Es miedo, Pax. —Julie se acercó y se arrodilló frente a mí, poniendo sus manos sobre mis rodillas. Su toque quemaba—. Estás anticipando el fracaso antes de empezar la misión. Me estás diciendo que prefieres tener una vida a medias, una relación incompleta y frustrante conmigo, antes que arriesgarte a tenerlo todo por miedo a perderlo.

—Prefiero tenerte a medias que no tenerte nada.

—Pero ya estás solo —insistió ella, apretando mis piernas—. Si seguimos así, como amigos, ambos estamos solos. Yo querré más, tú te cerrarás, y al final nos distanciaremos porque dolerá demasiado vernos. Es una muerte lenta, Pax. Yo te ofrezco vida. Te ofrezco

intentarlo. Y la única forma en que esto se joda es que tú no me quieras a mí. Te conozco. Mejor que nadie.

Se puso de pie, retirando sus manos. La pérdida de contacto fue física, como si me hubieran arrancado la piel.

—No puedo decidir por ti —dijo Julie, retrocediendo hacia la puerta del dormitorio—. No puedo obligarte a ser valiente en esto, por muy valiente que seas con un arma en la mano. Tienes que decidir tú si valgo el riesgo.

Se detuvo en el marco de la puerta.

—Me voy a casa, Pax. Ya conoces el camino. Sabes dónde vivo y sabes lo que quiero.

Me miró una última vez, con el corazón en la mano.

—Si vienes, ven con todo. No quiero al amigo. No quiero al guardián. Te quiero a ti. Todo tú.

Y se fue.

Oí sus pasos por el pasillo. Oí la puerta principal abrirse y cerrarse. Y el silencio volvió a caer sobre mi apartamento, pero esta vez, el silencio era una sentencia.

Me quedé allí sentado, en la penumbra, sabiendo que Wolf, Julie y hasta mi propio instinto tenían razón. La fortaleza había caído. Ahora solo tenía que decidir si me quedaba entre los escombros o salía a buscarla.

◆ ◆ ◆

El eco del portazo de Julie se había desvanecido hacía diez minutos, pero yo seguía escuchándolo.

Me había quedado sentado en el brazo del sofá, en la penumbra, rodeado por el silencio perfecto y ordenado de mi apartamento. Mi zona segura.

Aquí nada podía hacerme daño. Aquí no había riesgo de pérdida, ni de dolor, ni de caos emocional. Todo estaba bajo control.

Miré a mi alrededor. Las paredes grises, los muebles funcionales, la ausencia total de desorden.

Era la imagen perfecta de la soledad.

—Bien hecho, soldado —murmuré con sarcasmo amargo—. Misión cumplida.

Pero Julie no era una misión. Era Julie.

Me levanté de la silla, sintiendo una inquietud física que me recorría los músculos, una necesidad de moverme, de romper algo. Caminé hasta la ventana y miré la calle vacía abajo.

Mi mente, esa que siempre tenía un plan B, un plan C y una ruta de escape, estaba en silencio. No había plan para esto. Solo había un vacío enorme en el pecho donde antes estaba el miedo.

Me froté la cara con las manos, frustrado.

«Prefiero tenerte a medias que no tenerte nada».

Qué estupidez. Qué mentira cobarde me había estado contando.

Mi mirada cayó sobre la estantería del salón. Allí, en un marco sencillo de madera, estaba la única foto personal que tenía en toda la casa.

Era una foto vieja, granulada. Yo tenía doce años, las manos manchadas de grasa, sosteniendo una llave inglesa demasiado grande para mí. A mi lado, Martin Paxton, mi abuelo, sonreía con esa sonrisa cómplice que nunca mostraba en las juntas directivas. Estábamos en su garaje, frente al chasis desnudo de la primera moto que restauramos juntos.

Me acerqué a la foto y la cogí.

Recordé su voz, rasposa por los puros que fumaba a escondidas de los médicos.

«Daniel», me decía, usando mi nombre con un cariño que mi padre nunca tuvo. «Hay dos tipos de hombres en este mundo. Los que viven con miedo a mancharse las manos, como tu padre, y los que se tiran al barro para arreglar lo que está roto. No seas de los primeros, chico. La vida limpia es muy aburrida».

Apreté el marco con fuerza.

—Te he fallado, viejo —susurré a la foto.

Martin se había relacionado con los Legend. Había buscado la autenticidad, la lealtad, la vida real fuera de su jaula de oro. Y yo, que tenía todo eso al alcance de la mano, que tenía a una mujer increíble ofreciéndome esa vida en bandeja de plata, la estaba rechazando por miedo.

No era precaución. No era protección. Era cobardía pura y dura.

Julie se había ido pensando que no la quería lo suficiente. Se había ido pensando que mi miedo a perderla era más fuerte que mi deseo de amarla.

—Soy un imbécil —dije en voz alta. La palabra rebotó en las paredes vacías.

Permitir que ella creyera eso... permitir que Julie Connor, la mujer más valiente, luminosa y leal que había conocido, pensara que no valía el riesgo... eso era imperdonable. Eso era ser exactamente igual que los hombres débiles que la habían decepcionado antes.

Yo no quería ser un cobarde. Yo no quería ser mi padre.

Quería ser el hombre que la miraba a los ojos y le decía: «Eres lo mejor de este mundo. Y si tengo que sangrar para mantenerte a mi lado, sangraré. Pero no te dejaré ir».

No validarla, no decirle que la deseaba con una locura que me quitaba el sueño, era fallarle a ella. Era fallarle a la memoria de mi abuelo, que me enseñó a valorar las cosas buenas. Y era fallarme a mí mismo.

El miedo seguía ahí. El terror a perderla seguía ahí, agazapado en el fondo de mi estómago.

Pero por primera vez, el miedo a vivir sin ella fue mayor.

Dejé la foto sobre la estantería con un golpe seco.

La indecisión se evaporó.

—Se acabó el esconderse —gruñí.

Fui al recibidor, me calcé mis botas y agarré mi chaqueta de cuero. Cogí las llaves de la moto y el casco.

No iba a llamarla. No iba a mandarle un mensaje.

Julie había dicho que quería acciones, no palabras. Quería al hombre, no al amigo.

Salí del apartamento cerrando la puerta con fuerza, sin mirar atrás, dejando la seguridad de mi fortaleza vacía para ir a reclamar la única vida que merecía la pena vivir.

CAPITULO 15

Julie

Nunca había sentido tanto frío dentro de la Casa Club.

Y eso que la calefacción estaba a tope y la chimenea del fondo rugía con leña seca. Pero el frío que yo tenía estaba metido en los huesos, en la sangre. Era el frío del vacío.

Estaba sentada en un taburete alto, con un refresco sin abrir frente a mí, mirando la pantalla negra de mi móvil esperando que se iluminara con una llamada de él. O un mensaje. A estas alturas me conformaba con código morse o señales de humo.

—Si sigues mirando el teléfono con esa intensidad, vas a prenderle fuego con la mente —dijo Wolf, pasando un trapo por la barra frente a mí.

Levanté la vista. Wolf intentaba sonreír, pero veía la preocupación en sus ojos.

—No estoy de humor, Wolf.

—Venga, *Sunshine*. Tienes una cara que asustaría a un cobrador de deudas —Wolf me empujó un bol con cacahuetes—. Cómete algo. Estás pálida. ¿Quieres que te cuente un chiste verde sobre monjas?

—No. Quiero que te calles o que me sirvas algo más fuerte que este refresco —escupí, con más veneno del que pretendía.

Wolf levantó las manos en señal de paz y se alejó para atender a un prospecto, dejándome sola con mi miseria.

Bajé la cabeza, apoyando la frente en la madera barnizada. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos para no echarme a llorar

como un bebé.

«¿Qué he hecho?»

La valentía de hace una hora en el apartamento de Pax se había evaporado. Ahora solo quedaba el pánico. Le había dado un ultimátum. Le había obligado a elegir entre su zona de confort y yo. Mi plan de derribar sus muros poco a poco había volado por la ventana y en cambio había ido a por él como una apisonadora.

¿Y si había presionado demasiado? Pax no era un hombre normal. Tenía traumas profundos, cicatrices de una familia que lo trató como basura. Quizás mi exigencia había sido la gota que colmaba el vaso. Quizás, en lugar de empujarlo hacia mí, lo había empujado al abismo y ahora se estaba atrincherando aún más.

Había apostado al rojo. Todo o nada. Y tenía la terrible sensación de que la bolita había caído en el negro.

—Soy imbécil —susurré, sintiendo cómo las lágrimas picaban en mis ojos—. He perdido a mi mejor amigo por impaciente.

Y entonces, sucedió.

El sonido de una moto clásica atravesó las paredes de ladrillo del club. Grave. Rítmico. Inconfundible.

Mi corazón dio un vuelco violento contra mis costillas. Levanté la cabeza de golpe, casi mareándome.

El sonido se acercaba. No era una moto cualquiera. No era el rugido agudo de una deportiva ni el estruendo moderno de las motos del club. Era el latido de un corazón de hierro antiguo.

Wolf se detuvo en medio de la barra y me miró. Una sonrisa lenta se extendió por su cara barbuda.

—Ese motor suena a problemas, Julie. O a soluciones.

No esperé.

Salté del taburete, casi tirándolo al suelo, y corrí.

Salí por la puerta principal del club como si me persiguiera el diablo, sin abrigo, sin importarme el viento helado de la noche que me golpeó la cara y el pecho.

Bajé los escalones del porche justo cuando la Harley Panhead negra derrapaba en la grava de la entrada, frenando con una urgencia que levantó polvo y piedras.

Pax.

Llevaba su chaqueta de cuero negra, el casco y esa aura de intensidad que hacía que el aire a su alrededor vibrara.

Apagó el motor. El silencio cayó sobre el patio como un telón.

Me quedé congelada al pie de la escalera, abrazándome a mí misma, temblando por el frío y por el miedo.

Pax desmontó. Se quitó el casco y lo dejó caer sobre el asiento de su moto sin mirarlo siquiera. Se quitó los guantes y los tiró también. Sus movimientos eran bruscos, decididos.

Caminó hacia mí. Sus botas golpeaban la grava con fuerza. Su cara estaba pálida, tensa, sus ojos negros fijos en los míos con una desesperación salvaje.

Se detuvo a dos metros de mí.

Abrí la boca para hablar, para pedir perdón, para preguntar... pero él levantó una mano, deteniéndome.

—No te muevas —ordenó. Su voz era ronca, rota—. Necesito decir esto antes de que pierda el valor.

Tragué saliva, asintiendo.

Pax respiró hondo, su pecho subiendo y bajando visiblemente.

—Estaba equivocado —dijo. Dio un paso, pero se frenó, como si necesitara mantener la distancia para poder hablar—. Pensaba que te estaba protegiendo. Pensaba que si me mantenía lejos, tú estarías a salvo de mí, de mis mierdas, de mi familia. Pensaba que eras demasiado importante para arriesgarte.

Me miró con una intensidad que me quemaba la piel.

—Pero soy un estúpido. Porque la única verdad, la única realidad que importa, es que te necesito.

—Pax... —sollocé.

—Escúchame, Julie —me cortó, urgente—. Necesito que entiendas esto. Nada es más importante que tú. Ni mi seguridad, ni mi control, ni mi pasado. Nada.

Dio otro paso. Ya estaba casi a mi alcance.

—No solo te deseo —confesó, y su voz bajó a un susurro áspero que me rompió por dentro—. Te quiero. Te quiero con una fuerza que me asusta. Y lo único que quiero en esta vida es hacerte sentir que mereces todo. Te mereces el mundo entero. Te mereces que te miren como si fueras la octava maravilla.

Sus ojos brillaron, vulnerables por primera vez.

—No sé si soy lo mejor para ti, Jules. Probablemente no lo sea. Soy complicado, soy callado y tengo demasiadas sombras. Pero estoy segurísimo, con una certeza absoluta, de que no hay nadie mejor para mí que tú. Tú eres mi luz. Y me niego a volver a la oscuridad.

Las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas, calientes e imparables.

—Oh, Dios mío —gimió mi voz.

Pax abrió los brazos, un gesto de rendición total.

—Estoy aquí. Vengo con todo. Si todavía me quieres... soy tuyo.

No caminé. Me lancé.

Choqué contra él con tanta fuerza que casi lo derribo. Salté, rodeando su cuello con mis brazos, enterrando mi cara en su cuello, llorando de puro alivio, de pura felicidad.

Pax me atrapó al vuelo. Sus brazos me rodearon como bandas de acero, levantándome del suelo, apretándome contra él como si quisiera fusionarnos en un solo ser.

—Te quiero —lloré contra su piel fría por el viento—. Te quiero, te quiero, idiota.

Sentí cómo él hundía la cara en mi pelo, temblando.

—Te tengo —murmuró él. Sonó a promesa —. Te tengo. Y no te voy a soltar. Solo espero no cagarla.

◆ ◆ ◆

El viaje en moto fue un preludio erótico en sí mismo. Sentir la vibración del motor de la Panhead entre mis piernas y aferrarme a la cintura de Pax, con mis manos planas sobre sus abdominales duros a través de la chaqueta de cuero, hizo que llegara a su edificio prácticamente temblando.

No esperamos al ascensor. Subimos los tres pisos por las escaleras, tropezando, besándonos en cada descansillo como adolescentes hormonados.

Pax abrió la puerta de su apartamento con manos impacientes y, en cuanto cruzamos el umbral, cerró de una patada y me empujó contra la madera sólida.

—Demasiada ropa —gruñó contra mi boca, sus manos luchando con la cremallera de mi abrigo.

—Tú tienes la culpa, Ranger —bromeé, jadeando mientras le arrancaba la chaqueta de cuero y la tiraba al suelo sin miramientos —. ¿Quién necesita tantos bolsillos tácticos? ¿Qué escondes ahí? ¿Granadas?

Pax se rio, un sonido ronco y gutural contra mi cuello que me hizo vibrar entera.

—Suministros de emergencia. Pero ahora mismo me sobran.

Sus manos grandes se deshicieron de mi ropa con eficacia militar, pero con una reverencia que me cortó la respiración. Cuando me quedé en ropa interior, Pax se detuvo un segundo.

Sus ojos negros recorrieron mi cuerpo como si estuviera memorizando un mapa.

—Joder, Julie... —murmuró, casi con dolor.

Yo no le di tregua. Fui a por su cinturón. Mis dedos torpes desabrocharon la hebilla táctica y bajé la cremallera de sus pantalones cargo.

—Cállate y desnúdate, Paxton. Llevo tres años imaginando lo que hay debajo de esa armadura.

Cuando por fin nos deshicimos de la tela, el aire de la habitación cambió. Se cargó de electricidad estática.

Pax era impresionante. Ancho, marcado, con cicatrices de metralla en el costado y tatuajes de tinta negra que se enroscaban en su pecho. Era un mapa de violencia, pero cuando me tocó, sus manos fueron adoración pura.

Cuando me besó no fue un beso; fue una posesión. Me levantó en vilo, y yo enrosqué las piernas en su cintura, mi centro chocando con su erección dura y caliente.

—Dime que me pare —me desafió, mordiendo mi labio inferior y bajando las manos para apretar mis nalgas con fuerza, separándolas —. Dímelo ahora, porque en un minuto no voy a poder frenar.

—Si paras, te mato —gemí.

Pax caminó conmigo en brazos hasta el pasillo, pero no llegamos al dormitorio. Me estampó contra la pared del pasillo, el impacto me sacó un jadeo que él devoró con su boca.

—Mía —gruñó, bajando una mano hasta mi intimidad, que ya estaba empapada por él.

—Tuya. Siempre tuya.

Introdujo dos dedos en mí, y yo grité, echando la cabeza hacia atrás, golpeando suavemente la pared. Se movía con un ritmo cruel, experto, buscando ese punto exacto que me hacía ver estrellas, mientras su pulgar torturaba mi clítoris.

—Estás tan mojada para mí, nena... —susurró al oído, su voz sucia y dominante—. Me encanta. Me encanta saber que te tengo así. ¿Necesitamos protección? Estoy limpio.

—Yo también. Tomo la píldora.

No pude más. Necesitaba llenarme. Confiaba en él. Pero necesitaba tenerlo dentro ya.

—Pax, por favor... ahora. Entra.

Él no necesitó más invitación. Se acomodó entre mis piernas, sujetándome con un brazo fuerte bajo mis muslos mientras con la otra mano se guiaba.

La primera estocada fue brutal. Perfecta.

Entró en mí de golpe, estirándome, llenándome por completo. Solté un grito agudo que él ahogó con un beso profundo. Pax se quedó quieto un segundo, dejando que nos acostumbráramos a la invasión, su frente apoyada en la mía, sus ojos negros clavados en los míos con una intensidad que daba miedo.

—Mírame —ordenó—. Quiero ver cómo sientes cada centímetro.

Empezó a moverse. Golpes duros, rítmicos. Mi espalda rozaba la pared con cada embestida, pero no sentía dolor, solo fricción y placer. Sus manos dejaban marcas rojas en mi piel blanca.

—Eso es... sí... —jadeé, clavando mis uñas en sus hombros anchos.

Pero la gravedad y la urgencia ganaron. Pax me bajó, pero no me soltó. Caímos al suelo, sobre la alfombra del pasillo.

Me dio la vuelta en un movimiento rápido, poniéndome a cuatro patas.

—Arriba —ordenó, dándome una palmada sonora en el trasero que hizo que mi sexo se contrajera.

Me agarró de las caderas y volvió a entrar desde atrás. Esta vez fue más profundo, más animal. El ángulo le permitía llegar a lugares que no sabía que existían.

Yo gemía su nombre, mi frente apoyada en mis brazos sobre la alfombra, mientras él marcaba un ritmo castigador. Piel contra piel.

Pax se inclinó sobre mí, cubriéndome con su cuerpo enorme, su pecho caliente pegado a mi espalda, mordiendo mi hombro, mi cuello.

—Jules... Jules... —Su control se estaba rompiendo. Lo sentía en la forma errática de su respiración, en la fuerza desesperada de sus manos en mi cintura.

—Dámelo, Pax. Dámelo todo —supliqué, moviendo mis caderas hacia atrás para recibirlo más fuerte.

Eso fue todo. Pax gruñó, un sonido primitivo que salió desde el fondo de su pecho, y aceleró. Una, dos, cinco embestidas salvajes que me lanzaron al abismo.

El orgasmo me golpeó como una ola gigante, contrayendo todo mi cuerpo alrededor de él. Grité, temblando, y sentí cómo Pax se tensaba, se hundía en mí hasta el fondo y se vaciaba con un rugido ahogado, derramándose dentro de mí con espasmos violentos.

Nos quedamos así unos minutos eternos.

Yo estaba desplomada sobre la alfombra, intentando recordar cómo respirar. Pax estaba encima de mí, aplastándome con su peso reconfortante, su cara enterrada en la curva de mi cuello, su corazón martilleando contra mi espalda al mismo ritmo que el mío.

Lentamente, Pax rodó hacia un lado y me atrajo hacia él, envolviéndome en sus brazos, besando mi sien, mi hombro, mi pelo sudado.

El silencio del pasillo volvió, pero ya no era un silencio de soledad. Era el silencio de la paz absoluta.

—La alfombra pica —murmuré, con una risa débil, pasando la mano por su pecho tatuado y subiendo hasta su rostro.

Pax soltó una carcajada cansada y besó la palma de mi mano.

—Lo sé. —Me miró, y sus ojos ya no tenían sombras. Brillaban con una promesa feroz—. Te prometo una cosa, *Sunshine*: la próxima vez, conseguiremos llegar a la cama. Aunque tenga que derribar la puerta para hacerlo.

—Me parece un buen plan —susurré, no pasó desapercibido el nuevo apodo para mí. Me acurruqué contra él, sintiéndome en casa.

◆ ◆ ◆

Llevaba puesta la camiseta táctica negra de Pax. Me llegaba hasta la mitad de los muslos y olía a él: a jabón masculino y a algo que era sólo él. Me sentía increíblemente sexy y ridículamente doméstica al mismo tiempo.

Estaba removiendo unos huevos revueltos en la sartén, tarareando una canción, cuando sentí que la temperatura de la cocina subía tres grados de golpe.

Me giré.

Pax estaba apoyado en el marco de la puerta. Recién salido de la ducha. Gotas de agua aun brillaban sobre sus hombros anchos y desnudos. Llevaba únicamente esos pantalones de chándal grises —los famosos pantalones que deberían ser ilegales por el bien de la salud pública femenina— que colgaban peligrosamente bajos en sus caderas.

Me miraba con una intensidad perezosa y satisfecha que hizo que casi se me cayera la espátula.

—Eso huele bien —dijo, con la voz ronca.

—Son huevos con lo que he encontrado en tu nevera, que es básicamente aire y proteínas —bromeé, sirviendo dos platos—. Come. Necesitas reponer fuerzas después del… ejercicio cardiovascular.

Pax se acercó, me rodeó la cintura con un brazo y me dio un beso en el cuello que me hizo encoger los dedos de los pies.

—Tengo hambre de todo —murmuró, antes de sentarse en el taburete de la isla.

Comimos en un silencio cómodo durante un par de minutos, rozándonos las rodillas bajo la barra. Pero había elefantes en la habitación que necesitábamos despachar.

—Vale, Ranger —dije, pinchando un trozo de pan tostado—. Hablemos de logística. ¿Cómo hacemos esto?

Pax dejó el tenedor, se limpió la boca y puso cara seria, aunque sus ojos brillaban divertidos.

—Sin subterfugios. Sin ocultación. Mañana entramos en *Vinyl* juntos. Que lo sepa Max, que lo sepa tu padre y que lo sepa el último camarero. No pienso esconderme, Julie. Quiero que todo el mundo sepa que estás conmigo.

—Me parece bien —asentí, aliviada—. Nada de secretos. Pero en el trabajo... tenemos que ser profesionales. Tú eres el jefe de Seguridad y yo soy la jefa de Sala. No puedo tenerte respirándome en la nuca cada vez que un cliente me pide un cambio de mesa.

Pax frunció el ceño ligeramente.

—Seremos profesionales. Pero te advierto una cosa, Julie: mantengo mi protocolo de protección. Si veo una amenaza, intervengo. Si alguien te toca, intervengo. No voy a quedarme mirando desde la pasarela si creo que estás en peligro solo para mantener las apariencias.

—Lo sé. Y me gusta que me cuides —admití, señalándole con el tenedor—. Pero hay una línea muy fina entre proteger y ser un cavernícola controlador. No cruces esa línea, Pax. No me gruñas si un proveedor me sonríe.

—Yo no gruño —protestó él, ofendido.

—Gruñes. Lo haces todo el tiempo. Es tu forma de comunicación por defecto.

Pax rodó los ojos, pero vi la sonrisa en la comisura de sus labios.

—Trato hecho. Intentaré limitar los gruñidos a situaciones de Nivel Naranja. ¿Y tú? ¿Alguna condición?

Dejé el tenedor y me apoyé en la encimera, mirándole con los ojos entrecerrados.

—Sí. La misma regla se aplica a ti. No prometo mantener la calma diplomática si veo a otra mujer haciéndose la tonta solo para que el Jefe de Seguridad Sexy le preste atención.

Pax parpadeó, confundido. Esa expresión de desconcierto genuino era tan adorable que quise morderle.

—¿De qué hablas?

—Hablo de las hienas, Pax.

—¿Las hienas?

—Sí, las clientas. —Hice un gesto amplio con las manos—. Esas mujeres que de repente "pierden" su ticket del guardarropa y necesitan ayuda "personalizada". O las que se "tuercen el tobillo" misteriosamente justo cuando tú pasas por delante para que las sujetes con esos brazos fuertes. O las que te preguntan dónde está el baño mientras te tocan el bíceps como si fuera la barandilla de la escalera.

Pax me miró como si estuviera describiendo una abducción alienígena.

—Nadie hace eso, Julie.

Solté una carcajada incrédula.

—¿En qué mundo vives? ¡Lo hacen todo el tiempo! Lo he visto desde la barra mil veces. Se te acercan, ponen voz de pito, pestañean rápido y te piden ayuda para cosas absurdas.

—Son situaciones de seguridad —razonó Pax, con su lógica cuadriculada—. Si pierden el ticket, es un problema logístico. Si se caen, es un riesgo de responsabilidad civil. Yo solo hago mi trabajo.

—¡Están ligando contigo, pedazo de mueble! —me reí, negando con la cabeza—. Dios mío, eres imposible. Tienes a medio Chicago femenino suspirando por tus huesos y tú crees que son problemas logísticos.

Pax se levantó del taburete, rodeó la isla y se metió entre mis piernas, atrapándome contra la encimera. Puso sus manos a ambos lados de mi cadera, acorralándome.

—Me da igual medio Chicago —dijo, y su voz bajó a ese tono grave que me derretía las rodillas—. No veo a nadie más. Cuando estoy en el club, mi radar solo tiene un objetivo prioritario. Tú.

Me miró con esa honestidad brutal que desarmaba cualquier inseguridad.

—Que se hagan las tontas si quieren. Que pierdan sus tickets. Yo solo tengo ojos para la mujer que me roba la ropa y me da órdenes en mi propia cocina.

Sonreí, pasando mis brazos por su cuello mojado.

—Buena respuesta, soldado. Muy buena respuesta.

—¿He superado el interrogatorio?

—Con nota —susurré, rozando sus labios con los míos—. Pero si alguna se pasa de lista... le aplicaré una llave de Krav Maga. Solo aviso.

—Sería digno de ver —se rio Pax antes de besarme, y en ese beso, supe que no importaban los miedos, ni los buitres, ni el pasado. Éramos un equipo. Y éramos imparables.

CAPITULO 16

Pax

Odiaba este lugar. Odiaba las lámparas de araña de cristal que costaban más que mi apartamento. Odiaba el olor a flores caras mezclado con perfume rancio. Y, sobre todo, odiaba tener que estar aquí, fingiendo que me importaba un comino la alta sociedad de Chicago.

Me ajusté el nudo de la pajarita negra por décima vez. Sentía el esmoquin como una camisa de fuerza. Preferiría estar en una trinchera bajo fuego enemigo que en este cóctel de recepción para los benefactores del Hospital Chicago Mercy.

—Deja la corbata —susurró una voz suave a mi lado—. Estás guapísimo. Y si sigues tirando de ella, te vas a ahogar antes de firmar el cheque.

Giré la cabeza y, como siempre últimamente, el mundo se detuvo.

Julie estaba... devastadora.

Llevaba un vestido negro largo, de tela satinada que caía sobre sus curvas como agua líquida. Tenía un escote en la espalda que llegaba peligrosamente bajo, y una apertura en la pierna que revelaba sus muslos tonificados con cada paso que daba. Llevaba el pelo recogido en un moño elegante, dejando su cuello expuesto. Un cuello que yo había marcado anoche y que ahora estaba cubierto por maquillaje.

—No sé qué es peor —murmuré, inclinándome hacia su oído—. Si tener que soportar los discursos o tener que estar a medio metro de

ti con ese vestido y no poder tocarte.

Julie sonrió, esa sonrisa traviesa que prometía problemas para más tarde.

—Piensa en ello como un ejercicio de resistencia táctica. Además, me debes una. Te estoy salvando de hablar con tres señoras mayores que te miraban como si fueras el postre.

—No te apartes de mi lado —pedí, y aunque sonó a orden, era una súplica. Ella era mi escudo.

—Nunca —prometió ella, entrelazando su brazo con el mío.

Avanzamos por el salón, cogiendo copas de champán que no pensábamos beber. La gente nos miraba. Algunos con curiosidad, otros con desdén. Me daba igual. Solo quería firmar los papeles de la donación para el ala psiquiátrica y largarme.

Pero el destino, o el infierno, tenía otros planes.

Al girar cerca de la mesa de los canapés, el aire se volvió tóxico de repente.

—Vaya, vaya. El hijo pródigo ha descendido de su montaña para mezclarse con los mortales.

Me tensé. Conocía esa voz. Era la voz de mi infancia, la voz de la debilidad.

Daniel Paxton, mi padre, estaba allí, sosteniendo un whisky con mano temblorosa. A su lado estaba Archie, con la mandíbula todavía un poco amoratada (mi obra maestra), mirándome con odio puro. Y en el centro, como una araña reina en su red, Victoria.

—Daniel —saludé fríamente.

—Te queda bien el traje alquilado, hermano —escupió Archie, dando un paso adelante. Sus ojos recorrieron a Julie con una mezcla de lujuria y rencor—. Y veo que has traído a tu... mascota. ¿Te dejan entrar aquí, Julie? Pensé que el servicio entraba por la cocina.

Sentí a Julie tensarse a mi lado, pero antes de que yo pudiera arrancarle la otra mitad de los dientes a Archie, Victoria intervino.

—Archie, compórtate —dijo ella, suave y letal.

Victoria avanzó. Llevaba un vestido rojo sangre, excesivo, diseñado para llamar la atención. Ignoró a Julie por completo, como si fuera un mueble, y se centró en mí.

Sus ojos, fríos y depredadores, me escanearon de arriba abajo. No era una mirada maternal. Era la mirada de alguien que evalúa una posesión que se le ha escapado.

—Pax —ronroneó, invadiendo mi espacio personal. Olía a ese perfume de rosas y almizcle que me provocaba náuseas desde los dieciséis años—. Has causado mucho revuelo con esta donación. Todo el mundo habla de lo... generoso que eres.

—Es por una buena causa —dije, luchando contra el impulso de retroceder. Mi cuerpo entró en modo de congelación, una respuesta traumática que odiaba pero no podía controlar.

—Siempre fuiste tan... apasionado —susurró ella. Levantó una mano y, con una lentitud deliberada, rozó la solapa de mi chaqueta, bajando sus dedos hasta mi pecho—. Es una pena que desperdicies esa pasión y ese dinero en extraños. Podríamos haber hecho grandes cosas con la empresa. Grandes cosas... juntos.

Sus dedos presionaron sobre mi corazón. Sentí su uña a través de la tela.

El asco me subió por la garganta como bilis ácida. Me quedé paralizado. Era el niño de dieciséis años otra vez, con la puerta del baño sin pestillo, sintiéndome sucio, sintiéndome atrapado. Mi mente gritaba «muévete, apártala», pero mis músculos estaban bloqueados por el horror de su cercanía, por la insinuación sexual velada que solo yo y ella entendíamos.

Victoria se dio cuenta de mi parálisis. Sonrió, cruel y satisfecha al ver que todavía tenía ese efecto en mí. Se inclinó un poco más, sus labios rojos casi rozando mi barbilla.

—¿Me has echado de menos, Pax? Yo a ti sí. A veces pienso en cómo has crecido... en lo fuerte que te has puesto.

Estaba a punto de vomitar o de colapsar.

Pero entonces, el calor de Julie en mi brazo me ancló. Apretó mi mano más fuerte y me sacó de allí a trompicones.

Julie

La furia no es roja. Eso es un mito. La furia real, la que nace de ver a la persona que amas rota por el miedo, es blanca. Fría. Silenciosa.

Había sacado a Pax de aquel círculo infernal con una excusa barata sobre necesitar aire. Lo había dejado en una mesa apartada, bebiendo agua, temblando ligeramente aunque intentara ocultarlo.

En ese momento, lo entendí todo.

No había sido solo maltrato verbal. No había sido solo frialdad. Había visto cómo Victoria le tocaba la solapa. Había visto la parálisis en los ojos de Pax, esa mirada de animal acorralado que regresa a un trauma infantil. Había visto la insinuación asquerosa y posesiva en los ojos de esa mujer.

La madrastra de Pax no solo le había hecho la vida imposible; lo había depredado. Había usado su poder sobre un niño para...

El pensamiento me dio náuseas, pero las náuseas pasaron rápido, reemplazadas por una necesidad de violencia purificadora.

Vi el vestido rojo de Victoria dirigirse hacia el pasillo de los baños.

—Espérame aquí, amor —le había dicho a Pax, dándole un beso en la frente—. Voy al tocador un segundo.

No esperé su respuesta.

Caminé hacia el baño con los tacones resonando en el mármol como disparos. Entré.

El baño era puro lujo: espejos dorados, orquídeas blancas, toallas de hilo. Estaba vacío, salvo por Victoria, que se retocaba el pintalabios rojo sangre frente al espejo principal.

Al verme entrar por el reflejo, ni se giró. Solo arqueó una ceja perfectamente depilada.

—Vaya. La camarera —dijo, cerrando su barra de labios con un *clic*—. ¿Te has perdido? El baño del servicio está en el sótano.

Me acerqué hasta ponerme a su lado. Me lavé las manos con calma, mirándola a través del espejo.

—Sabes, Victoria —dije, mi voz sonando extrañamente tranquila —, he visto muchas cosas en el club. He visto a tipos duros, a criminales, a mentirosos. Pero nunca había visto a algo tan bajo como tú.

Victoria soltó una risita, guardando su maquillaje en un bolso de *clutch* brillante.

—¿Disculpa? ¿Me estás hablando a mí, niña? Ten cuidado. Puedo hacer que te despidan de ese antro donde trabajas con una sola llamada.

—Lo tocabas —dije. No fue una pregunta.

Victoria se detuvo. Se giró lentamente hacia mí, con una sonrisa burlona curvando sus labios.

—Pax siempre fue un chico... especial. Muy físico. Muy intenso. — Dio un paso hacia mí, intentando intimidarme con su altura y sus joyas—. Necesitaba una mano firme. Y a veces, una mano suave. ¿Es eso lo que te molesta? ¿Que yo le conociera antes que tú? ¿Que yo le enseñara lo que es una mujer de verdad?

La confirmación velada me heló la sangre. Era cierto. Esa monstruosidad había acosado a un adolescente bajo su propio techo.

—Escúchame bien, porque no lo voy a repetir —susurré, cerrando los puños a los costados—. Si vuelves a acercarte a él, si vuelves a mirarlo, si vuelves a respirar el mismo aire que él... te destruiré. Y no hablo de abogados. Hablo de que desearás no haber nacido.

Victoria me miró con desdén absoluto. Para ella, yo no era una amenaza. Solo era una chica de barrio con un vestido prestado.

—Eres patética —se rio, echando la cabeza hacia atrás—. ¿Tú vas a destruirme? ¿Tú y qué ejército? Pax es débil. Siempre lo ha sido. Por eso se deja manejar por fulanas como tú. Al final, siempre volverá a la familia. Siempre volverá a mí, porque yo soy la única que sabe lo que es realmente.

—Él no es débil —dije, sintiendo el calor subir por mi cuello—. Él es un superviviente. Y tú... tú eres un parásito.

—Quítate de mi camino, zorra —escupió Victoria, empujándome el hombro con desprecio para pasar—. Me aburres.

El empujón fue el detonante.

Mi entrenamiento de Krav Maga tomó el control. No hubo pensamiento consciente. Solo acción y reacción.

Giré la cadera para ganar impulso. Cerré el puño derecho, con el pulgar por fuera, tal como me había enseñado mi padre.

Lancé el golpe.

Fue un directo limpio, técnico, brutal. Mis nudillos conectaron con el centro de su cara, justo en el tabique nasal, con una precisión quirúrgica.

El sonido de hueso rompiéndose resonó en el baño alicatado como un disparo.

Victoria no gritó al principio. El impacto le cortó el aire. Salió despedida hacia atrás, tropezando con sus propios tacones, y cayó de culo sobre el suelo de mármol.

Se llevó las manos a la cara. Cuando se las quitó, la sangre manaba a borbotones de su nariz, manchando su vestido rojo, sus manos, el suelo inmaculado.

—¡¡AHHHHH!! —El grito llegó entonces, agudo y gorgoteante—. ¡Mi nariz! ¡Me has roto la nariz! ¡Animal!

La miré desde arriba, frotándome los nudillos. No sentí remordimiento. Ni una pizca. Sentí una satisfacción salvaje, primitiva.

—Te lo advertí —dije fría—. Aléjate de él.

La puerta del baño se abrió de golpe.

Me giré, lista para pelear de nuevo.

Era Pax.

Estaba pálido, con los ojos desorbitados. Había entrado corriendo, probablemente al oír el grito. Miró a Victoria en el suelo, sangrando y chillando histerias sobre llamar a la policía. Luego me miró a mí. A mi postura de combate. A mi mano derecha ligeramente enrojecida.

Victoria le miró, extendiendo una mano ensangrentada hacia él.

—¡Pax! ¡Esa loca! ¡Mírame! ¡Ayúdame! ¡Haz algo!

Pax la miró. Vio la sangre. Vio el miedo en los ojos de la mujer que había sido su pesadilla durante años.

Y luego me miró a mí.

Y sonrió.

Fue una sonrisa lenta, feroz, llena de un orgullo tan intenso que casi me hizo llorar. No había juicio.

Se acercó a mí, me agarró de la mano buena y tiró de mí hacia la puerta.

—Vámonos, *Leona* —dijo, dándole la espalda a Victoria y a sus gritos sin ni siquiera parpadear—. Creo que la fiesta ha terminado.

Salimos corriendo del baño, cruzamos el pasillo y nos metimos en el ascensor de servicio antes de que llegara la seguridad, con mi corazón latiendo a mil por hora y la mano de Pax apretando la mía como si yo fuera lo más valioso del universo.

Pax

Caminábamos rápido por el vestíbulo de mármol, ignorando las miradas curiosas de los huéspedes y del personal. Llevaba a Julie agarrada de la mano, entrelazando mis dedos con los suyos con

tanta fuerza que temía hacerle daño, pero ella me devolvía el apretón con la misma intensidad.

Mi mente era un torbellino, pero curiosamente, no sentía vergüenza.

Durante años, cada vez que pensaba en Victoria, sentía esa mancha aceitosa de humillación infantil. Pero ahora solo podía ver la imagen de Julie, mi chica, con su vestido de gala y su furia de diosa vengadora, rompiéndole la nariz a la mujer que me había atormentado.

Era la imagen más hermosa que había visto en mi vida.

Llegamos a las escaleras de la entrada principal. El aire frío de la noche de Chicago entraba por las puertas giratorias.

—¡Eh! ¡Vosotros!

Archie. Por supuesto.

Mi hermanastro estaba parado en el primer descansillo de la escalinata, con la cara roja y los puños apretados. Parecía un niño rabioso con un traje demasiado caro.

—¿Qué coño ha pasado ahí dentro? —gritó Archie, bloqueándonos el paso—. Mi madre está histérica. Dice que esta furcia la ha atacado. ¿Os creéis que podéis iros así? ¡Voy a llamar a seguridad! ¡Voy a arruinaros!

Julie hizo amago de detenerse para contestarle, su cuerpo tensándose de nuevo para la pelea.

Pero yo no me detuve. Y no la dejé detenerse.

—Sigue caminando, Jules —dije, mirando al frente, sin dignarme siquiera a mirar a Archie a los ojos—. No es una amenaza. Su madre no va a hacer nada.

Pasamos por su lado como si fuera invisible. Como si fuera un fantasma irrelevante.

—¡Te estoy hablando, Daniel! —aulló Archie a nuestra espalda, bajando un escalón tras nosotros—. ¡Eres un cobarde! ¡Siempre huyendo! ¡Por eso te fuiste al ejército, porque no aguantabas la presión de ser un Paxton!

Su voz se fue perdiendo en el viento de la calle mientras el aparcacoches traía mi SUV negro.

Ignorarlo fue más satisfactorio que golpearle. Dejarlo allí, gritando a la nada mientras nosotros seguíamos con nuestras vidas.

Me subí al asiento del conductor y esperé a que Julie entrara. En cuanto las puertas se cerraron, aislándonos del ruido de la ciudad y de la familia tóxica que dejábamos atrás, el silencio del coche nos envolvió.

Arranqué el motor, alejándome de la acera, y conduje unas cuantas manzanas hasta que el hotel desapareció por el retrovisor. Solo entonces, en una calle lateral más tranquila, detuve el coche.

Me giré hacia Julie.

Ella estaba mirando sus propios nudillos, que empezaban a hincharse ligeramente. Al notar mi mirada, levantó la vista, preocupada.

—Pax, yo... siento haber montado un escándalo. Sé que odias la atención, pero cuando la vi... cuando vi cómo te miraba...

No la dejé terminar.

Me solté el cinturón de seguridad, me incliné sobre la consola central y le agarré la cara con ambas manos, besándola con una necesidad que me quemaba las entrañas.

Fue un beso sucio, desesperado, lleno de adrenalina y gratitud. Julie gimió contra mi boca, sus manos subiendo a mi nuca, enredándose en el cuello de mi camisa.

Me separé unos milímetros, jadeando, con la frente apoyada en la suya.

—No sientas nada —gruñí—. Joder, Julie... verte defender mi honor así... verte ponerla en su sitio...

Le acaricié el pómulo con el pulgar.

—Creo que nunca me has puesto tan caliente como en ese momento. Eres jodidamente letal. Y eres mía.

Julie soltó una risita nerviosa, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Siempre tuya, Pax. Pero... —Su expresión se volvió seria, dolorosa—. Ahora lo entiendo. Entiendo el miedo. Entiendo por qué siempre estás en guardia.

Me miró a los ojos, y vi que ya no podía esconderme. Ella había visto al monstruo. Merecía saber la historia completa.

—¿Fue... fue así siempre? —preguntó suavemente—. ¿El acoso?

Me recosté en mi asiento, mirando el techo del coche. Solté un suspiro largo, dejando salir el veneno que llevaba guardado dieciséis años.

—Empezó cuando mi padre se casó con ella. Al principio eran comentarios. Miradas. Yo era un niño, Jules. Sólo tenía once años. No entendía lo que pasaba, solo sabía que me hacía sentir sucio.

Apreté el volante con fuerza.

—Cuando cumplí dieciséis años... la cosa escaló. Mi padre viajaba mucho por negocios. Ella... ella entraba en mi habitación por las noches. A veces desnuda. Se sentaba en mi cama. Me decía que mi padre no me entendía, que ella podía enseñarme a ser un hombre.

Sentí la mano de Julie sobre mi brazo, un toque suave, sanador.

—Tuve que poner un pestillo en mi puerta. Empecé a dormir con una silla atrancada bajo el pomo. Aprendí a escuchar sus pasos en el pasillo. Desarrollé esa... hipervigilancia. No para la guerra. Para sobrevivir en mi propia casa.

—Oh, Pax... —susurró Julie.

—Por eso me fui —confesé, mirándola—. Todo el mundo pensó que me alisté en los Rangers por patriotismo o por rebeldía. Pero la verdad es que hui. Renuncié a la universidad, renuncié a la herencia, renuncié a todo con tal de salir de esa casa y no tener que volver a verla nunca. El ejército fue mi refugio. Allí, el enemigo estaba delante de ti, con un uniforme diferente. Era honesto. No como ella.

Hubo un silencio. Esperé sentir la lástima, esa emoción pegajosa que odiaba.

Pero cuando miré a Julie, no había lástima. Había un orgullo feroz brillando en sus ojos avellana cargados de lágrimas.

—No huiste, Pax —dijo ella con firmeza—. Te salvaste. Te sacaste a ti mismo de una situación imposible cuando eras solo un niño. Sobreviviste.

Me agarró la mano y besó mis nudillos, uno a uno.

—Eres el hombre más valiente que conozco. No por tus medallas, ni por cómo peleas. Sino porque pasaste por ese infierno y saliste de él siendo un hombre bueno. Un hombre íntegro que protege a los demás.

Sus palabras fueron como un bálsamo sobre una herida abierta que llevaba supurando media vida.

—Gracias —dije, y mi voz se quebró—. Gracias por verlo. Gracias por... romperle la nariz.

Julie sonrió, aunque una lágrima resbaló por su mejilla.

—Fue un placer. La próxima vez le rompo las manos... y las piernas.

Me reí. Una risa real, liberadora.

Volví a arrancar el coche, metiendo la marcha con decisión.

—Vámonos a casa, *killer*.

—A casa —repitió ella.

Y mientras el SUV negro se deslizaba por las calles de Chicago, pensé en lo increíble que era tener junto a mí a una mujer capaz de romper huesos para defenderme.

CAPITULO 17

Julie

Vinyl estaba en su punto de ebullición.

El bajo de la música *house* hacía vibrar las copas en las estanterías, las luces estroboscópicas cortaban la oscuridad en fragmentos de neón azul y rosa, y la pista de baile era un mar de cuerpos sudorosos moviéndose al unísono.

Era el caos habitual de un sábado noche, pero esta noche, el caos me parecía extrañamente brillante.

Estaba detrás de la barra principal ayudando a Eder y Josh durante el pico de actividad. Servía gin-tonics y cervezas con la eficiencia de una máquina, pero mis ojos tenían su propia agenda. Cada treinta segundos, como un radar programado, mi mirada saltaba por encima de las cabezas de los clientes hacia la zona de la entrada VIP.

Allí estaba él.

Pax. El Jefe de Seguridad. El Guardián. Mi hombre.

Llevaba su uniforme habitual: camiseta negra ajustada que marcaba los bíceps, pantalones tácticos y esa expresión de seriedad mortal que hacía que los alborotadores se lo pensaran dos veces antes de intentar colarse. Estaba hablando por el auricular, escaneando la sala con ojos de águila.

De repente, giró la cabeza. Sus ojos negros cruzaron cincuenta metros de pista de baile, esquivaron a cien personas y se clavaron directamente en los míos.

No sonrió. Pax no sonreía en el trabajo. Pero me hizo un gesto imperceptible con la barbilla. Un guiño privado. Un «Te veo, Sunshine».

Sentí un calambre en el estómago que no tenía nada que ver con la música.

—Si sigues mirándolo así, vas a derretir el hielo de la cubitera, jefa —dijo una voz burlona a mi lado.

Eder, estaba sirviendo tres chupitos de tequila con una sonrisa de oreja a oreja.

—No sé de qué hablas —mentí, volviendo a centrarme en cortar limas.

—Por favor, Julie —intervino Josh desde el otro lado, secando un vaso—. La tensión sexual entre vosotros dos podría alimentar la red eléctrica de Chicago durante un mes. Es casi ofensivo para los que estamos solteros.

Eder se rio, pasando un trapo por la barra.

—Lo mejor es la cara de los clientes. ¿Habéis visto al tipo de la camisa de cuadros? Intentó pedirle fuego a Julie hace diez minutos y casi se mea encima cuando vio a Pax mirándole desde la escalera. Creo que Pax ha desarrollado un superpoder "La Mirada de la Castración Remota".

Solté una carcajada, negando con la cabeza.

—Sois unos exagerados. Pax es un profesional. Solo vigila el perímetro.

—Ya, claro —resopló Josh—. Vigila tu perímetro. El otro día le vi recolocando a un guardia solo porque estaba demasiado cerca de tu zona de paso. Es adorable, de una forma aterradora y obsesiva.

—¿Y bien? —preguntó Eder, bajando la voz y apoyándose en la barra para cotillear—. ¿Ya es oficial? ¿Podemos dejar de apostar en la porra del personal sobre cuándo ibais a terminar juntos? Porque tenía veinte dólares a que ocurría antes de mayo.

Me mordí el labio, intentando ocultar la sonrisa estúpida que amenazaba con salir.

—Digamos que puedes ir cobrando esos veinte dólares, Eder.

Los dos camareros chocaron las manos victoriosos.

—¡Sí! —exclamó Josh—. Sabía que el incidente de los borrachos sería el detonante. Nada une más que una buena pelea de bar.

En ese momento, la "Mirada de la Castración Remota" se acercó físicamente.

Pax se abrió paso entre la multitud con esa facilidad líquida que tenía para moverse sin tocar a nadie. La gente se apartaba instintivamente al ver su envergadura y su cara de pocos amigos.

Llegó a la barra y se apoyó en el extremo, justo donde yo estaba.

—Jefa de Sala —saludó, con voz grave y profesional.

—Jefe de Seguridad —respondí, manteniendo el tono, aunque por dentro estaba dando saltitos.

Eder y Josh, prudentemente, se fueron al otro extremo de la barra a limpiar cosas, es decir, a escuchar descaradamente.

Pax miró mi bandeja de limas y luego me miró a mí. Sus ojos recorrieron mi top negro de tirantes.

—Informe de situación —dijo.

—La pista está llena. La barra VIP necesita reposición de vodka en diez minutos. Y mis camareros están apostando dinero sobre nuestra vida sexual.

La comisura del labio de Pax se curvó un milímetro hacia arriba.

—¿A favor o en contra?

—A favor. Eder acaba de ganar veinte pavos.

—Bien por él —Pax se inclinó un poco más sobre la barra, invadiendo mi espacio personal de forma deliciosa—. Max me ha dicho que la zona de carga está despejada. Voy a hacer una ronda exterior. Tardaré diez minutos.

—Recibido.

Podría haberse ido. Ya me había dado la información. Pero no se movió. Se quedó allí, mirándome, con esa intensidad magnética que hacía que el resto del club desapareciera.

—Estás increíble esta noche, Jules —murmuró, tan bajo que solo yo pude oírlo por encima de la música—. Ese top es un peligro para mi concentración.

Sentí el calor subirme a las mejillas.

—Es el uniforme estándar, Paxton. Contrólate.

—Contigo no tengo control —replicó él, con un brillo oscuro en los ojos—. Te veo en diez minutos. No te metas en líos.

—Yo soy el lío —le guiñé un ojo.

Pax soltó un resoplido que fue casi una risa, se dio la vuelta y desapareció de nuevo entre la multitud, dejándome con el corazón acelerado y una sonrisa boba en la cara.

Me giré para seguir trabajando y me encontré a Eder y Josh mirándome fijamente, con las cejas levantadas.

—¿"Informe de situación"? —imitó Eder con voz grave—. Dios mío, sois repugnantemente monos. Me dais ganas de vomitar arcoíris.

—Calla y sirve esas cervezas, Eder —ordené, lanzándole una rodaja de lima—. O le diré a Pax que tú eres el siguiente en su lista de vigilancia.

Eder palideció de broma y se puso a trabajar a toda velocidad. Yo me reí, sintiéndome la mujer más afortunada de Chicago. Tenía el trabajo, tenía a los amigos y, por fin, tenía al chico.

◆ ◆ ◆

El silencio de las cuatro de la mañana era un alivio bendito después del estruendo de la música *house*.

Salimos por la puerta de personal, cerrando la pesada hoja de metal detrás de nosotros. El aire de la noche era frío y húmedo, con ese olor a asfalto mojado típico de Chicago.

—Estoy muerta —gemí, estirando los brazos hacia el cielo—. Mis pies han declarado la independencia de mi cuerpo. Recuérdame por

qué no me pongo zapatillas ortopédicas para trabajar.

Pax, que caminaba a mi lado hacia donde habíamos dejado el SUV, me pasó un brazo por los hombros, atrayéndome hacia su calor. Habíamos dejado su moto en el garaje por la amenaza de lluvia. Y desde que estábamos juntos, raramente íbamos por separado al trabajo. En las raras ocasiones que no había dormido con él, se había encargado de dejarme en el interior del complejo de Legend sana y salva.

—Porque eres demasiado vanidosa, *Sunshine*. Y porque te gusta el sonido que hacen tus tacones cuando caminas pisando fuerte.

—Es un sonido de autoridad, es lo mejor de llevar tacones —defendí, bostezando.

Llegamos a la esquina del callejón, donde la luz de la farola parpadeaba de forma intermitente. Pax sacó las llaves del bolsillo. Su postura estaba relajada, o eso parecía, aunque sabía que su radar siempre estaba encendido.

De repente, una sombra se separó de la pared de ladrillo a nuestra izquierda.

Fue rápido. Torpe, pero rápido.

Un tipo con una sudadera gris y la capucha subida se abalanzó sobre nosotros. Vi el destello metálico bajo la luz naranja de la calle antes de verle la cara.

—¡Dame la cartera y el reloj! ¡Ahora! —gritó, con la voz temblorosa de un adicto o de un novato nervioso.

Agitó una navaja de muelle frente a la cara de Pax.

Mi corazón dio un salto, pero antes de que pudiera siquiera pensar en mi entrenamiento, Pax se movió.

No hubo pánico. No hubo gritos.

Pax soltó mis hombros con suavidad y dio un paso lateral, interponiéndose entre el agresor y yo. Levantó las manos abiertas, palmas hacia fuera.

—Tranquilo —dijo Pax. Su voz era plana, sin miedo. Aburrida, casi —. No quieres hacer esto. Vete a casa.

—¡Cierra la boca y dame la pasta, pijo de mierda! —El ladrón lanzó una estocada hacia el estómago de Pax.

Grave error.

Pax no retrocedió. Avanzó.

Su mano izquierda interceptó la muñeca del ladrón en el aire con un golpe seco. Al mismo tiempo, su mano derecha agarró el codo del tipo y giró. Hubo un movimiento fluido de palanca, una coreografía brutal de física aplicada.

El ladrón gritó cuando su brazo se dobló en un ángulo antinatural. La navaja cayó al suelo con un ruido metálico.

Pax no se detuvo ahí. Le dio una patada en la corva de la rodilla, obligándole a arrodillarse, y luego le inmovilizó el brazo detrás de la espalda, empujando su cara contra la pared de ladrillo.

Todo duró tres segundos.

—Quédate quieto —ordenó Pax al oído del ladrón, sin ni siquiera jadear—. Si te mueves, te rompo el hombro. Julie, llama a la policía.

Me quedé mirando la escena, con el teléfono en la mano.

El ladrón lloriqueaba contra los ladrillos. Pax estaba de pie detrás de él, sujetándolo con una sola mano, con la calma de quien está sujetando una bolsa de la compra, no a un criminal armado. Su cara era una máscara de indiferencia profesional.

—¿Estás bien? —preguntó Pax, mirándome por encima del hombro.

—Sí —dije, marcando el 911—. Estoy bien.

La policía tardó diez minutos en llegar. Se llevaron al tipo. Dimos nuestras declaraciones. Pax entregó la navaja como prueba con un pañuelo para no borrar huellas.

A las cinco de la mañana, entrábamos por fin en el apartamento de Pax.

Cerré la puerta y me quité los tacones, dejándolos tirados en el recibidor. Pax se quitó la chaqueta y la colgó, frotándose el cuello.

—Siento lo de antes —dijo, yendo hacia la cocina para sacar agua —. Vaya forma de terminar la noche. Parecía un yonqui buscando dinero rápido. Espero que no te hayas asustado.

Lo seguí a la cocina.

Pax estaba de espaldas, bebiendo un vaso de agua. La camiseta negra se tensaba en su espalda ancha. Recordé la precisión de sus movimientos en el callejón. La fuerza controlada. La autoridad absoluta sobre la violencia.

—No me he asustado —dije.

Pax se giró, apoyando la cadera en la encimera.

—Me alegro. Mañana revisaré los turnos de seguridad para que haya alguien fijo en la salida trasera. Ha sido un fallo mío no prever...

Me acerqué a él, cortando su autocrítica, y puse mis manos planas sobre su pecho duro. Sentí su corazón latir. Lento. Constante. Ni siquiera se había acelerado.

—Cállate, Pax.

Levanté la vista hacia sus ojos negros.

—¿Sabes? —susurré, deslizando mis manos hasta rodear su cuello—. El otro día, en el hotel, me dijiste que te puse caliente cuando le rompí la nariz a Victoria.

Pax me miró, cauteloso, viendo el brillo en mis ojos.

—Sí.

—Pues ahora estamos en paz —me puse de puntillas, rozando mis labios con los suyos—. Porque verte desarmar a ese tipo... ver cómo lo dominaste sin despeinarte, con esa calma de depredador...

Le mordí el labio inferior, tirando suavemente.

—Digamos que la adrenalina tiene efectos secundarios interesantes en mí también.

Los ojos de Pax se oscurecieron de golpe. Dejó el vaso de agua en la encimera sin mirar y me agarró por la cintura, levantándome del suelo para sentarme sobre el mármol frío de la isla de cocina.

—¿Ah, sí? —gruñó, metiéndose entre mis piernas abiertas.

—Sí. Me excita que seas peligroso, Daniel Paxton. Me excita saber que esas manos que pueden romper un brazo en dos segundos... —agarré sus manos y las guie hacia mis pechos— son las mismas que me tocan a mí.

Pax soltó un suspiro tembloroso y enterró la cara en mi cuello, rindiéndose a la evidencia.

—Entonces, creo que voy a tener que atracarte yo ahora. Por la igualdad de condiciones.

—Espero que tengas mejor técnica que el ladrón —bromeé, arqueándome contra él.

—Tengo mucha mejor técnica, *Sunshine*. Y tengo toda la noche para demostrártelo.

◆ ◆ ◆

Pax cumplió su promesa. Esta vez, llegamos a la cama.

Aunque el camino desde la cocina había sido un rastro de ropa y besos urgentes, cuando entramos en su dormitorio, el ritmo cambió. La adrenalina del callejón se había disipado, dejando paso a algo más denso, más profundo. Una necesidad de reconexión.

La habitación estaba en penumbra, solo iluminada por la luz grisácea del amanecer que empezaba a filtrarse por las persianas. Pax me tumbó sobre las sábanas frescas de color carbón y se quedó de pie un momento, desnudo, mirándome.

Ver a Daniel Paxton desnudo era como mirar una escultura dedicada a la supervivencia. Su cuerpo ancho y musculoso estaba marcado por la historia de su vida: la cicatriz de metralla en el costado, los tatuajes de tinta negra que se enroscaban en su pectoral izquierdo, y la línea definida de sus abdominales que descendía hacia una erección imponente que reclamaba atención.

Pero lo que me cortaba la respiración no era su físico, sino su mirada. Ya no había sombras de trauma, ni frialdad defensiva. Me

miraba con una devoción absoluta, como si yo fuera la única fuente de luz en un mundo oscuro.

—Eres preciosa —susurró, y su voz ronca vibró en mis huesos.

Se subió a la cama, gateando sobre mí con esa gracia depredadora que le caracterizaba. Se colocó entre mis piernas abiertas, pero no entró todavía. Se apoyó en sus antebrazos a cada lado de mi cabeza, encerrándome en su mundo.

—Bésame, Pax —pedí, levantando las manos para acunar su rostro, sintiendo la barba de un día raspar mis palmas.

Bajó la cabeza y me besó. No fue un beso salvaje como los muchos que habíamos compartido. Fue un beso lento, húmedo, deliberado. Sus labios masajeaban los míos, su lengua exploraba mi boca con una calma que contrastaba con la dureza de su cuerpo contra el mío.

Bajó sus besos a mi mandíbula, a mi cuello, mordisqueando suavemente el punto sensible bajo mi oreja que me hacía arquear la espalda.

—Me has asustado hoy —confesó contra mi piel, su aliento caliente—. Por un segundo, en ese callejón... pensé que podía fallarte.

—Nunca —le aseguré, pasando mis uñas suavemente por su espalda, recorriendo los valles de su columna—. Nunca me fallas. Me salvaste. Ahora... déjame sentir que estamos vivos.

Pax gruñó, un sonido bajo de aceptación.

Deslizó una mano entre nuestros cuerpos, buscando mi centro. Ya estaba empapada para él, mi cuerpo reaccionando a su cercanía antes incluso de que me tocara. Cuando sus dedos rozaron mi clítoris, solté un suspiro entrecortado.

—Tan mojada... —murmuró, mirándome a los ojos mientras acariciaba mis pliegues con movimientos circulares lentos, tortuosos —. Estás hecha para mí, Jules.

Sujetó mis caderas y empujó lentamente hacia adelante. La cabeza de su miembro separó mis labios, estirándome, llenándome

centímetro a centímetro.

Gimió al entrar, cerrando los ojos con fuerza, como si la sensación fuera demasiado intensa. Yo eché la cabeza hacia atrás en la almohada, abrumada por la plenitud. Era grande, duro, y la fricción de su piel contra mis paredes internas era exquisita.

—Mírame —ordenó suavemente cuando estuvo completamente dentro, alojado en lo más profundo de mí.

Abrí los ojos. Nuestros rostros estaban a milímetros de distancia.

—Estoy aquí —dijo Pax.

Empezó a moverse. Un ritmo lento, arrastrado. Se retiraba casi por completo, dejándome vacía y anhelante por un segundo, para volver a hundirse en mí con una estocada larga y profunda que me hacía vibrar hasta el alma.

No era sexo. Era una conversación.

Con cada empuje, Pax me decía cosas que no sabía expresar con palabras. Me decía que era suya. Me decía que me protegería con su vida. Me decía que, por primera vez, no tenía miedo.

—Pax... oh, Dios... —mis caderas se elevaron instintivamente para recibirlo, mis piernas rodeando su cintura para atraerlo más, para eliminar cualquier espacio entre nosotros.

Él respondió aumentando la presión, pero no la velocidad. Quería sentirlo todo. Quería ver mi cara con cada sensación.

Bajó una mano para acariciar mi pecho, pellizcando suavemente mi pezón endurecido, enviando una descarga eléctrica directa a mi vientre. Gemí fuerte, mordiéndome el labio.

—Grita —me animó, su voz sucia y cariñosa a la vez—. Quiero oírte. Quiero saber que te gusta.

—Me encanta... me encanta tenerte dentro —jadeé—. Eres tan... grande. Tan perfecto.

El ritmo se volvió más fluido, más líquido. El sonido de nuestra piel chocando, de nuestras respiraciones agitadas, llenaba la habitación. Pax se inclinó para besarme de nuevo, y esta vez nuestras lenguas bailaron al mismo compás que nuestras caderas.

Sentí la presión acumularse en mi bajo vientre, esa tensión deliciosa que anunciaba el final.

—Pax, estoy cerca... —avisé, clavando mis uñas en sus hombros tatuados.

—Déjate ir, *Sunshine* —gruñó él, cambiando el ángulo, golpeando ese punto exacto, una y otra vez, con una precisión implacable—. Estoy contigo. Te tengo. Cae conmigo.

La intensidad subió. Mis jadeos se convirtieron en gritos ahogados. Pax aceleró, sus embestidas volviéndose más fuertes, más posesivas.

Y entonces, estallé.

El orgasmo me recorrió como una ola de calor blanco, contrayendo mis músculos alrededor de su dureza. Grité su nombre, arqueando la espalda, perdiendo la noción del tiempo y el espacio.

Pax aguantó un segundo más, viéndome deshacerme, antes de hundirse en mí con una última estocada brutal y profunda. Se tensó, soltando un rugido ronco contra mi cuello, y se derramó en mi interior con pulsaciones fuertes que sentí como propias.

Colapsó sobre mí, con cuidado de no aplastarme con todo su peso, pero manteniéndome atrapada bajo su cuerpo grande y cálido.

Nos quedamos así, en silencio, mientras nuestras respiraciones se sincronizaban y el sudor se enfriaba en nuestra piel.

Sentí una lágrima resbalar por mi sien. No era de tristeza. Era de pura satisfacción emocional. Me sentía llena. Me sentía segura. Me sentía amada por el hombre más peligroso y más tierno del mundo.

Pax levantó la cabeza y vio la lágrima. Su expresión se alarmó al instante.

—¿Te he hecho daño?

Sonreí, acunando su cara y besando la comisura de sus labios.

—No, tonto. Ha sido... perfecto.

Pax suspiró, aliviado, y apoyó la frente en la mía.

—Te quiero, Julie. Más que a mi vida.

—Y yo a ti, soldado.

Cerré los ojos, sintiendo su peso, su olor y su amor envolviéndome, sabiendo que no había ningún otro lugar en el mundo donde quisiera estar.

CAPITULO 18

Pax

No había nada comparable a esto. Nada.

Ni saltar de un avión en plena noche, ni la adrenalina del combate, ni el silencio de una misión cumplida.

Esto era mejor.

Rodaba en formación con el Legend MC. Delante de mí, el rugido de veinte motores *V-Twin* rompía el aire de la mañana como un trueno continuo. A la cabeza, Sam Tucker lideraba la manada con su *Road King*. A su derecha, Sexton Connor mantenía la formación cerrada.

Y yo, en mi Panhead del 58 restaurada, no era un intruso. Era parte de la estela. Parte del organismo vivo que era el club en la carretera.

Pero lo mejor no era la hermandad, ni el respeto que sentía al ver cómo los coches se apartaban a nuestro paso. Lo mejor era el peso cálido y perfecto en mi espalda.

Julie.

Sus brazos rodeaban mi cintura, sus manos con guantes de cuero negro entrelazadas firmemente sobre mi abdomen. Sentía sus muslos apretando los míos cada vez que tomábamos una curva, moviéndose conmigo, inclinándose conmigo. Éramos una sola pieza de carne y acero.

Podía sentirla gritar de alegría contra mi espalda cuando acelerábamos en las rectas. Esa vibración, esa confianza ciega que

ella ponía en mí al ir a 120 kilómetros por hora, me hacía sentir invencible.

Llegamos al desvío del lago. El grupo redujo la velocidad, el rugido de los motores bajando a un ronroneo grave mientras entrábamos en el camino de tierra que llevaba a la zona de acampada privada del club.

El olor a pino, a agua dulce y a gasolina quemada llenó mis pulmones. Libertad. Por primera vez en mi vida, no estaba huyendo de mi pasado ni vigilando mi futuro. Estaba aquí. Ahora.

Aparcamos las motos en fila frente al lago, el sol de primavera brillando sobre el agua azul oscuro. El silencio repentino tras apagar los motores fue sustituido por risas, gritos y el sonido de latas de cerveza abriéndose.

Me quité el casco y me giré. Julie ya se había quitado el suyo y sacudía su pelo castaño, con las mejillas sonrosadas por el viento y los ojos brillantes de pura euforia.

—¡Eso ha sido increíble! —exclamó, dándome un beso rápido en los labios antes de bajarse—. Tu moto vibra mucho más que las modernas, Pax. Casi me deja... bueno, ya sabes.

Me susurró lo último al oído con una sonrisa traviesa que fue directa a mi entrepierna.

Miré a mi alrededor. Wolf estaba encendiendo una hoguera. Los demás sacaban mantas o caminaban hacia la orilla. Nadie nos prestaba atención.

Agarré a Julie de la mano.

—Ven —dije.

—¿A dónde? Se supone que vamos a comer.

—Tengo hambre de otra cosa.

No esperé respuesta. Tiré de ella suavemente, alejándonos del grupo, adentrándonos en el sendero arbolado que bordeaba el lago. Caminamos unos cien metros hasta encontrar un rincón apartado, oculto por un muro de arbustos y árboles densos, con el sonido del agua golpeando las rocas como única banda sonora.

En cuanto estuvimos fuera de la vista, la empujé contra el tronco ancho de un roble antiguo.

—Pax... —jadeó ella, sorprendida pero encantada.

—Me has estado volviendo loco todo el camino —gruñí, pegando mi cuerpo al suyo, atrapándola—. Sentirte detrás de mí... notando cómo te refregabas contra mi espalda con cada bache...

—La moto vibra mucho —repitió ella, mordiéndose el labio inferior, sus pupilas dilatadas—. Me ha dejado... sensible.

—¿Ah, sí? Vamos a comprobarlo.

Me arrodillé frente a ella, sin preámbulos. Julie abrió los ojos como platos, pero sus manos fueron inmediatamente a mi pelo, agarrando los mechones cortos con necesidad. Me estaba dejando crecer un poco el pelo, solo porque me volvía loco sentir sus dedos entre los mechones y sus uñas raspando el cuero cabelludo.

Subí su falda de cuero con impaciencia, amontonando la tela en su cintura. Llevaba unas braguitas negras minúsculas que aparté con un tirón de pulgares. Para el camino se había puesto unos sobre pantalones que la aislaban del frío viento, pero debajo solo llevaba esa faldita que me volvía loco, unas medias gruesas hasta el muslo y esas braguitas que se habían humedecido peligrosamente.

La vista me golpeó. Estaba húmeda, sonrosada, brillante. El viaje en moto, la vibración del motor, la había dejado lista para mí.

—Joder, Julie... —susurré, aspirando su aroma: almizcle, cuero y deseo femenino.

Me acerqué y pasé la lengua plana, larga y lenta, desde abajo hacia arriba, recorriendo toda la longitud de su abertura.

Julie gritó, echando la cabeza hacia atrás contra la corteza del árbol.

—¡Pax!

No le di tregua. Empecé a devorarla. Mi lengua trabajaba con un ritmo constante, fuerte, lamiendo y succionando su clítoris hinchado mientras mis manos apretaban sus nalgas, manteniéndola firme, anclándola a mi boca.

Ella se retorcía, sus muslos temblando contra mis orejas.

—Más... Pax, por favor, más fuerte... —suplicó, sus dedos clavándose en mis hombros.

Pero yo quería más. Quería poseerla por completo.

Me levanté un poco, lo suficiente para meter mi mano entre sus piernas mientras mi boca seguía torturando su perla. Deslicé dos dedos dentro de ella. Estaba tan estrecha, tan caliente y mojada que casi pierdo el control allí mismo.

—Mía —gruñí contra su piel mojada.

Empecé a bombear con los dedos, curvándolos hacia arriba, buscando ese punto rugoso que la hacía llorar. Rápido. Brutal. Mientras mi lengua no dejaba de golpear su clítoris con la precisión de un metrónomo.

La combinación fue demasiado.

Julie empezó a sollozar, sus caderas buscando mi mano y mi boca con desesperación, golpeando contra mi cara.

—¡Voy a... Pax, voy a....! —Su voz se rompió.

—Córrete para mí, nena. Córrete en mi boca. Dámelo todo.

Aceleré. Mis dedos se movían como pistones, mi lengua era un arma.

Julie estalló.

Fue violento. Sus rodillas cedieron y tuve que sujetarla con fuerza para que no cayera. Gritó mi nombre, un sonido agudo que se perdió entre los árboles, mientras su cuerpo se convulsionaba contra mi cara, empapándome, temblando con espasmos tan fuertes que sentí cómo mis dedos eran exprimidos en su interior.

No paré hasta que el último temblor pasó, hasta que ella quedó colgada de mí, jadeante y completamente destrozada.

Me puse de pie lentamente, limpiándome la boca con el dorso de la mano, saboreándola.

Julie me miró, con el pelo revuelto y los ojos desenfocados, apoyada en el árbol como si fuera lo único que la mantenía en pie.

—Dios mío... —susurró, intentando recuperar el aliento—. Creo que me he quedado sin piernas.

Me acerqué a ella, le bajé la falda con cuidado y le di un beso suave, casi tierno, en los labios, compartiendo su propio sabor con ella.

—No te preocupes —dije, apoyando la frente en la suya—. Te llevo yo. Siempre te llevo yo.

Escuchamos risas a lo lejos. El club. La manada.

—Deberíamos volver —dijo ella, aunque no hizo amago de moverse.

—Un minuto más —pedí, abrazándola contra mi pecho, escuchando su corazón desbocado—. Solo un minuto más en nuestro mundo.

No necesitaba nada más para ser feliz.

◆ ◆ ◆

Salimos del bosque con la ropa ligeramente desordenada y una sonrisa en la cara de Julie que podría iluminar una pista de aterrizaje en plena tormenta.

Yo me sentía ligero. Una sensación extraña para un hombre que había cargado con el peso del mundo y de su propia armadura durante más de una década.

Al llegar al claro donde el resto del club estaba montando el campamento, Wolf nos interceptó. Estaba clavando una estaca para sujetar una lona contra el viento, pero se detuvo al vernos, apoyándose en el mazo con esa sonrisa de depredador aburrido.

—Vaya, vaya —dijo Wolf, escaneándonos de arriba abajo—. Tardasteis mucho en buscar leña. Y curiosamente, volvéis con las manos vacías pero con el pelo revuelto. ¿Habéis encontrado al oso Yogi o estabais intentando repoblar el bosque vosotros solos?

Julie se puso roja como un tomate, pero yo no me amilané. Le sostuve la mirada a Wolf con calma.

—Vigilancia de perímetro extendida —respondí con mi tono más serio.

Wolf soltó una carcajada y me lanzó una lata de cerveza fría que atrapé al vuelo.

—Claro. Perímetro. Me caes bien, Paxton. Tienes unos huevos de acero para mentirme a la cara así.

En ese momento, un SUV familiar conducido por Raven apareció por el camino de tierra, levantando polvo. Elan iba de copiloto y Bianca en el asiento trasero.

—¡Llegó la caballería! —gritó Raven, bajando del coche y sacudiendo su bufanda—. Y la comida. Sobre todo la comida.

Me acerqué para ayudar. Elan ya estaba sacando las neveras portátiles del maletero.

—Déjame a mí, Doc —dije, apartando a Elan suavemente para coger la nevera más grande, la que pesaba como un cadáver.

—Gracias, Pax —dijo Elan, sonriendo.

Bianca bajó del coche con cuidado, acariciando su barriga de seis meses. Sam estaba a su lado en un segundo, ofreciéndole el brazo como si fuera de cristal.

—Estoy embarazada, Sam, no inválida —se quejó ella, aunque aceptó el apoyo con una sonrisa—. Raven conduce como si estuviera en una persecución policial. Mi hijo va a nacer mareado.

—¡Era para que la ensalada de patata no se calentara! —se defendió Raven.

Durante la siguiente media hora, me encontré inmerso en una dinámica que nunca había experimentado. Ayudé a descargar. Bighorse, un tipo inmenso que hacía honor a su apodo, me pidió que le pasara las herramientas para ajustar el asiento de su moto. Iron y Pipper, dos de los lugartenientes, me hicieron un sitio en el banco improvisado y me preguntaron mi opinión sobre los nuevos sistemas de seguridad perimetral que querían instalar en el taller.

No me trataban como al novio civil de Julie. Me trataban como a un igual. Un hombre capaz, útil y respetuoso.

—Esa Panhead tuya —dijo Iron, masticando un palillo— necesita un ajuste en la suspensión trasera si vas a llevar pasajero a menudo. Se hunde demasiado en las curvas. Pásate por el taller el martes y le echamos un ojo.

—Gracias, Iron. Lo haré —respondí, aceptando la oferta, que en el lenguaje del MC era básicamente un abrazo de bienvenida.

Miré hacia el lago. Julie estaba sentada en una manta con Bianca y Raven, riéndose mientras abrían los tuppers de comida. Se la veía radiante. Y saber que yo era parte de esa felicidad, que podía compartir este mundo con ella sin sentirme un intruso, cerró el último resquicio de duda que me quedaba.

Me acerqué a ellas para llevarles unas cervezas y un zumo para Bianca.

—Gracias, amor —dijo Julie, aceptando la lata.

Entonces, Julie frunció el ceño, mirando alrededor como si notara una ausencia en el recuento de tropas.

—Espera... ¿dónde está Olivia? —preguntó—. Pensé que venía con vosotras en el coche. Ella nunca se pierde una salida, y menos si hay organización logística de por medio.

El ambiente en la manta se enfrió un poco. Raven dejó de sonreír y compartió una mirada rápida y preocupada con Bianca.

—No ha venido —dijo Raven, bajando la voz—. La dejé en la casa de Erin antes de salir. Dijo que no se encontraba bien.

—¿Está enferma? —preguntó Julie, alarmada—. ¿Gripe?

—No lo sé —Raven se encogió de hombros, visiblemente inquieta —. Estaba... rara. Pálida. Tenía ojeras, como si no hubiera dormido en tres días. Le pregunté qué le pasaba y me contestó con un gruñido que habría asustado al mismísimo Wolf. Dijo que tenía asuntos que resolver y que necesitaba estar sola.

—¿Asuntos? —intervine yo, mi instinto de seguridad activándose —. ¿Problemas con las cuentas del club?

—No creo —dijo Bianca, pensativa—. Los libros están perfectos. Es algo personal. Lleva semanas... distraída. Y Olivia nunca se distrae. Además, lleva días encerrada en la casa club y sale a reuniones a deshoras sin decir con quién.

Julie y yo intercambiamos una mirada.

—¿Crees que deberíamos ir a verla? —preguntó Julie.

—No —dijo Raven tajante—. Me hizo prometer que la dejaríamos en paz hoy. Dijo que si veía una sola moto en la entrada de casa, quemaría el edificio. Y conociendo a mi hermana, es capaz.

—Espero que no sea nada grave —murmuró Julie, todavía preocupada.

Yo me quedé callado, mirando hacia el horizonte del lago. Olivia Tucker era la estratega, la mente fría de la familia. Si ella estaba actuando de forma errática, ocultando cosas y aislándose, podía significar cualquier cosa. Pero estaba claro que era algo que creía poder manejar sola. Por experiencia sabía que podía salirle el tiro por la culata.

—Seguro que no es nada —dije, apretando el hombro de Julie para tranquilizarla—. Quizás solo necesita un día libre de ser la responsable de todo.

—Sí, seguro —aceptó Julie, aunque vi la sombra de duda en sus ojos.

◆ ◆ ◆

El picnic estaba en su fase de relajación posterior a la comida.

La mayoría del club estaba disperso. Wolf y Raven estaban enseñando a Elan a lanzar piedras al agua para que rebotaran. Elan, con su precisión de cirujano, ganaba por goleada. Julie estaba tumbada en una manta con la cabeza apoyada en el regazo de Bianca, ambas medio dormidas bajo el sol de primavera.

Yo me había quedado cerca de las neveras, terminando mi cerveza, cuando la jerarquía del club se cerró a mi alrededor.

No fue amenazante. Fue natural. Incluso reconfortante.

Sexton Connor se sentó en el tronco caído a mi izquierda. Sam Tucker se apoyó en el capó del SUV a mi derecha.

—Buena salida —comentó Sam, mirando al lago con sus gafas de sol de aviador puestas.

—La mejor —coincidí—. Gracias por invitarme, Sam. Nunca había rodado en grupo así. No sabía lo increíble que es.

—El grupo te hace más fuerte —dijo Sam, asintiendo—. Y te hace más visible. Es una espada de doble filo, pero si confías en los hombres que tienes al lado, no hay nada igual.

Sexton encendió un cigarrillo, protegiendo la llama del viento con sus manos grandes y callosas.

—El negocio está creciendo, Pax —dijo Sexton, cambiando de tema sin preámbulos. Típico de él—. Legend's Customs tiene lista de espera de tres meses. Estamos rechazando trabajos porque no damos abasto.

—Eso es un buen problema —dije.

—Depende —corrigió Sexton, soltando el humo—. Es bueno para la caja, pero malo para la reputación si empezamos a hacer chapuzas por las prisas. La mayoría de los chicos nuevos... los prospectos... saben cambiar aceites y ajustar frenos de las motos modernas. Saben enchufar un ordenador para el diagnóstico. Pero ponles delante un motor Knucklehead del 47 o una Panhead como la tuya, y se quedan mirando como si fuera tecnología alienígena.

Me reí suavemente.

—Son máquinas temperamentales. Hay que escucharlas, no leer un manual.

—Exacto —Sexton me señaló con el cigarrillo—. Hace falta oído. Y paciencia. Martin la tenía. Y tú claramente la has heredado. Esa moto tuya suena mejor que cuando salió de fábrica.

Sentí el orgullo calentándome el pecho.

—He tenido mucho tiempo libre y muchas noches de insomnio para dedicarle —quité importancia.

Sam se cruzó de brazos, observándome con esa mirada analítica que desnudaba tus intenciones.

—Necesitamos manos expertas, Pax. Específicamente, necesitamos a alguien que pueda hacerse cargo de la división de clásicas y restauración. Alguien que no necesite que Sexton le vigile por encima del hombro cada cinco minutos.

El silencio se hizo denso. No era una oferta de trabajo formal, pero era lo más parecido que un club MC podía hacer sin poner un contrato sobre la mesa.

Mire a Sam, sorprendido.

—¿Me estás ofreciendo trabajo?

—Te estoy diciendo que tenemos un hueco que tiene tu nombre escrito —dijo Sam con calma—. Sé que estás con Vance y Vaughn. Sé que eres leal a Max. Y respeto eso. Max es familia.

—Max me sacó del infierno cuando volví del ejército —dije, sintiendo la necesidad de aclarar mi lealtad—. Me dio un propósito cuando no tenía ninguno. No puedo dejarle tirado.

—No te pedimos que le dejes tirado —intervino Sexton—. Solo decimos que... el trabajo de seguridad es reactivo. Esperas a que pase algo malo para actuar. Restaurar motos... eso es creativo. Es construir algo. A largo plazo.

Sexton me miró a los ojos, y vi al padre que quería lo mejor para el hombre que estaba con su hija.

—Quizás llegue un día en que te canses de vigilar puertas y quieras mancharte las manos de grasa otra vez. Si llega ese día... quiero que sepas que en Legend valoramos el talento. Y valoramos a la familia.

Sam asintió, reforzando las palabras de su VP.

—Piénsalo, Pax. No hay prisa. Pero encajas aquí. Tienes el temperamento, tienes el respeto de los chicos y, joder, tienes a la hija del VP loca por ti. —Sam sonrió levemente—. Solo digo que el chaleco te quedaría bien. Y el taller te necesita.

Me quedé sin palabras un momento.

La idea de trabajar en el taller, rodeado de motores, música rock y esta hermandad, en lugar de pasar las noches en la tensión constante de la discoteca... era un sueño que no me había atrevido a formular.

—Es... es un honor, Sam. De verdad —dije, sinceramente—. Ahora mismo tengo un compromiso con *Vinyl*. Pero saber que tengo esa puerta abierta... significa mucho. Más de lo que creéis.

Sam se separó del coche y me dio una palmada en el hombro.

—La puerta no está abierta, Pax. La puerta es tuya. Cuando estés listo para cruzarla, avísanos.

Sexton apagó su cigarrillo con la bota y se levantó.

—Bueno, basta de sentimentalismos. Vamos a recoger antes de que anochezca. Y Pax... —Sexton me guiñó un ojo—. No le digas a Julie que te hemos intentado robar. Max se enfadará, pero mi hija probablemente nos ayudaría a secuestrarte.

Me reí, viendo cómo se alejaban hacia el grupo.

Miré mis manos. Manos de soldado. Manos de seguridad. Pero, en el fondo, manos de mecánico.

Miré hacia Julie, que se estaba despertando y estirándose como un gato al sol.

Quizás Sexton tenía razón. Quizás el futuro no era solo vigilar la fortaleza. Quizás el futuro era construir una nueva.

CAPITULO 19

Julie

El SUV de Pax olía a cuero nuevo y a esa colonia sutil, mezcla de madera y cítricos, que él usaba y que a mí me provocaba una adicción peligrosa.

Estábamos en camino a nuestra primera "cita oficial". No una barbacoa del club, no un turno de trabajo compartido, no una cena rápida de comida para llevar en su encimera. Una cita de verdad. Restaurante con reserva, ropa elegante (yo llevaba un vestido azul noche que sabía que le gustaba) y la promesa de una noche solo para nosotros.

Pax conducía con una mano en el volante, relajado pero atento, mientras su otra mano estaba entrelazada con la mía sobre la consola central. Su pulgar acariciaba mis nudillos en un ritmo constante y tranquilizador.

—Tengo que contarte algo —dijo de repente, rompiendo el suave sonido del jazz que sonaba en la radio.

Me giré en el asiento para mirarle. Su perfil, iluminado por las luces de la ciudad que pasaban fugaces, estaba serio. No preocupado, pero sí reflexivo.

—Suena misterioso. ¿Es algo bueno o tengo que preparar mi kit de emergencia emocional?

Pax sonrió levemente, sin apartar la vista de la carretera.

—Es sobre Sam y tu padre. Sobre la conversación que tuvimos en el picnic del lago, mientras tú dormías la siesta con Bianca. Me

pidieron que no te dijera nada, pero la verdad es que necesito tu opinión y no quiero que haya secretos entre nosotros, por pequeños que sean.

Me tensé un poco.

—¿Te interrogaron? ¿Te amenazaron con enterrarte en el bosque si me hacías daño? Porque si es eso, es su forma de decir "te queremos".

—No fue un interrogatorio. Fue... una propuesta —Pax apretó mi mano—. O algo parecido. Insinuaron que debería unirme a Legend.

Me quedé helada. Abrí la boca, pero no salió ningún sonido al principio.

—¿Que te unas? —repetí, atónita—. ¿Cómo miembro?

—Sam dijo que el chaleco me quedaría bien. Y Sexton mencionó que necesitan a alguien que se haga cargo de la división de restauración de clásicas en el taller. Dijeron que tengo las manos y el temperamento para ello.

Solté el aire que contenía en un suspiro largo y emocionado.

—¡Guau! Pax, eso es... eso es enorme.

—Lo sé —Pax frunció el ceño, pensativo—. Normalmente no funciona así, ¿verdad? Según tengo entendido, los aspirantes tienen que arrastrarse, pedir permiso, casi suplicar para que se les considere. Que el Presidente y el VP te abran la puerta así...

—Es una muestra de respeto gigantesca —le aseguré, apretando su mano con fuerza—. Mi padre no regala nada. Y Sam menos. Si te lo han dicho, es porque te ven como a un igual. Te ven como a un hermano.

Pax asintió, absorbiendo mis palabras.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó, girando la cabeza un segundo para mirarme a los ojos—. Sé que esto implicaría... cambios.

—Yo pienso que sería increíble —admití, sin poder ocultar la sonrisa—. Amo el club, Pax. Es mi familia. La idea de que tú fueras parte de eso oficialmente, de que llevaras el parche... me hace sentir un orgullo que no me cabe en el pecho.

Le acaricié el brazo, sintiendo el músculo bajo la chaqueta.

—Pero no se trata de mí. Se trata de ti. ¿Cómo te sientes tú con eso?

Pax volvió a mirar la carretera. Hubo un silencio largo, cómodo.

—Me siento halagado —dijo finalmente, con honestidad brutal—. Jamás me lo había planteado. Para mí, el club era vuestro mundo, y yo solo era el invitado. Pero cuando lo dijeron... cuando Sam habló de la hermandad... algo hizo clic.

Suspiró, pasando el pulgar por el volante.

—Se siente correcto, Julie. Se siente como si fuera el siguiente paso lógico. Pero también soy realista. Tengo treinta y dos años. Soy un ex-Ranger con mando en plaza. La idea de volver a ser un recluta, de pasar por la etapa de prospecto... limpiar baños, hacer guardias de novato, aguantar las novatadas de tipos a los que podría desarmar en tres segundos...

Hizo una mueca.

—No sé si estoy en el momento vital para tragarme ese orgullo. Ya pasé por eso en el ejército. Ya me gané mis galones. Volver a empezar desde abajo sería... difícil.

Entendía perfectamente lo que decía. Pax era un líder nato, un hombre hecho y derecho, respetado en su campo. Ponerse el chaleco de *Prospect* y ser el chico de los recados durante un año o más... era un trago amargo para un ego militar como el suyo.

—Lo entiendo —dije suavemente—. Y tienes razón. El prospectaje es duro. Es una prueba de humildad. Pero también te digo una cosa: Sam y papá saben quién eres. Saben que no eres un chaval de veinte años que busca identidad. Si entras... el proceso será duro, sí, pero será diferente. Te respetarán.

Me incliné hacia él, apoyando mi cabeza en su hombro mientras conducía.

—Escucha, Pax. No voy a presionarte. Tienes tu trabajo en *Vinyl*, tienes tu vida. Si decides que no quieres hacerlo, te apoyaré al cien por cien. Y si decides que quieres intentarlo... estaré ahí para

limpiarte las botas y recordarte que eres el prospecto más sexy de la historia.

Pax soltó una carcajada grave que retumbó en mi oído.

—Gracias, *Sunshine*.

—De nada. Solo digo la verdad.

—Voy a pensarlo —concedió Pax, besando mi pelo—. No voy a tomar una decisión impulsiva. Tengo una lealtad hacia Max que debo honrar primero. Pero me gusta la idea. Me gusta mucho la idea de construir motos y tener una familia que no intente apuñalarme por la espalda.

—Ese es el espíritu Legend —susurré, cerrando los ojos y disfrutando del momento.

El coche siguió avanzando hacia la ciudad, llevándonos a nuestra cena, pero yo sentía que en realidad nos llevaba hacia un futuro mucho más grande. Un futuro donde Pax no solo era mi pareja, sino mi hermano de armas.

◆ ◆ ◆

El lugar no tenía un letrero de neón llamativo, ni un aparcacoches con uniforme. De hecho, si parpadeabas, te lo perdías. Estaba escondido en el bajo de un edificio de ladrillo antiguo, pero en cuanto Pax abrió la puerta, el olor a cardamomo, cordero asado y pan recién horneado me envolvió como un abrazo cálido.

Era pequeño, con apenas diez mesas, decorado con tapices coloridos y lámparas de latón que proyectaban sombras geométricas en las paredes.

—¿Cómo conoces este sitio? —pregunté, mientras nos adentrábamos en el local.

—Mi abuelo me traía —dijo Pax en voz baja, con una mano protectora en mi espalda—. El dueño, Walid, arreglaba su coche a cambio de asesoramiento legal gratuito de Martin. Es el mejor cordero de la ciudad.

Apenas habíamos dado dos pasos cuando una camarera joven, con el pelo rizado recogido en una coleta alta y una energía que vibraba a mil revoluciones, se nos acercó. Llevaba una bandeja vacía contra el pecho y, al vernos, sus ojos se abrieron como platos.

—¡Hola! Bienvenidos a... —Se detuvo en seco, mirándonos de arriba abajo. Su mirada saltó del traje impecable de Pax a mi vestido azul, y luego a la forma posesiva en que Pax me sujetaba—. ¡Guau!

Pax frunció el ceño ligeramente, su modo defensivo activándose ante la reacción exagerada.

—¿Mesa para dos? —preguntó él, con su voz grave y cortante.

La camarera parpadeó, saliendo del trance, y soltó una risita nerviosa y encantada.

—Sí, claro. Mesa para dos. O para una sesión de fotos. Madre mía, sois la pareja más guapa que ha entrado aquí en meses. ¿Sois famosos? Tienes cara de salir en películas de acción —le dijo a Pax, señalándole con un dedo acusador pero divertido—. De esos que no hablan pero explotan cosas.

Pax se quedó rígido, sin saber qué hacer con el cumplido. Me miró buscando ayuda. Yo me mordí el labio para no reírme a carcajadas.

—No somos famosos —intervine, guiñándole un ojo a la chica—. Él es mi guardaespaldas. Es muy serio. No le gustan las fotos.

La chica —cuyo nombre, según la chapa, era Samira— se rio entusiasmada.

—¡Me encanta! ¡Misterioso! Venid por aquí, os daré la mejor mesa, la del rincón. Es más romántica. Y más privada para... bueno, para miraros mutuamente.

Nos llevó a una mesa apartada, con velas y cojines cómodos. Mientras nos sentábamos, Samira seguía parloteando sobre lo bien que combinaba mi vestido con la corbata de Pax.

—Os traigo la carta, o...

—El menú degustación de Walid —pidió Pax, interrumpiéndola suavemente para que dejara de analizar nuestra genética—. Y té de

menta.

—¡Oído! Enseguida vuelvo, guapos —Samira se alejó casi dando saltitos, echando una última mirada a Pax y suspirando.

Pax soltó un suspiro largo y se aflojó un poco la corbata.

—Esa mujer tiene demasiada energía. Es agotador.

—Es adorable —le corregí, estirando la mano sobre el mantel para coger la suya—. Y tiene razón. Hacemos buena pareja. Acostúmbrate a que nos miren, *Blackbird*.

La cena fue espectacular. Bandejas de *hummus*, *baba ganoush*, *kibbeh* y cordero se sucedieron. Comimos despacio, disfrutando de la privacidad y de la comida casera.

Entre bocado y bocado, la conversación fluyó hacia terrenos que nunca habíamos tocado en profundidad.

—¿Cómo fue? —preguntó Pax, limpiando un trozo de pan de pita —. Crecer en el club. Siempre me lo he preguntado. Para alguien de fuera parece... caótico.

—Lo era —admití, sonriendo con nostalgia—. Pero era un caos seguro. Tenía treinta tíos que habrían matado a cualquiera que me hiciera llorar. Aprendí a andar en moto antes que en bici. Aprendí a distinguir el sonido de una Harley del de una Honda a los seis años. Pero... mi madre no pudo con ello.

Pax dejó el vaso de té.

—¿Se fue?

—Se divorciaron cuando yo tenía doce años. Ella quería una vida normal. Vallas blancas, perro, marido que llega a casa a las seis de la tarde y no huele a gasolina y pólvora. Quería que yo fuera con ella, pero... yo soy hija de mi padre. Elegí quedarme.

—¿La ves a menudo?

—No tanto como me gustaría. Vive en Florida. Se volvió a casar con un contable, se divorció otra vez, y ahora vive feliz con sus gatos y su jardín. La quiero mucho, Pax. Hablamos cada semana. Pero la echo de menos.

Pax me miró, con esa intensidad tranquila que me derretía.

—Deberíamos ir.

Me atraganté levemente con el té.

—¿Qué?

—Deberíamos ir a verla. A Florida. —Pax se encogió de hombros, como si fuera lo más obvio del mundo—. En cuanto podamos cogernos unos días en *Vinyl*. Max nos debe vacaciones. Quiero conocerla. Y creo que a ella le gustaría ver que has encontrado a alguien que... bueno, que huele a gasolina y pólvora, pero que llega a casa a cenar.

Sentí un nudo en la garganta. No era solo una propuesta de viaje. Era una declaración de intenciones a largo plazo.

—Le vas a encantar —susurré—. Sobre todo si le pones esa cara de chico bueno que usas con Erin.

Samira apareció de la nada para rellenar los vasos, interrumpiendo el momento con su entusiasmo chispeante.

—¿Todo bien? ¿Necesitáis algo? ¿Más pan? ¿Un abanico para bajar el calor de esta mesa? —bromeó, guiñándome un ojo descaradamente.

—Estamos bien, gracias —gruñó Pax, aunque vi que la comisura de su labio temblaba intentando no sonreír.

Cuando Samira se fue, Pax se puso más serio. Su mirada se perdió un momento en la llama de la vela.

—Ojalá tú hubieras podido conocer a Martin mejor —dijo suavemente—. Él fue mi salvación.

—Papá me dijo que era un gran hombre.

—Lo era. Él fue el único que me vio de verdad. En esa casa... con mi padre y Victoria... yo era invisible o era un estorbo. Mi padre... —Pax apretó la mandíbula—. Mi padre es un hombre pequeño. Y no hablo de estatura. Se hizo pequeño para que Victoria cupiera con todo su ego. La dejó tomar el control, la dejó manipularnos, la dejó... hacerme lo que me hizo.

Pax levantó la vista y sus ojos negros brillaron con una determinación feroz.

—Verlos a ellos, ver esa dinámica tóxica donde él cedía su dignidad por una falsa paz... me enseñó todo lo que necesitaba saber.

—¿Qué te enseñó? —pregunté, acariciando sus dedos.

—Me enseñó qué clase de hombre NO quería ser —dijo con firmeza—. Me prometí que jamás sería débil. Que jamás dejaría que nadie me controlara o me hiciera sentir menos. Y que si alguna vez amaba a alguien... la protegería con mi vida, pero nunca dejaría de ser yo mismo.

Me miró, y su expresión se suavizó.

—Durante mucho tiempo, pensé que para no ser como él, tenía que estar solo. Pensé que el amor te hacía débil, como a él. Pero contigo me siento más fuerte.

—No eres como él, Pax —le aseguré, apretando su mano—. Eres el hombre más íntegro que conozco. Y Martin estaba muy orgulloso de ver en quién te has convertido.

Pax asintió, tragando saliva emocionado.

En ese momento, Samira volvió a materializarse con una bandeja de postres que no habíamos pedido.

—*Baklava*. Invita la casa —anunció radiante, dejando el plato lleno de miel y pistachos—. Walid dice que le recordáis a tiempos felices. Y yo digo que tenéis que comer dulce para mantener esa energía —Miró a Pax—. En serio, sonríe un poco, grandullón. Tienes a la chica más guapa del local.

Pax me miró. Y por primera vez en toda la noche, ignoró su incomodidad, ignoró su seriedad y soltó una sonrisa abierta, brillante y real, dedicada solo a mí.

—Tiene razón —dijo Pax, cogiendo un trozo de baklava y ofreciéndomelo—. Tengo a la chica más guapa. Come, *Sunshine*.

◆ ◆ ◆

Pax aparcó el SUV frente a una nave industrial de aspecto anónimo, mordiéndose el interior de la mejilla. Parecía un hombre a punto de confesar que guardaba cadáveres en el sótano.

—Vale —dijo, apagando el motor pero sin soltar el volante—. Esto es... algo que me gusta hacer. Es un ejercicio de agilidad mental y resolución de problemas bajo presión. Pero requiere un binomio. Y nunca he tenido a nadie con quien quisiera venir.

Me giré hacia él, con la curiosidad picándome la piel.

—¿Vamos a un club de la lucha ilegal? ¿Al tiro al plato?

—No. —Pax carraspeó, un leve rubor subiendo por su cuello por encima del cuello de la camisa—. Vamos a una *Escape Room*.

Parpadeé. Y luego solté una carcajada de puro deleite.

—¿Me estás diciendo que el ex-Ranger, el hombre que vive evaluando amenazas reales, se relaja pagando para que le encierren en una habitación falsa y le obliguen a buscar llaves de plástico?

Pax me miró, con esa mezcla de vergüenza y orgullo desafiante.

—Es estimulante, Julie. Y soy muy bueno. Pero los grupos aleatorios son un desastre táctico. Nadie sabe comunicarse.

—Oh, Dios mío. Eres un *friki* —me incliné y le besé ruidosamente en la mejilla—. Me encanta. Vamos a destrozar ese récord.

Diez minutos después, estábamos dentro de "La Cámara Acorazada del Banco". El *Game Master*, un chico con gafas y camiseta de Star Wars, nos dio las instrucciones con voz monótona, pero Pax escuchaba como si fuera el *briefing* de una misión en Siria.

En cuanto la puerta se cerró y el cronómetro rojo de la pared empezó a descontar desde 60:00, Pax se transformó.

—Vale, *Sunshine*. Procedimiento estándar. Barrido perimetral. Tú busca patrones numéricos y texto. Yo busco mecanismos ocultos y objetos físicos.

—¡A la orden, sargento! —bromeé, yéndome hacia los cuadros de la pared.

Lo que siguió fue una danza frenética y perfecta.

Mientras yo descifraba un código Morse oculto en los lomos de unos libros falsos, Pax desmontaba (literalmente) una rejilla de ventilación falsa que escondía una linterna UV.

—¡Tengo luz ultravioleta! —anunció Pax.

—¡Tengo el código de colores del cuadro! —grité yo—. Enfoca la luz en el mapa del escritorio.

Pax obedeció al instante. Sin dudar. Sin preguntar por qué. Simplemente confiaba en mi juicio.

—Coordenadas —leyó Pax—. 34, 88, 12. Es la combinación de la caja fuerte.

Corrí a la caja, metí los números. Se abrió.

—¡Dentro! Tenemos una llave magnética y... ¿un puzle de ajedrez?

—Déjame el ajedrez —dijo Pax, acercándose—. Mi abuelo me enseñó jugadas maestras. Tú revisa los cables de esa bomba falsa. ¿Cuál se corta?

—Según la nota del "ladrón anterior", el azul es trampa. Tiene que ser el amarillo.

—Corta el amarillo, Jules. Confío en ti.

—¿Y si explotamos?

—Entonces moriremos abrazados en una nave industrial llena de atrezo barato. Corta el cable.

Tiré del cable amarillo. La luz de la bomba pasó de rojo a verde y una puerta secreta se abrió en la estantería.

—¡Bingo! —chocamos las manos al pasar corriendo a la siguiente sala.

Nos movíamos como una sola mente. Donde a él le fallaba la paciencia para leer acertijos largos, yo entraba. Donde a mí me faltaba altura o fuerza para alcanzar una palanca, él me levantaba por la cintura sin dejar de calcular la siguiente jugada.

Nos reíamos, nos gritábamos instrucciones, nos lanzábamos pistas. Era una descarga de adrenalina compartida, una intimidad intelectual que me excitaba tanto como el sexo.

Llegamos al puzle final. Dos llaves que debían girarse simultáneamente en extremos opuestos de la habitación.

—¡A la de tres! —ordenó Pax, con la mano en su llave, mirándome a los ojos desde el otro lado de la sala con una intensidad abrasadora—. Uno... dos... ¡TRES!

Giramos.

La puerta de salida se abrió con un zumbido magnético.

Miramos el cronómetro.

34:15.

Salimos al pasillo, jadeantes y eufóricos. El *Game Master* nos miraba con la boca abierta.

—Eh... acabáis de batir el récord del mes por diez minutos —dijo el chico—. Parecíais... profesionales.

Pax me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia su costado, dándome un beso en la sien. Estaba radiante, con esa sonrisa de satisfacción infantil que rara vez mostraba.

—Somos un buen equipo —dijo Pax, orgulloso.

—El mejor —confirmé, pasando mi brazo por su cintura—. Pero la próxima vez, Pax, no intentes desmontar las bisagras de la puerta con un clip. Creo que eso no era parte del juego.

—Era una debilidad estructural, Julie. Tenía que comprobarlo.

—Eres imposible —me reí, poniéndome de puntillas para besarle en la boca, allí mismo, delante del chico de las gafas y del ranking de puntuaciones—. Y eres mi friki favorito.

Pax me devolvió el beso, y supe que habíamos desbloqueado algo más que una puerta magnética. Habíamos desbloqueado la certeza absoluta de que, nos pusieran el obstáculo que nos pusieran delante, sabríamos cómo desactivarlo juntos.

CAPITULO 20

Pax

La alarma no había sonado todavía, pero yo ya estaba despierto. Era un hábito militar que ni siquiera la mejor noche de sexo de mi vida podía borrar.

Sin embargo, a diferencia de todas las mañanas de los últimos diez años, no salté de la cama para hacer flexiones. Me quedé quieto, respirando el aroma a caramelo y sexo que impregnaba las sábanas de color gris carbón.

Julie dormía con la cabeza apoyada en mi pecho, una pierna entrelazada con las mías y una mano descansando sobre mi corazón, como si quisiera asegurarse de que seguía latiendo.

La miré. El pelo castaño revuelto sobre la almohada, los labios ligeramente hinchados, la curva suave de su hombro desnudo.

Sentí una oleada de posesividad tan intensa que me dolió físicamente. La deseaba. De nuevo. A pesar de que nos habíamos quedado dormidos a las tres de la madrugada tras una segunda ronda exhaustiva.

Deslicé mi mano por su espalda desnuda, trazando la línea de su columna. Ella se removió, soltando un gemido suave, y abrió un ojo.

—Es ilegal tener tanta energía por la mañana, *Blackbird* —murmuró con voz ronca.

—No me he movido —susurré, besando su frente.

—Tus pensamientos hacen ruido. Estás pensando en cosas sucias o en logística. Conociéndote, probablemente en una mezcla de las

dos.

Sonreí, atrapando su labio inferior con el mío en un beso lento.

—Culpable. Estaba calculando cuánto tiempo tenemos antes de que tengas que irte y si es suficiente para demostrarte otra vez cuánto me gustas.

Julie sonrió contra mi boca, desperezándose como un gato.

—Mmm... tentador. Pero tengo que pasar por mi casa. Necesito ropa limpia para el turno de esta noche y tengo que alimentar a mi planta, que probablemente me odia por abandonarla dos días seguidos.

Se incorporó, cubriéndose el pecho con la sábana, aunque yo ya me sabía cada centímetro de su piel de memoria.

—¿Tú qué vas a hacer hoy? —preguntó ella mientras buscaba su ropa interior dispersa por el suelo.

Mi buen humor se nubló ligeramente. Me senté en el borde de la cama, frotándome la cara.

—Tengo una reunión con los abogados del fideicomiso a las diez —hice una mueca—. Al parecer, ha llegado una notificación legal de parte de mi padre. Nada grave, supongo. Seguramente está intentando regatear por alguno de los coches antiguos o alguna propiedad menor que Martin dejó fuera de su alcance.

—¿Quieres que vaya contigo? —ofreció Julie, deteniéndose con su vestido en la mano.

—No hace falta, *Sunshine*. Son trámites aburridos. Firmas, jerga legal y café malo en una sala de juntas con una mesa demasiado grande —me levanté y fui hacia ella, rodeándola por la cintura—. Ve a casa, descansa un poco. Nos vemos en *Vinyl* para el turno de tarde.

—Vale —me dio un beso rápido—. Pero si tu padre se pone pesado, llámame. Tengo un máster en lidiar con hombres tercos.

◆ ◆ ◆

El despacho de mis abogados tenía unas vistas impresionantes del lago Michigan, pero el ambiente dentro de la sala de conferencias era gélido.

Estaba sentado frente a Robert Sterling, el albacea de confianza de mi abuelo Martin. Sterling era un hombre de sesenta años, meticuloso y honesto, lo cual era una rareza en su profesión. A su lado había dos asociados jóvenes que evitaban mirarme a los ojos.

—Dímelo claro, Robert —dije, cruzándome de brazos—. ¿Qué quiere Daniel ahora? ¿El Cadillac? ¿La casa de verano?

Sterling suspiró, quitándose las gafas de lectura y dejándolas sobre la carpeta de cuero.

—Ojalá fuera eso, Pax. Es más complicado.

Empujó un documento grueso hacia mí.

—Tu padre ha presentado una demanda formal para impugnar la validez del testamento de Martin —explicó Sterling con voz grave—. Alega "falla de capacidad testamentaria" e "influencia indebida".

Sentí cómo la sangre me subía a la cabeza, caliente y rápida.

—¿Qué coño significa eso?

—Significa que está argumentando ante el juez que Martin no estaba en sus cabales cuando redactó su última voluntad. Sostiene que Martin sufría demencia senil no diagnosticada y que tú te aprovechaste de su estado vulnerable para coaccionarlo y obligarlo a desheredar a su propio hijo.

Me levanté de golpe, tirando la silla hacia atrás.

—¡Eso es mentira! —rugí, golpeando la mesa con el puño—. ¡Martin estaba más cuerdo que todos nosotros juntos! ¡Jugábamos al ajedrez dos días antes de que muriera! ¡Sabía exactamente lo que hacía!

—Lo sé, Pax. Y tú lo sabes —Sterling levantó las manos en un gesto apaciguador—. Pero la ley es un mecanismo lento. Tu padre ha presentado declaraciones juradas de un médico privado que

sugieren un deterioro cognitivo. Y basándose en eso, ha solicitado una orden judicial preliminar.

—¿Una orden para qué?

—Para congelar los activos —soltó la bomba Sterling—. Esta mañana, el juez ha concedido una medida cautelar. Todos los bienes del fideicomiso están bloqueados. Las cuentas bancarias de la herencia, las propiedades... y lo más importante: la donación al Hospital Chicago Mercy.

Me quedé helado.

—¿La donación?

—Sí. La transferencia de los diez millones de dólares para el ala de psiquiatría ha sido paralizada. Hasta que el tribunal resuelva si el testamento es válido o no, no podemos mover ni un centavo del dinero de Martin.

Me pasé una mano por el pelo, caminando de un lado a otro de la sala como un animal enjaulado.

No me importaba el dinero para mí. Yo tenía mi sueldo, la herencia de mi madre, mis ahorros y mi vida sencilla. Pero la donación... eso era el legado de Martin. Era su forma de pedir perdón, de ayudar a gente que sufría lo que él vio sufrir a otros.

Bloquear eso era un golpe bajo. Era sucio. Era puro estilo Daniel Paxton.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté, apretando los dientes.

—El proceso de impugnación en Illinois puede ser largo —admitió Sterling con pesar—. Meses. Quizás un año si consiguen arrastrarlo con apelaciones. Tienen derecho al descubrimiento de pruebas, a interrogar testigos... Es una táctica de desgaste, Pax. Saben que no tienen un caso sólido para ganar el juicio final, pero tienen suficiente para bloquearte la vida y forzarte a negociar.

—¿Negociar? —Me giré hacia él, con una risa fría—. ¿Quieren que les dé una parte para que retiren la demanda?

—Exactamente. Quieren un acuerdo extrajudicial.

Miré por la ventana, hacia la ciudad gris y ventosa. Pensé en la sonrisa depredadora de Victoria, en la debilidad cobarde de mi padre. Pensaban que podían quebrarme con burocracia. Pensaban que, como quería evitar el escándalo, les daría el dinero para que se callaran.

No me conocían.

—No —dije, girándome hacia Sterling—. No van a ver ni un centavo. Ni uno.

—Pax, el litigio será costoso y público...

—Me da igual. Martin quería que ese dinero fuera para ayudar a enfermos mentales, no para financiar los abrigos de piel de Victoria. Prepara la defensa, Robert. Vamos a ir a juicio. Y voy a demostrar que mi padre es un mentiroso, aunque me cueste hasta el último dólar de mi propio bolsillo.

Salí del despacho sin despedirme, con la furia zumbando en mis oídos. No era un ataque físico, pero dolía más. Estaban intentando manchar la memoria del único hombre decente de esa maldita familia. Y eso significaba guerra.

◆ ◆ ◆

El cambio de escenario fue un choque para mis sentidos.

Hacía apenas unas horas estaba respirando el aire viciado de la sala de juntas de *Sterling & Partners*, lidiando con la traición de mi padre a la memoria de mi abuelo. Ahora, estaba inmerso en el latido frenético de *Vinyl*. Luces estroboscópicas, graves que te sacudían el esternón y el olor a perfume caro, alcohol y sudor colectivo.

Hice mi primera ronda perimetral, comprobando las salidas de emergencia y saludando a los porteros con una inclinación de cabeza. Todo estaba en orden.

Me dirigí a la barra principal. Necesitaba verla. Necesitaba recordar por qué seguía peleando.

Julie estaba allí, en el ojo del huracán, coordinando a tres camareros mientras servía dos cócteles simultáneamente. Llevaba el pelo recogido y ese brillo de eficiencia en los ojos que me fascinaba.

Al verme acercarme, dejó lo que estaba haciendo un segundo. No nos escondíamos. Me incliné sobre la superficie pegajosa de la barra y la besé.

Fue un beso breve, pero cargado de necesidad. Un ancla en medio de la tormenta.

—Hola, extraño —dijo Julie al separarnos, sonriendo, aunque sus ojos escaneaban mi cara buscando señales de daño—. Llegaste directo al turno. No te he visto en todo el día. ¿Cómo fue con los abogados?

Se secó las manos en un trapo, mirándome con expectación.

—Mal —resumí, acercándome a su oído para que me oyera por encima de la música—. Mi padre ha impugnado el testamento. Alega que Martin tenía demencia y que yo le manipulé.

Julie abrió la boca, indignada.

—¡Eso es mentira!

—Lo es. Pero han conseguido que un juez congele todos los activos. El dinero, las propiedades, la donación al hospital... todo está bloqueado hasta que se resuelva el juicio. Quieren asfixiarme financieramente para que pacte.

Julie me agarró la mano sobre la barra, apretándola con fuerza.

—No les vas a dar ni un centavo, ¿verdad?

—Ni uno —aseguré—. Vamos a pelear. Va a ser largo y sucio, pero no voy a dejar que manchen el nombre de mi abuelo.

—Estoy contigo, Pax. En lo que sea.

—Lo sé —Le acaricié la mejilla con el pulgar, sin decir nada más.

—Hablamos en casa. Vete, soldado. Estás bloqueando el grifo de cerveza y tengo sedientos esperando.

Me guiñó un ojo y volvió al trabajo.

Me alejé de la barra y subí a la pasarela superior, mi lugar habitual de vigilancia. Desde allí tenía una vista de águila de toda la pista. Me apoyé en la barandilla de metal, cruzando los brazos, intentando centrarme en la seguridad de *Vinyl*.

—Sam Tucker dice que eres un tipo difícil de convencer.

No me giré. Conocía esa voz mejor que la mía.

Max Vaughn se colocó a mi lado, apoyándose también en la barandilla. Llevaba una camisa blanca remangada y parecía relajado, observando a la multitud con esa calma de depredador que caracterizaba a los dueños de la noche.

Me tensé. Sabía por dónde iba.

—¿Hablaste con Sam?

—Me llamó esta tarde —Max miró a la pista de baile—. Me dijo que en el lago te ofrecieron el paquete completo. El taller, el parche, la hermandad. Y que tú les dijiste que no.

Me giré para mirarle. Max no parecía enfadado. Parecía... ¿reflexivo?

—Les dije que no por el momento —aclaré—. Sam sabe que mi lealtad está aquí, Max. Tú me sacaste de la calle. Me diste este trabajo cuando volví del ejército hecho un desastre. No voy a dejarte tirado para irme a jugar a los moteros.

Max se rio suavemente. Se giró hacia mí y me puso una mano en el hombro.

—Pax, escúchame bien. Tú no me debes nada.

—Te lo debo todo.

—No —cortó Max, y su tono se volvió serio, fraternal—. Hiciste tu trabajo. Has protegido este club como si fuera tuyo durante años. Has protegido a mi gente. Has protegido a Julie. Esa deuda está pagada con creces, amigo mío.

Apretó mi hombro con firmeza.

—La lealtad no es una cadena, Pax. No te una oportunidad aquella noche para que fueras mi empleado eterno. Te ayudé porque

eras un buen hombre que necesitaba un empujón. Lo que yo quiero... lo único que quiero a cambio... es verte feliz.

Señaló hacia la barra, donde Julie reía con un cliente habitual.

—Mira eso. Tienes a la chica. Tienes el talento para las motos que Sexton tanto elogia. Si tu felicidad está en ese taller y rodando con Legend... entonces tu lealtad hacia mí debería consistir en ir a buscar esa felicidad. No en quedarte aquí vigilando borrachos por culpa.

Me quedé sin palabras. La generosidad de Max era algo que, incluso después de años, me costaba procesar.

—No sé si estoy listo para dejar esto —admití, mirando el club—. Esto es... seguro. Es lo que conozco. Y ahora, con el juicio de mi padre encima, necesito estabilidad.

—La seguridad está sobrevalorada —sonrió Max—. Y sobre el juicio... si necesitas algo, abogados, dinero, testigos de carácter... sabes que mis hermanos y yo estamos detrás de ti.

Max me dio una palmada en la espalda y se alejó hacia su oficina.

—Piénsalo, Pax. No te estoy despidiendo. Te estoy liberando. Tómate tu tiempo, pero no uses la deuda como excusa para no volar.

Me quedé allí, solo en la pasarela, mirando hacia abajo.

Max tenía razón. La jaula de la deuda estaba abierta. Ahora tenía dos frentes abiertos: una guerra legal contra mi pasado y una decisión vital sobre mi futuro. Y en medio de todo eso, estaba Julie, la única certeza que tenía.

Me quedé pensativo, sabiendo que, tarde o temprano, tendría que elegir mi camino.

◆ ◆ ◆

La ciudad a esta hora era un esqueleto de hormigón y luces ámbar.

Rodaba a unos quince metros detrás del sedán de Julie, manteniendo una distancia de seguridad. El aire frío de la madrugada me golpeaba la cara, limpiando el humo y el ruido del club de mi sistema.

Me gustaba verla conducir. Julie conducía con decisión, señalizando cada giro, atenta a los retrovisores. Era competente en todo lo que hacía.

El semáforo en el cruce con la calle Addison se puso en verde. Julie cruzó. Yo aceleré mi Panhead suavemente para seguirla.

Fue entonces cuando lo vi por el espejo retrovisor.

Unos faros halógenos, brillantes y cegadores, acercándose por el carril izquierdo a una velocidad muy superior al límite legal.

Un sedán oscuro. Grande.

Instintivamente, me pegué al lado derecho de mi carril para dejarle paso, asumiendo que era algún trasnochador con prisa o un borracho volviendo a casa.

Pero el coche no pasó de largo.

Justo cuando estaba a mi altura, el sedán dio un volantazo brusco hacia la derecha. Hacia mí.

No fue un desvío. Fue una embestida.

—¡Joder! —El grito se me ahogó en la garganta.

Mis reflejos, entrenados para esquivar emboscadas, tomaron el mando antes de que mi cerebro procesara el miedo. Clavé los frenos y tiré del manillar hacia la derecha, sacando la moto de la carretera.

La Panhead derrapó violentamente sobre la gravilla del arcén. El chasis metálico del sedán pasó a centímetros de mi pierna izquierda. Sentí el desplazamiento de aire, el calor del motor y el olor a goma quemada.

Luché por mantener el equilibrio. La rueda trasera culeó, buscando tracción en la tierra suelta. Puse un pie en el suelo con

fuerza, sintiendo el impacto en el tobillo, y logré estabilizar la moto justo antes de chocar con un poste de la luz.

El sedán no paró. Ni siquiera frenó. Aceleró, saltándose el semáforo en rojo y desapareciendo en la oscuridad de la avenida.

Delante de mí, vi las luces de freno del coche de Julie encenderse como dos ojos rojos de pánico. Ella había visto la maniobra por el retrovisor. Detuvo su coche en el arcén unos metros más adelante y salió corriendo antes de apagar el motor.

—¡Pax! —Su grito resonó en la calle vacía.

Apagué la moto y bajé la pata de cabra, mis manos temblando ligeramente por la descarga de adrenalina pura. Me quité el casco justo cuando Julie llegaba a mi lado.

—¡Dios mío! —Julie me agarró los brazos, escaneándome frenéticamente—. ¿Estás bien? ¿Te ha dado? ¡He visto cómo se te echaba encima!

—Estoy bien —dije, aunque mi corazón bombeaba como un martillo neumático—. No me ha tocado. Por poco.

—¡Maldito borracho! —exclamó Julie, girándose hacia la dirección por donde había huido el coche, furiosa—. ¡Imbécil! ¡Podría haberte matado! ¡Ni siquiera ha parado! Ojalá se estampe contra un muro.

Julie estaba temblando de rabia, asumiendo lo lógico. Toda la situación se explicaba por un conductor ebrio, un idiota despistado, un accidente de tráfico a las cuatro de la mañana.

Pero yo me quedé quieto, mirando la oscuridad.

Mi mente de analista empezó a rebobinar la cinta.

El coche no había zigzagueado antes de llegar a mi altura. Había mantenido una línea recta perfecta hasta el momento del impacto. Y el volantazo... había sido seco, calculado. Justo en el momento en que yo no tenía escapatoria fácil.

Pensé en el ladrón del callejón de hace unos días. Un chaval con una navaja que parecía demasiado nervioso. Pensé en la demanda de mi padre que había llegado hoy. La congelación de activos. La guerra declarada.

«Una vez es un accidente. Dos veces es coincidencia. Tres veces es una amenaza».

Esa era una de las primeras reglas que te enseñaban en inteligencia militar.

El ataque en el callejón. El ataque legal. Y ahora esto.

Demasiada coincidencia en una sola semana.

—Pax, ¿me oyes? —Julie me sacudió suavemente el brazo—. ¿Seguro que estás bien? Estás muy pálido.

Volví a la realidad y la miré. Su cara estaba llena de preocupación genuina. Pero no quería asustarla. No todavía. No hasta que estuviera seguro.

—Sí, *Sunshine*. Estoy bien —dije, forzando la voz para que sonara tranquila—. Solo ha sido el susto. Vámonos a casa. No quiero estar parado en este arcén.

—¿Puedes conducir?

—Puedo conducir.

Volví a ponerme el casco, ocultando mi expresión.

Mientras seguía a Julie el resto del camino hasta mi edificio, mi paranoia estaba al máximo nivel. Mis ojos no dejaban de barrer cada callejón, cada coche aparcado.

No había sido un borracho. Había sido un aviso. O un intento fallido.

Mi padre y Victoria habían decidido que arruinarme económicamente no era suficiente. O quizás querían asegurarse de que no llegara vivo al juicio.

Apreté los dientes bajo el casco. Si querían jugar sucio, jugaríamos sucio. Pero ahora sabía que estaba en una zona de guerra. Y en la guerra, lo primero que haces es proteger lo que más te importa.

CAPITULO 21

Pax

Mi Panhead rugió al entrar en el patio de gravilla del complejo de Legend.

No había dormido. Después del incidente en la carretera, había pasado el resto de la madrugada vigilando la calle desde la ventana de mi salón mientras Julie dormía, ajena a que había sufrido un ataque y no un accidente. O al menos esa era mi sospecha.

Aparqué la moto frente al taller. El sonido de llaves inglesas, música rock y risas masculinas llenaba el aire. Era un sonido de normalidad, de hermandad. Algo que yo anhelaba pero que ahora mismo sentía lejano.

Caminé directo hacia el edificio principal. Los prospectos que estaban limpiando motos se apartaron al verme la cara. Debía tener una expresión que incluso esos tipos duros temían.

Fui directo al despacho de Sam. Llamé brevemente. Entré y cerré la puerta tras de mí, silenciando el caos exterior.

Sam Tucker estaba revisando libros de contabilidad. Sexton Connor estaba en el sofá, afilando un cuchillo de caza con una piedra de aceite. Ambos levantaron la vista. No se sorprendieron. Me estaban esperando.

—Tienes mala cara, chico —dijo Sexton, dejando el cuchillo.

—Tenemos un problema —dije sin preámbulos, quedándome de pie en el centro de la habitación—. Anoche intentaron sacarme de la carretera en la Avenida Western. Iba detrás de Julie.

Sexton se puso de pie de un salto, su silla cayendo hacia atrás.

—¿Julie está bien?

—Ella está bien. Ni siquiera sabe que fue un ataque. Cree que fue un borracho. Pero el coche me esperó. Me buscó. Hizo una maniobra inconfundible. Fue un intento de homicidio o una advertencia muy jodida.

Sam se quitó las gafas de pasta modernas que usaba para leer, y las dejó sobre la mesa con calma, pero sus ojos se oscurecieron.

—Primero la demanda de tu padre, ahora esto. La familia Paxton juega sucio.

—Necesito ayuda —admití. Las palabras me sabían a ceniza, pero me las tragué. El orgullo no salva vidas—. No puedo estar en el juzgado peleando contra mi padre, en *Vinyl* trabajando y vigilando la espalda de Julie las veinticuatro horas. Si voy a por ellos, si voy a la ofensiva, necesito saber que mi retaguardia está cubierta, necesito saber que mi chica está segura.

—¿Qué necesitas? Sabes de sobra que Julie es Legend, así que solo dilo y tienes todos los recursos del club a tu disposición— preguntó Sam.

—Necesito que protejáis a Julie. Oficialmente. Quiero vigilancia constante sobre ella mientras yo soluciono esta mierda.

Sam asintió lentamente. Se levantó, rodeó el escritorio y se apoyó en el borde, cruzándose de brazos.

—Hecho. Sexton pondrá a un prospecto pegado a su culo día y noche. Nadie la tocará.

—Gracias.

Me di la vuelta para irme, pero la voz de Sam me detuvo.

—Espera.

Me giré. Sam me estaba estudiando.

—Te estás metiendo en una guerra, Pax. Y estás pidiendo ayuda a Legend, ya te hicimos una oferta no oficial. Creo que es hora de

que dejemos de bailar y te cuente de qué va esto realmente. Tienes que saber dónde te metes.

Sam hizo un gesto con la mano, abarcando el complejo.

—Tú ves los talleres. Ves los bares. Ves los negocios legítimos que pagan impuestos y nos dan una buena vida. Y eso es real. Pero Legend es más que eso.

Sam caminó hacia mí, invadiendo mi espacio con su presencia física imponente.

—Somos los putos basureros de esta ciudad, Pax. La policía está atada de manos por leyes de mierda, hay jueces corruptos, burocracia que convierte la vida de personas horadas en un infierno. Nosotros limpiamos esa mierda.

Su voz bajó, volviéndose más grave, más confidencial.

—Si un camello vende mierda a niños cerca de nuestros barrios, nosotros lo educamos. Si un maltratador se pasa de listo y la ley no hace nada porque no hay pruebas suficientes, nosotros le explicamos por qué eso está mal. Si un proxeneta quiere explotar mujeres en nuestras calles, nosotros le informamos que aquí no puede. Mantenemos las calles limpias para nuestra gente. Y lo más importante, las bandas saben que el territorio Legend es territorio vedado, si pasan la línea se van a encontrar con el cañón de nuestra pistola en la frente. Mantenemos la seguridad donde la ley falla.

Miré a Sexton. El padre de Julie asintió serio.

—No somos santos, Pax —dijo Sexton—. Pero tenemos un código. Protegemos a los que no pueden protegerse. Y eliminamos las amenazas que la sociedad ignora.

Sam volvió a hablar.

—Te ofrecimos el parche el otro día. Y te lo vuelvo a ofrecer ahora. No solo porque eres bueno con las motos. Sino porque eres un guerrero. Tienes el entrenamiento. Sabes lo que es una misión. Sabes lo que es necesario hacer cuando las palabras no funcionan.

Sam me señaló el pecho.

—Tu experiencia militar... tu capacidad táctica... aquí tendrían un propósito mayor que vigilar a borrachos en una discoteca. Aquí podrías marcar la diferencia. Podrías ser parte de algo que importa.

Me quedé en silencio, procesando la información.

Siempre había pensado en los MCs como rebeldes sin causa o criminales organizados. Pero lo que Sam describía... era una estructura operativa. Era como una unidad de élite que operaba en las sombras para mantener el equilibrio.

Resonó en mí. Resonó en esa parte de mi cerebro que echaba de menos tener una misión clara, un enemigo definido y reglas de combate simples. La idea de usar mis habilidades para limpiar las calles, para proteger... tenía sentido. Mucho más sentido que la vida civil un poco vacía que había estado llevando.

Sentí la tentación. Fuerte. La llamada de la hermandad.

—Lo entiendo —dije finalmente, mirando a Sam a los ojos—. Y te respeto por ello. Veo el valor de lo que hacéis. Y mentiría si dijera que no me atrae. Mi fusil ha estado cogiendo polvo demasiado tiempo.

Sam sonrió, esa sonrisa de tiburón que olía sangre.

—Entonces, ¿qué dices?

Suspiré, pasando una mano por mi pelo corto.

—Digo que no. Todavía no.

La sonrisa de Sam vaciló.

—Pax...

—Escúchame, Sam. —Di un paso adelante, con firmeza—. Tengo un blanco pintado en la espalda ahora mismo. Es muy posible que mi propia sangre me esté atacando legal y físicamente. Si entro en Legend ahora, os traigo mi guerra a vuestra casa. Y eso no es lo que hace un prospecto, ni un hermano. Un hermano protege al club, no lo usa de escudo para sus problemas personales.

Miré a Sexton.

—Primero tengo que limpiar mi desorden. Tengo que acabar con la amenaza que pende sobre mi cabeza. Tengo que asegurar mi posición legal. Cuando el polvo se asiente... cuando yo sea un hombre libre y sin cargas... entonces volveremos a hablar del chaleco.

Sexton sonrió con orgullo y me dio una palmada en el hombro sano.

—Es una respuesta honorable. Julie ha elegido bien.

Sam resopló, pero asintió con respeto.

—Está bien, soldado. Hazlo a tu manera. Limpia tu mierda. Pero recuerda que no estás solo. Tienes a Legend en la retaguardia.

—Lo sé —dije, sintiéndome más respaldado que nunca—. Ahora, por favor... poned a alguien con Julie. Yo tengo que ir a cazar.

—Dalo por hecho —prometió Sam—. Ve a por ellos. Y si necesitas deshacerte de algún cuerpo... bueno, ya sabes dónde estamos.

◆ ◆ ◆

El trayecto desde el club hasta mi apartamento había sido una tortura de paranoia. Miré cada coche, cada peatón, cada sombra. Pero llegué sin incidentes. Durante el camino una idea se había formado en mi mente. Una idea que no me gustaba demasiado y que a Julie iba a gustarle menos.

Al entrar en casa, el silencio me recibió. Julie estaba en el salón, sentada en el sofá con las piernas cruzadas, un libro en el regazo que claramente no estaba leyendo y una taza de té humeante en la mesa.

Al verme entrar, se levantó de un salto.

—¿Dónde estabas? —preguntó, con el alivio y el reproche mezclados en la voz—. Me desperté y no estabas. Te fuiste sin avisar y no has contestado llamadas

—Fui a dar una vuelta, necesitaba pensar —dije, cerrando la puerta lentamente. Me quité la chaqueta, sintiendo el peso del mundo sobre mis hombros.

Caminé hacia ella, pero me detuve antes de tocarla. Si la tocaba, mi resolución se rompería. Si la abrazaba, no podría decirle lo que tenía que decirle.

—Siéntate, Julie. Tenemos que hablar.

El tono de mi voz, frío y militar, hizo que ella se detuviera en seco. Sus ojos se entrecerraron. El instinto de la hija del VP se activó.

—No me gusta ese tono, Pax.

—Tengo noticias —me quedé de pie, manteniendo la distancia —. He estado analizando los datos: La navaja en el callejón. El coche anoche. La demanda de mi padre. No son eventos aislados. Es un patrón coordinado.

Me apoyé en la barra de desayuno, cruzando los brazos y mirándola de frente.

—Alguien está intentando hacerme daño. Mi padre y Victoria quieren quebrarme económicamente, pero alguien más... o quizás ellos mismos a través de terceros... quiere eliminarme físicamente. Supongo que quieren tenerlo todo ejecutado antes de que llegue el juicio.

Julie asintió lentamente, cruzándose de brazos. No se asustó, ni se puso histérica. Simplemente asintió como un soldado siendo informado de la situación.

—Lo sé. Lo supe cuando vi a ese coche ir a por ti anoche y luego irse como si nada. Al principio me asusté, pero luego analicé todo lo que pasó y la maniobra fue evidente.

—Es absurdo ir a la policía, no va a hacer nada útil a tiempo. Esto es una guerra privada —Me acerqué un poco a ella—. Y en una guerra, lo primero que haces es evacuar a los civiles de la zona de conflicto.

Julie se quedó muy quieta. El aire en la habitación cambió de temperatura.

—¿A dónde quieres llegar?

Odiaba cuando usaba ese tono afilado. Significaba que estaba perdiendo la paciencia.

—Hablaste de tu madre el otro día —dije, intentando sonar lógico, razonable—. De Florida. De su jardín y sus gatos. Creo que es el momento perfecto para esa visita. Deberías irte unas semanas.

—¿Que me vaya? —repitió ella, con una calma peligrosa.

—Te compraré el billete ahora mismo. Primera clase. Ve a Florida, pasa tiempo con ella. Aléjate de Chicago, aléjate de *Vinyl* y, sobre todo, aléjate de mí.

—¿Me estás echando?

—Te estoy protegiendo —gruñí, frustrado porque no lo entendiera —. ¡Soy un blanco andante, Julie! Anoche casi te sacan de la carretera solo por estar cerca de mí. Si te quedas, te van a usar para llegar a mí. O vas a ser un daño colateral. Y eso es inaceptable.

Me pasé las manos por la cara, desesperado.

—No puedo funcionar si estoy aterrorizado por ti. No puedo cazar a quien me está haciendo esto si tengo que estar mirando por encima del hombro para ver si estás a salvo. Necesito saber que estás lejos y segura.

Esperé que llorara. Esperé que discutiera con lógica.

Lo que no esperé fue que Julie soltara una carcajada incrédula y furiosa.

—Eres increíble —dijo ella, negando con la cabeza—. De verdad que eres increíble. Un genio de la seguridad y un completo idiota emocional.

Dio dos pasos rápidos y me empujó el pecho con ambas manos. No fue un empujón suave. Fue un golpe de rabia.

—¿Crees que puedes empaquetarme y mandarme a Florida como si fuera una mascota que molesta?

—No es porque molestes, es porque...

—¡Cállate! —me gritó, señalándome con el dedo índice a la cara —. ¡Ni se te ocurra, Daniel Paxton! Ni se te ocurra intentar esa mierda de "te dejo por tu propio bien" o "aléjate para que no te salpique". Eso es de cobardes y de películas malas.

—¡Es por tu seguridad! —rugí, perdiendo el control—. ¡Si te pasa algo no podré soportarlo!

—¡Pues te aguantas! —me devolvió el grito ella, sin retroceder ni un milímetro ante mi furia—. ¡Bienvenido a las relaciones adultas, Pax! ¡Bienvenido al amor! Significa que te preocupas, significa que tienes miedo. ¡Pero no significa que me excluyas cuando las cosas se ponen feas!

Se acercó más, sus ojos avellana echando chispas de fuego.

—¿Crees que soy una civil indefensa? Crecí en Legend, maldita sea. Sé lo que es una guerra. Sé lo que es el peligro. Y elegí estar contigo. Contigo. No con tu versión segura y tranquila de los domingos. Elegí el paquete completo.

Me agarró de la camiseta y tiró de mí hacia abajo hasta que nuestras caras estuvieron a centímetros.

—Si hay un blanco en tu espalda, también está en la mía. Así que deja de intentar ser el mártir solitario. No me voy a Florida. Me quedo aquí. Contigo.

—Julie, por favor... —susurré, mi voz rompiéndose.

—No —dijo ella, firme como el acero—. Ni se te pase por la cabeza hacer nada estúpido como intentar manipularme para que me vaya, o ser frío conmigo para que te deje. Porque te conozco, Pax. Veo los engranajes de tu cerebro girando. Si intentas alejarme por mi supuesto bien, te juro que nunca te lo perdonaré.

Me miró con una intensidad que me desarmó por completo.

—Somos un equipo. Me lo dijiste en el *Escape Room*. Resolvemos los problemas juntos. Tú vigilas el perímetro y yo descifro los códigos. No puedes hacer esto solo, y no voy a dejarte solo.

La miré, derrotado por su valentía. Derrotado por su terquedad. Y, joder, la amé más en ese momento que en toda mi vida.

Solté un suspiro largo y tembloroso, dejando caer la cabeza hasta apoyar la frente en su hombro. Mis brazos, que habían estado rígidamente cruzados, la rodearon por fin, apretándola contra mí con desesperación.

—Tengo miedo, Jules —confesé contra su cuello—. Tengo pánico de que te hagan daño.

Ella me acarició el pelo, suavizando su postura al instante, pasando de la furia a la ternura.

—Lo sé, *Blackbird*. Lo sé. Pero Sam y mi padre han puesto un prospecto pegado a mí, ¿verdad?

Me separé un poco para mirarla, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco a mi padre y conozco a Sam. Y te conozco a ti. Sé que fuiste a pedir refuerzos —Julie sonrió levemente—. Si tengo a un gorila de Legend vigilándome y te tengo a ti... soy la mujer más segura de Chicago. Así que deja de intentar echarme y empieza a pensar cómo vamos a ganar esta guerra. Juntos.

Asentí, rindiéndome. No podía luchar contra ella. Ella era más fuerte que yo en las cosas que importaban.

—Juntos —acepté.

La adrenalina de la discusión, el terror de casi perderla en la carretera y su desafío insolente encendieron algo primitivo en mi cerebro. La necesitaba. Pero no la necesitaba suave y dulce. La necesitaba cruda. Necesitaba marcarla, sentir que estaba viva, aquí, y que era jodidamente mía.

Me separé de su cuello y la miré a los ojos. Sus pupilas estaban dilatadas, su respiración agitada. Ella sentía el cambio de energía. Olía la tormenta.

—¿Te quieres quedar, Julie? —gruñí, mi voz bajando una octava, volviéndose oscura—. ¿Quieres la realidad completa?

No esperé respuesta.

Mis manos bajaron a sus caderas y apreté con fuerza, clavando los dedos en su carne. La levanté del suelo como si no pesara nada. Julie soltó un grito de sorpresa y enroscó las piernas alrededor de mi cintura instintivamente.

Caminé hacia el dormitorio sin dejar de mirarla, devorándola con los ojos.

Al llegar a la cama, no la deposité con cuidado. La dejé caer sobre el colchón, siguiéndola inmediatamente, mi cuerpo grande y pesado cubriendo el suyo, atrapándola.

—Tu desafío me ha puesto a mil —susurré contra su boca, mordiendo su labio inferior con fuerza.

Me arranqué la camiseta, los botones volando por la habitación. Me deshice de mis pantalones y de los suyos con una urgencia violenta, rasgando la tela de sus bragas porque mis dedos no tenían paciencia para sutilezas.

Cuando estuvimos piel con piel, el contacto fue eléctrico.

Me coloqué entre sus piernas, abriéndolas al máximo, subiendo sus rodillas hasta sus hombros para dejarla completamente expuesta, vulnerable y abierta para mí.

—Joder, eres preciosa —dije, mirando su centro húmedo y rosado —. Y estás tan mojada... tu cuerpo sabe a quién pertenece, aunque tu boca discuta.

Agarré mi polla, dura como el acero y dolorosamente palpitante, y froté la cabeza ancha contra su entrada, empapándome en sus fluidos antes de entrar.

—Mírame —ordené.

Julie me miró, con los labios entreabiertos y el pecho subiendo y bajando.

Me hundí en ella de una sola estocada brutal. Hasta el fondo. Sin avisar.

Julie gritó, arqueando la espalda, sus uñas clavándose en mis omóplatos, arañando la piel.

—¡Pax! ¡Dios...!

—Apriétame —gruñí, apretando los dientes por el placer intenso de sentir sus paredes internas estirándose para acomodarme—. Sé que te gusta grande. Sé que te gusta sentirme llenándote por completo.

Empecé a bombear. No había ritmo suave esta vez. Eran embestidas secas, profundas, castigadoras. El sonido de nuestra piel chocando resonaba en la habitación, mezclado con sus gemidos y mis gruñidos.

—Dilo —exigí, agarrándole las muñecas e inmovilizándolas contra el cabecero, dominándola por completo—. Di de quién eres.

—¡Soy tuya! —gritó ella, moviendo las caderas para buscar más fricción, más contacto—. ¡Tuya, Pax! ¡Solo tuya!

—Eres mi puta dueña, Julie, pero ahora mismo... —Me retiré casi del todo y volví a empotrarla con fuerza, golpeando su punto dulce con una precisión despiadada—. Ahora mismo yo mando. No te vas a ir a ningún lado. Voy a follarte hasta que se te olvide tu nombre, hasta que solo sepas el mío.

—¡Sí! ¡Más fuerte, Pax! ¡No pares!

La visión de Julie deshaciéndose bajo mi peso, con la cara congestionada de placer y el cuerpo entregado a mi dominio, rompió mis últimas barreras.

Solté una de sus manos para bajar la mía entre sus piernas, encontrando su clítoris hinchado. Lo froté con el pulgar, rudo y rápido, mientras seguía martilleándola por dentro.

Ella se convulsionó, llorando de placer, su cabeza moviéndose de lado a lado en la almohada.

—Voy a... ¡Pax, voy a....!

—Córrete —ordené al oído, mordiendo el lóbulo—. Córrete para mí, nena. Dámelo todo. No te guardes nada.

Sentí sus contracciones apretando mi polla como un puño de terciopelo caliente. Ella gritó, un sonido largo y roto, mientras el orgasmo la sacudía.

Ese fue mi fin.

Aceleré, ciego, sordo, solo sintiendo la necesidad de vaciarme en ella, de plantar mi semilla, de marcarla por dentro y por fuera.

—¡Julie!

Con un rugido gutural, me corrí. Fue una liberación dolorosa, intensa, que pareció vaciarme el alma dentro de su cuerpo. Me mantuve dentro, empujando hasta el final, asegurándome de darle hasta la última gota.

Colapsé sobre ella, mi corazón golpeando contra su pecho como si quisiera salirse.

Nos quedamos así durante minutos, respirando el mismo aire, sudados, enredados en un nudo de extremidades.

Poco a poco, mi respiración se calmó.

Me giré hacia un lado, llevándome a Julie conmigo, pegando su espalda a mi pecho en posición de cuchara. Pasé mi brazo por su cintura, sujetándola con fuerza posesiva, y enterré la cara en su pelo.

Julie suspiró, satisfecha, y entrelazó sus dedos con los míos sobre su vientre, apretando fuerte.

Julie tenía razón. No podía alejarla. No podía esconderla. Pero tampoco podía quedarme aquí esperando el siguiente golpe.

Apreté mi abrazo alrededor de Julie. Sentí su calor. Sentí su vida. Si querían cazarme, iban a descubrir que habían despertado a algo mucho peor que un soldado retirado.

Se acabó el esconderse. Se acabó el reaccionar.

Iba a encontrar quién estaba detrás del tipo de la navaja, y del conductor del coche. Y cuando los encontrara... Dios se apiadara de ellos, porque yo no lo haría.

Era la única forma de protegerla. Convertirme en el monstruo que ellos temían.

CAPITULO 22

Julie

Aquí dentro, en la alfombra del salón de Pax, el tiempo parecía haberse detenido en una burbuja de calma postcoital.

Estábamos sentados en el suelo, apoyados contra el sofá, compartiendo unos cartones de comida china que Pax había pedido. Yo llevaba puesta una de sus camisetas grises del ejército que me llegaba a los muslos, y él solo llevaba unos pantalones de chándal bajos, dejando al descubierto su torso marcado, donde todavía se veían las marcas rojas de mis uñas de hace una hora.

Me sentía dolorida en el buen sentido. Mis músculos recordaban la intensidad con la que me había tomado, esa desesperación posesiva que había borrado cualquier rastro de nuestra discusión sobre Florida.

Pax cogió un trozo de pollo con los palillos y me lo ofreció. Acepté el bocado, masticando despacio mientras le observaba. Su expresión ya no era la del amante salvaje, sino la del militar. Sus ojos negros miraban a la nada, calculando.

—Son unos chapuzas, Jules —dijo de repente, rompiendo el silencio.

Tragué y dejé mi tenedor en el cartón. Pax tenía esa habilidad con los palillos, pero yo siempre prefería un tenedor a que se me cayeran los granos de arroz por encima.

—¿Los atacantes?

—Sí. He estado repasando los perfiles —Pax dejó la comida y se giró hacia mí, apoyando el codo en la mesa de centro—. El tipo de la navaja en el callejón temblaba. Era un yonqui o un matón de tercera. El conductor de anoche... esperó demasiado, dudó antes de dar el volantazo y huyó en cuanto vio que fallaba. No son profesionales.

—Si fueran profesionales... —empecé, sintiendo un escalofrío.

—Si fueran profesionales, estaría muerto —terminó él con frialdad brutal—. Un profesional no te amenaza con una navaja, te dispara desde una azotea o te pone una bomba lapa bajo el coche. Esto... esto huele a desesperación. Huele a barato.

Me pasó el brazo por los hombros, atrayéndome hacia su calor, y besó mi sien.

—Huele a mi padre.

Asentí, entendiendo su lógica.

—Crees que Daniel ha contratado a lo primero que ha encontrado en las páginas amarillas del crimen.

—Es su estilo. Mi padre es un hombre que valora el dinero por encima de todo. Incluso para matarme, buscaría la opción más económica. Probablemente contactó con algún intermediario de bajos fondos y pidió que se encargaran del problema sin gastar mucho.

Pax apretó su agarre en mi hombro.

—Eso es una ventaja para nosotros. Los aficionados cometen errores. Se asustan.

—¿Cuál es el plan? —pregunté, girándome para mirarle a los ojos —. Porque sé que tienes uno. No te has quedado mirando esa pared diez minutos pensando en la decoración.

Pax sonrió, una sonrisa afilada que no llegaba a sus ojos.

—Voy a dejar de esquivar. Voy a provocar. Si mi padre está detrás de esto, está esperando noticias. Está esperando oír que he tenido un accidente fatal antes del juicio para quedarse con todo el fideicomiso sin oposición.

—¿Vas a usar eso en su contra?

—Voy a salir ahí fuera. Voy a dejarme ver. Voy a seguir con mi rutina, pero con una diferencia: voy a estar cazando —Pax me miró seriamente—. Voy a forzar al intermediario a actuar de nuevo. Y cuando lo hagan, esta vez no me limitaré a esquivar el coche o desarmar al yonqui. Esta vez voy a atrapar a uno. Solo necesito a uno para que me diga quién firma los cheques.

Me mordí el labio, pensando. El plan tenía sentido, pero era arriesgado.

—Es peligroso, Pax. Te estás poniendo de cebo.

—Soy un cebo entrenado, *Sunshine*. Tengo a Legend cubriéndome las espaldas ahora. Y tengo la motivación correcta.

Acarició mi muslo desnudo bajo la camiseta, su toque posesivo y firme.

—Pero hay algo que no me cuadra del todo —murmuré, expresando el pensamiento oscuro que me rondaba desde anoche.

—¿El qué?

—Tu padre es tacaño y cobarde, sí. Pero los ataques... tienen un punto de rabia personal. El tipo del callejón te insultó. El coche fue agresivo —miré a Pax—. Daniel quiere el dinero, pero a quien realmente humillamos... a quien realmente le rompimos el ego fue a Archie.

Pax frunció el ceño, considerando la idea.

—Archie es un idiota mimado. No tiene los contactos.

—No subestimes el rencor de un hombre débil, Pax. —Recordé la cara de Archie en el bar. Había odio puro en sus ojos—. Archie te odia. Te odia porque eres todo lo que él no es. Te odia porque te fuiste y te hiciste a ti mismo. Y ahora te odia porque le rompimos la nariz a su madre y le dejamos en ridículo.

Pax se quedó pensativo unos segundos.

—Es posible —concedió—. Quizás Daniel pone el dinero y Archie es el que está presionando para que sea violento. Eso explicaría la chapuza. Archie es impulsivo.

—Si Archie está metido en esto... —dije, sintiendo la rabia burbujear en mi estómago—, entonces es más peligroso de lo que parece. Porque no actúa por dinero, actúa por despecho. Y el despecho no atiende a razones.

Pax me agarró la barbilla suavemente, obligándome a mirarle.

—Da igual si es Daniel o Archie. O todos juntos. Vamos a averiguarlo. Y cuando tenga la prueba... se acabaron los juegos legales.

Me besó, un beso corto y duro que sellaba el pacto.

—¿Estás conmigo en esto, Julie? ¿Segura que no prefieres Florida?

Sonreí, apoyando mi frente en la suya.

—Me quedo. Alguien tiene que vigilar que el cebo no se deje comer. Además... —Le acaricié el pecho—. Tengo un mal presentimiento con Archie. Quiero estar aquí cuando caiga.

—Bien. —Pax se levantó, ofreciéndome la mano para ayudarme a subir—. Entonces vístete. Vamos a *Vinyl*. Si quieren atacarme, vamos a ponerles fácil que me encuentren. Que empiece el juego.

◆ ◆ ◆

Ir a trabajar nunca se había sentido como una operación encubierta hasta hoy.

Íbamos en mi coche, pero Pax conducía. Delante de nosotros, en una moto, iba Rook, el prospecto asignado. Detrás, en un sedán discreto, iban otros dos miembros de Legend que Sam había enviado como refuerzo extra.

Parecíamos la comitiva presidencial, si el presidente fuera un jefe de seguridad sexy y cabreado y la primera dama llevara vaqueros y estuviera al borde de un ataque de nervios.

—Voy a convocar una reunión —dijo Pax, sin apartar la vista de la luz de freno de la moto de Rook—. En cuanto lleguemos. Max,

Dominic, Asher y Landon. Necesito que conozcan la situación. Además ellos tienen recursos que rivalizan con el gobierno. Lan y Sienna pueden ayudarme a averiguar quién hay detrás de los ataques.

Pax aprovechó un semáforo en rojo para girarse hacia mí. Su expresión era grave, esa máscara de comandante que usaba cuando el peligro era real.

—Y sobre ti... las reglas cambian a partir de ahora, Julie.

—Pax, ya tengo a Rook pegado a mí...

—No es suficiente. —Me cortó, implacable—. Escúchame bien. No vas al baño sola. No vas al almacén sola. No sales a por aire, no sales a hablar por teléfono al callejón. Si tienes que moverte un metro fuera de la barra, quiero a Rook o a mí a tu lado. Sin excepciones.

Abrí la boca para protestar. Mi instinto de independencia se rebelaba. Llevaba años manejando ese club, conocía cada rincón, era mi territorio. Sentirme vigilada me frustraba, pero sabía que Pax tenía razón. Y en esta ocasión era mejor no discutir. SI queríamos que el plan funcionara, debía mantener mis impulsos rebeldes a raya.

Si yo me ponía difícil, él estaría distraído. Y si se distraía, podían matarlo.

Me tragué mi orgullo.

—Está bien —dije suavemente, poniendo mi mano sobre la suya en el volante—. Sin excepciones. Seré tu sombra o la de Rook.

Pax soltó el aire, y sus hombros bajaron un centímetro.

—Gracias.

Le apreté la mano sobre la consola del coche. Necesitaba que estuviera concentrado y que supiera que esta vez iba a obedecer sin rechistar. Llegamos a *Vinyl*. La entrada de personal estaba vigilada hoy por dos porteros extra. El ambiente era tenso.

Pax aparcó y bajamos. Inmediatamente, Rook se colocó a mi lado.

—Voy a buscar a Max y a llamar a Dominic —dijo Pax, dándome un beso rápido en la frente, casi distraído, con la mente ya en la reunión táctica—. Quédate en la sala de empleados hasta que empiece el turno. No salgas.

—A la orden, jefe.

Vi cómo se alejaba hacia las oficinas, caminando con esa zancada larga y decidida que me encantaba.

Entré en la sala de empleados seguida por Rook, quien se quedó montando guardia en la puerta.

La sala olía a café y a laca para el pelo. Eder estaba frente al espejo retocándose el delineador de ojos, y Josh estaba atándose los zapatos mientras masticaba un sándwich.

Al verme entrar, los dos se giraron. Eder bajó el lápiz de ojos.

—Vale, esto ya es ridículo —dijo Eder, señalando con la cabeza hacia la puerta donde se veía la sombra de Rook—. He visto películas de la mafia con menos seguridad. ¿Qué pasa, Julie? ¿Le debes dinero a un cártel?

Josh dejó el sándwich, preocupado.

—He visto a Pax entrar. Parecía que iba a matar a alguien. Y hay tipos de Legend en el aparcamiento.

Me dejé caer en uno de los sofás mullidos que Max y Dom habían comparado el año anterior para los empleados. La fachada de calma que había mantenido frente a Pax se derrumbó un poco. Aquí, con mis chicos, podía permitirme temblar.

—No es un cártel —suspiré, frotándome la cara—. Es la familia de Pax.

Eder se sentó a mi lado y me pasó un brazo por los hombros.

—¿El idiota repeinado del hermano?

—Y el padre —les conté la versión corta: la demanda, el coche que casi nos mata, la sospecha de que han contratado a alguien.

Josh se apoyó en las taquillas, pálido.

—Joder, Julie. Eso es... eso es muy serio. ¿Estás bien?

—Yo estoy bien —dije rápidamente—. Tengo a un ejército cuidándome. Literalmente.

Miré hacia la puerta cerrada de la sala, pensando en Pax subiendo las escaleras hacia la oficina de Max.

—Es él quien me preocupa —admití, y mi voz se quebró un poco —. Él es el blanco, chicos. Van a por él. Y Pax... Pax está en modo caza. Quiere usar esto para atraparlos, quiere ser el cebo.

Eder me apretó el hombro.

—Pax es duro, cariño. Es el tipo más duro que conocemos. Si alguien puede sobrevivir a esto, es él.

—Lo sé. Pero incluso Superman sangra si le disparan con *kryptonita* —murmuré, sintiendo un nudo en la garganta—. Quiero ser fuerte para él. No añadir drama y portarme bien. Pero tengo miedo. Tengo mucho miedo de que esta noche, o mañana... alguien tenga más suerte que la última vez.

Josh se acercó y me puso una mano en la rodilla.

—Escucha, Julie. Pax tiene a Max. Tiene a Legend. Y nos tiene a nosotros. Si alguien entra en este club con malas intenciones, le tiraré una caja de limones a la cabeza si hace falta. No está solo.

Sonreí débilmente, agradecida por su lealtad, aunque sabía que una caja de limones no detendría una bala.

—Gracias, chicos.

—Ahora arréglate esa cara —ordenó Eder, volviendo a su tono de diva para animarme—. Si vas a ser la novia del objetivo número uno, tienes que estar fabulosa. El miedo te da ojeras, y eso no lo permitimos en *Vinyl*.

Me reí, una risa corta pero real. Eder tenía razón. Si íbamos a la guerra, al menos iría con el delineador perfecto. Pero antes necesitaba hacer una llamada, a la única persona que me anclaba cuando la locura se adueñaba de mí.

Miré a Rook, que estaba montando guardia junto a la máquina de café, y le señalé el rincón más alejado de los vestuarios, donde había un banco bajo una ventana alta.

—Voy a hacer una llamada personal, Rook. Me quedo a la vista, pero necesito tres metros de privacidad auditiva. ¿Trato?

El prospecto asintió solemnemente y se giró un poco para darme espacio sin perder el ángulo visual.

Marqué el número de Raven. Sonó dos veces.

—Dime que no estás llamando para decirme que cancelas nuestra noche de chicas del viernes, porque tengo vino comprado y una necesidad imperiosa de quejarme de la paciencia infinita de Elan —respondió Raven al descolgar, su voz rápida y llena de vida.

Se me formó un nudo en la garganta al oír su normalidad.

—Raven... soy yo.

Hubo un silencio de medio segundo al otro lado de la línea. Raven cambió de registro instantáneamente.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Pax está bien?

Me senté en el banco de madera, encogiendo las piernas hacia el pecho.

—Las cosas se han puesto feas, Raven. Muy feas.

Le solté todo. Sin filtros, sin intentar suavizarlo como hice con Eder y Josh. A Raven le conté la verdad cruda: la demanda de impugnación del testamento, el ataque en el callejón y, sobre todo, el coche que intentó sacarlo de la carretera.

—Hijos de puta —siseó Raven cuando terminé. Podía imaginarla caminando de un lado a otro de su salón, con los puños apretados —. Sabía que esa familia era tóxica, pero esto... esto es guerra sucia, Jules. Van a por él.

—Lo sé. Pax cree que es su padre pagando a sicarios baratos. Yo... yo tengo la corazonada de que Archie está metido hasta el cuello. Hay demasiado odio personal en los ataques.

—Tiene sentido. La cobardía suele ser violenta cuando se siente acorralada —reflexionó Raven—. ¿Y Pax? ¿Cómo está llevando que intenten matarlo cada cuarenta y ocho horas?

—Está en modo combate —suspiré, apoyando la frente en la pared fría—. Ha convocado una reunión con Max, Ash y los hermanos Vance. Quiere ir a por ellos, Ray. Quiere usarse de cebo para atraparlos.

Esperé que Raven me dijera que era una locura. Que me dijera que debíamos escondernos.

Pero Raven era una chica criada en el corazón de Legend, igual que yo. Llevaba la filosofía del club en la sangre.

—Bien —dijo ella con firmeza—. Es lo único que puede hacer.

—¿Cómo que bien? —pregunté, sorprendida—. ¡Es peligroso!

—Julie, escúchame. Si se esconde, ellos ganan. Si se esconde, vivirá con miedo hasta que ellos decidan cuándo y dónde atacar de nuevo. La única forma de parar a un matón, sea del patio del colegio o un sicario pagado por un millonario, es golpearle en la nariz tan fuerte que no se atreva a levantarse. ¿Olvidas lo que pasó con Bianca hace solo unos meses? En estos casos es cazar o morir.

Su voz se suavizó, volviéndose más íntima.

—Sé que tienes miedo. Lo oigo en tu respiración. Pero Pax es un guerrero. Es lo que hace. Si intentas frenarlo, lo matarán. Tienes que dejarle pelear.

—No quiero frenarlo —admití, con la voz temblorosa—. Solo... no quiero perderlo. Raven, si le pasa algo... creo que no me recuperaría. No es como con otros tíos. Esto es... esto me duele en los huesos.

Hubo un silencio suave al otro lado de la línea. Sentí la sonrisa comprensiva de Raven a través del teléfono.

—Vaya... —susurró ella—. Por fin ha sucedido.

—¿El qué?

—Estás enamorada hasta las trancas, Julie Connor. No es solo atracción. Lo amas de verdad. De esa forma que quema y aterra a la vez.

Cerré los ojos, dejando caer una lágrima solitaria.

—Sí. Lo amo. Lo amo tanto que la idea de que ese idiota de Archie le toque un pelo me dan ganas de quemar la ciudad yo misma.

—Esa es mi chica —dijo Raven con orgullo—. Convierte ese miedo en gasolina, Jules. Si lo amas, cúbrele la espalda. Sé sus ojos donde él no pueda ver. Y si necesitas ayuda... sabes que nos tienes a todos ahí. Y Elan sabe coser heridas mejor que nadie, aunque esperemos no necesitarlo.

—Gracias, Ray —me limpié la cara con el dorso de la mano—. Necesitaba oír eso. Necesitaba que alguien me dijera que no estamos locos por querer atacar.

—No estáis locos—Raven hizo una pausa—. Ahora, sal ahí fuera, levanta la cabeza y sé la reina de *Vinyl*. Y si ves a Archie... bueno, recuerda que mi oferta de esconder cadáveres sigue en pie.

Me reí, una risa acuosa pero liberadora.

—Te quiero, Raven.

—Y yo a ti. Cuídate. Y cuida a tu hombre.

Colgué el teléfono sintiéndome un poco más ligera. Raven tenía razón. El miedo era inútil si no se usaba como combustible.

Me levanté del banco, alisé mi camiseta y miré a Rook.

—Vamos, Rook. Empieza el turno. Y si alguien quiere jodernos esta noche, se va a encontrar con una sorpresa.

El prospecto sonrió, una mueca feroz.

—Así se habla, señorita.

Salí del vestuario con la cabeza alta, lista para lo que viniera, sabiendo que tenía al mejor ejército detrás de mí: un hombre que me amaba, un club que me protegía y una mejor amiga que me entendía.

CAPITULO 23

Pax

Entrar en el despacho de Max siempre imponía respeto, pero hoy, la habitación parecía pequeña para contener la cantidad de testosterona y poder acumulado entre esas cuatro paredes.

Los cuatro hermanos estaban allí. Los dueños del imperio. Mi otra familia.

Max estaba sentado tras su escritorio, con esa calma engañosa de ex-Ranger que yo conocía tan bien. A su derecha, de pie y apoyado en la pared, estaba Asher Vaughn. Brazos cruzados, camiseta negra, y esa mirada de control letal que le había servido tan bien en Operaciones Especiales. Sentado en el sofá de cuero, con un portátil abierto sobre las rodillas y tecleando a una velocidad vertiginosa, estaba Landon Vance, el cerebro tecnológico del grupo. Y presidiendo la reunión desde el sillón individual, con un traje impecable y esa aura de autoridad absoluta, estaba Dominic Vance, el hermano mayor.

Cerré la puerta y me quedé de pie en el centro.

—Gracias por venir todos con tan poca antelación —dije.

—Déjate de formalidades, Pax —cortó Dominic con voz grave—. Max nos ha puesto al día. Tu familia ha decidido que demandarte no es suficiente y ha pasado a la acción directa.

—¿Estás seguro de que son ellos? —preguntó Asher. Su voz era un raspado suave, peligroso—. Porque si es una amenaza externa, salgo a cazar ahora mismo. Me aburro los miércoles.

—Es mi padre. O mi hermanastro —aclaré—. El patrón es de aficionados. Contratan basura local. Un yonqui con navaja, un conductor asustadizo. Si fuera una amenaza profesional contra *Vinyl* o contra vosotros, ya estaríamos muertos. Esto es personal. Es una chapuza motivada por la avaricia y el rencor.

Landon dejó de teclear un segundo y me miró por encima de la pantalla de su portátil. Sus ojos grises brillaban con inteligencia maliciosa.

—La avaricia deja rastro digital, Pax. Siempre.

—Ese es el problema —admití—. Sé que son ellos, pero no puedo probarlo. El juez ha congelado mis activos por la demanda de impugnación. Si voy a la policía diciendo que mi padre intenta matarme sin pruebas físicas, parecerá que soy yo el que intenta desacreditarlo para ganar el juicio. Necesito pruebas reales, pagos directos, comunicaciones, lo que sea.

Landon sonrió. Era la sonrisa del hacker que acaba de encontrar una puerta trasera abierta.

—Dame veinticuatro horas. Si tu padre o el imbécil de Archie han pagado a alguien, el dinero ha tenido que salir de algún sitio. Cuentas en las Caimán, transferencias a empresas fantasma, retiros de efectivo inusuales, o incluso pagos en cripto si se creen modernos.

Landon volvió a teclear furiosamente.

—Sienna y yo nos meteremos hasta en su historial de pornografía si hace falta. Voy a rastrear sus finanzas personales y las de la empresa familiar. Si han comprado un sicario en la *dark web* o le han dado un sobre con efectivo a un intermediario, lo encontraré.

Asentí, agradecido. Tener a Landon Vance y a su chica investigándote era mejor que tener al FBI.

—Bien —dijo Dominic, tomando el mando estratégico—. Landon se encarga de la inteligencia financiera. Pero necesitamos inteligencia de calle. Legend está protegiendo a Julie, ¿verdad?

—Sam y Sexton han puesto vigilancia 24/7 sobre ella —confirmé —. Y yo voy a actuar de cebo. Voy a seguir mi rutina para que vuelvan a intentarlo.

—Es arriesgado —dijo Max, frunciendo el ceño—. Un cebo a veces se convierte en comida.

—Es la única forma de sacarlos de la madriguera —insistí—. Pero necesito saber quién es el intermediario. Mi padre no baja a los callejones a contratar matones. Alguien está haciendo el trabajo sucio de contratación.

Max se inclinó hacia delante, entrelazando las manos sobre el escritorio.

—Legend tiene oídos en los bares de carretera. Pero si han contratado a delincuentes de poca monta en el centro de Chicago... necesitamos a alguien que controle el alcantarillado de la ciudad. El pez gordo.

Max miró a sus hermanos y luego a mí.

—Voy a llamar a Volkov.

El nombre cayó en la habitación como una piedra pesada. Maksim Volkov. El *Pakhan* de la Bratva en Chicago. Un aliado de los hermanos Vance, sí, pero un aliado peligroso.

—¿Crees que Volkov sabrá algo? —pregunté.

—Si algo se mueve en el submundo criminal de Chicago que no sea motero, Volkov lo sabe —dijo Max—. Sus hombres están en los clubes de striptease, en los garitos de juego ilegal, en los muelles. Si alguien está buscando mano de obra barata para un encargo, el rumor habrá llegado a oídos de la Bratva.

Dominic asintió, aprobando el plan.

—Hagámoslo. Landon, busca el dinero. Max habla con el ruso. Pax... —el hermano mayor me clavó la mirada—. Tú mantente vivo. Y mantén a Julie a salvo. Esa chica es familia. Si le pasa algo, quemaré el edificio de tu padre con él dentro, y luego dejaré que Landon se preocupe por las consecuencias legales.

Sentí un nudo en la garganta. Estos hombres, que habían crecido en casas de acogida, que habían luchado por cada centímetro de lo que tenían, me estaban ofreciendo su lealtad incondicional.

—Gracias —dije, y mi voz sonó ronca—. A todos. No sé cómo pagar esto.

Max se levantó y rodeó el escritorio para darme una palmada en el hombro, justo al lado de donde la bala me había rozado.

—Eres uno de los nuestros, Pax. Sangre por sangre. Ahora sal ahí fuera y haz tu trabajo. Nosotros nos ocupamos del resto.

Salí del despacho sintiendo que el peso sobre mis hombros se había repartido. Tenía a los moteros cubriendo a mi chica. Tenía a los hackers rastreando el dinero. Tenía a los ex-operaciones especiales hablando con la mafia rusa.

Mi padre y Archie creían que estaban atacando a un hombre solo. No tenían ni puta idea de que acababan de despertar a toda la manada.

◆ ◆ ◆

La reunión en el despacho de Max había terminado, y la maquinaria de los hermanos Vance ya estaba en marcha.

Salí al pasillo de la zona VIP después de ponerme mi equipo táctico, ajustándome el auricular. Justo en ese momento, la puerta del despacho se abrió de nuevo y salió Maksim Volkov, flanqueado por dos de sus propios gorilas, que eran casi tan anchos como Rook. Había que reconocer que el ruso era rápido cuando los hermanos Vaughn o Vance llamaban.

Volkov era un hombre que rezumaba poder frío. Llevaba un traje hecho a medida que costaba más que mi coche y caminaba como si fuera el dueño del edificio. Al verme, se detuvo. Sus ojos de hielo me escanearon de arriba abajo, evaluando al soldado, no al hombre.

—Paxton —saludó con su acento ruso, grueso y aristocrático a la vez.

—Señor Volkov.

El ruso sonrió levemente, una mueca que apenas movió su barba perfectamente recortada.

—Max me ha contado tu... situación. Problemas familiares. —Volkov chasqueó la lengua—. La familia es la mayor fortaleza y puede ser la peor debilidad.

—Estamos trabajando en ello —respondí, estoico.

—Mis hombres están preguntando en la calle. Si alguien ha contratado mercenarios baratos, lo sabremos antes del amanecer. —Volkov dio un paso hacia mí, bajando la voz—. Tienes presencia, Paxton. Es una lástima que no tengas sangre eslava.

Me miró con una mezcla de respeto y decepción fingida.

—Si fueras ruso, te daría un puesto de teniente en mi organización mañana mismo. Hacen falta hombres que sepan aguantar el dolor en silencio.

—Me temo que mi lealtad ya está comprometida, señor. Pero gracias por la oferta.

Volkov soltó una carcajada breve.

—La lealtad. Esa moneda tan rara. Cuídala. —Hizo un gesto a sus hombres y siguió su camino hacia la salida privada, desapareciendo como un fantasma de la mafia.

Respiré hondo. Tener a Volkov del lado aliado era tranquilizador, de una forma aterradora.

Retomé mi ronda. Revisé la seguridad de la cabina del DJ, verifiqué visualmente la posición de Julie en la barra con Rook allí, firme como una estatua y luego me dirigí hacia la parte trasera. Necesitaba aire fresco y verificar el perímetro exterior.

Salí por la puerta de incendios hacia el muelle de carga. El callejón estaba oscuro, solo iluminado por la luz de seguridad amarilla sobre la puerta y el resplandor lejano de la ciudad.

El aire estaba viciado por el olor a basura y asfalto húmedo.

Mis ojos se adaptaron a la penumbra. Barrí la zona: contenedores cerrados, ningún coche aparcado donde no debía...

Espera.

Al final del callejón, a unos cincuenta metros, donde la luz de la calle apenas llegaba, había una furgoneta.

Era una Ford Transit negra, antigua pero sin óxido visible. Cristales traseros tintados al máximo. Motor al ralentí, soltando una pequeña nube de vapor de condensación en la noche fría.

No había entregas programadas a esta hora. Los proveedores venían por la mañana.

Todo en esa furgoneta gritaba a vigilancia encubierta.

Me pegué a la pared de ladrillo, moviéndome en las sombras. Saqué el móvil con la mano izquierda, activando la cámara, mientras mi mano derecha iba a la pistola oculta en mi espalda baja.

Avancé diez metros, silencioso.

La furgoneta seguía allí. Parecía un tiburón esperando en aguas profundas.

Decidí presionar. Salí de la sombra, caminando directamente hacia el vehículo con paso firme y autoritario, levantando el móvil visiblemente.

—¡Eh! —grité, mi voz resonando en el callejón—. ¡Propiedad privada!

La reacción fue inmediata.

El motor de la furgoneta rugió. No esperaron a ver quién era. El conductor metió primera con un chirrido de la caja de cambios y pisó el acelerador a fondo.

Los neumáticos traseros patinaron sobre el asfalto sucio antes de agarrar tracción.

—¡Alto! —corrí hacia ellos, pero ya se alejaban a toda velocidad, ignorando el stop de la salida del callejón.

Me detuve, plantando los pies, y levanté el móvil.

Disparé una ráfaga de fotos en modo nocturno. La furgoneta se alejaba, pero conseguí encuadrar la parte trasera justo cuando pasaba bajo la única farola de la calle transversal.

Revisé la galería.

La primera foto estaba borrosa. La segunda mostraba la forma del vehículo. Pero la tercera... la tercera era oro.

La matrícula estaba sucia, pero legible gracias al flash y al post-procesado automático del teléfono: **IL-482-K9**.

Sonreí con satisfacción fría. Habían cometido el error de huir. Si hubieran sido un servicio de limpieza o un conductor perdido, se habrían quedado a discutir. La huida confirmaba la culpa.

Abrí el chat con Landon Vance.

> *Imagen adjunta de furgoneta negra. Vigilancia en el callejón trasero de Vinyl. Huyeron al contacto visual. Matrícula IL-482-K9. Dime quién conduce.*

La respuesta de Landon llegó en menos de diez segundos, tan rápida que casi me asustó.

> *Recibido. Dame cinco minutos. Sienna ya está calentando los servidores.*

Guardé el móvil y miré hacia la oscuridad donde había desaparecido la furgoneta.

—Ya os tengo —murmuré para mí mismo.

Me di la vuelta y volví a entrar en el club. La caza había pasado de ser defensiva a ofensiva.

◆ ◆ ◆

Apenas había cruzado el umbral de la puerta de servicio, guardando el móvil con la foto de la matrícula, cuando mi auricular cobró vida. La voz de Eder sonaba tensa, casi en pánico.

—Pax, código amarillo en la barra principal. Repito, código amarillo.

Me llevé la mano al oído, acelerando el paso. Cuando empecé a trabajar en Vinyl había establecido un sencillo código de colores para las amenazas o emergencias. El código naranja era para amenazas de bajo nivel, borrachos o tipos que se peleaban por ver quién la tenía más larga. El código amarillo era para intrusos que se saltaban los controles de entrada. El código rojo para armas visibles o camellos que pasaban droga a clientes. El negro era para amenazas físicas inminentes al personal. Esa es la a que invocó Julie semanas atrás.

—Define la amenaza, Eder.

—Es tu hermano. Archie. Acaba de entrar. Se ha saltado la cola VIP y se dirige directo hacia Julie. Rook le ha cortado el paso, pero el tipo está montando un escándalo.

Maldije entre dientes. El tiempo se detuvo. Eso no era un código amarillo, podía ser un potencial código negro.

No corrí, porque un jefe de seguridad no corre a menos que haya fuego, pero me moví con una velocidad que hizo que la gente se apartara instintivamente de mi camino. Mis ojos de depredador escanearon la sala, ignorando las luces estroboscópicas, buscando el traje caro y la actitud de mierda.

Lo vi.

Estaba cerca de la esquina de la barra. Rook, el prospecto de Legend, era un muro de carne inamovible frente a él, impidiéndole acercarse a Julie. Pero Archie, envalentonado por el alcohol o por la victoria legal, le estaba señalando el pecho con el dedo, gritando algo que la música ahogaba.

Julie estaba detrás de la barra, furiosa y con una botella en la mano como si estuviera lista para usarla de garrote.

Llegué hasta ellos por la espalda de Archie. No hubo aviso. No hubo cortesía.

Agarré a mi hermanastro por el cuello de su chaqueta italiana y por el cinturón, y tiré de él hacia atrás con fuerza bruta.

—¡Eh! ¡Pero qué...! —Archie intentó girarse, sorprendido.

—Cállate y camina —le gruñí al oído.

—¡Rook! —ladré sin soltar a mi presa—. ¡Nadie se mueve de la barra! ¡Quédate con Julie!

Arrastré a Archie a través de la multitud. Él intentaba clavar los talones, protestando, chillando sobre demandas y abogados, pero yo era veinte kilos más pesado, le sacaba una cabeza y tenía una motivación mucho más oscura.

Lo saqué por la misma puerta de emergencia por la que había entrado minutos antes. El aire frío del callejón nos golpeó.

Lo empujé contra la pared de ladrillo con fuerza suficiente para sacarle el aire de los pulmones, pero sin romperle nada. Todavía.

—¡Estás loco! —jadeó Archie, ajustándose la chaqueta, indignado —. ¡Esto es agresión! ¡Voy a llamar a la policía!

Me acerqué a él, invadiendo su espacio personal hasta que pudo ver la violencia contenida en mis ojos.

—Hazlo. Llama a la policía. Así podré decirles que acabo de encontrar al hombre que ha estado acosándome.

—¿De qué hablas? —Archie soltó una risa nerviosa y arrogante—. ¿Acosándote? Por favor, Danny. No te des tanta importancia. Solo he venido a celebrar.

—¿Celebrar qué? —Lo inmovilicé con el antebrazo contra el ladrillo—. ¿Qué habéis congelado mis cuentas? ¿O celebrar que anoche casi me sacan de la carretera en la Avenida Western?

Archie parpadeó. Su expresión de suficiencia vaciló un segundo.

—¿De qué hablas?

—No te hagas el tonto, Archie —apreté más el antebrazo—. La furgoneta negra que acaba de salir de aquí a toda leche. El coche de

anoche. El tipo de la navaja. ¿Cuánto les estás pagando? ¿Eh? ¿Quién es el intermediario?

Archie me miró, y por primera vez vi algo genuino en su cara. Confusión.

—¿Te han... atacado con un coche?

—No finjas. Tú y papá queréis el dinero. Y como el juicio va a ser largo, habéis decidido acelerar el trámite de la herencia eliminando al heredero.

Archie me empujó débilmente, intentando liberarse, con una mueca de asco.

—¡Eres un paranoico! ¡Nadie quiere matarte, imbécil! —gritó, recuperando su arrogancia—. ¿Por qué íbamos a arriesgarnos a ir a la cárcel por asesinato cuando ya te tenemos cogido por los huevos legalmente?

Se sacudió el polvo de la solapa, mirándome con desdén superior.

—Papá y yo hemos ganado la primera ronda, Daniel. El juez ha bloqueado todo. No tienes acceso a nada. Te vamos a asfixiar económicamente hasta que vengas suplicando un acuerdo por las migajas. Esa es la estrategia. —Sonrió con malicia—. Te vamos a arruinar, sí. Pero no necesitamos mancharnos las manos de sangre para hacerlo. Somos gente civilizada, no salvajes como tú y tus amigos moteros.

Lo estudié. Busqué el rastro de la mentira en sus ojos, el tic nervioso que delata al culpable.

No estaba.

Archie era un gusano, un cobarde y un avaricioso. Estaba orgulloso de la demanda judicial. Disfrutaba viéndome sufrir financieramente. Pero su confusión sobre los ataques físicos parecía real. Para Archie, la violencia física era de "clase baja". Y si tenía razón sobre mi padre… Me estaba quedando sin sospechosos.

—Si me entero de que mientes... —bajé la voz, volviéndola letal —. Si descubro que tienes algo que ver con la furgoneta que estaba

ahí parada hace diez minutos... iré a tu ático y te tiraré por el balcón.

Archie tragó saliva, mirando hacia donde yo señalaba en el callejón vacío.

—No sé nada de ninguna furgoneta —insistió, y su voz tembló un poco, quizás dándose cuenta de que la situación era más peligrosa de lo que pensaba—. Yo solo he venido a ver la cara de perdedor que se te había quedado tras hablar con tus abogados.

Me aparté de él, sintiendo una mezcla de frustración y claridad.

No era él.

Era demasiado estúpido y vanidoso para organizar una operación de vigilancia y atropello sin presumir de ello.

—Lárgate —ordené, señalando la salida del callejón—. Si vuelves a acercarte a Julie, si vuelves a entrar en mi club... la próxima vez no saldrás caminando.

Archie se arregló la camisa, intentando recuperar algo de dignidad.

—Disfruta de tu pobreza, hermanito. Nos vemos en los tribunales.

Se dio la vuelta y se alejó rápido hacia la calle principal, mirando nervioso a las sombras, como si ahora él también sintiera que algo no iba bien en la noche.

Me quedé solo en el callejón.

Si no era Archie... y si mi padre estaba centrado en la vía legal...

Saqué el móvil y miré la foto de la matrícula de la furgoneta otra vez.

—¿Quién coño sois? —murmuré a la oscuridad.

El misterio acababa de volverse mucho más profundo. Y mucho más peligroso.

CAPITULO 24

Julie

El olor a grasa de motor, metal frío y café rancio era, para mí, el olor del hogar.

Mientras Pax estaba reunido con Landon y los demás analizando los datos de la furgoneta, yo me había refugiado en el único lugar donde el mundo parecía tener sentido: el taller de mi padre.

Sexton Connor estaba inclinado sobre el chasis desnudo de una *Indian Scout* del 42, con un trapo manchado de aceite en la mano y las gafas de lectura en la punta de la nariz. Parecía estar en paz, lejos de las guerras de bandas y las amenazas de muerte.

Me senté en un taburete alto, observándolo trabajar en silencio durante unos minutos, dejando que el sonido rítmico de su llave inglesa calmara mis nervios.

—Deja de mirarme como si fuera a romperme, Jules —dijo mi padre sin levantar la vista del carburador—. Estoy viejo, no muerto.

Sonreí levemente.

—No te miraba a ti. Miraba la moto. Es preciosa.

Sexton se enderezó, limpiándose las manos en el trapo y mirándome por encima de las gafas. Sus ojos avellana, idénticos a los míos, pero rodeados de muchas más arrugas de preocupación, se suavizaron.

—Estás a salvo aquí, cariño. Sam tiene el perímetro cerrado. Ese chico tuyo, Pax... está haciendo lo correcto siendo agresivo ahí fuera.

—Lo sé —suspiré, cruzando los brazos—. Pero odio no estar con él. Odio sentirme... aparcada.

Sexton soltó una risa ronca y se acercó a la cafetera del taller para servirse una taza.

—No estás aparcada. Estás en la reserva —Me tendió una taza—. Ese hombre te quiere mucho, Julie. Lo vi en sus ojos cuando vino a pedirnos ayuda. No vino como un tipo duro. Vino como un hombre desesperado por proteger su mundo.

Mi padre tomó un sorbo de café y se apoyó en el banco de trabajo, mirándome con una seriedad nueva.

—Sabes... siempre pensé que terminarías con un contable. O un dentista.

Solté una carcajada incrédula.

—¿Un dentista? ¿Papá, en serio?

—Lo digo en serio —Sexton se encogió de hombros, aunque su expresión era reflexiva—. Siempre tuve ese miedo. Te crie en este mundo, entre chalecos de cuero y violencia, y una parte de mí siempre quiso que encontraras a alguien que te sacara de aquí. Alguien que te diera esa vida normal de vallas blancas y domingos aburridos que tu madre quería.

Hizo una pausa, mirando alrededor del taller que había construido con sus propias manos.

—Pero luego pensaba... un dentista nunca te entendería. Nunca entendería por qué no te asustas si suena un disparo. Nunca entendería la lealtad. Nunca entendería que a veces, la ley y la justicia son cosas diferentes. Y acabarías odiándolo por ser débil, o él te odiaría a ti por ser demasiado fuerte.

Se me hizo un nudo en la garganta. Era la primera vez que mi padre verbalizaba ese miedo.

—Pax no es un dentista —murmuré.

—No. Pax es un lobo —asintió Sexton con aprobación—. Es un guerrero, igual que nosotros. Pero tiene esa... nobleza. Esa integridad que le falta a muchos en esta vida.

Sexton dejó la taza y se acercó a mí, poniendo sus manos grandes y callosas sobre mis hombros.

—Le ofrecí el parche, Julie. Y le ofrecí este taller. Pero no solo para que arregle motos.

Me miró fijamente, con una intensidad que me heló la sangre.

—Sam es joven. Es un gran Presidente, pero necesita una mano derecha que tenga la cabeza fría y la experiencia táctica para sobrevivir a lo que viene. Yo no voy a estar aquí siempre, hija. Mis manos ya tiemblan cuando hace frío. Mi espalda me está matando.

—Papá, no digas eso...

—Es la verdad. Necesito un sucesor. Necesito a alguien que pueda sentarse en mi silla de VP y cuidar de este club, y de Sam, y de ti, cuando yo no pueda.

Abrí los ojos como platos.

—¿Quieres que Pax sea... el futuro VP?

—Quiero que se gane el parche. Quiero que demuestre lo que vale como prospecto, que aprenda nuestros códigos. Pero sí... —Sexton sonrió, una sonrisa orgullosa—. Veo madera de líder en él. Veo el futuro de Legend. Y me hace sentir jodidamente tranquilo saber que el hombre que va a cuidar de mi hija es el mismo hombre que puede cuidar de mi club.

Me abracé a él, escondiendo la cara en su chaleco de cuero que olía a tabaco y a padre.

—Él quiere hacerlo, papá —susurré—. Me dijo que se sentía correcto. Solo... necesita acabar con su guerra primero.

Sexton me besó la cabeza y me apretó fuerte.

—Lo sé. Y lo hará. Porque ahora es familia. Y los Connor y los Paxton... parece que vamos a ser una mezcla peligrosa.

Se separó y me guiñó un ojo, volviendo a su tono habitual de tipo duro.

—Ahora, pásame la llave de 10mm. Si ese novio tuyo va a heredar este taller algún día, tengo que dejar esta Indian perfecta

para que vea que el listón está alto.

◆ ◆ ◆

Después de dejar a mi padre en el taller, me refugié en la cocina comunitaria del club. Necesitaba un momento para procesar la idea de Pax como futuro Vicepresidente. La imagen de él con el parche de "VP" en el pecho, rodando al lado de Sam, encajaba tan perfectamente que asustaba.

La cocina estaba vacía y silenciosa, oliendo a café recién hecho y a producto de limpieza industrial. Me apoyé en la encimera de granito, mirando por la ventana hacia el patio, donde algunos prospectos cargaban cajas.

—¿No deberías estar en el trabajo?

Me giré sobresaltada.

Olivia Tucker estaba de pie en el umbral.

Me quedé helada un segundo. No la veía desde hacía semanas, desde antes del picnic al que no asistió. Y lo que vi me preocupó al instante.

Olivia, siempre impecable, siempre fuerte, parecía... frágil.

Llevaba una sudadera gris enorme que se tragaba su figura, y tenía el pelo recogido en un moño desordenado, como si no tuviera fuerzas para peinarse. Pero fue su cara lo que me alarmó. Estaba pálida, con esa transparencia cerosa de quien no ha visto el sol en días, y tenía unas ojeras violáceas profundas bajo los ojos.

—Liv... —dije, enderezándome—. Dios mío, ¿estás bien? Te ves...

—¿Horrible? —Olivia intentó sonreír, pero la sonrisa no le llegó a los ojos. Se acercó a la cafetera con movimientos lentos, casi dolorosos—. Lo sé. Gracias por el cumplido.

—Me refiero a que te ves enferma. Raven estaba preocupada porque no fuiste al picnic. Dijo que no contestabas los mensajes.

Olivia se sirvió café, y noté un ligero temblor en su mano cuando levantó la taza.

—Es solo una gripe, Jules. Una de esas virales que te dejan hecha polvo. Fiebre, cansancio... ya sabes. Me ha costado sacármela de encima. —Se apoyó en la encimera frente a mí, evitando mi mirada—. He estado en cama. No quería contagiar a nadie.

La miré con escepticismo. He visto gente con gripe. Lo de Olivia parecía algo más profundo. Había una sombra en su mirada, una tensión en su mandíbula que gritaba ansiedad y pena, no virus.

—¿Seguro que es solo gripe? —insistí suavemente—. Sabes que puedes contarme lo que sea. O a Sam.

Olivia se tensó visiblemente al oír el nombre de su hermano.

—Es gripe, Julie. Déjalo —cortó, con un tono más brusco del habitual. Luego suspiró, suavizando su postura—. Lo siento. Estoy irritable. Estar encerrada me pone de mal humor. Hablemos de ti. He oído rumores.

Bebió un sorbo de café, haciendo una mueca como si le supiera a ceniza.

—He oído que han intentado matar a tu chico.

Asentí, sintiendo el peso de mi propia angustia volver a caer sobre mí.

—Sí. Dos veces. Una navaja en un callejón y un coche que casi lo saca de la carretera. Pax cree que es su padre intentando cobrar la herencia antes de tiempo.

Olivia dejó la taza sobre la mesa con un golpe seco. Sus ojos ambarinos brillaron con una intensidad repentina y feroz.

—La familia —murmuró con amargura—. A veces la sangre es el veneno más peligroso.

Me miró fijamente.

—¿Y qué vais a hacer? ¿Esperar a que acierten a la tercera?

—Pax está investigando. Landon está rastreando el dinero y una furgoneta que vimos anoche. Estamos intentando hacerlo bien. Con

pruebas.

—¿Pruebas? —Olivia soltó una risa hueca y fría—. Julie, lo han intentado matar. A tu hombre. Las pruebas son para los tribunales. Cuando alguien va a por tu vida... no buscas papeles. Buscas una Glock, dos cargadores de reserva y vas a por ellos.

Se acercó un paso más a mí. Su fragilidad física pareció desaparecer bajo una capa de rabia contenida que no sabía de dónde venía, pero que era aterradora.

—Si fuera yo... —susurró Olivia, con la voz temblando por una emoción que no pude descifrar—. Si alguien intentara arrebatarme lo único que me importa... no esperaría a Landon ni a sus ordenadores. Iría a buscar al hijo de puta. Lo miraría a los ojos. Y le haría saber que si vuelve a respirar cerca de los míos, le arrancaré el corazón con los dientes.

Se quedó callada, respirando agitada, como si hubiera dicho más de lo que pretendía. Luego parpadeó, volviendo a ponerse la máscara de cansancio.

—Pero yo solo soy la contable, ¿verdad? —dijo, restándole importancia y volviendo a coger su taza—. Ignórame. Debe ser la fiebre.

Olivia se dio la media vuelta y salió de la cocina tan silenciosamente como había entrado, dejándome sola con el eco de sus palabras.

«Iría a buscar al hijo de puta. Lo miraría a los ojos».

La frase se repitió en mi cabeza.

Pax estaba jugando al ajedrez, buscando matrículas y cuentas bancarias. Estaba siendo táctico.

Pero Daniel Paxton no era un guerrero. Era un matón de despacho. Un cobarde que firmaba cheques para que otros se mancharan las manos.

Y los cobardes se asustan cuando los enfrentas.

Sentí una oleada de calor subir por mi pecho. Era la sangre de Sexton Connor. Era la rabia de haber estado asustada, de ver a Pax

vivir mirando por encima del hombro.

¿Por qué estábamos esperando? ¿Por qué estábamos escondiéndonos y dejando que él marcara el ritmo?

Daniel Paxton estaba probablemente en su mansión de Gold Coast, bebiendo whisky y esperando la llamada de que su hijo había muerto.

«No esperaría. Iría a la fuente».

Miré las llaves de mi coche sobre la mesa.

Sabía que era una estupidez. Sabía que Pax me mataría si se enteraba. Sabía que Rook estaba fuera, esperándome.

Pero Rook no podía entrar en el baño de mujeres. Y el baño de mujeres tenía una ventana que daba al callejón lateral, donde tenía aparcado mi coche.

No iba a ir a pelear. Iba a ir a hablar. Iba a plantarme en la puerta de Daniel Paxton y decirle que sabíamos lo de la furgoneta, que sabíamos lo del sicario. Iba a verle la cara. Iba a ver el miedo en sus ojos cuando supiera que Legend iba a por él.

Si lograba que se pusiera nervioso, quizás cometería un error. Quizás confesaría.

Agarré las llaves con fuerza, sintiendo el metal morder mi palma.

—A la mierda las pruebas —murmuré.

Salí de la cocina, no hacia el patio donde estaba mi escolta, sino hacia el pasillo de los baños. Iba a hacer una visita familiar.

◆ ◆ ◆

Había dejado atrás el olor a grasa y libertad del taller de Legend para adentrarme en un mundo que olía a dinero rancio y apariencias.

La calle Astor era el corazón de Gold Coast. Aquí no había grafitis, ni baches, ni música alta. Los árboles estaban podados con una

precisión quirúrgica y las aceras estaban tan limpias que podrías comer en ellas.

Aparqué mi coche, un sedán práctico que desentonaba violentamente entre los Porsche y los Mercedes de los vecinos, frente al número 1400.

La mansión Paxton.

Era una monstruosidad de piedra caliza gris, construida a finales del siglo XIX. Tres plantas de arquitectura victoriana severa, con ventanas altas y estrechas que parecían ojos juzgando a los plebeyos, y una verja de hierro forjado negro rematada en afiladas puntas capaces de ensartar a un humano adulto.

Bajé del coche, cerrando la puerta con un golpe fuerte. Mi corazón latía desbocado, no de miedo, sino de adrenalina. Sabía que era una imprudencia. Sabía que Rook estaría ahora mismo llamando a Pax, histérico porque me había escapado por la ventana del baño.

Pero tenía que hacerlo.

Caminé hacia la entrada principal, subiendo los escalones de piedra pulida.

Toqué el timbre. Un sonido profundo y resonante, como una campana de iglesia, se oyó en el interior.

Esperé.

No abrió el servicio. Ni abrió Daniel Paxton.

La pesada puerta de roble se abrió y allí estaba ella.

Victoria Paxton.

Victoria se veía impecable de una manera aterradora. Llevaba una bata de seda color champán que costaba más que mi sueldo de un mes, y el pelo rubio perfectamente peinado.

Lo único que rompía su perfección era el apósito color carne que todavía cubría el puente de su nariz. El recuerdo de mi puño contra su cara.

Al verme, sus ojos azules se abrieron ligeramente por la sorpresa, pero rápidamente se entrecerraron en dos líneas de hielo.

—Vaya, vaya —dijo Victoria con una voz suave, arrastrando las vocales—. La pequeña salvaje ha bajado de su moto para visitarnos. ¿Te has perdido, querida? La entrada de servicio está por el callejón.

—No vengo a entregar paquetes, Victoria —dije, plantándome en el umbral, impidiendo que cerrara la puerta—. Vengo a hablar con tu marido.

—Daniel está ocupado. Y tú no eres bienvenida en esta casa —hizo ademán de cerrar, pero puse la mano en la puerta, empujando con fuerza.

—Dile que salga. O gritaré tan fuerte que todos tus vecinos estirados se enterarán de que los Paxton contratan a sicarios baratos para matar a su propio hijo.

Victoria se detuvo. Miró hacia la calle, preocupada por el escándalo, y luego volvió a mirarme con una sonrisa venenosa.

—¿Sicarios? Tienes demasiada imaginación. Deben ser los vapores de la gasolina que respiras.

—Sabemos lo de la furgoneta, Victoria —di un paso adelante, obligándola a retroceder hacia el vestíbulo de mármol frío—. Sabemos lo del coche en la Avenida Western. Pax tiene pruebas. Vengo a daros una última oportunidad antes de que Legend y la policía os caigan encima. Dile a Daniel que confiese. Que pare esto ahora.

Victoria soltó una carcajada cristalina y cruel.

—¿Danny te ha enviado a amenazarnos? —negó con la cabeza, como si le diera lástima. Odié la forma en que pronunció su nombre —. Pobre chico. Siempre ha necesitado que alguien pelee sus batallas. Primero su abuelo, ahora su noviecita barriobajera. Nunca ha sido un hombre de verdad. Solo conmigo.

Sentí la furia subir por mi garganta. La insinuación me dio ganas de estrangularla ahí mismo, en los escalones de entrada de su gran mansión.

—Pax es más hombre de lo que tú o Daniel seréis jamás. Es un héroe de guerra. Y es un superviviente de tu abuso.

La expresión de Victoria cambió. La sonrisa desapareció, reemplazada por una frialdad depredadora.

—¿Abuso? —repitió, bajando la voz a un susurro confidencial—. ¿Es eso lo que te ha contado? ¿Que yo abusé de él?

—Sé lo que le hiciste. Sé que te metías en su cama. Sé que le acosaste cuando era un niño.

Victoria dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal. Olía a perfume caro y a maldad pura.

—Oh, cariño... qué ingenua eres. Pax siempre ha tenido una memoria selectiva —Se tocó el collar de perlas que llevaba al cuello —. Él tenía dieciséis años, sí. Pero no era un niño. Era un hombre joven, fuerte... y muy curioso.

Me quedé paralizada, sintiendo náuseas.

—Mientes —siseé.

—¿Miento? —Victoria sonrió, relamiéndose—. Quizás él te dijo que se resistió. Quizás le avergüenza admitir cuánto le gustaba. Cuánto me buscaba. No fue acoso, Julie. Fue educación. Y créeme, aprendió muy rápido. Si es bueno en la cama contigo... deberías darme las gracias a mí. Yo le enseñé todo lo que sabe.

La visión roja me nubló la mente.

Era mentira. Sabía en mis huesos que era mentira. Había visto el dolor en los ojos de Pax, la vergüenza, el asco y el trauma real. Lo que esta mujer estaba diciendo, insinuando que él lo consintió, que él lo disfrutó... era la violación final.

—¡Eres un monstruo! —grité, perdiendo el control.

Levanté la mano, lista para romperle la nariz otra vez, lista para arrancarle esa sonrisa de la cara a golpes. No me importaba la cárcel. No me importaba nada. Solo quería borrarla de la existencia.

—¡¡JULIE!!

El rugido de un motor clásico atronó la calle silenciosa, seguido de un derrape violento que dejó marcas negras en el asfalto inmaculado de Gold Coast.

Me giré, con la mano todavía en el aire, temblando de rabia.

Una Panhead negra saltó el bordillo y se detuvo cruzada justo frente a la entrada de la mansión, bloqueando el camino.

Pax estaba allí.

No se quitó el casco. No apagó el motor. Solo bajó la pata de cabra y se bajó de la moto con un movimiento fluido y letal, caminando hacia nosotras como el ángel de la muerte.

CAPITULO 25

Pax

Llegué a la casa club de Legend derrapando, con el motor de la Panhead rugiendo mi urgencia.

Landon había conseguido un nombre parcial asociado a la matrícula de la furgoneta. Un tal Kowalski, un intermediario de poca monta que operaba en los muelles del sur. Necesitaba contárselo a Julie. Necesitaba verla para asegurarme de que estaba a salvo antes de ir a cazar a ese tipo con Asher.

Aparqué la moto de cualquier manera frente al taller y bajé de un salto.

Rook estaba allí, apoyado en la pared, fumando un cigarrillo con expresión relajada. Demasiado relajada.

—¿Dónde está? —pregunté, acercándome a él.

Rook dio una calada tranquila.

—En la cocina, jefe. O en el baño. Me dijo que necesitaba privacidad femenina y lleva un rato dentro.

El radar en mi cabeza empezó a pitar. Privacidad femenina. Julie odiaba esos eufemismos.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos veinte minutos.

—¡Mierda! —Pasé por su lado empujando la puerta del edificio principal—. ¡Quédate en la puerta!

Entré en la cocina como un vendaval. Estaba vacía. Solo había una taza de café a medio terminar sobre la encimera y un olor rancio a limpieza.

No estaba allí.

Salí al pasillo y casi choco con Olivia Tucker.

Olivia llevaba una sudadera gris enorme y tenía una cara de haber dormido tres horas en una semana. Sus ojos estaban hundidos, oscuros. Al verme, se cruzó de brazos, defensiva.

—¿Dónde está Julie? —ladré, sin tiempo para cortesías.

Olivia me miró con una frialdad que me sorprendió. Normalmente, la hermana de Sam era la diplomática, la sensata. Hoy parecía... rota. O furiosa.

—Se ha ido —dijo Olivia con voz ronca.

—¿Cómo que se ha ido? Rook está en la puerta.

—Se ha ido por la ventana del baño —Olivia hizo un gesto vago hacia el final del pasillo—. Cogió su coche del callejón lateral.

Sentí que la sangre se me helaba.

—¿Y tú la has dejado ir? —Di un paso hacia ella, incrédulo—. ¡Olivia, hay gente intentando matarnos! ¡No puede salir sola!

Olivia soltó una risa seca, sin humor.

—No la he dejado ir, Pax. No soy su niñera. Ella es una mujer adulta que ha tomado una decisión. —Me miró a los ojos, desafiante —. Deberíais dejar de subestimar a las mujeres de este club. Ella también es una guerrera, nos educaron para eso. Y si la persona que amamos está en peligro, no nos quedamos sentaditas esperando a que maten a nuestro hombre. Salimos y vamos de caza.

—¿De qué coño hablas?

—Ha ido a ver a tu padre.

El mundo se detuvo. El sonido del club, las risas lejanas del taller, todo desapareció. Solo quedó el zumbido sordo del pánico en mis oídos.

—¿A la mansión? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

Olivia se encogió de hombros, indiferente, casi cruel.

—Le dije que eso es lo que yo haría. Quizás la inspiré.

La miré, intentando entender qué le pasaba, por qué hablaba con esa desgana letal, pero no tenía tiempo para analizar la psique de Olivia Tucker.

—Si le pasa algo... —La señalé con el dedo, temblando de rabia —... si le tocan un solo pelo porque tú la animaste a ir allí sola...

—Vete, Pax —me cortó Olivia, dándose la vuelta—. Vete a salvar a tu princesa. Algunas no tenemos quien nos salve.

No esperé. Me di la vuelta y corrí.

Salí al patio gritando.

—¡Rook! ¡Mueve el culo! ¡Se ha ido a Gold Coast!

Salté sobre mi moto y le di una patada al arranque. El motor cobró vida con un estruendo que pareció un disparo.

Salí del complejo quemando rueda, saltándome el stop de la salida y lanzándome al tráfico de mediodía de Chicago como un misil suicida.

Mi mente era una tormenta de imágenes aterradoras. Julie sola en esa casa. Julie frente a mi padre. Julie frente a Victoria.

Victoria.

Si Victoria estaba allí... si esa mujer ponía sus manos venenosas sobre Julie...

Aceleré, esquivando taxis y autobuses, subiendo la moto a la acera en un atasco, ignorando los pitidos y los insultos.

«Aguanta, Sunshine. Por favor, aguanta. No hagas ninguna estupidez hasta que yo llegue».

Llegué al barrio de Gold Coast en tiempo récord. Las calles elegantes y silenciosas pasaron borrosas a mi alrededor.

Vi el coche de Julie mal aparcado frente a la mansión. La puerta principal estaba abierta.

Frené la moto con un derrape violento, cruzándola frente a la entrada para bloquear cualquier salida, y bajé antes de que el motor

se parara.

Y entonces las vi.

En el umbral de la puerta.

Victoria, con su sonrisa de víbora, diciendo algo. Y Julie... Julie con la mano levantada, roja de ira, a punto de golpearla.

El terror y la furia se mezclaron en mi pecho.

—¡¡JULIE!! —grité, corriendo hacia ellas, listo para destruir todo lo que se interpusiera entre ella y yo.

Caminé hacia ellas con la visión de túnel activada. No veía la fachada de piedra caliza, ni los setos perfectos, ni los coches de lujo de los vecinos. Solo veía a Julie temblando de furia y a Victoria retrocediendo con una mano en el pecho, fingiendo terror.

Llegué a la altura del porche.

—¡Gracias a Dios, Daniel! —exclamó Victoria al verme, componiendo una máscara de víctima asustada—. ¡Esa mujer está loca! ¡Ha venido aquí gritando y ha intentado golpearme! Tienes que sacarla de mi propiedad antes de que llame a seguridad.

Ignoré a Victoria como si fuera un mueble molesto.

Me planté frente a Julie, dándole la espalda a mi madrastra, interponiendo mi cuerpo entre ellas. Agarré los hombros de Julie con firmeza, pero con cuidado.

—¿Estás bien? —pregunté, escaneando su cara en busca de daños—. ¿Te ha tocado?

Julie me miró. Sus ojos avellana estaban llenos de lágrimas de rabia, no de tristeza. Respiraba agitada, con los puños todavía apretados a los costados.

—No —dijo ella con voz estrangulada—. Pero Pax... ella dijo... dijo que tú querías. Dijo que tú lo buscabas.

Cerré los ojos un segundo. El veneno de Victoria. Siempre sabía dónde clavar la aguja para hacer más daño.

—Lo sé —susurré, abriendo los ojos y clavándolos en los suyos—. Miente. Siempre miente. Es su forma de respirar.

—¡No estoy mintiendo! —intervino Victoria desde atrás, recuperando su tono altivo al ver que yo no reprendía a Julie—. Solo le estaba contando la versión adulta de la historia, querido. No esa fantasía de niño victimizado que te has montado para justificar tu ingratitud.

Me giré lentamente hacia Victoria.

Ella dio un paso atrás instintivamente. Debió ver algo en mi cara, algo que no había visto en el adolescente asustado de dieciséis años. Vio al hombre que había sobrevivido a la guerra. Vio a *Blackbird*.

—Cállate —dije. No grité. No hizo falta. Mi voz salió tan fría y muerta que la temperatura en el porche pareció bajar diez grados.

—¿Cómo te atreves...? —empezó ella, indignada.

—Te he dicho que te calles —di un paso hacia ella. Victoria chocó con el marco de la puerta abierta—. Has tenido suerte de que Julie no te partiera la cara. Y si crees que he venido corriendo para protegerte a ti estás muy equivocada.

La miré con asco puro, sin ocultarlo.

—He venido para evitar que ella se manche las manos con basura como tú. No me importa si sangras, Victoria. Me importa que ella no vaya a la cárcel por tu culpa.

La máscara de Victoria se agrietó. Por primera vez, pareció genuinamente insegura.

—¿Dónde está él? —pregunté, cambiando de tema bruscamente —. ¿Dónde está mi padre?

Victoria se alisó la bata de seda, intentando recuperar la compostura.

—No está aquí.

—No me mientas. Su coche no está, pero puede estar escondido.

—No está, Daniel —Victoria cruzó los brazos, una sonrisa burlona asomando en sus labios pintados de rojo—. Está con los abogados. Y Archie también. Están blindando el patrimonio para asegurarse de que no veas ni un centavo cuando el juez falle a nuestro favor.

Miré hacia el interior del vestíbulo oscuro. Parecía vacío. No se oían voces, ni movimiento.

La frustración me golpeó. Julie había arriesgado su seguridad para venir aquí, y el objetivo principal no estaba. Daniel, el cobarde, estaba escondido tras un ejército de picapleitos.

—¿Y tú? —Julie se asomó por detrás de mi hombro, todavía fiera —. ¿Tú sabes algo de la furgoneta? ¿O eres solo la que disfruta viendo el espectáculo?

Victoria soltó una risita suave.

—No sé de qué furgoneta habláis, pandilleros. Pero si alguien os está persiguiendo... —Nos miró a los dos con desdén—. Bueno, supongo que es el karma. La gente vulgar suele tener finales vulgares.

Apreté los puños. Las ganas de entrar ahí, de destrozar esa casa que había sido mi prisión, de arrancarle la verdad a la fuerza, eran abrumadoras.

Pero entonces sentí la mano de Julie en mi brazo.

—Vámonos, Pax —dijo ella. Su voz era más tranquila ahora, firme.

La miré.

—No está aquí —continuó Julie, mirando a Victoria con una mezcla de pena y repulsión—. Y ella no vale la pena. No vamos a sacar nada de esto excepto una denuncia. Vámonos.

Tenía razón. Quedarnos aquí gritando en el porche solo servía para alimentar el ego de Victoria y darnos problemas legales que mi padre usaría en el juicio de la herencia.

Asentí.

Me giré hacia Victoria una última vez.

—Dile a Daniel que he venido —dije—. Y dile que se le acaba el tiempo. Sus abogados pueden parar el dinero, pero no pueden parar lo que viene.

—¡Salid de mi propiedad! —chilló Victoria, perdiendo la elegancia al ver que nos dábamos la vuelta—. ¡Vuelve a tu agujero, Daniel! ¡Y llévate a tu puta contigo!

Me detuve. Mi mano fue instintivamente a la pistola que llevaba en la espalda.

—Pax, no —susurró Julie, tirando de mí—. No la escuches. Camina.

Respiré hondo, obligando a mis músculos a relajarse. Julie tenía razón. Matarla sería un placer, pero dejarla sola en su mansión vacía, gritando como una loca, era mejor.

Bajamos los escalones de piedra sin mirar atrás.

—Coge tu coche —le dije a Julie en voz baja mientras caminábamos hacia la calle—. Yo iré delante con la moto. No te separes de mi rueda trasera.

—Hecho.

Llegamos a la acera. Julie se subió a su sedán y yo monté en la Panhead. Antes de arrancar, no volví a mirar a la casa. Oí la puerta de roble cerrarse de un portazo.

Vi las luces traseras del sedán de Julie alejarse por la calle Astor y doblar la esquina. Solté el aire que había estado reteniendo en mis pulmones. Estaba a salvo. Estaba lejos de este lugar tóxico.

Ahora me tocaba a mí salir de aquí.

Me dispuse a meter primera y no volver a mirar atrás nunca más.

—Siempre te han gustado las chicas con carácter, ¿verdad?

La voz de Victoria sonó demasiado cerca.

Me tensé, deteniendo mi movimiento.

Victoria había bajado los escalones del porche. Estaba de pie junto a la moto, tan cerca que podía oler su perfume. Ese olor a rosas y almizcle que solía inundar mi habitación por las noches cuando tenía dieciséis años.

El olor del miedo.

—Aléjate de la moto, Victoria —advertí, sin mirarla, fijando la vista en el manillar cromado.

—¿Por qué tanta prisa? —Ella dio un paso más, invadiendo mi espacio personal. Su mano, con las uñas perfectamente manicuradas en rojo sangre, se posó sobre mi antebrazo, acariciando mi chaqueta de cuero—. Ya no está ella. Ya no tienes que fingir que eres el novio perfecto y moral.

Me sacudí su mano con un movimiento brusco, como si me hubiera tocado un insecto venenoso.

—No me toques.

Victoria no se amedrentó. Se rio, un sonido bajo y ronco, y se alisó la bata de seda, dejando que el escote se abriera un poco más.

—Oh, vamos, Pax. —Su voz bajó a ese susurro cómplice que me daba pesadillas—. Sé lo que estás pensando. Sé lo que sientes cuando me ves. Siempre ha habido esta... tensión entre nosotros. Esa electricidad.

Se acercó más, rozando su cadera contra mi muslo cubierto por el vaquero.

—Admítelo. Te pone cachondo verme así, ¿verdad? Te excita que sea la mujer de tu padre. Te excita saber que yo te enseñé cómo se siente una mujer de verdad, no esas niñas con las que juegas —se humedeció los labios, mirándome con ojos depredadores—. Podemos entrar. Daniel no volverá hasta la noche. Podemos... recordar viejos tiempos.

La miré.

Realmente la miré.

Esperaba sentir odio. Esperaba sentir la furia asesina que había sentido antes.

Pero lo que sentí fue una náusea violenta y repentina.

Mi estómago se revolvió con tal fuerza que tuve que tragar saliva para no vomitar allí mismo. Un sabor ácido, bilioso, me subió a la garganta.

No era miedo. No era excitación prohibida.

Era asco.

Puro, físico y visceral asco.

Me doblé un poco sobre el depósito de la moto, haciendo una mueca de repulsión incontrolable, tosiendo para despejar la bilis.

—Joder... —murmuré, limpiándome la boca con el dorso de la mano—. Me das ganas de vomitar.

Victoria se quedó inmóvil. Su sonrisa seductora se congeló en su cara.

—¿Qué? —preguntó, parpadeando, confundida.

Me enderecé y la miré directamente a los ojos. Y dejé que lo viera todo. Dejé que viera la repulsión absoluta que me provocaba su presencia, su olor, su piel.

—Mírate —dije con voz ronca—. Crees que eres irresistible. Crees que tienes algún poder sexual sobre mí.

Solté una risa áspera y desagradable.

—Victoria... no me pones nervioso porque te desee. Me pones enfermo. Literalmente. Cada vez que te acercas, huelo a podredumbre.

La cara de Victoria palideció bajo el maquillaje. Dio un paso atrás, como si le hubiera dado una bofetada.

—Tú... tú me amabas —tartamudeó, perdiendo su compostura por primera vez—. Tú venías a mi...

—Yo era un niño aterrorizado que se congelaba cuando entrabas en su cuarto —la corté, implacable—. Nunca fue sexo. Nunca fue amor. Fue una violación. Y tú no eres una amante prohibida. Eres una depredadora patética que necesita abusar de niños para sentirse poderosa.

Victoria abrió la boca para replicar, pero no salió ningún sonido. Sus ojos recorrieron mi cara, buscando la mentira, buscando el deseo oculto que ella necesitaba creer que existía.

Pero no encontró nada.

Solo vio a un hombre adulto que la miraba como si fuera una cucaracha aplastada en la suela de su bota.

Vi el momento exacto en que se rompió. Vi el momento en que la realidad perforó su delirio narcisista. Sus hombros cayeron. Su mano tembló y se cerró la bata de golpe, cubriéndose, avergonzada por primera vez en su vida.

Entendió que no había conquista. Solo había crimen.

—Me das lástima —dije, y fue el golpe final.

Arranqué la moto. El estruendo del motor llenó el silencio incómodo de la calle.

—Aléjate de mí. Aléjate de Julie. Porque la próxima vez que te vea, no sentiré asco. No sentiré nada. Y te pasaré por encima sin frenar.

Metí primera y solté el embrague.

La dejé allí, parada en la acera de su mansión de millones de dólares, pequeña, vieja y sola, viendo cómo el único trofeo que nunca pudo poseer realmente se alejaba para siempre.

CAPITULO 26

Julie

Mis manos apretaban el volante con tanta fuerza que sentía los nudillos a punto de estallar.

El silencio dentro del coche era asfixiante. Había apagado la radio. No quería distracciones. Solo quería salir de este barrio de mansiones perfectas y gente podrida, y volver a la seguridad sucia y ruidosa de Legend y de *Vinyl*.

Miré por el retrovisor central por décima vez en un minuto.

Allí estaba.

La figura negra e imponente de Pax sobre su Panhead. Me seguía a una distancia corta, constante, como una sombra protectora. Verlo allí, con su chaqueta de cuero y el casco oscuro, me hizo soltar un poco el aire que tenía atrapado en los pulmones.

Habíamos salido. Habíamos sobrevivido a Victoria. Y aunque no teníamos respuestas, al menos estábamos juntos.

Llegamos a la intersección que conectaba las calles residenciales con la vía rápida de Lake Shore Drive. El tráfico era escaso a esta hora del mediodía.

El semáforo se puso en ámbar. Aceleré un poco para pasarlo. Pax hizo lo mismo detrás de mí.

Fue entonces cuando el mundo se rompió.

Por el rabillo del ojo derecho, vi un borrón negro salir disparado desde una calle lateral sin señalizar.

No era un coche. Era una furgoneta. Una Ford Transit negra con los cristales tintados.

—¡Pax! —grité dentro del coche, aunque él no podía oírme.

La furgoneta no frenó. No buscaba incorporarse al tráfico. Buscaba matar.

Vi por el retrovisor, como en una película de terror a cámara lenta, cómo el parachoques de acero de la furgoneta impactaba contra el lateral de la moto de Pax.

No fue un golpe limpio. Fue una embestida brutal calculada para desestabilizar.

La Panhead derrapó violentamente. Pax intentó corregir la trayectoria, luchando con la física, pero el impacto lo lanzó hacia el arcén de grava. La moto volcó, arrastrándose con un chirrido de metal contra asfalto que me heló la sangre, y cayó pesadamente sobre su pierna izquierda, atrapándolo contra el guardarraíl.

—¡NO! —El grito me desgarró la garganta.

Vi a Pax intentar levantarse y caer de nuevo, gritando de dolor e impotencia, con trescientos kilos de acero americano inmovilizándolo contra el suelo.

Mi instinto de supervivencia me dijo que acelerara y huyera.

Pero mi corazón tomó el control. Clavé los frenos.

El coche se detuvo en seco en medio de la carretera, los neumáticos echando humo.

Antes de que pudiera desabrocharme el cinturón para correr hacia él, la furgoneta negra me adelantó con un rugido y dio un volantazo, cruzándose delante de mi morro, bloqueándome el paso.

Dos puertas laterales se abrieron de golpe.

Dos hombres saltaron al asfalto. Iban vestidos de negro, con pasamontañas y guantes. Se movían rápido, eran grandes y parecían profesionales.

Cerré los seguros. Busqué mi móvil.

Pero no hubo tiempo.

El hombre más cercano reventó la ventanilla del conductor con una barra de metal. Los cristales estallaron sobre mí como una lluvia de diamantes afilados.

Me cubrí la cara, gritando.

Unas manos enguantadas me agarraron por el abrigo y tiraron de mí hacia fuera a través de la ventana rota. Los trozos de cristal que quedaban en el marco me cortaron la ropa y la piel, pero la adrenalina anestesió el dolor.

—¡Suéltame! —aullé, pataleando en el aire.

Me lanzaron contra el asfalto. Rodé y me puse de pie al instante. Recordé mi entrenamiento, el lema del *Krav Maga.* «No seas una víctima. Sé un arma».

El primer tipo se abalanzó sobre mí.

No retrocedí. Giré la cadera y lancé un puñetazo directo al centro de su cara, donde el pasamontaña marcaba la nariz.

Sentí el cartílago romperse bajo mis nudillos. El tipo gritó y se llevó las manos a la cara, retrocediendo y maldiciendo en un idioma que no reconocí.

—¡Hija de puta! —gritó el segundo, viniendo por mi flanco.

Me giré, lista para él. Me agarró de los brazos, intentando inmovilizarme. Usé su propio impulso, bajé mi centro de gravedad y lancé una patada ascendente con toda mi fuerza directo a su entrepierna.

El hombre soltó un gruñido ahogado y se dobló sobre sí mismo, perdiendo el agarre.

Estaba libre. Podía correr.

Miré hacia el arcén.

Pax estaba allí, a veinte metros. Estaba luchando como un animal herido, golpeando el depósito de su moto, intentando liberarse. Su casco se había soltado y pude ver su cara.

Estaba desencajada por el terror. No por él. Por mí.

—¡¡JULIE!! —Su grito fue un sonido primario, desgarrador, que resonó por encima del tráfico—. ¡¡CORRE!!

Nuestras miradas se cruzaron un segundo. Vi su desesperación absoluta, su impotencia al verme pelear sola mientras él estaba atrapado.

Me giré para correr hacia él.

Pero no vi al tercer hombre. O quizás el primero se había recuperado.

Solo oí el zumbido eléctrico.

Sentí un dolor agudo en el costado, como si me hubieran clavado un rayo. Mis músculos se contrajeron violentamente, bloqueándose al instante. Perdí el control de mis piernas.

El mundo se volvió blanco, luego gris.

Caí al suelo, incapaz de moverme, incapaz de respirar.

Unas manos fuertes me levantaron como si fuera un saco de patatas.

Lo último que oí antes de que la oscuridad me tragara fue la voz de Pax, rota y lejana, gritando mi nombre una y otra vez mientras me metían en la oscuridad de la furgoneta.

◆ ◆ ◆

Lo primero que volvió fue el dolor.

Un latido sordo y rítmico detrás de mis ojos, como si alguien estuviera tocando un tambor dentro de mi cráneo. Luego, el ardor en la piel de mis brazos y piernas, donde los cristales rotos de la ventanilla me habían cortado. Y finalmente, el frío.

Abrí los ojos.

No vi nada. Solo una oscuridad densa, pesada y húmeda. Olía a moho, a aceite rancio y a agua estancada. El aire estaba helado. Abril en Chicago no perdonaba, y este lugar se sentía como una tumba de hormigón.

Intenté moverme.

Imposible.

Estaba sentada en una silla de metal fría. Mis muñecas estaban atadas a la espalda con bridas de plástico, tan apretadas que sentía los dedos entumecidos. Mis tobillos estaban asegurados a las patas de la silla con cinta americana.

Respiré hondo, luchando contra el pánico inicial. «No grites. No llores. Evalúa».

Mis pensamientos volaron hacia Pax. La última imagen que tenía de él era su cara de terror, atrapado bajo la moto. «¿Estará herido? ¿Habrá conseguido liberarse?»

La respuesta llegó a mi mente con una certeza fría y absoluta: Sí.

Pax era un Ranger. Pax era un superviviente. Si no estaba muerto, estaba viniendo. Y si Legend estaba con él... Dios ayudara a quienquiera que me hubiera traído aquí.

De repente, un haz de luz cegador cortó la oscuridad y me golpeó directamente en la cara.

Cerré los ojos con fuerza, gimiendo por el dolor repentino en mis pupilas dilatadas.

—Está despierta —dijo una voz masculina. Distorsionada, grave. No me sonaba familiar.

Abrí los ojos lentamente, parpadeando contra el resplandor. No podía ver nada detrás de la luz. Solo la silueta borrosa de un hombre sosteniendo un foco LED potente y lo que parecía un teléfono móvil grabando.

—Mírala —dijo otra voz, más aguda, riendo—. Parece una gatita mojada.

Eran los dos de la carretera. El de la nariz rota y el de la patada en la entrepierna.

—¿Dónde estoy? —pregunté. Mi voz salió ronca, pero firme. No les daría el placer de oírme suplicar.

—En tu nueva suite nupcial, princesa —respondió el que sostenía la cámara—. Sonríe. Estamos enviando una postal a tu novio.

El hombre se acercó, enfocándome con el móvil. La luz me cegaba, impidiéndome ver sus caras o el entorno, pero podía sentir su hostilidad.

—Dile hola a Daniel —ordenó el hombre—. Dile que estás cómoda. Dile que se prepare para pagar.

Me quedé en silencio, mirándolos con todo el desprecio que pude reunir.

—¡Habla, zorra! —El segundo hombre salió de la oscuridad y me dio una bofetada con el dorso de la mano.

El golpe me hizo girar la cara, y el sabor metálico de la sangre llenó mi boca. Me habían partido el labio.

Volví a mirar a la cámara. Escupí la sangre al suelo, a los pies del cámara.

—No les voy a decir nada —dije, mirando directamente a la lente del teléfono, imaginando que Pax estaba al otro lado—. No pagues nada. Ven a buscarlos.

El cámara soltó una carcajada seca.

—Valiente. Estúpida, pero valiente.

Cortó la grabación. La luz del foco bajó un poco, apuntando ahora hacia mi pecho, dejándome ver un poco más. Llevaban pasamontañas negros. Ropa táctica barata, de esa que compras en tiendas de supervivencia para aficionados.

—¿Quién os paga? —pregunté—. ¿Daniel Paxton? ¿Cuánto os ha dado para secuestrarme?

Los dos hombres intercambiaron una mirada que no pude interpretar del todo.

—Nadie ha dicho nada de Daniel Paxton —dijo el de la cámara, guardando el móvil—. Pero digamos que tu novio tiene enemigos que valoran mucho su sufrimiento.

—Sois unos chapuzas —solté, probando sus límites—. Me habéis secuestrado a plena luz del día. Habéis dejado testigos. Legend os va a encontrar. Y cuando lo hagan... desearéis haberos quedado en casa jugando a la consola.

El hombre que me había golpeado se inclinó hacia mí. Pude ver el vendaje improvisado en su nariz, manchado de sangre seca. Mi obra maestra.

—Cierra la boca —siseó—. O te voy a romper los dientes uno a uno.

—Déjala, Kowalski —dijo el otro—. Tenemos el vídeo. Vamos a enviarlo. El jefe quiere resultados rápidos.

Se dieron la media vuelta, llevándose la luz con ellos.

—Disfruta de la oscuridad, princesa —dijo Kowalski antes de salir —. Volveremos cuando tengamos instrucciones sobre qué trozo tuyo enviamos primero.

Oí una puerta metálica cerrarse con un estruendo pesado y el sonido de varios cerrojos echándose.

El silencio volvió a caer sobre mí como una losa.

Me quedé sola en la negrura helada.

Temblé, pero no de miedo, sino de frío y de rabia. La rabia era buena, mucho mejor que el miedo. La rabia podía mantenerme funcionando el tiempo suficiente hasta que Pax y Legend llegaran a mí.

Mis manos buscaron a ciegas los nudos de las bridas tras mi espalda. Eran de plástico industrial. Imposibles de romper con fuerza bruta. La silla estaba atornillada o era muy pesada.

Estaba inmovilizada.

«Vale. No puedo salir sola», admití para mis adentros.

Pero tenía información. Sabía que eran un tal Kowalski y su socio. Sabía que era un sótano industrial por el eco y la humedad. Sabía que estaban nerviosos.

Cerré los ojos, visualizando a Pax. Visualizando a mi padre. A Sam. A Wolf.

No iban a pagar ningún rescate. Iban a quemar la ciudad hasta encontrarme.

—Ven a por mí, *Blackbird* —susurré a la oscuridad.

◆ ◆ ◆

Mi sueño, una pesadilla febril donde veía a Pax atrapado bajo la moto una y otra vez, se rompió de la forma más brutal posible.

El impacto fue físico y térmico.

Un torrente de agua helada me golpeó el pecho y la cara, cortándome la respiración y haciéndome boquear en busca de aire. El frío fue tan intenso que sentí como si mil agujas se clavaran en mi piel al mismo tiempo.

Me sacudí violentamente en la silla, tirando de las ataduras, tosiendo agua y temblando de forma incontrolable. Mi ropa, ya sucia y rota, se pegó a mi cuerpo como una segunda piel congelada.

—Buenos días, princesa —dijo una voz burlona.

Parpadeé, escupiendo agua, intentando enfocar.

El foco de luz seguía encendido, pero ahora estaba un poco más lejos, iluminando la escena con una claridad cruda.

Había tres hombres.

Dos estaban junto a la puerta de metal, con los brazos cruzados y armas cortas en los cinturones. Encapuchados. Inmóviles. El tercero, Kowalski, lo reconocí por la nariz hinchada y amoratada que asomaba por el hueco del pasamontaña, estaba frente a mí, sosteniendo un cubo de plástico vacío.

—El jefe dice que ya has dormido bastante —dijo Kowalski, tirando el cubo al suelo con un estruendo que retumbó en las paredes de hormigón.

El frío me calaba los huesos, haciéndome castañetear los dientes, pero la rabia me calentó la sangre.

Levanté la barbilla, apartando el pelo mojado de mi cara con un movimiento de cabeza.

—Sois... sois hombres muertos —dije. Mi voz temblaba por la hipotermia, pero no por el miedo.

Kowalski se rio.

—Sigues con lo mismo. Qué aburrida.

—No es una amenaza. Es un hecho —insistí, mirándolos uno a uno—. ¿Sabéis a quién habéis cogido? No soy una niña rica o una cualquiera. Soy la hija de Sexton Connor. Soy familia de Sam Tucker.

Los dos guardias de la puerta intercambiaron una mirada incómoda. El nombre de Sam Tucker tenía peso en esta ciudad.

—Legend MC no negocia —continué, inyectando todo el veneno que pude en mis palabras—. No van a pagaros. Van a cazaros como perros. Van a quemar este agujero con vosotros dentro.

—Cállate —gruñó uno de los guardias.

—¿Estás nervioso? —me giré hacia él, implacable—. Deberías estarlo. Porque cuando lleguen... y van a llegar... no os van a matar rápido. Wolf os va a despellejar vivos. Y Pax...

Hice una pausa, dejando que el nombre de mi hombre llenara la habitación.

—Pax es un Ranger. Es una máquina de matar que habéis cabreado. Me ha visto la cara mientras me llevabais. No va a parar. No va a dormir. Y cuando os encuentre... vais a suplicar a la policía que os detenga para que él no os ponga las manos encima.

Kowalski me dio una patada en la espinilla de la silla, haciéndome gemir de dolor.

—¡Que te calles, zorra! —gritó, claramente alterado por mis palabras. El miedo empezaba a filtrarse en su arrogancia—. ¡Aquí mandamos nosotros! ¡Tu novio está lamiéndose las heridas en una cuneta!

—Mi novio va a mataros —siseé, mirándole a los ojos—. Y tú vas a ser el primero, Kowalski.

El ambiente en el sótano se tensó. Mis palabras habían calado. Los matones sabían que se habían metido en una liga que les venía grande. Podía oler su duda.

Y entonces, sucedió.

Desde la esquina más oscura del sótano, detrás del foco de luz, surgió un sonido.

Una risa.

No era la risa tosca de estos matones. Era una risa suave, controlada. Una risa que rezumaba una superioridad helada y burlona.

—Qué discurso tan conmovedor —dijo una voz.

Me quedé helada. El frío del agua desapareció, reemplazado por un frío mucho más profundo, el frío del reconocimiento instintivo de un depredador mayor.

Kowalski y los otros dos se apartaron rápidamente, bajando la cabeza con una sumisión que me dio más miedo que sus armas.

—Jefe —murmuró Kowalski, retrocediendo.

De las sombras, tras la luz cegadora, emergió una figura.

El sonido de sus pasos era rítmico, pausado.

Mis ojos se entrecerraron, intentando ver a través del resplandor.

La figura se detuvo justo en el borde de la luz, manteniendo su rostro en la penumbra, pero dejando ver su silueta. No era un matón de los muelles. La postura era elegante, rígida, destilando una autoridad absoluta.

—Tienes mucha fe en tus salvajes en moto, Julie —dijo la voz. Era una voz distorsionada, quizás por la acústica o quizás intencionadamente, pero el tono... el tono era de puro desprecio—. Crees que el ruido y la violencia pueden salvarte de todo.

—¿Quién eres? —pregunté, forzando la vista.

—Soy la persona que va a enseñarle a Daniel Paxton la lección que debió aprender hace años —respondió la figura, dando un paso más hacia mí—. Soy la persona que va a romperte para que él vea los pedazos.

La figura se inclinó ligeramente hacia la luz.

Solo vi un destello. Unos ojos que me miraban con un odio tan personal que me cortó la respiración. Unos ojos que conocía.

Mi corazón se detuvo un segundo. La comprensión me golpeó como un mazo, mucho más fuerte que el agua helada.

—Tú... —susurré, y el terror real, el terror absoluto, finalmente me invadió—. Oh, Dios mío. Eres tú.

CAPITULO 27

Pax

El dolor físico era un ruido de fondo molesto. Sabía que tenía costillas rotas; cada vez que respiraba sentía un cuchillo caliente en el costado. Mi pierna izquierda, la que había quedado atrapada bajo la Panhead, latía con un ritmo sordo y constante. Tenía sangre seca en la cara y en las manos.

Pero nada de eso importaba.

Estaba de pie frente a la mesa de roble de la Capilla, negándome a sentarme, negándome a dejar que el médico del club me revisara más allá de un vendaje rápido.

Sobre la mesa había un mapa de Chicago desplegado.

Sam Tucker estaba al otro lado, con los puños apoyados sobre el papel, mirándome con una intensidad feroz. Sexton Connor, el padre de Julie, estaba sentado, pálido como un fantasma, frotándose la cara con manos temblorosas. Wolf estaba en la puerta, montando guardia, irradiando una violencia silenciosa.

—Repítelo —ordenó Sam.

—Eran profesionales en la ejecución, pero chapuceros en la contención —dije. Mi voz sonaba extraña, hueca, como si viniera de un lugar muy frío y oscuro dentro de mí—. Sabían la ruta. Sabían el momento exacto en que nos separaríamos del tráfico denso.

Golpeé el mapa con el dedo, en el punto de acceso a Lake Shore Drive.

—La furgoneta salió de la nada. Me embistió. Me derribó. —Cerré los ojos un segundo, reviviendo el momento. El sonido del metal, el grito de Julie—. Caí. La moto me inmovilizó. Estaba en el suelo, Sam. Estaba indefenso. Tenía mi arma en la espalda, inaccesible.

Miré a Sam y luego a Sexton.

—Salieron dos hombres. Armados. Pasaron a tres metros de mí. Me vieron. Me vieron intentar levantarme.

—¿Y no dispararon? —preguntó Wolf desde la puerta.

—Ni un solo tiro —negué con la cabeza—. Ni siquiera me apuntaron para cubrirse. Me ignoraron por completo. Fueron directos a por ella. Rompieron la ventanilla, la sacaron, la neutralizaron con un Taser y se la llevaron.

Hubo un silencio pesado en la sala.

—Si el objetivo fuera la herencia... —murmuró Sam, frunciendo el ceño—. Si tu padre quisiera eliminarte para desbloquear el dinero... ese era el momento. Estabas en el suelo. Un tiro en la cabeza, un accidente de tráfico lamentable y caso cerrado.

—Exacto —dije. La comprensión me había golpeado en el coche de camino aquí, y me estaba quemando las entrañas—. Tuvieron la oportunidad perfecta para matarme. Y no la tomaron.

Sexton levantó la vista. Sus ojos avellana estaban rojos, inyectados en sangre y dolor.

—No te querían a ti, Pax.

—No —admití, sintiendo cómo la culpa me aplastaba—. Nunca me quisieron a mí. Los ataques... la navaja, el coche en la Avenida Western... siempre estaba ella. Asumimos que yo era el blanco y ella el daño colateral.

Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula.

—Pero me equivoqué. Yo no soy el objetivo. Yo soy el espectador —mi voz bajó, volviéndose gélida—. Quieren hacerme daño, sí. Pero han decidido que matarme es demasiado fácil. Quieren destruirme. Y saben que la única forma de hacerlo no es quitándome el dinero o la vida... es quitándomela a ella.

Sam soltó un juramento y golpeó la mesa.

—Entonces esto no es solo por dinero. Es sádico. Es personal.

—Es Victoria —dije. No tenía pruebas, pero ya no tenía dudas—. Mi padre quiere el dinero. Pero Victoria... Victoria quiere verme sufrir.

No dije nada más, no iba a contarles mi historia de abuso y poder por parte de esa mujer.

Sexton se puso de pie de golpe, tirando la silla.

—¡Me da igual quién sea! —rugió, y por primera vez vi al VP perder la compostura—. ¡Tienen a mi hija! ¡Tienen a mi niña!

—La vamos a encontrar, Sexton —dijo Sam, agarrándole del hombro—. Todo el club está en la calle. Cada prospecto, cada contacto.

—No es suficiente —dije, mirando el mapa, calculando radios de huida, tiempos, escondites—. Necesitamos más ojos. Necesitamos más cerebro.

En ese momento, la puerta de la Capilla se abrió de golpe.

No entraron pidiendo permiso. Entraron tomando el control.

Max Vaughn lideraba el grupo. Su cara era una máscara de piedra, pero sus ojos de ex-Ranger reconocieron mi estado al instante: conmoción, trauma y una capacidad letal activada. Detrás de él venía Dominic Vance, con el teléfono pegado a la oreja. Asher Vaughn entró ajustándose unos guantes de cuero, con ese semblante frío y controlado que significaba que alguien iba a sangrar. Y Landon Vance entró con un portátil abierto en la mano, tecleando mientras caminaba.

—Nos habéis llamado —dijo Max, parándose frente a mí. Me miró el vendaje improvisado en la cabeza—. Tienes mala cara, hermano.

—Se la han llevado, Max —dije. No pude mantener la fachada de soldado con él. Mi voz se rompió—. La tenía delante. Y no pude hacer nada.

Max asintió, una sola vez, solemne.

—Pues vamos a traerla de vuelta.

—Landon —llamé al hacker—. La matrícula. La furgoneta.

—Ya estoy dentro —dijo Landon, poniendo el portátil sobre la mesa, apartando el mapa de papel—. La matrícula IL-482-K9 estaba quemada, pero he rastreado el vehículo a través de las cámaras de tráfico de la ciudad usando el algoritmo de reconocimiento de forma.

Todos nos inclinamos sobre la pantalla.

—El rastro se pierde en la zona industrial del sur, cerca de los viejos astilleros —señaló Landon—. Es un laberinto de almacenes abandonados.

—Es territorio de nadie —dijo Asher, tronándose los nudillos—. Perfecto para esconder a alguien. O para hacer ruido sin que nadie llame a la policía.

—Pax —dijo Dominic, colgando su llamada—. He puesto a todo el equipo de seguridad de *Vinyl* y *Velvet* en alerta. Y Volkov me ha confirmado que sus hombres han encontrado al intermediario que contrató la furgoneta. Un tal "Kowalski".

—Kowalski —repetí el nombre. El nombre que iba a grabar en una lápida.

Sentí una mano en mi hombro. Era Sexton. Me miraba no como el padre de la víctima, sino como un compañero de armas.

—Vamos a buscarla, hijo.

Asentí. El miedo seguía ahí, un terror ácido que me decía que quizás ya era tarde, que quizás le estaban haciendo daño ahora mismo. Pero ahora no servía el miedo. Ahora solo servía la ira.

Me obligué a respirar superficialmente para que mis costillas rotas no me hicieran doblar las rodillas. Cerré los ojos un segundo, visualizando una caja negra en mi mente. «Miedo». Dentro de la caja. «Dolor». Dentro de la caja. «La imagen de Julie gritando». Dentro de la caja. Cierro la tapa. Cierro el candado.

Abrí los ojos. Solo quedaba la misión.

—Tenemos un perímetro de búsqueda —anunció Landon Vance desde la cabecera de la mesa. Sus dedos volaban sobre el teclado,

sincronizado con Iron, el experto en comunicaciones de Legend—. La furgoneta entró en el Sector 4 de los astilleros viejos a las 12:18. No ha vuelto a salir por ninguna cámara de tráfico perimetral.

—Es una zona muerta —añadió Iron, señalando un área sombreada en el mapa digital proyectado en la pared—. Naves industriales abandonadas, depósitos de contenedores oxidados. No hay cámaras municipales allí dentro, y la cobertura móvil es una mierda.

—Bighorse —llamó Sam Tucker.

El enorme motero se acercó al mapa físico desplegado sobre la mesa, con un rotulador rojo en la mano. Dominic Vance estaba a su lado.

—Conozco la zona —dijo Bighorse, trazando un círculo—. Aquí operaban los desguaces ilegales de los *Hell's* hace diez años. Hay tres naves principales que tienen estructura sólida. El resto son ruinas.

—Volkov me confirma que Kowalski suele usar la antigua fábrica de conservas —aportó Dominic, señalando un punto específico—. Tiene sótanos insonorizados. Si quieren interrogarla o.... grabarla, ese es el lugar lógico.

—Bien —dijo Sam, tomando el mando operativo. Su voz era la de un oficial dando órdenes de batalla—. Asumimos que la fábrica es el objetivo principal, pero limpiaremos las estructuras adyacentes.

Sam nos miró a los que formábamos el núcleo táctico: Max, Asher, él mismo y yo. Cuatro hombres con entrenamiento de élite.

—Reglas de enfrentamiento —dijo Sam, cruzándose de brazos, con los bíceps tensando la tela de su camiseta—. Esto no es una detención policial. Es una extracción hostil.

—Entrada dinámica —propuso Asher, con una sonrisa fría que no llegaba a sus ojos—. Dos equipos. Equipo Alfa entra por la puerta de carga principal con ariete o explosivos. Hacemos ruido, atraemos el fuego.

—Equipo Bravo entra por la retaguardia o el techo —completó Max, su mente funcionando en modo Ranger—. Infiltración silenciosa. Mientras ellos miran la explosión en la puerta principal, nosotros aseguramos al rehén.

—Yo lidero el Bravo —dije.

—Estás herido, Pax —objetó Max, mirándome el costado—. Si te falla el cuerpo en el momento crítico, Julie muere.

—No me va a fallar —repliqué con una voz que no admitía discusión—. Conozco los planos de esas fábricas. Sé moverme en la oscuridad. Y nadie va a llegar a ella antes que yo. Si me fallan las piernas, me arrastraré. Pero yo entro primero.

Sam y Max intercambiaron una mirada. Reconocieron la determinación. Sabían que intentar frenarme sería contraproducente.

—De acuerdo —concedió Sam—. Pax lidera Bravo. Asher va contigo de apoyo cercano. Max y yo tomamos Alfa con el resto de los chicos de Legend. Haremos de yunque y vosotros seréis el martillo.

—Sexton —llamó Sam—. ¿Cómo vamos de equipo?

Sexton Connor y Wolf estaban al fondo de la sala, sobre varias cajas de madera abiertas. Parecían intendentes preparándose para el Día del Juicio.

—Tenemos chalecos de nivel IV para todos —dijo Sexton, levantando uno pesado—. Fusiles AR-15 cortos para espacios cerrados. Escopetas para abrir puertas. Y Wolf ha preparado un par de granadas aturdidoras.

Sexton se acercó a mí. En sus manos llevaba un chaleco táctico y una pistola *Sig Sauer* con el cargador extendido.

Me miró a los ojos. Vi el terror de un padre en el fondo de sus pupilas, pero sus manos no temblaban al entregarme el arma.

—No falles, Pax —susurró Sexton, con la voz quebrada—. Tráemela. Me da igual si tienes que quemar el mundo entero. Tráemela.

—Te lo juro por mi vida, Sexton.

Me puse el chaleco. El peso del kevlar sobre mis costillas rotas era una agonía, pero lo apreté más. Necesitaba el dolor. El dolor me mantenía despierto.

Landon levantó la mano de repente.

—¡Tengo algo!

La sala se quedó en silencio sepulcral.

—Acabo de captar un ping de una torre de telefonía —dijo Landon, acelerado—. Un teléfono desechable se ha encendido hace treinta segundos dentro del perímetro.

—¿Ubicación? —ladró Max.

—Triangulando... —Landon tecleó furiosamente.

—¿Es ella? —pregunté, sintiendo que el corazón se me salía del pecho.

—No lo sé. Pero alguien está enviando un archivo de vídeo pesado desde allí ahora mismo.

Un vídeo.

La bilis me subió a la garganta. Si le estaban haciendo algo... si la estaban grabando...

El miedo intentó salir de la caja. La imagen de Julie herida, asustada, sola en un sótano.

«No».

La aplasté bajo capas de hielo militar.

—El archivo se ha descargado —anunció Landon. Su voz, normalmente segura y sarcástica, sonó extrañamente apagada—. Pax... no te va a gustar.

—Ponlo —ordené, acercándome a la pantalla grande en la pared de la sala de reuniones.

Sam, Sexton, Max y Asher se colocaron a mi alrededor, formando un muro de silencio.

Landon pulsó una tecla.

La pantalla parpadeó y mostró una imagen granulada, grabada con un móvil bajo una luz artificial dura.

El aire salió de mis pulmones como si me hubieran golpeado con un martillo.

Era Julie.

Estaba atada a una silla de metal, empapada, con el pelo pegado a la cara y tiritando violentamente. Tenía el labio partido y sangre seca en la barbilla. Pero lo que me rompió por dentro no fueron las heridas. Fue su mirada. No miraba a la cámara con miedo. Miraba con odio. Estaba luchando.

—No les voy a decir nada — se oyó la voz de Julie en el vídeo, ronca pero desafiante —. No pagues nada. Ven a buscarlos.

Se oía una risa de fondo y después un corte, enfocando la oscuridad detrás de ella, donde apenas se distinguían unas tuberías oxidadas y paredes de ladrillo manchadas de humedad.

Entonces, una voz distorsionada digitalmente habló desde detrás de la cámara.

—Hola, Daniel. Tu chica es resistente. Pero todo el mundo se rompe al final.

La cámara volvió a enfocar a Julie, que respiraba agitada.

—Si quieres que siga respirando, vas a venir a buscarla. Tú solo. Sin tus perros moteros. Sin armas. Solo tú.

La imagen hizo un zoom sobre los ojos de Julie.

—Sabes dónde estamos, Daniel. Donde empezó la fortuna de la familia. Donde se envasaba la carne antes de que se pudriera. Tienes una hora. Si vemos a alguien más... le cortaremos el cuello en directo.

La pantalla se fue a negro.

El silencio en la Capilla era absoluto, denso, cargado de una violencia que buscaba salida.

—Hijos de puta —susurró Sexton, llevándose las manos a la cabeza, temblando.

Yo no hablé. No podía.

Mi mente había retrocedido en el tiempo. «Donde se envasaba la carne».

Cerré los ojos y vi el edificio. Ladrillo rojo oscuro. Chimeneas que llevaban décadas apagadas. El olor a óxido y grasa vieja.

—Lo sé —dije. Mi voz sonó gutural, irreconocible—. Sé dónde está.

Abrí los ojos y miré a Sam.

—La vieja conservera Paxton. En los astilleros del sur. Pertenecía a mi abuelo antes de que la vendieran por partes. Mi padre... mi padre todavía conserva la nave principal como almacén fiscal para evadir impuestos.

Golpeé la mesa con el puño, sintiendo el dolor de mis costillas estallar, alimentando mi furia.

—Es él. Tiene que ser él. Ha usado el único lugar que controla fuera de los libros.

—Quieren que vayas solo —dijo Max, analizando la situación tácticamente—. Es una ejecución, Pax. Quieren que entres allí desarmado para matarte delante de ella y luego matarla a ella. No van a dejar testigos.

—Lo sé. —Empecé a caminar hacia la salida, cojeando pero sin detenerme—. Pero si no voy, la matarán ahora.

Sam se interpuso en mi camino, plantándome una mano en el pecho.

—No vas a entrar ahí solo para suicidarte.

—¡Es mi mujer, Sam! —grité, perdiendo la calma fría por un segundo—. ¡Tengo que ir!

—Y vas a ir —dijo Sam, sosteniendo mi mirada con firmeza—. Vas a ir allí y vas a cumplir su demanda. Vas a entrar por la puerta principal, cojeando y desarmado. Vas a ser el cebo perfecto.

Sam sonrió, una mueca depredadora que prometía sangre.

—Pero nosotros seremos tu sombra.

Me giré hacia el mapa. Mi cerebro militar volvió a encajar las piezas.

—La nave tiene una red de túneles de drenaje —dije rápidamente, señalando el plano—. Drenaban los residuos directamente al río. Si los equipos Alfa y Bravo entran por los desagües viejos... podréis posicionaros bajo el suelo de la nave principal sin que os vean desde fuera.

—Eso es —aprobó Asher, sacando un cuchillo de combate y probando el filo con el pulgar—. Tú entras por la puerta, haces que se confíen, ganas tiempo. Nosotros salimos del suelo como los malditos demonios que somos.

Max miró su reloj.

—Tenemos cuarenta y cinco minutos para llegar, desplegar y tomar posiciones.

—Dominic —dijo Max, girándose hacia el mayor de los Vance—. Tú te quedas al mando de la base.

Dominic asintió, sentándose frente a los monitores junto a Landon e Iron.

—Landon y yo controlaremos las comunicaciones y los satélites. Si vemos movimiento térmico fuera de la fábrica o refuerzos llegando, os avisaremos por el auricular. Iron coordinará la frecuencia encriptada de Legend. Nadie entra ni sale de esa zona sin que nosotros lo sepamos.

—Gracias —dije a Dominic.

Luego miré a los hombres que iban a venir conmigo al infierno.

Sam Tucker. Max Vaughn. Asher Vaughn. Wolf. Sexton Connor.

—No quiero detenciones —repetí, cargando mi fusil antes de dejárselo a Wolf para que me lo guardara hasta la infiltración.

—No te preocupes, Pax —dijo Asher, abriendo la puerta de la Capilla—. Hoy no hemos traído las esposas. Hemos traído las bolsas para cadáveres.

—Vamos —ordenó Sam.

Salimos al patio. El sol de la tarde parecía frío.

Me subí a la furgoneta táctica blindada de Legend, sintiendo el peso de la responsabilidad y el odio quemándome las venas. Mi padre había cometido el error de su vida. Había atacado a mi familia. Había secuestrado a mi mujer. Y me había citado en su propio terreno.

Iba a recuperar a Julie. Y luego iba a derribar el legado de los Paxton ladrillo a ladrillo, empezando por los que estaban dentro de esa fábrica.

CAPITULO 28

Julie

La figura dio un paso hacia la luz y el misterio se disolvió para revelar la pesadilla.

No era un jefe mafioso. No era un rival comercial.

Era Victoria Paxton.

Llevaba un abrigo de lana color camel impecable sobre un vestido de diseño, y sus tacones de aguja repiqueteaban sobre el suelo de hormigón sucio con una incongruencia obscena. Lo único que arruinaba su imagen de dama de la alta sociedad era la locura brillante y vítrea en sus ojos azules.

—Sorpresa —susurró, con una sonrisa que no mostraba alegría, sino satisfacción depredadora.

—Tú... —La incredulidad me golpeó, pero rápidamente fue reemplazada por una claridad helada—. Tú has organizado todo esto.

Victoria se encogió de hombros, caminando alrededor de mi silla como si estuviera inspeccionando una obra de arte defectuosa.

—Al principio intenté ser sutil, querida. Contraté a talento local. Barato. Discreto. —Hizo una mueca de disgusto—. Pero ya sabes lo que dicen: si quieres algo bien hecho, tienes que pagar a profesionales. Esos idiotas del callejón y el conductor... fallaron. Pero Kowalski y sus amigos... ellos sí entienden el valor del dinero.

Se detuvo frente a mí, inclinándose para que nuestros rostros quedaran a centímetros. Pude oler su perfume caro mezclado con el

hedor a humedad del sótano.

—¿Por qué? —pregunté, mirándola fijamente—. ¿Por la herencia? ¿Tanto necesitas el dinero?

Victoria soltó una carcajada estridente que rebotó en las paredes.

—¿El dinero? ¡Oh, qué vulgar eres! El dinero es útil, sí. Pero esto no es por dinero, Julie. Esto es por orden. Esto es por propiedad.

Se enderezó, alisándose el abrigo con movimientos compulsivos.

—Pax es mío. Siempre ha sido mío. —Su voz bajó a un susurro febril—. Yo lo moldeé. Yo lo tomé cuando era un niño torpe y asustado y le enseñé lo que era el placer. Le enseñé a ser un hombre. Él se alejó unos años, necesitaba convertirse en un hombre. Pero la muerte del vejestorio lo habría acercado a nosotros de nuevo. A mí. Pero te cruzaste en su camino y lo confundiste con tus vaqueros baratos y tu actitud de barriobajera. Él me pertenecía hasta que tú apareciste.

—Me odias porque te rompí la nariz —dije, recordando el crujido satisfactorio en el baño del hotel.

Victoria se tocó instintivamente el puente de la nariz. Su expresión se endureció.

—Decidí que debías morir en ese momento, sí. Eras una molestia. Una mancha en mi paisaje. —Sus ojos destellaron con odio puro—. Pero hoy... hoy lo has precipitado todo.

Empezó a caminar de un lado a otro, agitada, perdiendo la compostura elegante.

—Hoy vino a casa. Vino a verme. Yo estaba dispuesta a perdonarle, Julie. Estaba dispuesta a dejarle volver a mi cama, a consolarle cuando tú... desaparecieras. —Victoria apretó los puños, y su voz se quebró en un grito histérico—. ¡Pero me miró con asco! ¡Se atrevió a decir que le daba ganas de vomitar!

La miré, atónita. La realidad de su delirio se desplegó ante mí.

—Tú... tú crees que él te quiere —dije, y de repente, la situación pasó de ser aterradora a ser patéticamente absurda.

Una risa burbujeó en mi pecho. No pude contenerla. Empecé a reírme. Una risa rota, ronca, pero genuina.

Victoria se detuvo en seco, mirándome como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—¿De qué te ríes, estúpida? Vas a morir.

—Me río de ti, Victoria —jadeé, mirándola con lástima—. Estás loca. Estás completamente delirante. Pax no te quiere. Pax te odia. Para él no eres una amante. Eres una pesadilla. Eres la mujer que abusó de él cuando era un niño indefenso.

—¡Mentira! —chilló Victoria, perdiendo los estribos—. ¡Él lo disfrutaba!

—¡Era un niño y tú eras su madrastra! —le grité de vuelta, mi voz resonando con la autoridad de la verdad—. ¡Eres una pedófila, Victoria! Una depredadora triste y vieja que no puede aceptar que su víctima ha crecido y ahora ve lo que realmente eres: basura.

La cara de Victoria se contorsionó en una máscara de furia fea y cruda. Su narcisismo no podía soportar el espejo que le estaba poniendo delante.

—Cállate... ¡Cállate!

Metió la mano en su bolso de diseño y sacó un objeto negro y rectangular. Un Taser de grado militar.

Lo encendió. El arco eléctrico azul chisporroteó con un sonido amenazador y seco.

—Iba a esperar a que Pax llegara —dijo Victoria, temblando de ira, acercándose a mí con el arma en la mano—. Iba a dejar que viera cómo te apagabas. Pero creo que voy a empezar sin él. Voy a pararte ese corazón insolente ahora mismo.

Me encogí en la silla, intentando alejarme, pero las ataduras no cedieron. El miedo volvió, frío y agudo. Iba a hacerlo. Iba a matarme por despecho.

Victoria levantó el Taser, apuntando a mi cuello.

—Di adiós, Julie.

Pero antes de que pudiera tocarme, el mundo exterior estalló.

¡BUM!

Un sonido sordo, como una explosión controlada, sacudió los cimientos del edificio. El polvo cayó del techo.

Victoria se sobresaltó, mirando hacia la puerta metálica del sótano.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó a Kowalski, que había sacado su pistola, nervioso.

Entonces se oyeron los gritos.

No eran gritos de pánico. Eran gritos de dolor y de terror de los hombres que estaban arriba, en la planta principal. Y por debajo de esos gritos, se oía algo más.

El sonido inconfundible de disparos secos y controlados.

Y rugidos. Rugidos de hombres que entraban a matar.

Sonreí, aunque tenía el Taser a centímetros de la cara. Miré a Victoria, que estaba pálida, con los ojos desorbitados escuchando cómo su seguridad perimetral era desmantelada piso por piso.

—¿Oyes eso, Victoria? —susurré, sintiendo una satisfacción salvaje—. Eso no es la policía.

Hubo otro disparo, mucho más cerca, casi en la escalera de bajada.

—Es el Infierno —dije, clavando mis ojos en los suyos—. Y ha venido a por ti. Corre.

Pax

La puerta de metal del sótano no se abrió. Dejó de existir.

Asher colocó la carga de demolición en la cerradura y detonó. La explosión fue un golpe seco que me sacudió los dientes, llenando el pasillo de humo acre y polvo de hormigón.

Antes de que los escombros tocaran el suelo, yo ya estaba entrando a través del humo.

No sentía el dolor de las costillas. No sentía el latigazo en la pierna. Mi mundo se había reducido a la mira holográfica de mi fusil AR-15 y al objetivo que había al otro lado.

El caos era ensordecedor. Detrás de mí, Wolf y Max aseguraban el pasillo, eliminando a los dos guardias que habían intentado flanquearnos. Los disparos resonaban como truenos en el espacio cerrado.

Entré en la sala principal del sótano.

Y me detuve en seco.

La escena se grabó en mi retina a cámara lenta.

Julie estaba allí, en el centro de la habitación, todavía atada a la silla. Pero no estaba sola.

Victoria estaba detrás de ella.

En su desesperación, mi madrastra había levantado a Julie con silla y todo, usándola como un escudo humano. Tenía un brazo alrededor del cuello de Julie, apretando con fuerza maníaca, y en la otra mano sostenía una pistola pequeña, una Beretta plateada que probablemente había sacado del bolso o quitado a uno de sus matones. El cañón estaba presionado contra la sien de Julie.

Kowalski estaba en el suelo, sangrando y gimiendo, arrastrándose hacia una esquina. Asher entró detrás de mí y le dio una patada en la cabeza, dejándolo inconsciente sin dejar de apuntar al frente.

—¡¡ATRÁS!! —chilló Victoria. Su voz era un alarido roto, histérico. Sus ojos estaban desorbitados, saltando de un lado a otro, viendo cómo su pequeño ejército de mercenarios había sido aniquilado en menos de tres minutos—. ¡Si dais un paso más le vuelo la cabeza! ¡Lo juro!

Levanté la mano izquierda, indicando a mi equipo que mantuviera la posición. Mantuve mi fusil alzado, el punto rojo bailando sobre el hombro de Victoria, el único trozo de ella que asomaba tras el cuerpo de Julie.

Demasiado arriesgado. El blanco era demasiado pequeño. Si fallaba... si la bala atravesaba...

—Suéltala, Victoria —dije. Mi voz sonó extraña, mecánica. La voz de la muerte.

—¡No! ¡Tú has traído esto! —gritó ella, escondiéndose más detrás de Julie—. ¡Tú eres el culpable! ¡Solo tenías que amarme! ¡Solo tenías que obedecerme!

Miré a Julie.

Tenía el labio partido y la cara hinchada por los golpes. Estaba empapada y temblando. Pero sus ojos... sus ojos avellana estaban fijos en los míos.

No había miedo en ellos. Había confianza.

Ella me vio. Vio mi duda. Vio que no podía disparar.

Y entonces, vi un cambio sutil en su postura. Julie respiró hondo. Apretó la mandíbula. Me hizo un micro gesto con la barbilla.

«Ahora».

De repente, Julie levantó los pies del suelo y se dejó caer con todo su peso muerto hacia delante y hacia abajo, arrastrando la silla con ella.

El movimiento brusco y pesado desequilibró a Victoria.

—¡Ah! —gritó Victoria, perdiendo el agarre del cuello de Julie y tropezando hacia atrás con sus tacones de aguja.

El escudo había desaparecido.

Julie golpeó el suelo con la silla, quedándose fuera de la línea de fuego.

Victoria se quedó expuesta, tambaleándose, con la pistola todavía en la mano, buscándome con la mirada perdida.

No le di tiempo a encontrarme.

Mi dedo apretó el gatillo.

Un solo disparo. Preciso. Quirúrgico.

La bala impactó en el muslo derecho de Victoria, destrozando el fémur.

La pierna de Victoria cedió como si fuera de trapo. Soltó un alarido agónico y cayó al suelo, soltando la pistola, agarrándose el muslo del que brotaba sangre a borbotones sobre el hormigón sucio.

—¡Despejado! —gritó Max, entrando para patear la pistola de Victoria lejos de su alcance.

Yo ya no miraba a Victoria.

Solté el fusil, dejándolo colgar de la correa táctica, y me lancé al suelo junto a Julie.

—¡Pax! —jadeó ella.

Saqué mi cuchillo de combate y corté las bridas de sus manos y sus pies con movimientos rápidos y violentos, desesperado por liberarla.

En cuanto sus manos estuvieron libres, Julie se lanzó a mis brazos.

El impacto de su cuerpo contra el mío me hizo gemir de dolor por las costillas rotas, pero me importó una mierda. La abracé con una fuerza que podría haberla roto, enterrando mi cara en su cuello mojado y sucio, respirando su olor a humedad, sangre y vida.

Estaba viva. Estaba viva.

Sentí sus manos aferrarse a mi chaleco táctico, sus uñas clavándose a través de la tela. Ella sollozaba contra mi pecho, liberando toda la tensión acumulada.

—Te tengo —susurré, mi voz rota, las lágrimas mezclándose con el sudor y la sangre en mi cara—. Te tengo, *Sunshine*. Ya está. Se acabó.

Julie se separó un poco, acunando mi cara con sus manos temblorosas. Me miró a los ojos, escaneándome, buscando mis heridas.

—Tu pierna... estás cojeando —dijo ella, con la voz quebrada. Luego miró a Victoria, que gritaba y lloraba en el suelo mientras Max le aplicaba un torniquete sumario. Sabía que la quería viva para interrogarla.

Julie volvió a mirarme, frunciendo el ceño ligeramente, todavía con la adrenalina disparada.

—¿Por qué en la pierna? —preguntó, jadeando—. Tenías el tiro limpio. Podrías haberle volado la cabeza. Se lo merecía.

Le aparté el pelo mojado de la frente, rozando su piel fría con mis dedos, maravillado de que siguiera allí.

—Jamás —dije, y la intensidad de mi propia voz me sorprendió—. Jamás dispararía una bala letal con tu cabeza tan cerca, Julie. Ni aunque fuera el mejor tirador del mundo. Mi mano tiembla cuando se trata de ti. No podía arriesgarme a perderte.

Los ojos de Julie se llenaron de lágrimas frescas.

—Has venido —susurró—. Viniste al infierno por mí.

—Iría a cualquier parte —apoyé mi frente contra la suya, cerrando los ojos, sintiendo su pulso latir contra el mío—. Te amo, Julie Connor. Te amo más que a mi propia vida.

Ella soltó una risa entre llanto y me besó. Fue un beso salado, sucio, desesperado. Un beso que sabía a supervivencia.

—Te amo, Pax —respondió ella contra mis labios—. Te amo, mi *Blackbird*.

A nuestro alrededor, el equipo de Legend aseguraba el perímetro. Oí la voz de Sam dando órdenes por radio, pidiendo una ambulancia. Oí a Sexton gritando el nombre de su hija mientras bajaba las escaleras corriendo.

Julie

El mundo se había reducido al sabor de los labios de Pax, a la presión de sus brazos alrededor de mí y al latido frenético de su

corazón contra mi pecho. Por un momento, olvidé el sótano, la humedad y el dolor. Estaba segura. Estaba en casa.

Abrí los ojos lentamente, sin querer romper el contacto, mirando por encima del hombro de Pax mientras recuperaba el aliento.

Y entonces, lo vi.

Un movimiento en el suelo.

Victoria.

A pesar de tener el fémur destrozado y de estar perdiendo sangre como una cerda, la locura era un combustible poderoso. Se había arrastrado en silencio, ignorando la agonía, impulsada por ese odio purulento que le había podrido el alma durante años.

Su mano temblorosa se estiró hacia la Beretta plateada que Max había pateado, pero que había quedado a un par de metros. Sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura.

Vi sus ojos. No miraban al techo ni buscaban ayuda. Estaban fijos en la espalda de Pax. Una mirada de pura malicia. Iba a matarlo. Iba a llevarse a su juguete con ella al infierno.

Levantó el arma.

—¡NO!

No pensé. No dudé. No hubo tiempo para el miedo.

Una ola de furia volcánica, más caliente que cualquier cosa que hubiera sentido antes, me recorrió las venas. «Nadie toca a mi hombre».

Me solté del abrazo de Pax con un movimiento brusco. Antes de que él pudiera reaccionar o girarse, mi mano fue directa a la pistolera de su pecho, donde descansaba su Sig Sauer secundaria.

Se la arranqué del chaleco táctico.

El peso del arma en mi mano se sintió correcto. Natural.

Levanté el cañón, apuntando por encima del hombro de Pax, alineando la mira con el pecho de la mujer que había intentado destruirnos.

Victoria apretó su gatillo.

Yo apreté el mío.

El disparo de Victoria se perdió en el techo, desviado por su propia debilidad.

El mío no falló.

La bala golpeó a Victoria en el centro del pecho, justo sobre el corazón. Su cuerpo se sacudió violentamente contra el suelo de hormigón. Soltó la pistola. Sus ojos azules se abrieron desmesuradamente, mirando a la nada, y soltó un último suspiro gorgoteante.

Luego, se quedó inmóvil.

El silencio que siguió fue absoluto.

Bajé el arma, sintiendo el cañón caliente, y me quedé mirando el cadáver. No sentí remordimiento. No sentí asco. Sentí una paz inmensa.

Pax se había girado lentamente, siguiendo la trayectoria de mi disparo. Miró a Victoria muerta. Luego miró la pistola en mi mano. Y finalmente, me miró a mí.

Esperé ver horror en sus ojos. Esperé que me viera como a una asesina.

Pero Pax se acercó, puso sus manos sobre las mías y bajó suavemente el arma hasta que apuntó al suelo.

—Gracias —susurró, con una devoción que me hizo temblar las rodillas.

—Iba a dispararte —dije, con la voz ronca—. Por la espalda.

Pax asintió, y me atrajo de nuevo hacia él, besando mi frente, mis ojos, mi pelo.

—Lo sé. —Me apretó fuerte—. Gracias por matar a mis monstruos, Julie. Gracias por hacer lo que yo no pude.

—Nadie te toca, Pax —murmuré contra su pecho—. Nadie.

—Vamos a casa.

Me pasó el brazo por los hombros, sosteniéndome, y caminamos hacia la salida. Pasamos junto al cuerpo de Victoria sin mirarla. Ya

no era un fantasma. Ya no era una amenaza. Solo era un cadáver en un sótano sucio.

Al salir del sótano y subir a la planta principal, vi la magnitud de la operación.

No había sirenas de policía. No había caos.

El plan de Sam, Asher, Max y Pax había sido ejecutado con una precisión quirúrgica.

Los cuerpos de los mercenarios habían sido apilados discretamente en una esquina, listos para ser eliminados por el equipo de limpieza de *Legend* o los contactos de Volkov. No había testigos.

Sam Tucker estaba en la puerta principal, con su fusil descansando y una expresión de alivio inmenso al vernos salir caminando.

Papá corrió hacia mí y me envolvió en un abrazo que casi me rompe las. Lloró, y yo lloré con él un segundo, pero luego me separé para buscar a Pax.

Siempre a Pax.

Salimos al aire libre. El sol de la tarde nos golpeó en la cara.

Asher y Max estaban junto a la furgoneta táctica, limpiando sus armas con una calma escalofriante. Al vernos, Max asintió solemnemente.

—Limpio y despejado —informó Max—. Nadie ha oído nada. Las cámaras perimetrales fueron desactivadas por Landon hace veinte minutos. Oficialmente, nunca hemos estado aquí. Y Victoria Paxton ha desaparecido.

Pax me miró. Estaba sucio, herido, cojeando y agotado. Pero por primera vez desde que lo conocía, sus ojos estaban completamente libres de sombras.

El monstruo estaba muerto. La jaula estaba abierta.

Me tomó de la mano, entrelazando nuestros dedos manchados de pólvora y sangre.

—Se acabó —dijo.

—Se acabó —confirmé.

Subimos a la furgoneta, dejando atrás la fábrica y el pasado, listos para empezar a vivir.

CAPITULO 29

Pax

El silencio en la casa club era diferente al de esta mañana. Ya no era un silencio tenso de espera. Era el silencio cansado y sagrado de los supervivientes.

Estábamos en la sala que hacía las veces de enfermería improvisada. Elan Blackwater, había llegado hacía media hora con su maletín, convocado por Sam.

Yo estaba sentado en una camilla baja, sin camiseta, dejando que mis costillas respiraran. El dolor era un latido constante, sordo, pero soportable. Nada estaba roto, solo magullado hasta el hueso por el peso de la Panhead.

Pero mis ojos no se apartaban de la camilla de al lado.

Julie estaba allí.

Elan limpiaba con suavidad los cortes en sus muñecas, donde las bridas habían mordido la piel. Tenía el labio hinchado y un hematoma feo, de color púrpura y amarillo, floreciendo en su pómulo derecho.

Se veía herida y un poco frágil, pero sus ojos encerraban una fortaleza que nadie podía quebrar. Para mí, era la visión más magnífica que había tenido jamás.

—Vas a necesitar un par de puntos en el corte del brazo, Julie —dijo Elan con su voz tranquila y profunda—. Te pondré anestesia local. No sentirás nada.

—Hazlo, Doc —respondió ella. Su voz era ronca, pero firme. Me miró y me guiñó un ojo hinchado—. He pasado por cosas peores hoy.

Sentí una presión en el pecho que no tenía nada que ver con mis costillas. Era orgullo. Un orgullo feroz y abrumador. Pero debajo de ese orgullo, había un terror frío que se negaba a irse.

Cerré los ojos un segundo y volví a verla atada a esa silla. Volví a sentir la impotencia absoluta de estar atrapado bajo mi moto mientras se la llevaban.

Ese miedo... ese miedo me había cambiado.

Había pasado años creyendo que mi seguridad residía en el aislamiento. Que si no dejaba entrar a nadie, nadie podría hacerme daño. Pero hoy, en ese sótano, había entendido que la soledad no protege. La soledad solo te hace un blanco fácil.

La puerta de la enfermería se abrió. Max Vaughn entró, guardando su teléfono en el bolsillo.

Se acercó a mí y bajó la voz.

—Volkov ha llamado.

—¿Y bien? —pregunté, tenso.

—La fábrica está limpia. —Max me sostuvo la mirada con esa seriedad de quien ha compartido trincheras—. No hay cuerpos. No hay armas. No hay rastro biológico de Victoria Paxton ni de sus amigos. Según los registros oficiales, la nave sigue abandonada y cerrada desde 1998.

Solté el aire. Era el fin. Legalmente, físicamente, realmente. Victoria había dejado de existir.

—Gracias, Max. A ti y a tus hermanos. Y al ruso.

—No me des las gracias —Max me puso una mano en el hombro sano—. Tú hubieras hecho lo mismo por mí. Eso es lo que hacemos.

Asentí. «Eso es lo que hacemos».

Miré alrededor de la sala. Vi a Sam Tucker hablando con Sexton en la esquina, ambos con una expresión de alivio cansado. Vi a Wolf

limpiando su cuchillo con un trapo, vigilando la puerta por costumbre. Vi a Julie, mi valiente y preciosa Julie, dejándose cuidar por Elan.

Esta gente... estos delincuentes, estos marginados... habían movido cielo y tierra por nosotros. Habían ido a la guerra sin preguntar.

Miré mis manos. Estaban manchadas de grasa, pólvora y sangre seca.

Ya no eran las manos de un Jefe de Seguridad. Ya no eran las manos de un heredero renegado.

Eran las manos de un hombre que necesitaba poder. No dinero, no estatus. Poder real. El poder de la calle. El poder de la manada.

Porque la próxima vez... y siempre había una próxima vez en este mundo... no quería tener que pedir ayuda. Quería ser la ayuda. Quería asegurarme de que nadie, nunca más, se atreviera a mirar a Julie Connor sin sentir el peso de todo un ejército detrás de ella.

Me bajé de la camilla, ignorando el pinchazo de dolor en el costado.

Caminé hacia Julie. Elan terminaba de poner el último punto.

—Ya está —dijo el médico, quitándose los guantes—. Descanso, hielo y analgésicos. Y muchos mimos.

Julie sonrió débilmente.

Me acerqué y le besé la frente, con cuidado de no tocar sus heridas.

—¿Estás bien? —susurré.

—Estoy viva —dijo ella, cogiéndome la mano—. Estamos vivos.

Apreté su mano.

Ella me estudió un segundo. Vio la oscuridad en mis ojos, pero también vio la resolución nueva, brillante y dura como el acero. Entendió lo que significaba.

—Ha llegado el momento —dijo ella suavemente—. Es hora de tomar tu parche y tu lugar donde perteneces

Le di un último beso en los nudillos. Mañana hablaría con Sam y Sexton. Por el momento solo quería tomar a mi chica y dormir un día entero con ella en mis brazos.

◆ ◆ ◆

Despertar dolió.

En cuanto la consciencia volvió a mi cerebro, mi cuerpo me pasó la factura del día anterior. Mis costillas protestaron con una punzada aguda al intentar respirar hondo, y mi pierna izquierda se sentía rígida y pesada bajo las sábanas.

Pero entonces, sentí el peso cálido sobre mi pecho sano.

Abrí los ojos.

Julie estaba dormida, con la cabeza apoyada en mi hombro derecho, una pierna entrelazada con las mías. La luz de la mañana se filtraba por las persianas del apartamento del búnker, iluminando las partículas de polvo que bailaban en el aire.

La miré. Tenía el pelo revuelto y la cara lavada, lo que hacía que el hematoma en su pómulo y el corte en su labio resaltaran violentamente sobre su piel pálida. Ver esas marcas me provocó una oleada de culpa, pero también de gratitud infinita. Estaba aquí. Respiraba. Estaba a salvo en territorio de Legend.

Acaricié su brazo desnudo con suavidad, evitando la gasa que cubría los cortes de su muñeca.

El zumbido de mi teléfono en la mesita de noche rompió el silencio pacífico.

Julie se removió, soltando un gruñido suave, pero no se despertó del todo. Estiré el brazo con cuidado, maldiciendo por el dolor en el costado, y cogí el móvil.

Era Landon Vance.

Descolgué al segundo tono.

—Dime que son buenas noticias, Lan —susurré, con la voz ronca del sueño.

—*S*on las mejores noticias, Pax —respondió Landon. Su voz sonaba satisfecha, con ese tono de suficiencia que ponía cuando descifraba un código complejo—. Espero que estés sentado. O tumbado.

—Estoy escuchando.

—Bien. Resulta que cuando empecé a rastrear las finanzas de tu padre para buscar el pago a los sicarios, encontré algo mucho más interesante. Un rastro de migas de pan que llevaba directo a cuentas en paraísos fiscales no declarados.

Me froté los ojos con la mano libre.

—¿Evasión de impuestos?

—A escala industrial. Tu padre ha estado desviando fondos de la empresa y ocultando activos durante una década. Y adivina qué... no fui el único que lo notó. Al hacer ping en sus servidores, activé una alerta federal.

Me incorporé un poco, ignorando el dolor.

—¿El FBI?

—El FBI llevaba seis meses construyendo un caso contra él. Mi intrusión solo aceleró el proceso. Esta mañana, a las ocho, han hecho una redada en las oficinas de Paxton Enterprises y en la mansión de Gold Coast.

Sentí una sonrisa lenta y fría formarse en mis labios.

—¿Lo han detenido?

—Lo están sacando esposado ahora mismo. Y es un caso federal, Pax. Van a congelar y confiscar absolutamente todo para cubrir la deuda tributaria y las multas. Propiedades, coches, cuentas... todo.

Landon hizo una pausa dramática.

—Eso significa que la demanda por la herencia de tu abuelo está muerta. El juez la va a desestimar porque tu padre ya no tiene

capacidad legal ni activos para litigar. La herencia del abuelo Martin está a salvo. Tu donación al hospital está a salvo.

—Gracias, Landon —dije, sintiendo que un peso de toneladas se levantaba de mis hombros.

—Ah, y una cosa más... Como van a precintar la mansión y las cuentas personales... tu hermanastro Archie se va a encontrar con una sorpresa desagradable cuando intente usar su tarjeta de crédito para pagar el desayuno.

Colgué el teléfono y lo dejé sobre la mesa.

Me quedé mirando el techo un momento, asimilándolo. Victoria estaba muerta, aunque el mundo solo sabría que había desaparecido. Daniel iba a la cárcel. La herencia estaba protegida.

—¿Quién era? —murmuró Julie, abriendo un ojo hinchado.

Me giré hacia ella y le besé la nariz.

—Era Landon. Se acabó, *Sunshine*. Se acabó de verdad.

Le conté todo. La redada del FBI, la evasión de impuestos, la detención de mi padre.

Julie escuchó en silencio, trazando círculos imaginarios en mi pecho con el dedo. Cuando terminé, suspiró. Había una sombra de tristeza en su expresión.

—Es... triste —dijo suavemente—. Sé que eran horribles, Pax. Pero acabar así... tu padre en la cárcel, tu familia destruida... Es un final muy oscuro para el apellido Paxton.

—El apellido Paxton estaba podrido mucho antes de esto —dije, sintiendo una paz extraña. No había alegría vengativa, solo la calma de saber que el cáncer había sido extirpado—. Yo ya no soy uno de ellos, Julie. Mi familia está en esta habitación. Y ahí fuera, en el taller.

Julie me miró, y su tristeza se disipó, reemplazada por esa chispa de humor resiliente que tanto amaba.

—Espera... —dijo, procesando la última parte de la información—. Si confiscan todo... ¿eso significa que Archie se queda sin nada? ¿Sin ático, sin coche, sin tarjetas?

—Cero. Se queda en la calle con lo puesto.

Julie soltó una carcajada, aunque hizo una mueca de dolor al hacerlo.

—Vaya... —Se apoyó en el codo, ignorando sus magulladuras—. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Qué?

—Que Archie va a tener que hacer algo que nunca ha hecho en su vida. —Sonrió con malicia—. Va a tener que buscar trabajo.

Me reí, una risa que me dolió en las costillas pero me sanó el alma.

—Me encantaría ver su currículum —dije—. "Habilidades: gastar dinero de papá y ser un imbécil".

—No le contratarían ni para limpiar los baños de *Vinyl* —sentenció Julie, volviendo a acurrucarse contra mí—. Pero bueno, es un comienzo.

La abracé, cerrando los ojos. El mundo fuera podía arder. Daniel podía pudrirse en una celda federal y Archie podía aprender a servir hamburguesas.

Aquí dentro, magullados y rotos pero juntos, teníamos todo lo que necesitábamos.

◆ ◆ ◆

El aire olía a carne asada, cerveza fría y serrín. Era el olor de la victoria.

El patio trasero de *Legend* estaba lleno. No solo estaban los miembros del club con sus chalecos, sino también los hermanos Vance y Vaughn. Max reía con Wolf junto a la parrilla, Asher estaba enseñándole a Raven cómo lanzar un cuchillo contra un poste de madera, bajo la mirada horrorizada y fascinada de Elan, y Landon discutía algo sobre encriptación con Olivia, que parecía haber recuperado algo de color en las mejillas.

Julie estaba sentada en un banco de madera, con una cerveza en la mano, riéndose de algo que le contaba Bighorse. Llevaba una chaqueta grande negra, que había robado de mi armario, sobre los hombros para protegerse del frío de la noche de abril, y aunque su cara todavía mostraba las marcas de la batalla, sus ojos brillaban como dos faros.

Respiré hondo. El dolor de mis costillas era un recordatorio constante de que estaba vivo.

Me separé de la barra improvisada y caminé hacia donde estaban Sam Tucker y Sexton Connor.

Al verme acercarme con esa determinación silenciosa, ambos dejaron de hablar. Sam dejó su botella sobre la mesa. Sexton se enderezó.

—Presidente. Vicepresidente —saludé, usando sus títulos con respeto formal.

—Pax —respondió Sam, con una media sonrisa—. ¿Vienes a por otra cerveza o vienes a por problemas?

—Vengo a pedir trabajo.

Sexton soltó una risita suave y negó con la cabeza, mirando al suelo con orgullo.

—Ya tienes trabajo, hijo. Eres el mejor mecánico de clásicas que he visto.

—No me refiero a las motos, Sexton —Me quité las manos de los bolsillos y mantuve la mirada fija en Sam—. Quiero el parche.

El silencio cayó en ese pequeño círculo, aunque la fiesta seguía a nuestro alrededor.

—Sabes lo que significa —dijo Sam, poniéndose serio. Su tono cambió al del líder militar—. No es un club social. Es una hermandad. Es sangre, es lealtad y es de por vida. Si entras, *Legend* es tu familia prioritaria. Tus problemas son nuestros, pero nuestros problemas también son tuyos.

—Lo sé —dije sin dudar—. He visto lo que hacéis por la familia. He visto cómo habéis ido al infierno por Julie y por mí. Quiero ser

parte de eso. Quiero ser el hombre que esté a vuestro lado la próxima vez que haya que derribar una puerta.

Miré a Sexton.

—Quiero ganármelo. No quiero regalos por ser el novio de Julie. Empezaré de prospecto si es necesario. Limpiaré motos y barreré el taller. Pero quiero ese parche en mi espalda.

Sexton me puso la mano en el hombro, apretando con fuerza paternal.

—Te lo ganaste en ese sótano, Pax. Te lo ganaste cuando entraste a por mi hija.

Sam asintió y me tendió la mano.

—Bienvenido a casa, *Novato* —Me estrechó la mano con firmeza —. Mañana empiezas. Y prepárate, porque Wolf no va a ser suave contigo solo porque seas un héroe de guerra.

—No espero menos.

Tras el apretón de manos y los abrazos rudos de bienvenida, me alejé buscando lo único que me faltaba para que la noche fuera perfecta.

Me acerqué a Julie. Ella me vio venir y se hizo a un lado en el banco para dejarme sitio. Me senté con cuidado, pasando mi brazo por sus hombros, atrayéndola hacia mi calor.

—¿Qué tramabas con los jefes? —preguntó ella, apoyando la cabeza en mi pecho.

—Nada importante. Solo formalizando mi futuro —Le besé el pelo —. Parece que vas a tener que salir con un motero oficial a partir de ahora.

Julie levantó la cabeza, sonriendo.

—¿Te han dado el sí?

—Me han dado el sí.

Nos reímos juntos. El sonido de su risa, libre de miedo, fue la mejor música que había escuchado nunca.

Nos quedamos en silencio un momento, mirando el fuego de las barbacoas crepitar bajo el cielo nocturno de Chicago.

—Pax... —dijo ella de repente, con voz suave.

—¿Mm?

—Nunca me lo has dicho.

—¿El qué?

—*Blackbird* —Julie me miró a los ojos, curiosa—. Sé que Max era *Falcon*. Sam me dijo una vez que era vuestro código en los Rangers. Pero... ¿por qué tú eras el Mirlo?

Sonreí, nostálgico. Era una historia de otra vida, de cuando Max y yo éramos jóvenes soldados en el desierto.

—En nuestra unidad de operaciones especiales, cada uno tenía una especialidad —expliqué—. Max era *Falcon* porque era el depredador. Caía sobre el enemigo desde arriba, rápido, letal.

—¿Y tú? —preguntó—. El mirlo no es un depredador. Es un pájaro pequeño.

—Exacto. Nadie presta atención a un pájaro negro en un árbol —Le acaricié la mejilla con el pulgar—. Mi especialidad no era la caza directa. Era la observación, la comunicación y la inteligencia. Creaba los códigos.

—¿Códigos?

—El mirlo es uno de los pocos pájaros que puede crear melodías complejas y variadas —le conté—. Tiene un canto para el amanecer, otro para marcar territorio, y uno muy específico para avisar de que hay un depredador cerca. Es el vigía. El que canta en la oscuridad para que los demás sepan dónde están. El guardián.

Miré a Julie, sintiendo cómo todo encajaba.

—Yo era el enlace. Yo traducía el caos de la batalla en información que Max pudiera usar. Yo era la voz en el oído que les decía: "Cuidado, viene la tormenta".

Julie me miró con una ternura que me desarmó.

—El guardián que canta en la oscuridad —susurró ella—. Eso es lo que has hecho conmigo, Pax. Estabas en tu propia oscuridad, pero cantaste para mí. Me avisaste. Me protegiste.

—Y tú me escuchaste —respondí, acercando mis labios a los suyos—. Tú fuiste la única que entendió la canción.

—Te quiero, *Blackbird* —dijo ella, sellando la promesa contra mi boca.

—Y yo a ti, *Sunshine*.

La besé bajo las estrellas y el humo, rodeado de mi nueva familia, sabiendo que por fin, después de tantos años de silencio y jaulas de oro, había encontrado mi lugar, mi voz y mi canción.

Y esta vez, era una canción de amor.

EPÍLOGO

Julie

El estruendo de veinte motores V-Twin al ralentí hacía vibrar el suelo bajo mis botas, pero por primera vez en mi vida, el sonido no me ponía nerviosa. Me hacía sentir segura.

Estaba de pie en el porche de la casa club, con una taza de café en la mano y Raven a mi lado. El sol de mayo brillaba sobre el cromo y el cuero negro, prometiendo un día perfecto para rodar.

—Mira a esos idiotas —dijo Raven con una sonrisa cariñosa, señalando al grupo—. Parecen niños el día de Navidad, solo que sus juguetes hacen más ruido y son mucho más peligrosos.

—Necesitan salir —comenté, observando la formación—. Han sido semanas intensas. Necesitan carretera y testosterona sin nosotras para volver a centrarse.

Mis ojos buscaron automáticamente a una figura en concreto.

Pax.

Estaba junto a su nueva moto, una Harley Street Bob negra mate que mi padre le había ayudado a restaurar en tiempo récord. Llevaba el chaleco de cuero sobre una camiseta blanca.

El parche de la espalda estaba vacío en el centro. Solo llevaba el "rocker" inferior que decía "PROSPECT".

Era el novato. El chico de los recados. El último en la fila.

Y, sin embargo, la forma en que Wolf le hablaba o cómo Sam le daba una palmada en el hombro dejaba claro que ese chaleco era solo una formalidad. Se había ganado el respeto con sangre. Era uno de ellos.

Como si sintiera mi mirada, Pax se giró. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos y, sin decir una palabra, caminó hacia el porche con esa zancada depredadora que me seguía cortando la respiración.

Subió los escalones, ignorando a Raven, que rodó los ojos y murmuró algo sobre "buscar a Elan para no vomitar arcoíris", y se plantó frente a mí.

—Te vas —dije, dejando la taza en la barandilla.

Pax me agarró de la cintura y me atrajo hacia él hasta que nuestros cuerpos chocaron. Olía a jabón limpio, cuero y anticipación.

—Solo dos días, *Sunshine*. Volvemos el domingo por la noche.

—Te echaré de menos. —Le rodeé el cuello con los brazos, disfrutando de la dureza de sus músculos bajo el chaleco.

—Más te vale —gruñó él, bajando la cabeza para devorarme la boca.

El beso no fue dulce. Fue posesivo, hambriento y sucio. Su lengua invadió mi boca, marcando territorio frente a todo el club. Sentí su erección presionando contra mi vientre a través de los vaqueros, y un gemido se me escapó.

Pax se separó un milímetro, sus labios rozando los míos, y su voz bajó a ese tono ronco que hacía que mis bragas se empaparan al instante.

—Guarda esas ganas, Julie. Porque cuando vuelva el domingo por la noche... voy a follarte tan fuerte que no podrás caminar hasta el martes.

Mis rodillas temblaron.

—Promételo —susurré, mordiéndome el labio.

—Es una promesa —me guiñó un ojo, dándome un azote rápido en el culo antes de girarse para volver a su moto.

Me quedé allí, con la piel ardiendo y el corazón acelerado, viéndolo montar. Sam Tucker levantó el brazo, dando la señal de salida.

El rugido de los motores subió de volumen. La formación empezó a moverse hacia la puerta corredera del recinto.

Y entonces, todo se detuvo.

Dos coches negros enormes, SUV blindados con cristales tintados, aparecieron de la nada en la carretera de acceso. No frenaron. Entraron en el recinto de Legend con una arrogancia que heló la sangre, bloqueando la salida de las motos.

El chirrido de frenos de las Harley fue ensordecedor.

—¿Qué coño...? —murmuró Raven a mi lado.

La atmósfera cambió en un segundo. La camaradería festiva desapareció. Las manos fueron a las armas.

Los dos coches se detuvieron frente a la formación de motos. Las puertas del segundo vehículo se abrieron.

Un hombre bajó.

No era un motero. Ni era un policía.

Llevaba un traje gris carbón hecho a medida que costaba más que todas las motos juntas. Su pelo rubio oscuro estaba peinado hacia atrás con precisión militar, y su barba recortada enmarcaba una cara que parecía tallada en hielo.

Maksim Volkov.

El líder de la Bratva en Chicago.

Sam desmontó de su moto con un movimiento lento y letal. Caminó hacia el ruso, con Wolf y Pax flanqueándolo inmediatamente. Sexton se mantuvo en la retaguardia, preparado para dar la orden de atacar si era necesario.

—Volkov —dijo Sam. Su voz era tranquila, pero era la calma antes de la tormenta—. Te agradezco la limpieza en la fábrica de hace tres semanas. Tienes mi respeto por eso y un favor en el marcador. Pero entrar en mi casa sin invitación... eso es otra cosa.

Maksim Volkov no se inmutó. Se ajustó los gemelos de la camisa con una calma insultante.

—No he venido a socializar, Samuel. Ni a buscar gratitud.

—Entonces aparta tus coches de mi puerta —exigió Sam, cruzándose de brazos—. Mis hombres quieren rodar.

—Moveré los coches en cuanto tenga lo que he venido a buscar.

Sam frunció el ceño.

—Aquí no hay nada tuyo.

Volkov levantó la vista. Sus ojos eran de un azul pálido, fríos como la estepa siberiana, y se clavaron en Sam con una intensidad aterradora.

—Te equivocas. Tenéis algo que me pertenece y que he venido a llevarme.

—¿De qué hablas?

—He venido a por mi mujer.

El silencio que cayó sobre el patio fue absoluto. Sam parpadeó, confundido. Pax intercambió una mirada con Sexton.

—¿Tu mujer? —Sam soltó una risa incrédula—. Creo que te has equivocado de dirección, ruso. Aquí no hay ninguna mujer tuya. Aquí solo está mi familia.

Volkov sonrió, una mueca carente de humor.

—Exacto.

En ese momento, la puerta de la casa club se abrió detrás de mí. Sin darnos cuenta Raven y yo habíamos bajado los escalones de entrada hasta acercarnos a los hombres.

Me giré.

Olivia Tucker salió al porche.

Llevaba unos vaqueros ajustados y una chaqueta de cuero negra. Ya no parecía enferma como hace semanas. Parecía furiosa. Tenía la mandíbula apretada y los ojos echando chispas. Bajó los escalones con pasos fuertes que resonaron en el silencio y caminó pasándome a mí y a Raven.

—¡Olivia! —gritó Sam, sorprendido—. ¿Qué haces? Vuelve adentro.

Olivia ignoró a su hermano. Caminó directamente hacia Volkov y se detuvo a un metro de él. No había miedo en su postura. Había un desafío ardiente.

—Te dije que no vinieras aquí —siseó Olivia, con una voz cargada de veneno—. Te dije que necesitaba tiempo.

Volkov la miró. Y por primera vez, la máscara de hielo del ruso se agrietó levemente. No vi violencia en su mirada. Vi... posesión. Obsesión.

—Se te acabó el tiempo, *Livvy* —dijo Volkov, con una voz profunda y suave, usando un diminutivo que nadie usaba—. Sube al coche. Nos vamos a casa.

—¡Y una mierda! —rugió Sam.

El sonido metálico de veinte armas desenfundándose llenó el aire.

Sexton empujó a Raven detrás de su espalda. Pax saltó frente a mí, usándose de escudo humano, su pistola ya en la mano apuntando al pecho de Volkov. Wolf se interpuso entre Olivia y el ruso.

Los hombres de Volkov salieron de los coches, apuntando con subfusiles automáticos.

Toda la escena era un barril de pólvora a punto de estallar.

—¡Sam, no! —gritó Olivia, levantando las manos—. ¡Bajad las armas! ¡Todos!

—¡Olivia, apártate de él! —ordenó Sam, con la vena del cuello hinchada—. No sé qué mierda es esta, pero no vas a ir a ninguna parte con el ruso.

—Tengo que ir, Sam —dijo Olivia, girándose hacia su hermano. Su expresión era desesperada, pero firme—. Si no voy... esto será una guerra. Y no quiero que nadie salga herido por mis errores.

—¿Errores? —Sam la miró, atónito—. ¿Qué tiene él sobre ti?

Olivia miró a Volkov, y hubo un intercambio silencioso entre ellos. Una conversación de miradas que hablaba de secretos, de noches compartidas y de una intimidad que me dejó helada. Ella no le tenía miedo. Estaba furiosa con él, sí, pero no le temía.

—Es mi marido, Sam —soltó Olivia, la confesión cayendo como una bomba nuclear—. Legalmente. Nos casamos hace dos meses.

Sam bajó el arma un centímetro, pálido como un fantasma. Raven soltó un grito ahogado a mi espalda.

Olivia se volvió hacia Volkov.

—Me iré contigo —dijo ella, señalándole con el dedo de forma amenazante—. Pero si tus hombres vuelven a apuntar a mi familia, te juro por Dios, Maksim, que te arrancaré los ojos mientras duermes.

Volkov sonrió de verdad esta vez. Una sonrisa depredadora y satisfecha.

—Esa es mi chica. Sube al coche.

Olivia se acercó a Sam y le puso una mano en el brazo.

—Estaré bien. Te llamaré esta noche y te lo explicaré todo. Por favor, Sam. Déjame ir. No me hará daño. Y por favor, no se lo hagas a él.

Sam apretó los dientes, mirando con odio al ruso, pero asintió rígidamente. No podía disparar sin arriesgar a Olivia. Y la súplica de su hermana lo ablandó. Él sabía que Olivia decía la verdad, si no fuera así simplemente le hubiera dicho que quemara la ciudad hasta sacarla de ahí.

Olivia subió al asiento trasero del coche blindado. Volkov la siguió, no sin antes hacer un asentimiento breve y arrogante hacia el club.

—Caballeros.

Subió, la puerta se cerró y los coches negros dieron la vuelta, saliendo del recinto y levantando polvo.

El patio se quedó en silencio, con los moteros de Legend mirando la estela de los coches.

Pax bajó su arma y se giró hacia mí, todavía cubriéndome con su cuerpo.

—¿Sabías algo de esto? —me preguntó, atónito.

Negué con la cabeza, mirando el polvo asentarse.

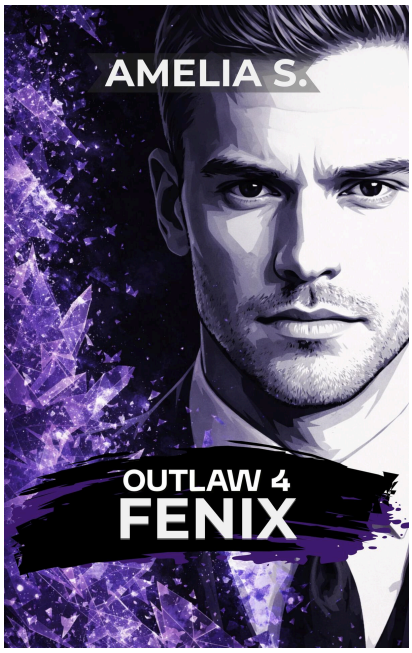
—No —murmuré, recordando las ausencias de Olivia, su "enfermedad", su comportamiento reservado—. Pero ahora... ahora todo tiene sentido.

Olivia no tenía gripe. Olivia tenía un secreto ruso de un metro noventa. Y acababa de arrastrar a Legend a una nueva guerra.

Me aferré a la mano de Pax, agradecida de que mi guerra hubiera terminado, justo cuando la de mi amiga acababa de empezar.

FIN

Continuara...



¡GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ!

Gracias por leer la historia de Julie y Pax. El tercer libro de la Serie Outlaw continua explorando el mundo de Legend y Vinyl. Desde el inicio de la Saga Vinyl tenía pendiente contar la historia de Julie y Pax. Abrir esa puerta a la vidia diaria de Vinyl y del club. Pero Pax y Julie no son una excusa, la construcción de su historia ha sido larga y al final su camino no ha sido como el del resto.En este volúmen me interesaba especialmente contar la perspecitiva de Pax, alguien con cicatrices profundas pero que sabe reconocer el amor, apreciarlo y respetarlo. Muchas de las personas que llevan cicatrices permanentes en el alma no son necesariamente oscuras. Muchas han aprendido lo que no quieren ser, lo que no quieren hacer. Saben que deben hacerlo mejor de lo que lo hicieron con ellos.

Para las que ya habéis leído la Saga Vinyl y os habéis animado a seguir con la Serie Outlaw: Mil gracias. Gracias por seguir confiando en mí y en mis historias. Para los que aún no habéis leído Protector, Faithful, Resolut o Devout, os animo a hacerlo, allí encontraréis más de los personajes que aparecen en Malavolta, Raven y Blackbird. Sea como fuere, mil gracias a todas mis lectoras, a las nuevas y a las fieles por llegar hasta aquí. A mi marido, gracias por aguantarme, por las noches de desvelo, por las horas robadas y las tazas de café a horas intempestivas. A mis lectoras de nuevo, si te ha gustado el libro por favor déjame una valoración o un comentario aquí , y si no te ha gustado también agradeceré sugerencias y propuestas de mejora.

Si quieres seguirme puedes hacerlo en mi página de Amazon y en mi Instagram ameliasautora.

Gracias, de corazón, a todos. Especialmente a esas mujeres que en algun momento se puedan sentir identificadas con mis personajes. Por ellas escribo historias.

Nos vemos en la cuarta entrega de Outlaw. No os haré esperar. Ahora les toca a Olivia y Maksim.

ACERCA DEL AUTOR

Amelia S.



Amelia S. es el nombre ficticio de una investigadora que desde muy joven le apasionan las novelas románticas, y ahora, después de ser madre por segunda vez, ha decidido contar sus propias historias. Los machos alfa dominantes han sido siempre su fetiche, pero como mujer que ha crecido en un matriarcado, busca escribir sobre mujeres fuertes, independientes y que hayan superado traumas y conflictos, que tengan cicatrices y aun así puedan ver la felicidad en el mundo.

Sus historias siempre tienen un final feliz, porque para finales amargos ya está la vida real.

SERIE OUTLAW

Malavolta

¿Qué puede hacer un hombre por proteger a la mujer de sus sueños? Ella está huyendo de una vida de violencia solo para caer en los brazos del mismísimo diablo.
Cuando lo enemigos empiecen a acercarse, un matrimonio falso parecerá la única salvación.
Alfa protector, club de motociclistas, proximidad forzada, princesa de la mafia, matrimonio falso, final cerrado
Bianca Peretti: Toda mi vida ha estado marcada por el deber, la obediencia y los castigos constantes. Se me prohibió pensar por mí misma, hablar por mí misma, defenderme por mí misma. Cada pequeño acto de rebeldía era sometido y castigado. Ahora estoy huyendo, moriría antes de dejar que vuelvan a atraparme, pero parece ser que una boda falsa es lo único que puede salvarme.

Sam Tucker: Nací en el mismísimo seno de la violencia. Crecí entre armas, golpes y hombres duros. Y luego llegó la guerra. Nada me preparó para perder a todos mis amigos, nada me preparó para toda esa muerte y destrucción. Pero algo me mantuvo cuerdo, el rostro de una joven en una fotografía vieja. Ahora, ese rostro está en mi ciudad, bajo mi cuidado, moriré antes de dejar que vuelvan a atraparla. Y por eso una boda falsa parece la solución perfecta.

¿Qué pasará cuando ese matrimonio falso empiece a sentirse como algo muy real? Sam y Bianca deberán decidir si vale la pena luchar por quedarse.

Este libro es un Spin-off de la saga Vinyl. Puede leerse de forma independiente, pero se recomienda seguir el orden de publicación.

Raven

Un médico nativo arrogante. Una mujer decidida a cumplir su sueño. ¿Qué harán cuando sus mundos choquen de forma irremediable?
Polos opuestos, romance en lugar de trabajo, slow burn, enemigos a amantes, final cerrado
Raven Tucker: Soy la princesa de un club de motociclistas. Toda mi vida he estado rodeada de violencia, de sangre y de caos. No puedo negar quién soy y, por mucho que lo odie, no soy normal. Pero eso no va a impedirme cumplir mi sueño, ni si quiera él: un médico arrogante, sabelotodo y lleno de prejuicios.

Elan Blackwater: Crecí como un huérfano, alejado de mi familia, criado por familiares despreocupados que me negaron la posibilidad de conocer mis raíces. Pero estoy decidido a remediar eso. La conexión con mis orígenes lo son todo para mí y ninguna niña mimada con carita de ángel va a hacer que me desvíe de mi camino.

¿Qué harán Raven y Elan cuando se den cuenta que todo aquello que los separa es precisamente lo que los hace ser el uno del otro?

Este libro es un Spin-off de la saga Vinyl. Puede leerse de forma independiente, pero se recomienda seguir el orden de publicación.

Blackbird

Un hombre que no le teme a nada, excepto a enamorarse de ella.
Alfa protector, enemigos-amigos-amantes, slow burn, club de motociclistas, final cerrado
Julia Connor: Ser cirada en un club de motociclistas tiene sus ventajas: he gozado de protección ilimitada, nunca me molestaron o

acosaron en el instituto y he aprendido una variedad de habilidades dignas de un comando de élite. ¿Inconvenientes? Todos y cada uno de mis novios se han acercado a mí para ganarse el favor del club o han salido por patas al enterarse de quién es mi padre. Parece que solo soy capaz de atraer a idiotas o cobardes. Pero también está él: imperturbable, protector y gruñón.

Daniel Paxton "Pax": Sobreviví a una infancia de abuso disfrazada de vida de lujo. El ejercito me permitió huir de esa vida. Al volver a casa, no quedaba nada a lo que volver, ni hogar ni familia. Así que me aferré a la familia que creé en el ejército. Pero ahora todo empieza a tambalearse: mi seguridad sale por la ventana cada vez que ella me mira y parece que no puedo hacer nada bien en su presencia.

¿Qué harán Julie y Pax cuando se den cuenta que no pueden huir el uno del otro? Cada una de sus decisiones los acerca de forma irremediable.

Este libro es un Spin-off de la saga Vinyl. Puede leerse de forma independiente, pero se recomienda seguir el orden de publicación.

Fenix

Él necesita a su reina. Ella ya es la reina de su propio mundo.
Él cae primero, mafia romance, slow burn, club de motociclistas, final cerrado
Olivia Tucker: Nací en un club de motociclistas, como la hija y hermana de dos presidentes, mi trabajo siempre ha sido mantener la hermandad unida, eliminar a los miembros tóxicos y cuidar de las mujeres del club. Mis deberes están claros. No tengo tiempo para él ni para sus juegos de mafioso. ¿El problema? No puedo resistirme a caer, una y otra vez, en su cama.

Maksim Volkov: Han intentado matarme más veces de las que puedo

recordar. Mis únicos intereses son mantener el control sobre la Bratva, cuidar de mis vor y ser leal a mis amigos. Nada me preparó para ella: explosiva, deslenguada y letal. Una maldita reina. Mi reina. ¿El problema? Ella se niega a ocupar su lugar junto a mí.

¿Cómo puede un rey convencer a su reina de que ella es lo único a lo que jamás renunciará?

Este libro es un Spin-off de la saga Vinyl. Puede leerse de forma independiente, pero se recomienda seguir el orden de publicación.

LIBROS DE ESTE AUTOR

Protector

Un padre soltero decidido a proteger lo que ama. Una mujer que juró no dejar que nadie dictara su vida.

Cuando sus caminos se cruzan en el universo del club Vinyl, la lealtad y una pasión arrolladora hará que se replanteen lo que creían saber sobre el amor.
Padre soltero, alfa protector, química intensa, polos opuestos, final cerrado

Tess Mitchell: Inteligente, decidida e independiente. Su infancia le hizo prometerse que jamás perdería el corazón y la cabeza por un hombre. Hasta que lo ve a él, atravesando las puertas de la sala de urgencias con su pequeño en brazos. Tess no tardará en descubrir lo equivocada que puede estar al creer que la opción sencilla es la más segura.

Max Vaughn: Protector, fuerte y feroz. Ser padre soltero fue natural para él y en lo único que piensa es en cuidar de su hijo y de sus hermanos. Hasta que cruza las puertas de urgencias para encontrarse con ella: preciosa, exuberante y amable. Una mujer por la que merece la pena poner todo en riesgo. Incluso su corazón y el de su pequeño.

Mientras la atracción empieza a crecer, una batalla legal por la custodia de su hijo se volverá peligrosa y el ex de ella no estará

dispuesto a aceptar un "No" por respuesta. No solo sus corazones estarán en riesgo, también sus vidas.
¿Podrá Max mantener a salvo a la mujer que ama?

Protector es un romance contemporáneo con toques de suspense y escenas de alto voltaje. Sin infidelidades y con final feliz. Un héroe que no se rinde. Una mujer decidida. Un niño que merece una vida segura. Bienvenidos al club Vinyl.

Orden recomendado: Protector - Faithful - Resolut - Devout

Faithful

Un hombre controlado y disciplinado que no dudará en reclamar a la mujer que lo enloquece. Una mujer que jamás se atrevió a soñar con alguien como él. Cuando Ivy despierta tras un intento de asesinato, todo lo que creía saber será puesto a prueba.

Alfa protector, Grumpy x Sunshine, Proximidad forzosa, club nocturno, final cerrado

Ivy Bennett: Divertida, inteligente y leal. Tras poner su vida en peligro, se despierta en el hospital para encontrar al hombre de sus sueños junto a su cama. Él la ha ignorado durante meses, dedicándole miradas intensas desde la distancia, pero incapaz de acercarse a ella.

Asher Vaughn: Intenso, controlado y protector. Un exmilitar con un pasado difícil que ha construido un próspero negocio junto a sus hermanos. Cuando la mujer que lo enloquece acaba en la UCI, decide que quizá ha llegado el momento de dejar sus reservas a un lado y hacerla suya.

Cuando el pasado de ella llama a la puerta, Ash deberá poner todo de su parte para evitar que su mujer salga herida de nuevo.

Mientras tanto Ivy deberá aprender a confiar en la lealtad de Ash.

Faithful es la segunda pate de la Saga Vinyl, un romance contemporáneo cargado de escenas de alto voltaje, sin infidelidades y con un final feliz garantizado. Bienvenidos de nuevo al club Vinyl.

Orden de lectura: Protector - Faithful - Resolut - Devout. Se recomienda leer en orden desde el principio.

Resolut

Una hacker que oculta su verdadera identidad. Un hombre enamorado de dos mujeres distintas. Ambos deberán enfrentar la verdad y aprender que juntos son mucho más fuertes.
alfa protector, identidad oculta, proximiad forzada, química intensa, triángulo amoroso, final cerrado

Sienna Maddox: Dulce, introvertida y un genio de la informática. Camarera de día y hacker de noche. Necesitó ocultar su verdadera identidad para salvar su vida y la de su única familia. Hasta que se topó con él, el único capaz de hacerla flaquear, el único a quién se siente conectada por primera vez en su vida.

Landon Vance: Bromista, noble y astuto. Siempre supo que la justicia no siempre coincide con la legalidad. Hasta que entra en uno de sus negocios y la ve: preciosa, reservada y misteriosa. Pero ella siempre mantiene las distancias. Todo se complica cuando se empieza a sentir atraído por Nocturna, la hacker que ha ayudado una y otra a vez a su familia.

Cuando las máscaras caen y las identidades ocultas son reveladas, Landon y Sienna deberán mantenerse firmes, aprender a través del perdón y el deseo que unidos son mucho más fuertes.

Resolut es una historia de perdón, superación, de pedir ayuda

cuando la necesitas, de un amor incondicional con escenas de alto voltaje y un final feliz garantizado. Bienvenidos de nuevo al club Vinyl.

Orden de lectura: Protector - Faithful - Resolut - Devout

Devout

Un hombre devoto dispuesto a todo por conservar a su familia. Una mujer herida dispuesta a arriesgarse por cumplir su propio sueño. Un amor incondicional, un bebé a punto de nacer y una superviviente que quiere dejar de ser una víctima.
alfa protector, proximidad forzosa, club nocturno, bebé inesperado, final cerrado
Brynn Mitchell: Dulce, protectora e inteligente. Siempre ha soñando con tener su propia familia a la que cuidar. Pero la persona que prometió amarla se convirtió en su verdugo. Una noche apasionada con un desconocido enrome, tatuado, oscuro y malditamente tierno, se convirtió en todo lo que Brynn siempre había deseado. Y entonces todo se volvió oscuro y aterrador.

Dominic Vance: Sereno, firme y devoto. Es el mayor de cuatro hermanos, una hermandad forjada en el abandono y la vida callejera. Cuando ya tiene todo lo que se prometió, aparece ella. Brynn Mitchell es dulce, preciosa y serena, pero con la sonrisa más triste que jamás ha visto. No sabe que hay detrás, hasta que su marido casi acaba con ella.

Devout es un romance contemporáneo con final feliz garantizado en el que un hombre protector debe demostrar su amor incondicional a una mujer que ha sido herida profundamente. Una superviviente que debe darse cuenta que ser una víctima no la define como mujer. Bienvenidos de nuevo al club Vinyl.

Orden de lectura: Protector - Faithful - Resolut - Devout. Se

recomienda leer en orden, los personajes de la saga desarrollan parte de su historia en cada uno de los libros